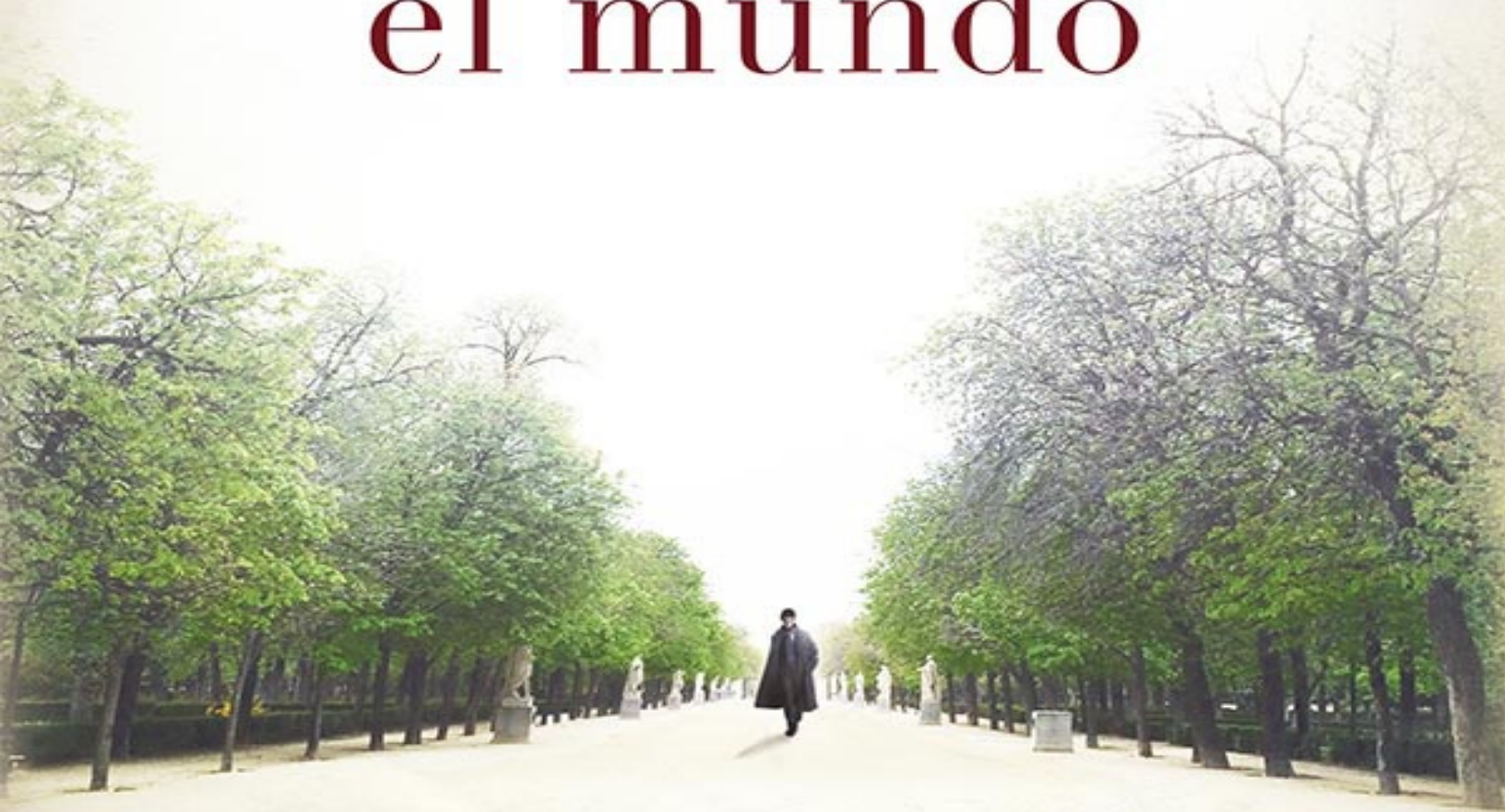


MARTA FERNÁNDEZ

# Te regalaré el mundo



10

*Tu verano, cuando acabe el curso, volveré F.B.*

11

*se ha vuelto loco. Llevo años repitiendo que es  
un galleta y a sus penas, aunque para él no han  
transcurrido ni minutos. No solo cuando llegó  
al futuro.*

de

No elegimos a nuestros padres, ni lo que nos gusta, ni aquello para lo que somos buenos.

No elegimos de quién nos enamoramos... ni a nuestros enemigos. Ni elegimos nuestros talentos, ni nuestras debilidades. Por no elegir, no elegimos ni nuestros pecados.

Ni el país en el que nacemos, ni el nombre por el que nos llamarán todos esos a los que queremos y a los que tampoco elegimos.

La vida nos elige. Y a veces, ni eso.

**Ésta es la historia de un hombre que tendrá que inventarse un mundo para conjurar su dolor.**

**Y de otro que ofrecerá su dolor a cambio de inventar un mundo nuevo.**

**De un padre huérfano y de un hijo perdido.**



Marta Fernández

# Te regalaré el mundo

ePub r1.0  
Titivillus 05.03.15

Título original: *Te regalaré el mundo*  
Marta Fernández, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*Para mi madre.  
Porque me regaló el mundo.  
Porque le habría gustado leer esta historia.*

«Sometimes we can spend years without living at all,  
and suddenly our whole life is concentrated  
in a single instant».

OSCAR WILDE

En la celda del fondo hay un hombre que no sabe que se ha vuelto loco. Lleva años repitiendo que es inocente. Que no mató a nadie. Lleva años encadenado a sus grilletes y a sus penas, aunque para él no han pasado ni unos días desde que todo ocurrió. Porque en el manicomio no existe el tiempo. No sabe cuándo llegó a este lugar donde el pasado es como mucho ayer y es imposible el futuro. Ni siquiera se lo plantea.

Hace ya seis años que el profesor Rossum fue trasladado a este sanatorio con otros cuarenta y tres pobres locos amedrentados. Le prometieron que desde aquí vería las cúpulas lejanas del monasterio de Mafra. Pero lo único que vio fue la mirada de espanto de los hortelanos que se apostaron en la puerta del edificio para comprobar si los recién llegados eran humanos o bestias. Miles de ojos escrutadores, agrandados por el miedo, ante el desfile de la locura. Y entre los cuarenta y cuatro dementes harapientos, amoratados, famélicos, quebrados por la vida y la sinrazón, un profesor que en otro tiempo fue un científico respetado. Rossum mira a los labriegos plantados en el camino del manicomio como si fueran especímenes de un laboratorio. No se ha dado cuenta de que ahora el espécimen es él. No sabe que está tan loco como los locos que le acompañan. Él sigue creyendo que le han encarcelado por un delito que no es el suyo. Y en cierto modo así es. Las autoridades concluyeron que un hombre tan sabio sólo pudo hacer lo que hizo presa de un delirio insano. Y le encerraron en una Casa de Misericordia donde hasta el aire era inmisericorde.

Desde su celda, al fondo de la galería, ni veía el monasterio de su juventud, ni tenía fácil acercarse a la ventana, poco más que un agujero en lo alto del muro por el que se escondía el sol. En los primeros tiempos, las cadenas con las que le retenían le impedían ponerse de pie. Cuando finalmente se acabaron los baños de agua helada y desanclaron sus manos de las argollas de hierro, se habían agotado sus fuerzas para sostenerse y asomarse al ventanuco. No merecía la pena soportar el dolor de levantar su cuerpo. Rossum, con su metro ochenta de altura, pasaba los días convertido en ovillo sobre su espinazo de viejo. La cabeza privilegiada escondida entre las rodillas. Las palabras perdidas en un delirante balbuceo.

Se la llevó. Se la llevó. Se la llevaba. Se llevó todo. Todo. Todo. Que le consuma el fuego del Infierno. Todo. No hay Infierno como el mío. Mi... In... Fier... No. No... Se la llevó. Rossum se enredaba en su inútil letanía. Su voz era apenas un ronroneo atrapado en el parapeto de sus rótulas. Se le escuchaba tan lejano, tan suave, tan desacompañadamente dulce que a los guardianes ya no les molestaba. El profesor Rossum era un loco repetitivo, obsesionado, exacto como una fórmula. Era como había sido durante su vida cuerda: metódico como su ciencia.

Ahora parecía improbable que su mente hubiera sido una de las más brillantes de la época. Nadie diría que la Reina María Ana de Austria le hizo llamar de un lejano lugar en el centro de Europa para educar a su hijo, el heredero del trono de Portugal. Rossum llegó a la Lisboa faraónica del oro de Brasil, la de las promesas de grandeza y la miseria absolutista. Su firme mente matemática se dejaba enredar en el dédalo absurdo de calles que sólo un terremoto podría enderezar. En aquella ciudad que parecía construida a base de conventos y destruida a golpe de reyertas, le gustaba calcular si habría más religiosos o pecadores. ¿Qué era Lisboa, ennegrecida por los hábitos, la porquería y la sombra del pecado? ¿Sodoma, Gomorra o la Nueva Jerusalén? Rossum paseaba su asombro por las cuestas laberínticas hasta que su cuerpo se quedaba como hipnotizado frente a las aguas del puerto, embriagado por el olor pestilente y el griterío de mil lenguas que jugaba a reconocer. Pero el profesor había sido llamado a aquel reino tan ajeno para cumplir una misión: educar al Infante José, un niño de barbilla alta y párpados caídos, como si a los diez años se pudiera inventar la melancolía. Lo que más me gusta de este mundo, señor, es la música. Lo había dicho con su boca menuda y su pronunciación alemana casi perfecta. Y a pesar de la fría solemnidad de su afirmación, Rossum estaba convencido de que en las palabras del niño se escondía cierta pasión.

No fue fácil cumplir el encargo de la Reina. El Infante era un niño distraído y distante al que no le interesaba aprender. Rossum miraba en el fondo de sus ojos negros intentado distinguir si se había encendido la chispa de la comprensión. Pero su mirada era un trozo perfecto de vacío. Excepto cuando veía a su madre o a su hermana sentarse al teclado de sus clavicordios holandeses. Con el eco de las notas el Infante parecía despertar. Por eso, el profesor decidió explicarle el mundo como si fuera un pentagrama, donde las leyes de la Naturaleza se cumplían con la lógica de la armonía y las notas eran números para construir la melodía de la razón. Y el pequeño Príncipe que estaba llamado a heredar el trono, el oro, el mar y la tierra levantó los ojos y miró a Rossum fijamente como si empezara a comprender. Algo había cambiado en el niño callado y riguroso. Sabía que Rossum lo conseguiría, decía la Reina, orgullosa de su adquisición europea. Como premio, María Ana de Austria concedía al profesor todo lo que necesitaba para sus investigaciones. No sabía que al financiar su laboratorio estaba alimentado el único reino en el que su hijo era feliz.

La especialidad de Rossum era la mecánica. Había comenzado a ganarse la vida en Lieja como relojero, pero su inquietud de científico se resistía a quedarse girando alrededor de una única rueda dentada. Quería investigar, descubrir, inventar. Y eso hizo en Lisboa además de ocuparse de la educación del futuro Rey. Atrapado por las posibilidades del magnetismo, su taller era el refugio de un mago donde esperaban mil secretos. El refugio donde se escondía el Infante José. Llegaba impaciente, se sentaba y miraba. Y Rossum le dejaba observar. Hablarle a aquel niño callado era como conversar con su propio cerebro. Así se formaban los relámpagos de los que hablaba Plinio y de los que yo te hablé. Y ponía a dar vueltas a una extraña rueda que hacía girar una pequeña esfera. Y un rayo, como el de Plinio, brotaba del aire inerte. El profesor lo llamaba electricidad.

En aquel gabinete de las maravillas, jugando con imanes que retaban su fuerza, echando pulsos con émbolos de potencia invencible, recomponiendo puzzles a base de manecillas, el heredero podía ser por fin niño. Allí era tan sólo José. José de diez años con los ojos brillantes. José comprendiendo el mundo y aprendiendo el cariño. José demostrando su amor por la ciencia, su



capacidad de preguntarse y de preguntar. ¿Cómo pueden vuestros relojes saber que el día tiene veinticuatro horas? ¿Y quién decide el tiempo de los días? ¿Y el idioma de los hombres? ¿Por qué hay caballeros que hablan en portugués, otros en francés y otros en alemán? ¿Y por qué vos entendéis todas las lenguas? Llegará un día en el que yo también entenderé. Llegará un día en el que podré viajar y veré los mapas hacerse reales.

—Señor, volved a explicarme cómo funciona la brújula y cómo los cartógrafos reales saben que la costa es tal y como ellos la dibujan. A veces imagino que su vista es como la de las gaviotas. Elevada.

—O quizá —reflexiona el maestro— descubren la verdad donde los demás no la pueden ver.

Y para esa afirmación el niño sí tiene respuesta. Eso es lo que vos hacéis.

En ocasiones la hermana mayor del Infante se unía a los juegos del laboratorio. Al profesor Rossum le inquietaba la fealdad de la niña, tan rotunda y definitiva como si fuera ya adulta, sus rasgos flácidos y sus ojos minúsculos, casi escondidos en el horizonte graso de sus mofletes. Pero en esos ojos, tan mínimos que no se adivinaba el color, brillaba una vida que jamás se asomaría a los del pequeño José. Mirándola, Rossum llegó a descubrir una inteligencia que bañaba a la Infanta de una belleza particular, de una fuerza difícil de definir. Bárbara les visitaba cada día antes de sus lecciones de música. Sus manos gordezuelas se volvían gráciles sobre el clavicordio. Era fácil comprender por qué la quería su maestro italiano, que siempre alababa su talento para la composición. Cuando los criados la requerían para conducirla a sus clases de armonía, algo parecía apagarse en el futuro Rey, en el niño que siempre miraba los teclados, pero al que Rossum nunca había visto tocar. El aya del pequeño terminó confesando al profesor lo que él querría haber guardado como un secreto: que sus dedos frágiles parecían no responder a las órdenes de su cerebro. El Infante era incapaz de ejecutar una partitura, se enredaba, se desesperaba, entendía las notas, pero los músculos de las manos se resistían a obedecer. Era tan doloroso no poder hacer eso que tanto anhelaba, que pidió a su madre que no le dejara tocar nunca más.

Y Rossum se sintió conmovido por el primer fracaso del niño que un día lo tendría todo, pero que a sus diez años sólo quería aprender a tocar. El maestro inventor decidió regalarle a su alumno la posibilidad de convertir en música los golpes de sus dedos torpes sobre el teclado.

El Punteador de Rossum era un artefacto prodigioso. Lo imaginó una noche, entre el sueño y la vigilia, después de haber pasado la tarde viendo a la Infanta doña Bárbara tocando feliz con su maestro italiano. Para ella era tan sencillo lo que para el pobre José parecía imposible... Las manitas rollizas de la hermana se desplazan como movidas por una energía invisible. Descienden y danzan desde las notas más graves a las más agudas sin que sus ojos se aparten de la partitura. Rossum, maravillado por la facilidad natural de la niña, fantasea con una máquina capaz de guiar al peor de los intérpretes, al Infante José. Casi le puede ver convertido en una marioneta humana, las falanges suspendidas de unos hilos que no permiten el error. A la mañana siguiente, como si el invento le hubiera sido revelado, Rossum, poseído por la inspiración, dibuja con minucioso detalle los planos del ingenio que le dará al Infante la felicidad. Unas semanas después, el profesor le muestra al alumno su obra. El Punteador.

El Infante mira el artilugio con gesto confuso. No imagina para qué puede servir esa especie de mecanismo gigante de caja de música. Sólo entiende el rodillo dentado. Le parece la copia inmensa de las tripas de un juguete musical. Pero las cajas que su madre ha traído de Francia accionan unos percutores que reproducen la melodía. Aquí el rodillo mueve unas varillas

articuladas, finas, que se levantan sobre un dosel suspendido y vuelven a caer sin conectarse a ningún sitio. Parece un telar elevado formado de gruesos hilos metálicos. Diez. Al otro extremo del rodillo dentado, Rossum ha colocado uno de los clavicordios de palacio. El Infante se pregunta a qué quiere jugar cuando le invita a sentarse.

—Señor, aunque amo la música, o precisamente por ello, no voy a tocar.

—Tocaréis, Excelencia —dice el maestro—. Sé que no queréis fallar en la empresa, pero con este artificio, hasta yo arrancaré música de esas teclas.

Y antes de que el niño reaccione, Rossum está frente al clavicordio, bajo la increíble estructura dorada que va a llevar sus dedos con un impulso mecánico más diestro que la inspiración. No hay partitura. No la necesita. Sólo tiene que colocar los dedos dentro de los diez anillos en los que terminan las varillas.

—Excelencia, ¿podrías accionar la manivela que mueve el rodillo? Hacedlo sin miedo, como se haría en una caja de música tradicional... —Rossum se vuelve hacia el niño Príncipe, sus falanges flotando en los diez anillos con los que ha rematado las varillas del Punteador.

El Infante tiene sus dudas. Se acerca despacio y hace girar el mecanismo. El rodillo mueve la estructura llevando los dedos de Rossum sobre el teclado con suavidad virtuosa. El profesor toca el clavicordio, un arte que nunca aprendió. El niño le mira maravillado y escéptico, testigo de un milagro laico, sólo desea que el encantamiento también funcione con él. Sus ojos vacíos se han llenado de expectación. De miedo. De algo que se parece a una esperanza ligeramente aterrorizada. Brillan, temerosos, mientras su maestro le invita a sentarse en la banqueta frente al instrumento. Al tomar sus manos para colocarlas en los anillos mágicos, Rossum siente el temblor y el desconcierto, la fascinación de quien va a romper un embrujo a los diez años. Y allí le deja, sentado frente al teclado, con los ojos buscando una partitura que no va a necesitar, con las manitas ligeramente elevadas como un prestidigitador que va a recitar un hechizo. Pero el hechizo es de Rossum y está a punto de ponerlo en marcha con un golpe de manivela. Antes de hacerlo, el profesor quiere officiar el rito, sacralizarlo con un enunciado solemne. Su Excelencia, el Infante José, al clavicordio interpretando la zarabanda de la Suite en la mayor del maestro Dieterich Buxtehude.

Y al accionar la manivela ocurre lo imposible: el niño toca sin cometer un error, sus dedos se han vuelto sabios por obra y gracia de las varillas, como si los ángeles guiaran sus manos tarareando la música celestial. Rossum diría que hay hasta cierto gusto en la ejecución. Sólo se lamenta ahora de un fallo de su artilugio: allí donde está, en segundo plano, en la parte de atrás del telar de música, no puede ver la cara del Infante. Y está seguro de que su expresión es la pura felicidad.

Cuando termina, el silencio que llega después de la música es más profundo que el primer silencio del mundo. Es la Nada cargada de Todo que sigue a la perfección. José, mudo, desarmado, inmóvil, ha comenzado a llorar. Sin liberar de los anillos sus dedos, mecánicamente sabios, se ha quedado petrificado con sus lágrimas. Rossum se arrodilla ante él como nunca volverá a hacerlo nadie en su vida de Rey omnipotente. El hombre que le acaba de conceder su sueño le tiene que consolar. Le abraza como quizás sólo le ha abrazado su aya. Y allí, Rossum, a sus veintitantos años, se sentirá padre por primera vez. Quiere consolar ese pequeño cuerpo estremecido, todavía atravesado por el vibrato de las notas, ese manojito de sollozos. Y cuando por fin el temblor se apaga, los ojos del niño se encienden con mil dudas que casi no se atreve a

preguntar.

—Profesor... ¿cómo es posible? ¿Podré tocar otra vez?

—Claro que podréis. Su Excelencia lo ha hecho muy bien. Os habéis dejado llevar por el Punteador con una tranquilidad admirable. Estoy seguro de que aprenderéis muy rápido.

El Infante se queda perplejo. ¿Aprender?

—Para eso sirve el Punteador. Su finalidad no es repetir las músicas del rodillo sino que, a fuerza de repetirlas el intérprete aprenda la partitura. —Rossum, didáctico, disfruta con la cara entre atónita y deslumbrada del Infante José—. Con la práctica necesaria, podréis ejecutar cualquier pieza sin ayuda del artefacto.

—Cualquier pieza... No entiendo.

—Señor —Rossum paladea sus palabras. Con cada una de ellas provoca un destello de felicidad en el muchacho—, los orfebres de palacio están haciendo nuevas planchas dentadas que una vez acopladas al rodillo principal producen el movimiento necesario para ejecutar distintas partituras. Más del maestro Buxtehude. O la Follia de Corelli que tanto os gusta. Y hasta Couperin.

Tres días después, el profesor mandará forrar de terciopelo los anillos del Punteador. Los dedos del Infante se han llenado de ampollas de tanto practicar. El aya le ha vendado esas pequeñas manos que parecían no haberse herido jamás. Pero ni ella ni Rossum pueden curar sus ansias de volver al teclado. Cuando la piel levantada se convierte en herida y la herida en costra y puede por fin tocar, hay en el niño una extraña determinación. El clavicordio ya no es su enemigo. Sabe que sus dedos no le van a traicionar. José toca durante todo el día. Tenaz. Constante. Como embrujado por el don que una máquina le ha concedido. Repite y repite porque su fuerza nace de la repetición.

Rossum se duerme mecido por la improbable nana del clavicordio. Su cuerpo, desmadejado, sobre el camastro del laboratorio. En sueños escucha al niño tocar. Las mismas escalas una y otra vez. Las notas exactas. El tempo adecuado. Subir y bajar y bajar y subir y cambiar de ritmo. Los dedos precisos sobre la teclas. Como si la melodía, convertida en aire, se colara en su cuerpo con su respiración somnolienta, se pegara cálida sobre su piel fría, resbalara lejana en la espiral de su oído.

Y cuando despierta, ya de noche al otro lado de la ventana, en la oscuridad de la estancia, le sorprende ver el Punteador inmóvil, congelado. Las varillas petrificadas sin moverse, ni brillar. Pero la música suena y Rossum no sabe si lo hace en su cabeza, en su sueño o en la realidad.

Es José quien toca. Solo. Sin ayuda. Con la única guía de su obstinación y su fe. El Infante está en trance frente al teclado. Como quien acaba de abrasarse en una revelación mística. Sus manos pequeñas parecen tan etéreas como las de su hermana. Todos sus movimientos conducen a un fin, a una partitura que ha quedado escrita en su cuerpo, en las heridas que anillan sus dedos ya libres del Punteador.

De aquella partitura también le quedará a Rossum una cicatriz. Una huella en la memoria que ya no se borrará. Décadas después será capaz de recordar cada nota. Y con cada nota revivirá aquel despertar nebuloso, los gestos del niño, su sorpresa colmada de felicidad.

El profesor, el cerebro perdido, perdida la memoria de sí mismo y la razón, recuerda en su celda oscura la luminosa melodía de una zarabanda.

Y por un momento, si alguien pudiera contemplarle, podría decir que le ha visto sonreír.

Por algún extraño camino de su memoria, Rossum ha pasado de su eterna plegaria de pérdida al canturreo de una música que los guardianes no saben identificar. Le oyen, insistente y sumiso, tirado al fondo de la celda con una única melodía para entonar. No se ha dado cuenta de lo mucho que ha elevado su tono, que a pesar de todo sigue siendo dulce y extrañamente velado. Rítmico y perfecto dentro de la locura de su alucinación. El profesor canta y con sus notas convierte los segundos en segundos del pasado. En un momento congelado de aquel tiempo de juventud y felicidad. El profesor canta y vuelve a estar con el Infante, vuelve a contemplar la cara admirada de la Reina la primera vez que vio a su hijo tocar. El profesor canta y se le llenan los ojos cerrados de la sonrisa del pequeño José. Y ve a Bárbara, de trece años, feliz aplaudiendo la interpretación de su hermano. El profesor canta como si su canto le llevara a otro tiempo. El profesor canta tan exaltado que su vigilante se pregunta qué puede suceder. Los pasos certeros camino a la celda. Rossum acorazado en la música de su memoria, el clavicordio troquelado en su cerebro licuado. La puerta se abre. Recortada en la luz del pasillo, apenas la sombra inmóvil de un hombre. Y Rossum enmudece. Los ojos muy abiertos cegados de espanto. Su boca convertida en una mueca grotesca sólo puede articular una palabra. El nombre de su enemigo.

—Nizet.

—Muy bien. Ahora mírame y dime que no vas a poner la muerte de Gore Vidal en primera. Dímelo. —Arnau hablaba despacio. Con tanta tranquilidad que llegaba a sonar a amenaza.

—Llevamos la primera muy cargada.

—Mírame y dímelo. Venga... —Los ojos de Arnau habrían petrificado hasta a la propia Medusa, pero en el director tuvieron justo el efecto contrario. Se removió en la silla como si no estuviera cómodo dentro de su propio cuerpo.

—Faldón.

—Oh. Faldón... Cuánta generosidad.

—Mucha. Tengo unos Juegos Olímpicos comiéndome la página. Sal y hazme una encuesta a ver cuántos pueden mencionar tres obras de tu Gore Vidal. Vidal... tu maricón deslenguado washingtoniano...

—Maricón Deslenguado Washingtoniano... Ése es un buen título para el obituario. Al final te tendré que felicitar por tu talento para la necrológica...

—No te pases, Arnau. Faldón y se da por acabada la conversación.

—Aunque creo que es mejor «Perra y caballero». —Aquella pe, más oclusiva de lo normal, sonó tan rotunda que el director se quedó pegado a su silla.

—Creo que no te he entendido. —Lo dijo con un hilillo de voz, como si con la última frase Arnau le hubiera jibarizado.

—«Perra y caballero», una versión de lo que decía de sí mismo... «Gentleman Bitch». Si lo prefieres podemos traducirlo por «Caballero Puta Vidal». No sé qué va a quedar mejor en primera. Pero estoy seguro de que con los dos titulares vas a reventar los quioscos... Luego dirás que en la sección no velamos por las ventas.

—Sí, claro. La gente se va a tirar en masa a las siete de mañana a comprar el periódico. En cuanto vean la foto de tu octogenario muerto.

A Arnau aquello parecía haberle molestado de verdad.

—García, a ti te parecerá mentira porque eres muy joven y en el fondo llegas aquí desde un mundo distinto, pero hubo un tiempo en el que la gente compraba El Globo para después poder guardar sus artículos. Y no te imaginas la de cartas que llegaban a la redacción agradeciendo una columna o un reportaje. Claro que entonces publicábamos en la primera lo que se esperaba de nosotros. Lo que algunos todavía esperan de nosotros, García: una buena cobertura de la muerte de Gore Vidal. Pero eso fue antes de que los periodistas empezáramos a despreciar a los lectores. Creo recordar.

Arnau ya no se apoyaba en la mesa del despacho como un ave de presa. Se había erguido y desde la silla del director tenía el aspecto de una pantera blanca que acabara de cazar una gacela. García era el jefe, pero se sentía tan inferior que sólo quería dar por zanjada la cuestión antes de regalarle más espacio en la primera página. Sabía, como lo sabía todo el mundo, que era imposible discutir con Arnau sin perder. Arnau siempre ganaba con las palabras.

—Si no te importa, tengo al Banco Central Europeo tocándome más los cojones que tú... querido. —Y pronunció la última palabra con evidente recochineo, marcando en exceso las tres sílabas, como burlándose de la naturalidad con la que Arnau se la dedicaba a cualquiera.

—Voy a pedir una columna a aquella italiana que fue amiga suya en Roma. Y crónica a Washington. Y críticas a los escritores de la casa. Leo hará el artículo principal y el obituario es cosa mía. Necesito una página más.

El director estaba a punto de decirle que fuera descontando de su sueldo lo que costaba el papel de una página más, pero Arnau ya había salido del despacho. Al otro lado del cristal, pudo verle encerrándose en el cubículo de la sección de cultura con la extraña energía del animal que vuelve a la madriguera después de cobrarse una pieza.

—Ése es tu problema, Arnau —tronó el director desde su mesa—, que te crees el Gore Vidal español. Con tu pelito blanco. Tus chaquetas cortadas a medida. Y tu lengua viperina.

Bífida, diría yo. La venenosa capacidad verbal de mi amigo Arnau. Con todas esas palabras suyas acabadas en punta, como si llevara las frases cargadas en un carcaj. Le esperé en la puerta de nuestro refugio, en la entrada de la morada del dragón, ese despacho que un día fue sólo suyo y que poco a poco fuimos ocupando aprovechándonos de su generosidad. Convertimos sus cuatro paredes llenas de estanterías en la República Capitolina de la Sección de Cultura, amamantados por la sabiduría de nuestra Loba particular, Arnau. Lejos quedaban aquellos días en los que Arnau habría podido ser director de El Globo. Se negó porque no quería convertirse en una vaca sagrada sin teclado, no quería renunciar a su espacio en el suplemento literario, no concebía la profesión si ya no podía escribir. La heredera de los Valls se llevó el disgusto de su vida. Su favorito negándose a dirigir su periódico. Ese ácrata adorable. Aunque en el fondo ella no era más que otra rendida lectora de Arnau. Como ellos, doña Elisa Valls tampoco quería prescindir de aquellos artículos tan personales y tan certeros. El Globo salió ganando. O salió ganando el periódico y perdiendo la redacción. Porque el puesto al final fue para García. Un mediocre que no duda cuando tiene que decidir entre darle la primera a una nadadora con un gorrito ridículo o al bisturí de la mirada de Gore Vidal. La página para la anfibia condecorada. No vamos a ser menos que el New York Times. Aunque no creo que García tenga ni la más remota idea del veto de la Dama Gris al Caballero Puta Vidal.

—¿Recuerdas aquello que Vidal dijo de Andy Warhol?

Arnau entra en nuestro refugio como un búfalo encabritado en una llanura, así que trato de tranquilizarle respondiendo como un alumno aplicado. Lo que soy, al fin y al cabo.

—Que era el único genio que había conocido con sesenta de cociente intelectual.

—Pues sustituye genio por director de periódico y Warhol por García y ahí tienes el perfecto retrato de nuestra triste realidad.

Me reí con ganas. Y con algo de miedo. Sabía que cualquier día Arnau le soltaría eso a García y nos meteríamos en un lío. Claro que le había dicho cosas peores. Cosas que cualquier otro no toleraría. Pero García era definitivamente estúpido. Sesenta de cociente intelectual era demasiado

benévolo. Era el perfecto ejemplo del advenedizo que va trepando hasta alcanzar lo más alto, ese lugar de la cúspide donde ya no es necesario pensar. El niño bien al que van colocando para tener contento a papá. Quizá exagerábamos cuando le llamábamos el analfabeto funcional. Quizá. Pero García era justo el tipo de periodista que Arnau detestaba: un invitado a la profesión, sin principios y sin más final que él mismo. Su único mérito era haber nacido en una familia lo suficientemente rica para concederle el privilegio de estudiar económicas en Harvard y poder costearle un piso en Nueva York. Su currículum dice que allí trabajó dos años como consultor. Consultor de qué, suele preguntar Arnau. ¿De Lehman Brothers antes de la quiebra? García nunca explicó por qué lo dejó todo como tantos pequeños príncipes que despechados de los números quieren jugar con las letras. Arrebatos románticos. Decidió ser periodista. Poco le debió de costar a su padre que doña Elisa Valls le hiciera un hueco en El Globo. Y el chaval tenía cierto talento. Un talento innato para escalar. No fue necesario ni mucho tiempo ni apenas esfuerzo para que le nombraran jefe de la sección de economía. Al fin y al cabo, había vivido cerca de Wall Street. Fue una decisión cobarde y salomónica del viejo director. La única solución que se le ocurrió, porque García era un redactor deplorable. Sus artículos eran un constante insulto a la gramática. Si había que darle cobijo, al menos que no molestara con su sintaxis. A partir de entonces escribió poco más que su nombre: Miguel G. Zuntegui, jefe de la sección de economía. Ironías: a pesar de lo mucho que su padre hizo por colocar al retoño, cuando llegó el momento, el hijo desagradecido renunció al apellido de papá. García era vulgar.

Para su desesperación, Arnau le seguía llamando así. Y yo. Aunque me daba pocas oportunidades, porque a García no le gustaba hablar conmigo. Algo en mí le ponía nervioso. Según Arnau, yo representaba todo lo que él no era. Y bien porque le recordábamos las seis vulgares letras de su primer apellido, bien porque él sabía que nosotros sabíamos que no sabía escribir, bien porque suplía su estupidez con el instinto de la ambición, García no era precisamente cordial con nuestra sección. Disfrutaba torturándonos. Como si se sintiera amenazado por la apabullante sabiduría de Arnau. Porque así se quedaba, en evidencia, cada vez que quien renunció a su despacho abría la boca. Si hubiera sido listo, García se habría dado cuenta de que no tenía nada que temer. Demasiado poco para que Arnau perdiera el tiempo con él. La ausencia de inteligencia no le suele excitar. Puede dar gracias. De habérselo propuesto, le habría despedazado. Mi mejor amigo podía ser muy cruel.

—Venga, corderito, ponte a la tecla. Y llama al *free* ese tan bueno que tenemos en Los Ángeles. El que nos hizo el artículo de Budd Schulberg... MacNoSéQué... —resopló como para apartarse un mechón canoso que le caía sobre la frente—. Te dije que Gore Vidal iría en primera y va en primera. *Veritas splendet*, littleboy.

No es fácil escribir sobre alguien como Gore Vidal. Como no es fácil estar a la altura de Arnau. Es el único tipo que conozco capaz de hablar en latín y en inglés en la misma frase sin que parezca pretencioso. El único capaz de encabezar un obituario con «Perra y Caballero» sin que parezca un insulto.

—¿De verdad vas a titular «Perra y Caballero»? —Las dos palabras se clavaban en mi cabeza mientras yo clavaba las de mi artículo en la pantalla.

—No. Pero sólo porque suena un poco más a Truman Capote. Y eso sería una absoluta falta de respeto para la memoria de Vidal.

McQuincy, nuestro freelance en Los Ángeles, me había dado algunos detalles. Había hablado

directamente con la familia. Con eso, con lo que sabía, con las reacciones de los más cercanos, yo tenía que escribir un artículo que no pisara el de Arnau. Gore Vidal falleció en su casa de Hollywood Hills este martes. Un sobrino ha explicado que la muerte se produjo como consecuencia de las complicaciones de una neumonía.

—Arnau, ¿me quedo con los amigos o te los quedas tú?

—Por una vez, seré bueno. —Me miraba por encima de sus gafas de cerca. Siempre sospeché que sólo eran necesarias para corregir su coquetería—. Quédate con los amigos, los enemigos, la bronca con Mailer y Buckley y con las obras...

—Muy agradecido, pero entonces... ¿qué te quedas tú?

—Me quedo con la gloria, querido... Con ese halo que le rodeaba y le protegía de la mezquindad y la estupidez.

Muy propio de Arnau. Para mí la prosa. Para él la poesía. Aunque él podría hacer poesía hasta con la programación de televisión y resultar todo menos remilgado. Mientras, al fondo, atrincherado tras el ordenador más viejo de la redacción, el galápago lo llamábamos, nuestro becario buscaba algo en la red y nos miraba absorto esperando a que se cargara la página. Un sonido como de lata lejana se transformó en el canturreo patricio de Vidal «I will apologize if it hurts your feelings... Of course, I will». Los dos sabíamos que lo siguiente era la voz atronadora de un Norman Mailer un poco étlico y muy cabreado.

—Mira qué listo el chaval... Ha encontrado esa joya. Vidal impasible ante Mailer desencajado. Habría que mirar de quién son esos derechos para subirlos a la web... —Arnau deja ver sus ojillos golosos por encima de la pantalla del ordenador.

—Es un pirateo de la tele americana de los setenta. No creo que pase nada, ¿no? —El becario es de la categoría dispuestos. Probablemente no ha leído jamás a Norman Mailer. Pero sabe mucho de internet.

—Pablo, querido, vete a la redacción de la web y les enseñas el vídeo. A ver qué te dicen.

Al chico le falta tiempo. Sale de nuestro cubículo como si tuviera entre manos la exclusiva del siglo. Se lo toma todo así: cada vez que suena el teléfono, espera que al otro lado Garganta Profunda le revele un nuevo Watergate. Se pasa el día buscando un destello en la interferencia continua de internet. Es su definición particular del periodismo de investigación. No le preguntes por fuentes ni por contrastar. Pérdidas de tiempo. Lo importante es ser el primero. Estar ahí. Correr. Escribir pronto un artículo y poner debajo el nombre. Llegará lejos, porque se lo cree. A mí no me ha pasado nunca. No me creo nada. Ni a mí, ni al mundo. Claro que yo soy de la categoría periodistas escépticos, de los que piensan que es mejor comprobar que correr. Un día me enseñaron que no vale de nada contarlo el primero si no lo vas a contar bien.

—¿Qué te parece el becario? —le pregunto a Arnau porque sé que quiere decirme algo.

—Una rata trepadora. ¿Sabías que el primer día, nada más llegar, se ofreció como jefe de becarios?

—¿Jefe de becarios? —No sé si el atrevimiento del chaval me produce más hilaridad o más estupefacción.

—José Mari, que lleva este año la admisión por secciones, todavía está hiperventilado de las carcajadas. Dice que nos lo colocó para que le bajáramos los humos. Le prometió ser jefe de becarios de cultura.

—Animalito... si sólo le tenemos a él.



—Pues nos toca amaestrarle. Si se puede. Pero, Leo, para no meter la pata, un detallito que me sopló José Mari ayer: los padres del chaval son amigos de la familia de García. El pobre José Mari estaba abochornado pensando que nos ha colado un espía del director. Sin saberlo, claro. Le dije que así tiene más gracia. Que disfruto pensando en lo mal que le sienta a García enterarse de lo que decimos de él. Pero como no quiero que tú te metas en un lío...

Arnau siempre cuida de mí. Siempre se preocupa. Aparta del camino las piedras contra las que el choque sería inevitable y deja aquellas de las que se puede aprender con el traspiés. Arnau es mi otro padre. El que yo elegí porque el mío no estaba.

Cuando llegué al periódico le faltó tiempo para adoptarme. Entonces yo no lo sabía, pero Arnau fue el responsable de que me llamaran para escribir en El Globo. Leyó un artículo mío en una revista gratuita sobre literatura en la que colaboraba. No recuerdo que fuera especialmente brillante, pero le sorprendió que un chaval de veinte años escribiera con ese desparpajo de Flann O'Brien. No era lo que se suele decir un autor popular. Cuando me dejé caer por la redacción, con una carta suya que decía «preséntese ante el redactor jefe de suplementos culturales», a Arnau le enterneció mi mirada de náufrago. Aunque todos los veinteañeros son un poco robinsones tratando de guiarse perdidos en el mar. En aquel océano agitado de los primeros tiempos, Arnau fue mi estrella polar.

Él tenía todo lo que, en mi imaginario, a un buen periodista no le podía faltar. Era culto, divertido, observador y endiabladamente rápido. A veces imaginaba que en su cabeza un pequeño ejército de diminutos guionistas escribían las frases que desplegaba con pasmosa facilidad. Nunca le faltaba una respuesta ni un giro brillante. Nunca desaprovechaba la oportunidad de un juego de palabras o de un juego sin más. Nunca olvidaba el título de una obra, la anécdota de un autor, el detalle nimio de la escena de una película. Y lo soltaba siempre en el momento adecuado para arrancar una sonrisa o una reflexión. Había estado en todas partes y había entrevistado a todo el mundo. De Susan Sontag a Don DeLillo. Y parecía tener de todos un recuerdo tan claro como si hubiera sido ayer. Cualquiera otro lo habría utilizado para darse importancia. Pero no Arnau. Porque Arnau era uno de esos periodistas que prefieren difuminarse para que brille la noticia. Iba. Analizaba. Preguntaba. Volvía a preguntar. Nunca se dejaba una duda en la libreta. Unas libretitas negras que amontonaba en las estanterías de aquel despacho convertido en la comuna de cultura. Decía que si éramos capaces de entender su letra, allí teníamos lectura para meses. Pero no sé por qué, cuando me encontró mirando una de ellas, me sentí como un adolescente al que su padre pilló cotilleando el Playboy. En aquel cuaderno desnudaba a Borges con el mimo de un amante rendido que descubre la belleza perfecta. Le entrevistó para La Vanguardia a mediados de los ochenta. Arnau todavía vivía en Barcelona. La libreta entera estaba dedicada al ciego visionario: minuciosa, detallista, con recortes de entrevistas pasadas, fragmentos de cuentos, frases entrelazadas divididas por temas. Y preguntas y más preguntas. Reflexiones. Dudas. Había una sección con fotos de bibliotecas: la del Trinity College, la del Congreso de Estados Unidos, la Morgan, la del monasterio de Melk, la sala de Lectura del British Museum, la Riggs en la Universidad de Georgetown. Y la del monasterio de Mafra, una postal antigua de aquella sala que parecía no tener fin. En las últimas hojas, Arnau había pegado con cuidado un recorte desplegable con la entrevista. Una doble página de La Vanguardia del domingo, ligeramente marchita. La entrevista que a mí me hubiera gustado hacer. Años después, allí estaba Arnau, el mismo Arnau, un poco más viejo, más perra y más caballero. El hombre que se había sentado con Borges y con

Billy Wilder me regalaba todo su saber. Y su amistad. Ejercía de maestro generoso. Interpretando su propia versión de Pigmalión.

—Oye, ¿y si le damos un recopilatorio de frases al becario? A lo mejor se le pega algo.

—Sí, aquello de «nunca desaprovecho una ocasión de practicar sexo o de salir en la tele» — bromeó Arnau.

—Ésa es más del estilo de García. ¿Le viste anoche en esa tertulia política? Todo un maestro en Retórica de la Nada. —Su presencia en aquel plató me parecía una falta de respeto para El Globo. Nos dejaba a todos en evidencia.

—Te he dicho mil veces, querido Leo, que no hay que ver la televisión. Cuando acabes el artículo lo escribes cien veces y con buena letra.

—Sí, señor profesor.

—Y hablando de escribir... ¿cuándo va a dignarse el señor escritor a pasarme el siguiente capítulo de su novela? —Arnau siempre quería ser el primer lector de mis ficciones. Lo reclamó desde que conocí mi inclinación por la literatura y yo nunca me había podido negar. Con esta novela nuestra relación de autor en pleno proceso creativo y lector en primicia con derecho de voto y veto no iba a cambiar.

—Mañana, no seas pesado.

—Después de escribir lo de no-hay-que-ver-la-televisión, copias cien veces no-volveré-a-insultar-al-profesor. Jodido deslenguado.

—Sí, señor profesor.

Los dos volvimos a enfrascarnos en el ritual del teclado. Él aporreando su ordenador como si con los dedos pudiera golpear tanto como con sus palabras. Yo con el suave repiqueteo del niño al que tuvieron la prevención de enseñar mecanografía. Aquella dulce inocencia de los padres setenteros que te animaban a añadirlo en el currículum como una habilidad más. Mecanografía y carné de conducir. Sin duda el detalle que haría decantarse a cualquier seleccionador de personal. Pero así éramos los niños de barrio. Aprendíamos a escribir a máquina y a programar en Basic. Con eso y el inglés ya estaba asegurado el futuro laboral. Arnau era de los de antes, de los que aprendieron a escribir sobre las correosas teclas de una Underwood portátil, esa máquina pétrea en la que murieron estrellados tantos meñiques.

—Por cierto, me está quedando muy bien tu personaje...

Lo mencioné de pasada. Como quien deja caer un detalle en medio de la nada. Pero sabía que mi comentario tendría sobre su vanidad el efecto expansivo de una pedrada en un estanque tranquilo. ¿Su personaje? ¿Un personaje más personaje que una persona con su personaje particular?

—No hablas en serio... —Lo dijo muy despacio, sin perder la compostura, como para que no se notara lo que acababa de provocar en él.

No. No se lo dije en serio. Quería ponerle a prueba. Saber si leería mis páginas con una atención distinta, buscándose en cada frase. Después de un silencio, sin repiqueteo de teclado, ni palabras, Arnau pareció volver de muy lejos.

—Sólo te pido una cosa: que sea bueno. No necesariamente en el sentido de la bondad. Bueno como personaje. Tú ya me entiendes.

Sí. Le entiendo. No podría soportar ser mediocre ni en la ficción.

El mundo está lleno de suburbios, pero el mío estaba más lejos. Pasó mucho tiempo para darme cuenta de que todos son iguales. Armatostes grises amurallando la prosperidad vedada del centro. Alguien que jamás vivió allí se inventó aquello de ciudad dormitorio. Quizá porque era donde la ciudad alimentaba sus sueños. El descampado enladrillado. La colmena de anhelos. Los árboles incipientes y los parques de tierra en los que los niños de los setenta aprendimos a jugar. Ya no queda ni un aro en las viejas canastas. Ni hay nadie patinado por la explanada donde se acababan las casas. Ni las casas se acaban ya allí. Pero al menos los árboles dan sombra y en los bares las cañas se siguen sirviendo con esas patatas crujientes una micra más gruesas de lo habitual. Nos hicimos mayores y nos largamos. Mientras, el barrio permanece periférico e inmutable. Un poco más oscuro. Como si los sueños incumplidos se hubieran quedado pegados en las fachadas tiñéndolo de decepción.

Lo que es como siempre es la línea 10. El metro que sigue parando con su carga de ojeras y de cansancio diario. Los vagones son más modernos, pero los viajeros continúan igual. Cambian las caras sin cambiar los gestos: la mirada perdida, la marea de cuerpos, la danza estudiada buscando un asiento, los cuellos vencidos contra la pared, la carrera por el andén con las puertas cerrándose. Un último acelerón. Un salto. Entrar por los pelos. Resoplar.

A veces vuelvo a tomar esa línea para ir a casa de mi madre. Me monto en el metro y en mis recuerdos. Aunque aquella noche, en mi cerebro, los días de la infancia se mezclaban con Gore Vidal. El tren se ha parado en medio del túnel, pero yo estoy muy lejos: al sol de Cinecittà. Si cierro los ojos, Vidal, malicioso y sonriente, le dirá a Stephen Boyd que el romano más macho de Hollywood, el valiente tribuno aficionado a las cuadrigas, está enamorado de Ben Hur. Imagino a Vidal con sus gafas oscuras, dejando resbalar su mirada junto a las gotas de sudor sobre el pecho de Messala. Muy perra y muy caballero.

Hace falta ser las dos cosas a la vez para colársela así al imbécil de García. En el fondo Arnau disfrutó aquella tarde al ver la cara desencajada del director. Casi me daba pena, desbordado por todo lo que entregamos para contar la muerte de Vidal. Todo eso que él no quería pero que tendría que pagar: los freelances, los colaboradores, las columnas de los escritores de la casa que son de la casa pero pasan factura. Material de sobra para un suplemento especial.

—Se os ha ido un poco la cabeza... ¿no?

—Lo justo para un genio. —Arnau tenía el temple del triunfador de un torneo medieval—. Pero no te preocupes, García, cuando tú te mueras, haremos una página más.

Arnau, casi te pasas de frenada. A veces es tan excesivo. Tan cerebral y tan irreflexivo en una

mezcla imposible. Me hace gracia cuando Alicia le llama el Barón de Boutade. El título perfecto para su audacia.

Es curioso cómo la memoria se puede enredar en su propio ciclo circular. Cómo las neuronas se conectan para hacerme pasar del suburbio a Gore Vidal. De Gore Vidal a Arnau. De Arnau a García. De García golpeado por la lengua desatada de mi amigo a Alicia. Y Alicia me llevaba irremediamente de vuelta al metro y los días de la facultad cuando regresábamos al barrio en la línea 10.

Formábamos un trío extraño, Alicia, su hermano Diego y yo. Diego y yo, inseparables desde pequeños. Alicia, la mayor, llegando antes a todo, abriéndonos las puertas de la vida. Dos años más le daban una ventaja absoluta: aterrizó antes en la facultad y se desengañó antes, se fue antes a Dublín a servir cervezas calientes durante el verano y encontró trabajo antes que nadie en aquel periódico que contrataba a todo el mundo porque nunca llegaba a pagar. Ya entonces estaba claro que la cámara guiada por sus ojos se convertía en una especie de caja mágica donde capturar la vida. Eso tenían sus fotos: carne, alma, una dimensión humana muy poco habitual. A Diego y a mí, atrapados en las absurdas asignaturas de segundo, nada nos podría embelesar más que sus historias del periódico. Mientras ella se pegaba por una foto en una manifestación, nosotros nos partíamos la cara con Saussure. Lingüística para nada, porque luego nadie te enseñaba a redactar. Pobrecitos plumillas. Alicia se reía de nosotros en la cafetería de la facultad, divertida y lenguaraz. Venía por las mañanas, y no todas, cargando con la bolsa de la cámara y se largaba corriendo para cumplir con el periódico. Algunas veces, cuando tenía tiempo, se quedaba a comer. En los días de primavera cambiábamos la cafetería, plomiza y atestada, por el césped luminoso que rodeaba el edificio. Cientos de periodistas por el camino de la desilusión cerrando los ojos bajo el sol de mayo. Y Alicia allí, junto a nosotros, alimentando sus pecas y mis fantasías. Su felicidad laboral no duró demasiado. El periódico quebró y se fueron todos a la calle, pero por el camino, Alicia había descubierto lo que no enseñaban los libros ni los profesores, lo que sólo se aprende buscando un buen encuadre más allá de lo obvio, pasando frío en la puerta de la Audiencia Nacional, mojándote en la banda de un campo de fútbol de segunda, equivocándote de objetivo una noche en un concierto, sintiendo que los pies se duermen de tanto esperar en uno de esos practicables donde les gusta confinar a los periodistas. Alicia se había hecho mayor y Diego y yo seguíamos peleándonos con Saussure.

—¿Y si escribimos un reportaje? No sé. Un tema original que podamos presentar en alguna revista. Si no lo hacemos es como si ya nos hubieran dicho que no.

Diego y su empuje vitalista. Él lo tenía claro. Íbamos a escribir un artículo sobre una historia sorprendente que alguien nos había contado: un grupo de monjas hinchas acérrimas del Madrid iba al campo todos los fines de semana con la bufanda blanca y morada por encima del hábito. El punto de partida lo tenía todo: inesperado, gracioso, permitiría momentos de asombrada ternura y de moderado costumbrismo. Lo escribiríamos entre los dos. Como lo hacíamos todo. Si Alicia fotografiaba a las monjas en la grada del Bernabéu, lo venderíamos sin pensarlo. Teníamos una fe ilimitada en nuestro talento que la vida fue convirtiendo en prudente agnosticismo. Aunque hay que reconocer que «En la gloria deportiva: las hermanas del Madrid» nos quedó bastante bien. Bueno, nos quedó de puta madre. Y nos lo compraron en un periódico nacional para el suplemento del domingo. Diego tenía razón. Ése era el camino. Nos habían pagado poco, muy poco, pero compensaba ver nuestros nombres escritos bajo el título en aquel papel suave en el que tantas

veces habíamos leído las palabras de otros. Sólo que nunca los vimos. Nos publicaron el reportaje sin firmarlo. Cuando llamamos indignados al periódico, la secretaria nos especificó que en el contrato no se contemplaba la firma del trabajo. Lo dijo como quien está acostumbrada a dar esa explicación y servir de escudo de sus jefes contra las quejas de los principiantes parias. Siempre tuvimos la sensación de que no era la primera vez que lo hacía. Pero sí fue nuestro primer desengaño. La pasta al menos nos dio para pasar un fin de semana en un hotelito de Ibiza. Y como aquel dinero estaba gafado, ese fin de semana se nubló.

La única que sacó algo en claro fue Alicia. Además de las fotos en color que colocamos a los del periódico, había tirado más de diez carretes de blanco y negro con otra cámara. Parecía la continuación lógica de la famosa foto del cura jugando al fútbol en un descampado gris de la España de los cincuenta. Le vendió el reportaje a otra revista por diez veces más de lo que nos habían pagado por el primero. Lo que nosotros sacamos de nuestros inicios anónimos fue menos tangible. Diego descubrió que si quería ver su nombre en un periódico aquel método no era el mejor. Yo aprendí lo que ya sospechaba, que podía trabajar por dinero, pero que nunca tenían mucho para pagar. Siempre eran malos tiempos. Había llegado tarde, pero me daba un poco igual. Ventajas del alma bohemia. Con diecinueve años quería poco más que escribir. Y salir del barrio.

Y salí. Vuelvo a veces, como aquella noche, a cenar. A ver a mi madre. A compartir con ella una buena sesión de chismorreos del periódico. O a hablarle de la novela. Dice que me quedo atrapado en el siglo XVIII, pensando en Rossum y en su Corte portuguesa. Y no sé muy bien si quiere sacarme del palacio de João V o colarse conmigo cuando me pregunta por los inventos de mi profesor. Lo que sé es que allí, hablando con ella, me siento como cuando de pequeño, sentado en la encimera de la cocina, recitaba los emocionantes avatares del patio del recreo. Daniel Gómez se ha caído otra vez jugando al fútbol. Se ha roto el pantalón del uniforme. No te puedes imaginar cómo le ha regañado la señorita Luisa. Le ha dicho que ya estaba harta de mandar a enfermería todos los días. Luego se supo que Daniel Gómez tenía seis dioptrías en cada ojo, que se caía porque le resultaba imposible ver el suelo bajo sus pies. Uno de esos casos en los que las gafas corrigen la falta de equilibrio. A Elena Pérez Corredor la han pillado fumando en el baño del gimnasio. Dicen que la van a expulsar durante una semana. Ha venido su padre y se la ha llevado del colegio. A Elena Pérez Corredor no la volvimos a ver. Ni a su hermano pequeño, que al parecer era el que robaba los paquetes de Fortuna en casa. Mi madre me escuchaba como si la nuestra fuera una conversación de adultos. Ella siempre cultivó entre nosotros una relación de igual a igual, en la que las pequeñas cosas del colegio eran tan importantes como las grandes cosas de la vida. La infancia sólo significaba falta de experiencia. Siempre decía que la inteligencia ya estaba allí, deslumbrante y arrolladora, borboteando en un cerebro de nueve años. Quizá por eso me convirtió en un niño con un léxico digno de un traductor y un discurso propio de un licenciado en filosofía. Un pequeño monstruito que por suerte tenía la suficiente gracia como para reírse de sí mismo y no resultar repelente.

Aquel niño lleno de palabras, marcado por la experiencia que le ha convertido en adulto, vuelve para cenar. Siempre con la desconcertante sensación de que los ladrillos también pueden envejecer. El camino del metro a mi casa es igual pero ya no es el mismo. Los años han pasado por las calles como por la cara de mi madre. La misma mirada y la misma sonrisa, pero todos y cada uno de los golpes de la vida han quedado grabados en su piel. Los edificios también se han cubierto de arrugas, de grietas grises como canas sobre el cemento. Hasta el asfalto está cuarteado

con manchas de la edad. O quizá el barrio es el de siempre y soy yo el que ha cambiado. Aunque el timbre de casa sí suena igual.

Alicia abrió la puerta.

—Apuesto lo que sea a que se te ha olvidado el regalo.

—No se me ha olvidado. Se me ha muerto Gore Vidal. No me ha dado tiempo a comprarlo. — Puse cara de disculpa. Llegaba tarde y sin nada para Diego. Típico de periodista con horarios perversos. El desastre total.

—Bueno, al menos todavía es hoy. Pensábamos que no te soltarían hasta las doce. Pasa, anda... Están haciendo pizza con masa casera. De la que mi hermano hacía en Italia. Sí, ésa. Mira qué cara de gula.

Mi olfato no tenía duda de la receta. Alicia me dio un beso en la mejilla tan rápido que tuvo algo de furtivo y abrió del todo la puerta para dejarme pasar. En la cocina, Diego vigilaba en el horno y bromeaba con mi madre. Siempre había sido así. Vecinos de toda la vida compartiendo los cumpleaños y las Navidades, los días de fiesta y los lunes aburridos, las mañanas de domingo y las noches de exámenes en la universidad. Alicia y Diego ya no vivían en la puerta de enfrente, pero seguíamos formado una familia con lazos más fuertes que los genealógicos porque los habíamos anudado nosotros mismos.

—Felicidades, falso hermano. —Diego me dio uno de esos abrazos que se salen del patrón del tiempo. Largo. Sincero. De los que significan necesitaba verte. Y él lo necesitaba. Éste era su primer cumpleaños sin su padre. Había muerto unos meses antes dejando un hueco de ausencia sorda. La ausencia. Mi especialidad sentimental.

—¿Qué tal habéis matado a Gore Vidal? —Diego ya no ejercía, pero de sus años de periodista le había quedado esa forma descarnada de hablar. Así somos. Más perras que caballeros.

—Con ciertas dificultades. García prefería elevar a los altares de la primera página a una nadadora desconocida. Que no pasará a la historia más que por chapotear. Pobre. No contaba con que Arnau no iba a permitir semejante herejía.

—Mucho Arnau para tan poco García. —Mi madre y sus frases lapidarias. Nuestra risa cómplice a su alrededor.

A Lola le bastaba con seis palabras para ponerlo todo en su sitio. Desde el pasillo. Mientras llevaba los platos a la mesa. Mucho Arnau para tan poco García. Sí, eso era. Y eso era lo que los dos, Arnau y Lola, mi madre, tenían en común: su amor, reverencial, entregado, disciplinado ciego y desmedido por las palabras. Las palabras eran su religión y su elemento. Eran su casa. Mi madre había intentado, durante toda su vida, contagiar esa fe en la letra a sus alumnos de lengua. Me la contagió a mí. Me llenó la infancia de historias. De frases que me han convertido en lo que soy. Escritor. Periodista. Palabrero. Un equilibrista léxico. Malabarista en un circo gramatical.

—Mucho Arnau para un curro tan triste. —No pude evitar la amargura al decirlo.

—Lo que queda de El Globo no se merece a un pedazo de periodista como él. Ni te merece a ti. Ni a mí. Aunque a mí cada vez me encargan menos cosas. —Alicia había sido la fotógrafa estrella del periódico. Pero alguien decidió que era mejor llamarla como colaboradora. No sólo habían inventado un nuevo verbo, externalizar, sino que lo conjugaban compulsivamente, aunque les saliera más caro. Lo importante era no tener pesos pesados en plantilla. Al final le pagaban más que cuando era fija, pero eso no parecía importarle a nadie. El departamento de recursos humanos parecía muy acostumbrado a los absurdos en contabilidad.

—Si vais a seguir hablando del periódico, Lola y yo nos vamos fuera a celebrar mi cumpleaños y os dejamos aquí.

—Me parece muy bien. —Mi madre estaba feliz. Desde luego que no sería la primera vez que ella y Diego se iban de cañas. O de copas.

Los dos se lo veían venir. Alicia y yo a punto de entrar en bucle con la vieja cantinela de lo mal que está el periodismo, lo mucho que se aprovechan de los curritos, cómo los que nunca escriben pero siempre mandan han prostituido la profesión. Aunque yo cada vez estaba más convencido de que todos teníamos la culpa. También nosotros, por habernos vendido demasiado barato.

—Bueno, si queréis hablamos de la tele. De los viejos tiempos del homenajeado... —Alicia a veces disfrutaba ejerciendo de hermana mayor. Mala.

—Sí, claro, como es mi cumpleaños, vamos a hacer escarnio de mis tiempos de gloria. Sois unos cabrones. Y perdona, Lola, por lo que te toca como madre de este impresentable que es mi mejor amigo.

Es decir, yo. Diego había trabajado en televisión muy a finales de los noventa. Un negocio en el que la gente se gritaba mucho, se decía poco, se tiraba cosas, se esnifaba todo y se llevaba a casa cantidades pornográficas de dinero. Diego no se metía con nadie, ni se metía nada por la nariz, ni metió la nariz en donde no le llamaban, ni dejó pasar un día sin decir algo interesante en pantalla. Una proeza de la que pocos podían presumir. A él le bastaba con mirar a cámara y poner su mejor sonrisa de enfant terrible y su cara de romper todos los platos si era necesario. Su físico era una especie de salvoconducto que le permitía decir cualquier cosa en ese microcosmos en el que pronunciar una palabra inteligente parecía un agravio contra la audiencia. Qué más daba que el chico hablara de Hizbulá o de la Intifada en un late night. Era jodidamente guapo. Televisivamente perfecto. Simétrico y telegénico. La cara que cualquiera querría para su cadena. El chaval al que adoraban las abuelas aunque no entendieran la mitad de lo que decía. El novio perfecto. El yerno soñado. Con aquella voz grave y aquella risa espontánea. Que hablara de lo que quisiera. A los espectadores no les iba a dar tiempo a aburrirse, embelesados en sus facciones. Pobre Diego. Nunca se acostumbró a ser el único animal genuinamente exótico en la feria de los bichos raros.

—¿Te acuerdas de aquello que contabas de la boda de la Infanta? —De todas las anécdotas de Diego aquella era la que más impresionaba a mi madre—. Cuando fuisteis a comprobar las cámaras el día de antes y os encontrasteis con un velatorio...

—No he visto una cosa igual en la vida... Ni la veré. Mira que no hacer una foto. —Alicia siempre le echaba en cara no haberse llevado la imagen del hombre muerto, amortajado en la cama, mientras un equipo de televisión comprobaba los tiros de las cámaras desde los balcones de una casa sobre la que acababa de caer la tragedia. La viuda llorando. Los hijos deshechos en lágrimas. El cadáver frío sobre la cama con la manta verde. Las incómodas sillas de madera torneada rodeando la habitación. Diego lo había contado tantas veces que éramos capaces de verlo. Pero Alicia demandaba la imagen inequívoca de un negativo.

—Claro, tú te crees que todos vamos por la vida cargados con cinco cámaras. Te recuerdo que entonces no hacíamos fotos con estas cositas. —Diego miró con desprecio el móvil, como si fuera un enemigo—. Y que por lo menos había intimidad. Y que me habría dado una vergüenza horrible.

—Qué morro, hermanito. No te dio ninguna vergüenza volver la mañana siguiente y hacer todo

el programa desde el balcón del dormitorio convertido en capilla ardiente.

—Pero eso es distinto. —Mi papel tantas veces repetido de mediador familiar entre dos hermanos que se querían llevándose la contraria—. Diego estaba trabajando. Tenía que hacer la retransmisión. Y sólo tenían esa casa. Esos balcones. Alquilados hace meses. Por una pasta, coño, acuérdate. Por una pasta. Y el día de antes se muere el dueño de la casa y plantan allí el velatorio. Ya me contarás qué iban a hacer.

—Hablar a cámara y no mirar más allá. —Diego en su versión puro sentido común.

—Todos habríamos hecho lo mismo, Alicia. Lo que yo todavía no entiendo es cómo pudiste. —Mi madre siempre le preguntaba lo mismo—. Cómo no te bloqueabas. Normal que algunos digan que la anécdota es apócrifa. Estuviste tan bien. Como si nada pasara.

Mi madre vio el programa entero y todavía no se podía creer que allí, detrás de la cámara, un hombre yaciera muerto mientras Diego hablaba. Estuvo tan tranquilo, tan brillante, tan ocurrente en aquella retransmisión que parecía imposible todo lo que después nos contó. Cuando llamaron a la puerta y la viuda llorosa les dijo que su marido había muerto, pero que no se preocuparan porque le había dado tiempo a preparar café para la gente de la tele. La gente de la tele y su efecto hipnótico sobre buena parte de la humanidad.

Vistos desde lejos, alrededor de la mesa de casa de mi madre, hablando, comiendo la pizza casera de Diego y bebiendo vino, debíamos de parecer una familia más. Aunque quizá era un poco difícil establecer nuestra relación. Quién era hermano de quién. De quién era madre mi madre. Qué pintaba Alicia allí con sus pecas y su piel blanca, casi transparente. Diego y yo podíamos pasar por hermanos. Misma estatura. Parecido peso. Los dos con el pelo negro, los rizos levemente domados. Aunque esos ojos azules suyos siempre le daban ventaja.

Daba igual. Éramos una familia construida a golpe de destino. De afinidad. De cruces. De vida. Sólo faltaba nuestro Santo Padre Arnau.

—Por cierto, Arnau me ha dicho que le llamemos si luego vamos a tomar una copa. Se ha quedado en la redacción cuidando de que el tarro de las esencias de Gore Vidal no se derrame en el cierre.

—¿Eso lo ha dicho? ¿Tal cual? —Alicia nunca se acostumbraría al alambicado vocabulario del bueno de Arnau.

—¿Tienes duda? Textual. Dice que cuando murió Arthur Miller se despistó y García le tiró una página entera.

—Qué cabrón. —Esa sonrisa de Diego capaz de dulcificar cualquier taco.

—¿García o Arnau?

—En cierto sentido, los dos.

—Y hablando de Arnau... Si no os importa, le he prometido que le iba a mandar otro capítulo de la novela. Si no lo tiene antes de que le llamemos para la copa, me va a colgar del palo mayor. Se lo envió en un momento desde el portátil y saco el postre.

—He hecho tarta de chocolate. —Mi madre guiñando el ojo con cara de demonio tentador. Lola y sus recetas pecaminosas.

—Nuevo capítulo. Mira qué suerte tiene Arnau. Siempre es el primero en leer todo lo tuyo. —Había en Alicia un ligero tono de reproche—. ¿Y de qué dices que va?

Me levanté. Hice una pausa que consideré adecuadamente teatral. Y con voz de maestro de ceremonias dije: «Capítulo dos. Los fantasmas de Mafra». Acercando mucho mi cara a la de



Alicia clavé mis ojos en los suyos. Cuando su perfume estaba tan cerca que parecía el mío y su aliento se había colado en mi boca, sólo añadí...

—Buh.

Cuando la noche caía en el monasterio de Mafra, un aleteo como de papeles llevados por el viento resonaba en los estantes de la biblioteca. La leyenda decía que los libros cobraban vida al ocultarse el sol. Lo que la leyenda no explicaba era por qué el eco del revoloteo iba acompañado de un coro de agudos gemidos. Hubo quien llegó a afirmar que aquellos ruidos extraños provenían del vagar de los fantasmas. Los fantasmas del saber. Como si cada noche lloraran por tener que esperar durante todo el día para volver a la biblioteca y poder leer. Así fue como le contaron la historia al Infante José. Su Alteza no debe dejar que el ocaso le encuentre leyendo en la gran galería de mármol de Mafra, los libros cobran vida y hacen resonar sus páginas para incitar a los espíritus que buscan el conocimiento. Si se topan con un humano se llevarán su alma para la eternidad. Y vivirá en la maldición constante de dormir de día y leer de noche. Alguien más informado se habría dado cuenta de que ese embrujo maléfico sonaba como una bendición para el heredero del trono de Portugal. Siempre leyendo. Siempre con su música. Siempre refugiado en el laboratorio mágico de su profesor. Pero José no tuvo la oportunidad de tentar a los espectros. Si alguna vez estuvieron, decidieron ocultarse cuando aparecía él.

Pasaron muchos años para que el Infante descubriera lo que la biblioteca de Mafra ocultaba tras sus estantes. Sobre las baldas, formados como un ejército de sabiduría, se desplegaron los libros de su Majestad. Pero otro batallón más oscuro velaba por cada una de sus hojas.

En aquel pacífico tiempo de partituras y clavicordios, el Infante José no podía imaginar el dilema al que su maestro Rossum se iba a enfrentar, el endiablado problema técnico que tendría que resolver. No sospechaba que su madre había accedido a prescindir de su preceptor. Disfrutaba de sus horas en el laboratorio del profesor con la confianza inocente de quien piensa que nada puede cambiar. Como si los días de la infancia fueran a ser eternos. Como si nunca fuera a acabar la felicidad de dejar morir las horas en aquel taller. José se deleitaba en el placer de ver caer sus dedos sobre el clavicordio. El tacto pulido y compacto de las teclas. El retumbar sonoro que responde a cada uno de sus movimientos.

Mientras, el profesor se sumergía en su mundo minúsculo. Navegaba en las profundidades de su pensamiento y de algún artilugio extraño. El Infante le mira con la impunidad de quien ve sin ser visto. Para Rossum sólo existe el mecanismo de finas varillas en el que está trabajando. Comprueba el movimiento de unos cilindros plateados enhebrados con cientos de hilos brillantes. Toc. Toc. Golpea con ellos la superficie de su gran mesa y ajusta algo en el interior con un pequeño punzón. Sus dedos se afanaban en ejecutar movimientos mínimos y precisos, pero su cerebro volaba a la región donde nacen las genialidades. Allí está Rossum, frente a su mesa de

trabajo, ese espacio inmenso donde se multiplican sus tesoros de mago. Ruedas dentadas, hilaturas de oro, fuelles de delicado papel, resortes diminutos y muelles descomunales, lengüetas de materiales desconocidos, lentes de todos los tamaños, tubos, palancas, bastidores, monturas. Aunque José sabía que por muy deslumbrantes que fueran aquellos chismes, la cabeza de su maestro aún atesoraba piezas con las que construir mayores prodigios. Él lo había visto.

En la puerta, un ruido rompió el hechizo de la ceguera de Rossum. Levantó la cabeza con dificultad. Las dimensiones del mundo real eran tan diferentes de su universo mínimo de engranajes y bielas que le costó adaptar la vista. Alguien llamaba. Precedido de dos de sus criados, entró el secretario de la Reina.

—Profesor Rossum, disculpad la interrupción. Su Majestad doña María Ana de Austria me manda para comunicaros que el primer arquitecto del Rey ya os espera en el salón de recepciones para vuestro viaje a Mafra. Su Alteza el Infante puede acompañarme para que le presente a la señorita Constanza Rivolti, que desde hoy será su maestra de canto y armonía.

El Infante no entendió lo que el secretario decía a pesar de conocer el significado de todas y cada una de sus palabras. Maestra de canto y armonía. Rivolti. Para él. Por qué. Y por qué tenía que viajar Rossum. ¿Se iba a marchar? ¿A Mafra? Ese palacio que obsesionaba a su padre. Pero ¿por cuánto tiempo? Siguiendo al secretario de su madre y al profesor Rossum por las galerías de palacio, el Infante José se sintió expulsado del Paraíso, del Edén Rossumiano donde había aprendido a imaginar. A ser feliz. Su preceptor había cerrado la puerta como si no pensara volver en mucho tiempo. Había guardado el artilugio en el que trabajaba en una caja forrada de terciopelo. Sus herramientas en una maleta junto con unas cuantas prendas. Y el almohadón deshilachado con el que solía dormir.

—¿Cuándo volveréis, profesor? —José se paró, obligando a frenar a toda la comitiva. Su cuerpo se negaba a alejarse del Reino de Maravillas de Rossum.

—Estaré de vuelta pronto, Alteza. No puedo especificaros cuándo porque no depende de mí. Sus Majestades quieren que ayude al arquitecto Ludovice. Ha encontrado unas pequeñas dificultades en el nuevo palacio que nuestro Rey construye en Mafra.

—¿Pequeñas? Entonces no le llevará mucho tiempo...

—No lo sé.

Rossum, arrodillado frente al Infante, supo lo que los demás parecían ignorar, que en este momento José era sólo un niño que luchaba contra las lágrimas. Lo vio en el temblor de su barbilla, en el movimiento incontrolable de su labio inferior. Y olvidando las estrictas leyes de palacio, la norma que dice que él es un plebeyo y el niño de diez años un ser elegido por Dios, Rossum abrazó al Infante como nunca nadie le había abrazado para resbalar un cálido susurro en su oído. No llores, José.

El Infante se llevó de su profesor algo más que ese abrazo. Rossum le prometió construir para él la biblioteca más hermosa de Occidente. Ésa era la ayuda que tanto necesitaba el arquitecto real. El talento de Rossum para resolver problemas irresolubles. Su Majestad quería albergar en Mafra una colección más grande que aquella del paço da Ribeira. Poco le importaba al Rey la humedad que destrozaría los libros o los voraces insectos. Él quería la biblioteca más impresionante de la cristiandad. Y la iba a tener.

El arquitecto de palacio, João Federico Ludovice, el alemán que renunció a serlo, el orfebre que fue nombrado coronel de ingenieros para levantar el San Pedro portugués, se sentía atrapado

en el deseo de un hombre menos sabio pero más poderoso. Necesitaba del ingenio de Rossum para satisfacer el último capricho de su soberano.

—Profesor, vos no podéis imaginar lo inapropiada que es la sala que ha elegido el Rey. Su Majestad desea que la biblioteca se sitúe en la última planta. Ha quedado prendado de una estancia que da al este que yo había proyectado como salón de baile. Me parecía perfecto para impresionar a los invitados, los embajadores, los Príncipes extranjeros. Sobre todo porque, para llegar, hay que recorrer la iglesia y las cámaras más bellas del monasterio.

—Ah... la vieja vanidad de los arquitectos, amigo Federico. Queríais mostrar vuestra obra a todos los que visitaran Mafra y al final Vitrubio os ha castigado inspirando en el Rey deseos imposibles.

—Eso será, profesor. Lo cierto es que a su Majestad le parece perfecta la orientación y la gran bóveda de cañón de mármol blanco. Y no le importa, por más que yo insista, que la luz sólo sea propicia para leer en las primeras horas de la mañana. En cuanto el sol atraviesa el mediodía, en la sala sólo queda su reflejo en la piedra. Y luego está la maldita humedad. Y los insectos. Los insectos son mi pesadilla, Rossum. Así os lo confieso. Sueño con ellos.

Ludovice aireaba sus penas a gritos, elevando su voz sobre el estrépito del carruaje de Rossum. Las ruedas retumbaban en el camino que les conducía a Mafra. A pesar del traqueteo constante, el profesor tomaba notas gracias al pequeño trasportín con forma de mesita que había mandado instalar.

—¿Y dice que las paredes del oeste están cegadas y las del este abiertas al exterior?

—Sí, profesor, así es.

Al arquitecto le sorprende que el profesor pueda escribir sin importarle la tortura de los saltos. No le afectaba el vaivén tormentoso del carruaje, ni el estruendo continuo, ni la estampida de polvo a su alrededor. Rossum metido en la esfera de su universo científico. Ausente y un poco ido. Y, sin embargo, había algo en aquel hombre larguirucho y callado que alimentaba la complicidad. Ludovice no sabía si era su repentina risa sincera. O esa limpieza en su mirada, casi infantil. O su innegable generosidad. Al fin y al cabo, allí estaba Rossum, colaborando sin pedir nada. Enredado en aquella aventura casi sin preguntar. Tan sólo porque ante la Reina había accedido al favor. Ayudaría al arquitecto Ludovice a controlar la luz en la gran sala de lectura. Y encontraría una solución para acabar con los insectos que se negaban a desaparecer.

Cuando llegaron a Mafra, con sus torres y sus cúpulas todavía en construcción, a Rossum le pareció que estaban entrando en el remoto Reino de Camelot. El edificio, todavía sin terminar, ya era inmenso y rotundo. Como un cíclope en un país de enanos. Parecía pertenecer a otra civilización, a un pueblo de gigantes refinados.

—Más de cincuenta mil hombres trabajan en el nuevo palacio de Rey. —En la voz de Ludovice resonaba el orgullo del arquitecto que los mandaba.

—Como si el Rey fuera un faraón. —Rossum lo dijo en un tono casi imperceptible, dejando que su voz se perdiera en el retumbar de las ruedas oscilando sobre el camino.

—¿Qué habéis dicho, profesor?

—Nada, Ludovice... Olvidadlo, por favor.

Rossum se preguntó para qué quería el Rey un palacio así. Una locura desmesurada en la que habrían de trabajar decenas de miles de hombres. Por qué era necesaria esa desproporción. El delirio del Rey Magnánimo, el magno disparate de su Majestad.

La bóveda de la que habría de ser la nueva biblioteca de los Braganza resultó todavía más sobrecogedora. Blanca. Perfecta. Interminable en su rectitud simétrica. El mármol latía con el último resplandor del día salpicado de sombras.

—Celebro que haya utilizado este mármol espléndido en toda la sala. Es toda una bendición. Nos resultará muy útil. ¿Conoce usted el telescopio de Laurent Cassegrain? —Rossum hablaba como perdido en el arco de la bóveda de cañón.

—No, profesor. Pero no termino de entender cómo un telescopio podría servir para convertir esta estancia en la biblioteca que desea su Majestad.

—No lo entiende, pero lo entenderá, João Federico. Estoy seguro de que puede funcionar. Veamos, nuestro máximo problema es la luz. Sólo baña la sala de forma apropiada a primera hora del día. La única solución para un sol que no quiere bailar a nuestro favor es engañarle, reconducirle, duplicarle, reflejarle. Instalaremos un sistema de espejos en las ventanas cegadas de la pared oeste que llevará la luz de las verdaderas a todos los rincones. Le sorprendería la precisión que se puede lograr. De hecho, le sorprenderá.

El primer arquitecto del Rey Magnánimo estaba confuso ante aquella explicación tan detallada y metódica. Escuchando a Rossum parecía que la respuesta al problema que tanto había torturado a Ludovice fuera de una sencillez evidente. Y así era en la cabeza del profesor. Recitaba su solución poseído por una sabiduría suprema, como si un erudito que hubiera estado sopesando todos los inconvenientes durante mucho tiempo le dictara sus conclusiones. Lo hacía de corrido, con la cabeza elevada al Cielo del que venía su inspiración. Divina. O diabólica. Giraba sobre su propio eje de palabras, como una peonza ansiosa por desenrollar sus teorías. Rossum en el monasterio, convertido en un sabio místico imparable.

—Y construiremos una cámara entre la estantería y las paredes. Para que los volúmenes queden perfectamente aislados de la temperatura exterior. Ni el calor ni el frío deben afectarles. Los estantes serán lo suficientemente pequeños como para que dentro se preserven siempre las mismas condiciones. No muy largos. Ni muy anchos. Hablen con los frailes de la Real Casa de la Librería para que verifiquen los tamaños en los que encuadernan los volúmenes más grandes. Y con Martinho de Mendoça, el bibliotecario del Rey. Las medidas. Las medidas son importantes. Ah. Y quiero que en la base de estantes, donde estén los ejemplares más valiosos, se encaje una gaveta móvil, apenas visible, en la que guardar un generoso puñado de arroz.

—¿Arroz, profesor?

—Arroz, arquitecto. Es infalible contra la humedad.

Cuando Rossum volvió a mirar a Ludovice había en sus ojos un brillo enajenado. Aún no había vuelto de ese espacio, allá arriba en la cúpula, en el que sus ideas chocaban como violentas nubes de verano.

—Todavía hay un particular que debemos resolver, Ludovice. Los insectos. —Y como si no quisiera meditarlo en aquella sala de donde ya se había escapado la luz, Rossum salió removiendo con teatralidad el faldón de su casaca, anunciándole al aire que lo pensaba domar.

De noche, solo en una de las modestas celdas de los frailes, Rossum hacía girar la rueda de sus pensamientos en busca de una solución. Más allá de las dependencias monacales, el edificio luchaba por levantar sus muros. En el corredor sur, los constructores de Mafra seguían trabajando como si la noche no hubiera llegado. El único tiempo que importaba era el que marcaba el Rey. Picaban, clavaban, cortaban. Llenaban el silencio con su partitura de ruidos. Transformaban el

monasterio en lo que un día habría de ser. El ritmo machacón de la obra llegaba a Rossum como un repiqueteo atenuado. O era quizá el recuerdo del tamborileo metálico del ingenio en el que estaba trabajando aquella mañana en su taller. Una mano mecánica con la que habría de perfeccionar su Punteador. Rossum se preguntó cómo sonaría el clave del Infante José mil veces rebotado bajo la bóveda blanca de la biblioteca de Mafra. Al niño le gustaría probarlo. Y volvió a sentir en las mejillas el tacto cálido de sus lágrimas infantiles. Su abrazo vulnerable de heredero huérfano. Y con tristeza de falso padre ausente, Rossum también lloró.

Tendido en el catre, dejaba ir y venir sus ojos en el techo de la celda. Para disipar las lágrimas. Había cierta paz en aquel rectángulo oscuro de esquinas mugrientas que le separaba de las estrellas. No sospechaba que años más tarde sus pupilas sonámbulas se quedarían clavadas en un espacio igual, el de otra celda más tétrica. El calabozo donde perdió, para siempre, la cordura. En aquella noche de destierro forzoso, con las ideas agolpándose contra su sueño, su cerebro poderoso luchaba contra los elementos. Y con la guerrilla de las mil patas. Carcoma. Piojos. Cantáridas. Pececillos de plata. Papilios. Arañas.

Se vio a sí mismo, de pequeño, amputando las extremidades de una araña patilarga. El profesor sólo era Héctor, un niño extasiado en el río de palabras del abuelo Jacques. El nieto que escuchaba las historias de los comerciantes de Amberes. Fábulas de aleteadores nocturnos que velaban por los almacenes. Y allí, en su memoria, en los recuerdos mortecinos de su infancia, encontró la solución al problema de la biblioteca del Rey.

Rossum incluyó en los planos de la que estaba llamada a ser la mayor biblioteca de la cristiandad un enigma para el que no daría explicaciones. Los secretos habitáculos de la zona más alta. Bajo las claraboyas, tras el remate más elevado de la estantería principal, pidió ocultar alacenas con puertas encastradas imposibles de distinguir y unas angostas galerías de un palmo sin finalidad aparente. Los carpinteros cumplieron las órdenes sin preguntar. Trabajaron sin descanso para levantar el armazón que había dibujado el profesor.

Pasaron muchos meses hasta que los artesanos acabaron la estructura principal de las estanterías. Meses en los que Rossum tuvo que abandonar de nuevo a su pupilo el Infante para atender la llamada del arquitecto del Rey. Y cuando por fin los carpinteros terminaron su trabajo, el profesor regresó para probar lo que se le había ocurrido aquella primera noche, ya lejana, de epifanías y revelaciones.

El Rey tendría lo que quería, pero jamás descubriría el secreto que Rossum iba a ocultar tras los immaculados estantes de la biblioteca de Mafra. João V sólo vería su santuario simétrico de sabiduría. Encantado, mandaría decorar la sala con esas intrincadas filigranas tan del gusto francés. En blanco, siempre en blanco, había insistido el profesor. Para que la estancia no pierda su fulgor de ópalo. Pero al otro lado de las maderas impecables, del mármol frío y pálido, el ejército de la noche esperaba su hora. Sombrío y tenebroso. Porque nunca nada en el mundo es lo que en principio puede parecer.

En contra de su costumbre, Rossum había vuelto a Mafra acompañado de cuatro criados de la Corte de Lisboa. Personal de servicio de la Reina María Ana. De los que siempre estaban a su disposición aunque el profesor no dispusiera nada. Esta vez, los necesitaba para llevar tres grandes jaulas de madera meticulosamente cubiertas con una arpillera oscura.

—Cuidado, con cuidado. Déjenlas ahí. —Y cuando por fin las depositaron en el último rincón de la biblioteca, Rossum pidió a su séquito que le abandonara—. No abran las puertas bajo ningún

concepto. Necesitaré un tiempo aquí dentro. El arquitecto real, el señor Ludovice, lo sabe. No tienen de qué preocuparse.

Solo. Casi de noche. Bajo la cúpula de la biblioteca de Mafra, Rossum liberó una veintena de murciélagos y se quedó expectante. Pequeños, oscuros, peludos, violentos. Era lo último que se podía esperar en la pulcritud de aquella sala. Volaron enloquecidos de un lado a otro llenando el espacio de gritos y sombras. Chillidos agudos y el ruido sincopado de su aleteo sin rumbo. Rossum, maravillado, se preguntaba cómo hacían para no chocar. Se lanzaban en círculos, en diagonales locas, en descensos rasantes para después remontar. La poca luz que quedaba atravesaba sus alas convirtiéndolas en hermosas membranas casi transparentes. Esa misma luz que troquelaba su sensibilidad y los volvía locos. Y como si la paz estuviera en la altura, los murciélagos ascendían, se debatían sin descanso, buscaban sosiego bajo la cueva artificial de la gran bóveda blanca.

Y de repente lo vio.

Uno de ellos se frenó en seco antes de chocarse contra el mármol. Dejó su cuerpo en suspenso como si el mundo se hubiera parado. En apenas un segundo único se llevó por delante una araña que había tejido su red en el ángulo exterior de una estantería. Entonces Rossum comprendió sus patrones erráticos. No volaban sin destino ni rumbo. Aquellos seres parduzcos de alas nervadas estaban acabando con los insectos de Mafra. Comían, felices, en su nueva jaula de piedra. Giraban en espirales celebrando el festín. Profesor Héctor de Rossum, Protector de los Quirópteros, Capitán de los Ejércitos de la Noche, Guardés Ausente de los Códices de Mafra, Artesano Reflector de la Luz Exterior. Se sintió satisfecho de lo que había creado, aunque no se llegara a saber. No necesitaba la gloria ni el título. Su ingenio había vencido y a él le bastaba. Ahora sólo quedaba que, al terminar la caza, sus murciélagos encontraran el camino de los escondites secretos. Y que decidieran quedarse allí.

Se tumbó en el suelo dejando que la cúpula fuera su único cielo. Y esperó. En lo alto, sobre las balaustradas del segundo piso, los murciélagos disfrutaban de su danza. Y Rossum disfrutaba mucho más. Aquellos seres oscuros y malditos iban a preservar la belleza bendita de los códices, las letras capitulares de los iluminadores, las florituras de los calígrafos, los rotundos relieves del papel impreso, las suntuosas encuadernaciones de su Majestad. Y musitó para sí un verso que sólo necesitó escuchar una vez para escribirlo en su memoria. Fair is foul and foul is fair. ¿Quién salvaría la perfección prodigiosa de la biblioteca de Mafra? Aquellos monstruos noctámbulos que no se atrevían a pasear de día su fealdad. Aunque Rossum supo encontrar la hermosura en su aleteo irregular y sonoro. Y al cerrar los ojos fue capaz de imaginar los estantes llenos de libros y a los pequeños murciélagos agazapados detrás.

Debió de quedarse dormido porque cuando abrió los ojos el silencio se había hecho en la estancia y las primeras luces empezaban a despuntar. Rossum se levantó desconcertado, torpe, con la dureza del suelo pegada a sus huesos. Los murciélagos no estaban. Habían encontrado las falsas fisuras que él mandó construir para llegar a sus nidos artificiales. Desde las alturas cuidarían de que todo estuviera bien. Señores del cielo abovedado de la biblioteca de Mafra, João V es nuestro Monarca, pero aquí vuestro vuelo es el único rey.

Un nuevo día empezaba. El sol salía y Rossum recordó la primera vez que estuvo bajo esa misma bóveda. La luz macilenta de aquella tarde. La belleza del reto. El mármol palpitante de claroscuro. Su rapto de inspiración.

Y regodeándose en el eco de la larga estancia, miró al lugar donde sólo él sabía que se escondía un secreto.

—Yo os bendigo, murciélagos de Mafra. Que la luz no os ciegue en esta misión. Que guardéis el saber que reposará en estos estantes. Desde ahora sois el Ejército Invisible de su Majestad.



—No hay nada tan fascinante como ver actuar a un impostor.

Arnau miraba la pantalla hipnotizado. Sin apenas pestañear. Mudo por un momento. Toda la redacción estaba en suspenso. Las cabezas alzadas hacia las televisiones que colgaban de las columnas en cada sección. El volumen al máximo. La cara estupefacta del jefe de nacional.

—Mírale. Todos sabemos que es un farsante. Y eso es lo que hace de la tele un juego jodidamente esperpéntico. Eso. Que todo es mentira y lo sabemos. Ahí le tienes. Retórica de la Nada. Con un par. Pero nos tiene pillados. Viéndole mentir. Dándoselas de experto. Bla. Bla. Bla. Y el tipo ni siquiera podría señalar en un mapa dónde está Liechtenstein.

Tenía razón. Nos tenía pillados. Toda la redacción paralizada en una extraña comunión televisiva: unidos por el estupor. En la pantalla, García. Vestido con su traje caro de pijo advenedizo y la sonrisa que nunca dejaba ver en el trabajo. Pretendía ser un experto en fraude, blanqueo de dinero y financiación ilegal de partidos políticos. Había firmado un reportaje detalladísimo en el suplemento del domingo. Lo había firmado. Y nada más. Lo habían escrito José Mari, el jefe de nacional, y Esteban, todo un experto en los laberintos del dinero B. García lo había corregido, simplemente para empeorarlo, y había colocado su nombre debajo del titular. El reportaje era bueno. Muy bueno. Y García, que no tenía talento para hacer nada, pero sí para apropiárselo, se había anotado el tanto. Resultado de la maniobra: allí estaba nuestro excelso director como entrevistado estrella en la tele de máxima audiencia. El hombre que más sabe de España sobre financiación irregular. El presentador lo había dicho para darle lustre a su propio programa. Pero según avanzaba la entrevista se estaba dando cuenta de que su invitado no era de fiar. Cuanto más se pavoneaba, más se ponía en evidencia. García no tenía ni discurso ni recato. Cultivaba el arte de hablar mucho sin decir nada, de manosear una argumentación hueca, sin datos, ni pruebas, ni revelaciones. Y lo hacía sin un mínimo atisbo de dignidad. Llegó un momento en el que el entrevistador le replicó. Zuntegui... su periódico hoy publica todo lo contrario. En primera. En un excelente artículo de José María León.

José María León. Jefe de nacional. Autor de buena parte del reportaje que García había robado. Jugaba nervioso con un cigarro de plástico mientras miraba la televisión. García hablaba. Sin cortarse. Acababa de quedar al descubierto. Ni siquiera se había leído el artículo de hoy sobre el caso. Y le daba igual. José Mari se pasaba la mano por la cara como si al hacerlo pudiera quitarse de encima el sonrojo. Se hacía pequeñito de pura vergüenza ajena, mientras en la pantalla un primer plano gigantesco de García seguía diciendo tonterías. Miguel G. Zuntegui. Director de El Globo. Experto en hablar de lo que no sabe.

Sus dirigidos seguíamos inmóviles, rígidos, extasiados con tanta tontería. Parapetados en nuestros ordenadores. Una oleada de rubor infinito se había apropiado de la redacción. Nuestro director estaba dejando claro en un programa de máxima audiencia que era un perfecto capullo.

—Ahí le tienes. Qué talento, el tío. Nos ha vuelto a abochornar. Aunque no creo que a nadie en la profesión le sorprenda. —Arnau hablaba de él como si fuera un biólogo ante una bacteria.

Mientras, García engolaba la voz y se miraba de reojo en el monitor de referencia. No podía evitar buscar su imagen para comprobar si estaba bien. Si estaba elegante. Poderoso. Apuesto. Periodístico. Una lástima que no se diera cuenta de que como mejor estaba era callado. Por mucho que intentara parecer un especialista, había algo que no podía falsificar. No podía ocultar su propia naturaleza. Su mandíbula encasquillada por los nervios. La actitud envidiosa con la que se enfrentaba al mundo. La vacuidad vertiginosa de sus pupilas. Diego siempre lo decía. La cámara es muy zorra. No se le puede ocultar la verdad. Tenía razón. La cámara era la madre de todas las putas, había seducido a todos los tipos de hombre y sabía cuándo la querían engañar. Y García era de los que engañaban. Pero allí estaba el objetivo, implacable, para captar su gesto de asco cuando creía que ya no le estaban enfocando, para robarle el momento en el que su sonrisa impostada se convertía en otra cosa, en la mueca de hartazgo de quien se fuerza constantemente para parecer encantador.

En economía habían convertido la aparición estelar de García en una fiesta. Isabel había sacado una botella de whisky del cajón y se empeñaba en poner chupitos a todo el que pasaba por la sección. Esteban, el verdadero experto en financiación irregular, dinero B y otras ilegalidades, se había zumbado al menos cuatro trallazos. Generosos. No podía parar de reír.

—Leeeeeeeeeeerdo —gritaba hacia la pantalla con un aullido feroz y definitivamente desinhibido—. Tooooooooooonto... Que eres muuuuuuuu tonto. —Y estallaba otra vez en una carcajada retumbante que provocaba la risita cómplice de su jefa.

—Perdonad, chicos —dijo Isabel con cara de no querer que le perdonaran—. Es que esta mañana García ha estado dos horas con Esteban en plan alumno aventajado. Pretendía que le explicara todo lo que sabía sobre la contabilidad doble del partido para lucirse en la entrevista de esta noche. Como si se pudieran resumir diez años de investigaciones en una charla de dos horas. Como lo de las dos tardes, pero a lo bestia. Aunque claro, siendo García habrían sido necesarias dos vidas para que se enterara de algo. Y encima después de lo del domingo. Qué grandísimo hijo de puta. Firmar lo que no es suyo. Al principio estábamos indignados, pero a medida que ha ido diciendo estupideces nos ha entrado la risa...

—Y hemos sacado el whisky de las grandes ocasiones... —Arnau no perdió tiempo para acercarle un vaso de plástico a Isabel. Si tocaba brindar, había que brindar.

—Es la botella que compró Alan cuando fue a cubrir las elecciones de 2010, las de Cameron. No digo más. Y tú, Leo, tendrías que probarlo también. Antes de que Esteban se lo fulmine... Esteban, hijo, para.

—No, gracias, Isabel. Encantado, ¿eh? Pero a mí es que el whisky así a palo seco, como que no.

—Es joven. —La observación de Arnau lo dio todo por zanjado. Como si la edad y la fermentación del alcohol fueran dos fenómenos unidos por algún lazo inexplicable.

En la pantalla, García intentaba salir de la trampa en la que él mismo se había metido. El presentador lo había visto tan fácil que había decidido cobrarse una pieza. Se había dado cuenta

de que el respetable Miguel G. Zuntegui era un impostor y había decidido ponerle contra las cuerdas. Tener a un director de periódico de tirada nacional acorralado era un divertimento demasiado atractivo como para dejarlo pasar. Le acosaba con preguntas que no sabía responder. Esteban, desparramado sobre su silla, las contestaba con el hastío de quien sigue un concurso infantil demasiado evidente. Lo mandaban a una sociedad a Nassau... Por medio del holandés que era su testaferro. Joder. Qué tío. Es impermeable a la información, coño. Sólo espero que la gente no piense que el resto de los periodistas de El Globo somos así de imbéciles. García siguió con su cháchara imposible y nos volvió a dejar callados. Atónitos. Expectantes. Como si en cada frase pudiera superar su propia marca de tontería. Un silencio boquiabierto y maravillado se apoderó de la redacción. Nuestro director era un portento de necedad, un fenómeno de estulticia difícilmente igualable.

—Tienes razón, Arnau. Es fascinante ver actuar a un impostor...

—Mucho. Pero, señores, he llegado a mi cota. Y además el whisky de Isabel está tan caliente como si nos lo hubieran servido en las Highlands. Propongo ir al Rita a tomar una copa. Brindaremos por los impostores, por la estupidez y por Valle-Inclán.

—¿Por Valle-Inclán? Arnau, querido, no te pongas estupendo. —La jefa de economía clavó en Arnau la mirada de quienes han pasado juntos muchos esperpentos.

—Yo soy estupendo, Isabel. —Arnau remachó el verbo con su mejor sonrisa—. Vamos. A brindar.

—Brindaría encantada por este mentecato de García. Pero va a ser otro día. Tengo una cita con un señor interesante. No puedo revelar más. Disfrutad, chicos.

Isabel zanjó las cosas como acostumbraba. Por la vía rápida. Era de esas personas que te cuelgan el teléfono sin aviso previo, porque consideran que han dicho la última frase aunque la última frase haya tenido la misma inflexión que la primera. Era así cuando preguntaba en las ruedas de prensa: cortante y taxativa. Si yo hubiera estado al otro lado de su interrogación, habría sentido miedo. Lo malo es que nos íbamos a quedar sin su versión de las clases por entregas sobre paraísos fiscales que García había recibido en su sección. Esteban había prometido unirse más tarde, pero llevaba tal velocidad con el whisky que el más tarde para él estaba llegando demasiado pronto.

Dejamos atrás la voz de García repetida en las decenas de teles de la redacción. Como si su estupidez no tuviera suficiente con hacerse pública una sola vez y necesitara el eco de todos los altavoces. La puerta del ascensor se cerró salvándonos de su soniquete.

—El Globo sobrevivirá a García. —Arnau se había desplomado sobre la pared del ascensor. Lo decía sólo para cargarse de razón.

—No lo tengo tan claro, Arnau... Me pregunto si sobrevivirán nuestros lectores. ¿Qué pensará el que vea hoy por primera vez a ese imbécil en la tele? Que el periódico que lee está dirigido por un idiota. Que no merece la pena gastarse el dinero que cuesta.

—Creo que eso ya lo han decidido hace mucho, Leo. El negocio se muere... Hemos llegado a un punto en el que incluso deseáramos ser papel mojado.

—La crisis no es del papel. Es de lo que lleva el papel. Y el papel de El Globo está bien armado. A la gente le gusta. Te recuerdo que nuestro suplemento cultural es el más leído del país. Luego está lo del idiota este, claro, que ni siquiera sabe pronunciar el nombre del banco suizo del que ha ido a hablar. Joder, qué elemento.

—Mamarracho.

Arnau cargó de malicia la palabra. Una ráfaga de indignación en cuatro sílabas. Nada que no diluya un copazo en el Rita. O que no lo alimente. El Rita, ese bar donde hemos imaginado tantas revoluciones y empezado tantos artículos, el orfanato de los periodistas perdidos, el club de oficiales de los redactores de El Globo, el lugar donde quedamos cuando no sabemos dónde quedar, la barra en la que siempre nos sirven una copa y una tapa de jamón acartonado. El Rita, el antro donde Diego me confesó que dejaba el periodismo, donde besé a Alicia en la boca porque se quejó de que los hombres de ahora no besábamos como Cary Grant, el lugar donde Isabel lloró desesperada porque su casa se había incendiado. El Rita, esa reliquia de los setenta con su bola de discoteca y su banco corrido de escay, con el siempre dispuesto Julián que podía recitar de memoria, por decilitros, la cantidad de leche que cada uno de nosotros toma con el café. El Rita, el bar donde tomamos el primer desayuno y cerramos con la última caña. A menudo pregunto si Julián vive en una pequeña habitación en la trastienda.

—He de decir que el inane ese que dirige vuestro periódico me ha obligado a quitar la tele. Qué vacuidad intelectual, por Dios. —Julián, un filósofo de la barra, un aristotélico del arte de la caña.

—Julián, querido, si quieres altura de juicio no deberías ver la tele. Aquí estamos nosotros para elevar inmediatamente el ambiente intelectual de tu garito.

Arnau y sus charlas con Julián. Aunque ellos, en su prosopopeya particular, no charlaban, departían. Les había faltado tiempo para empezar a departir de García, que aquella noche se estaba llevando más conversaciones de las que nunca hubiera merecido. A mí me resultaba agotador prestarle tanta atención. García era uno de esos imbéciles tan imbéciles que era poco estimulante hasta en la cumbre de su tontería. O quizá es que me habían educado para no perder el tiempo criticando lo que no se puede arreglar. A Arnau eso siempre le exasperaba: me acusaba de ser demasiado frío, en exceso tolerante con la estupidez. A veces parece que das por supuesto que el mundo va a estar lleno de idiotas. Y no se les puede menospreciar. Es más peligroso un imbécil que un malvado. Aunque yo sospechaba que en García había una mezcla altamente inestable de las dos categorías. A menudo Arnau me miraba muy fijamente, como queriendo advertirme del riesgo que nos acechaba en la falta de inteligencia de nuestro director, y recitaba de memoria las leyes fundamentales de la estupidez humana: las personas no-estúpidas siempre subestiman el potencial dañino de la gente estúpida. Sé que Arnau tiene razón. Arnau siempre tiene razón. Pero hay ciertos comportamientos que provocan vehementes reacciones en el resto de la humanidad y en mí no encuentran más que un análisis quirúrgico de la situación. Como la imbecilidad de García. A Alicia también le molesta mucho lo que ella llama tu-jodida-displicencia. Dice Diego que si nunca llegamos a más es porque hay veces que no me vendría mal un poco de arrebatito latino. Pero luego, cuando me arrebato, como aquel día, y la beso en ese banco de escay, me dice que nunca nadie la ha besado tan como un galán de Hollywood, se echa a reír y pide otra copa para demostrar que si entre nosotros hay un Bogart, sin duda alguna es ella.

—Bueno, dejemos a García y vamos a lo que hay que ir. Tu novela.

Arnau había entrado en el terreno que yo temía. Lo había intentado evitar todo el día, con una mezcla de inquietud por su silencio y de deseo de oírle hablar. Si iba a despedazarme, adelante. Si me iba a aplaudir, necesitaba que lo hiciera ya. En cualquier caso, sabía que Arnau me había leído más allá de lo que las letras decían, que en los corredores de Mafra él podía descubrir los

corredores menos transitados de mi cerebro. Arnau lo sabía todo de mí. Lo que la genética negaba, lo afirmaba nuestra conexión natural, nuestras miles de horas juntos, nuestras conversaciones sin armaduras ni secretos. Nuestro ADN era el de dos extraños, pero nuestra vida era la de un padre y un hijo que se habían elegido mutuamente para enmendar la realidad.

—Por cierto, Leo querido, tenemos algunas cositas que aclarar. Lo de los murciélagos de Mafra te lo conté yo. No plagiarás, Leo, no plagiarás. Me has pisado el cuento.

—No se puede tener más cara que tú, Arnau. No has escrito un cuento en tu puta vida.

—¿Y si era mi obra maestra latente, pequeño ladrón? Te reconozco que lo del Punteador tiene gracia. Y el Infante. También tiene gracia. Te ha quedado, por cierto, un poquito parecido a ti. Con su música, sus libros, tu familia ausente y la elegida. —Lo dijo como quien acerca los dedos a una línea de alta tensión, apenas un segundo para comprobar si hay corriente. Decidí llenar el silencio que había dejado flotando entre nosotros. Era lo mejor.

—Supongo que al final siempre queda lo que aprendes de pequeño. O lo que te falta.

—Todo tiene que ver siempre con eso, Leo. No tienes más que ver el texto que me has pasado. Está tu fascinación por cómo se enseña y cómo se aprende, por cómo nos convertimos en lo que somos, por la cultura, por la razón y la sinrazón, por la sagrada madre ciencia. Y esa obsesión tuya con la inteligencia. Y por cierto... ¿cuándo dices que llegamos a la carne?

—¿Sexo?

—No, hombre, a la gorda. Bárbara de Braganza en todo el esplendor de sus cien kilos. Me declaro admirador rendido de la Reina excéntrica portuguesa. Tan fea y tan divina. Debería aprender tanta tuneada. A recauchutarse el cerebro.

—Me da que no es tan fácil, Arnau.

—Oye... y ¿el cerebro de la maldad? ¿El tal Nizet? Porque mucho enseñar la patita pero no le hemos visto todavía. Que sepas que un buen protagonista necesita una buena némesis en la que perderse.

Con su risa de hurón malicioso, levantó su copa hacia mi botella de cerveza para brindar. Por la locura de Rossum. Por la locura en general. Por el malvado Nizet. Que a pesar de no estar, estaba presente desde la primera palabra. Sucede siempre así. Todos tenemos un fantasma que nos tortura. El que dirige la locura de Rossum se llama Nizet.

El mío se llama Fritz. Y es mi padre.

Mi padre se fue después de unas Navidades de mediados de los ochenta. Ahora hubiera deseado saber que eran las últimas, pero entonces todavía parecían unas Navidades más. Pasamos frío y jugamos a todo lo que se podía jugar en dos semanas de vacaciones. Compramos figuras nuevas del belén en la plaza Mayor. Comimos ese turrón imposible de chocolate con arroz inflado que me gustaba tanto. Y por primera vez me mojé los labios con champán. Mi madre se puso muy guapa para la cena de Nochevieja y tiramos confeti en el salón. Como si esparciendo papelitos pudiéramos esparcir también la felicidad. Después de una semana de museos y juvenalias, abrimos los regalos de Reyes. Y luego, mi padre se fue. Así. De repente. En verano, cuando acabe el curso, volveré.

Se fue porque tenía que hacerlo. Porque necesitaba ir lejos para avanzar en sus experimentos. Era como uno de esos astronautas que pasa la mitad de la vida en la Estación Espacial Internacional jugando con probetas. Sólo que la estancia de mi padre en sus estrellas duró más de lo que había prometido. Llegó el verano y no volvió. Fue como si su tiempo se hubiera contraído en su universo de físico cuántico mientras el mío se expandía en mi microcosmos de hijo solitario. Sus cartas llegaban llenas de historias construidas de partículas subatómicas y de instrucciones para mi madre. Hablaba de neutrinos y de aceleradores hiperbólicos, de enigmáticas cuerdas vibrantes y de los intangibles sabores de los fermiones. Y yo le imaginaba saltando detrás de una estela de electrones luminiscentes con un cazamariposas nuclear.

Con la guía de las fotos desvaídas por el ácido del tiempo, he ido recomponiendo el puzle de mis recuerdos. Mi padre soplando una vela en mi primer cumpleaños. Me sostiene torpemente entre sus brazos. Mi padre leyendo sobre mi cuna. Se supone que yo soy ese bulto diminuto y redondito que se esconde bajo las mantas. Mi padre y yo, un invierno después, los dos con el mismo gorro de lana, miramos a cámara sonrientes y satisfechos. Idénticas las grecas y el pompón, idéntica la sonrisa, idéntica la mirada a pesar de sus gafas. Aunque quizá la foto que mejor nos retrate sea la única en la que no se le distingue. Mi madre y yo abrazados en el sofá en medio del salón casi desierto, él se suma a la escena pero no llega a tiempo y se queda al lado, sin poder tocarnos, congelado en una ráfaga borrosa, convertido en una mancha descolorida imposible de identificar.

Eso fue mi padre durante mucho tiempo: el hombre borroso.

Le imaginaba en su lejano laboratorio en California, siempre con una bata blanca y muchos bolígrafos en el bolsillo. De cháchara con un compañero de rasgos asiáticos. Minúsculo frente a una pizarra atestada de cálculos imposibles. Ahogado en un océano de papeles, de cuadernos, de

gruesos libros abiertos por la página exacta. Y a veces creía verle escribiéndonos sus cartas.

Porque mi padre, que se había ido sin decir nada, creía que escribir era el equivalente de estar. Mandaba largas cartas todas las semanas. Metía dos sobres en uno más grande de papel marrón. Uno para mi madre, otro para mí. Y yo era feliz con el ritual. O había encontrado en aquello un sucedáneo de la felicidad. Abrir los sobres, sacar sus hojas amarillo crema, leer su «Querido Leo» y perderme en sus palabras. Desde su frío universo de estudio, mi padre recordaba el mundo cálido que había dejado atrás. Como si intentara revivir aquellos momentos nuestros a fuerza de escribir sobre ellos. ¿Recuerdas, Leo, cuando fuimos a patinar sobre hielo? ¿Recuerdas que creías que el hielo sería igual que las ruedas a las que estabas acostumbrado? Recuerdo la pista blanca y lo distinto que era deslizarse con mis patines de ruedas naranjas de niño de los ochenta, aquellas con las que cartografié todas las calles del barrio. Incluso con mi sangre. Recuerdo mi equilibrio desconcertado sobre las cuchillas. Recuerdo todas y cada una de nuestras visitas al Museo de Ciencias Naturales. En especial, la primera. Y él las recordaba también. Mi pequeño Leo, no dejaban de sorprenderte aquellas ginetas disecadas que acechaban polvorientas en cada esquina, como si en España no existiera otro animal. Querido Leo, hoy he estado revisando las fotos que nos hicimos el último carnaval. Aquel año mi padre se empeñó en que nos disfrazáramos de Ernest Rutherford y su protón. Se puso un bigote postizo gigante, una camisa almidonada de cuello alto con un corbatín y un traje que picaba lo indecible. Hubo quien apostó a que era Búfalo Bill y quien aseguró que iba de J. P. Morgan. Lo que nadie entendía es de qué iba yo, colgado de su mano, convertido en una bola de espuma y raso rojo, con un sombrerito brillante de aros atómicos en la cabeza.

—Soy un protón. Soy un protón. Soy un protón. —Y movía la cabeza para que las bolitas ensartadas en los aros de mi sombrero tintinearan con la fuerza de su carga positiva.

—Leo, ten cuidado, que te vas a hacer una contractura. —Mi profesora de gimnasia siempre tan precavida para todo lo que tenía que ver con los músculos—. ¿Y qué dices que eres?

—Soy un protón, señorita Carmen. Y este señor me inventó. Es de Nueva Zelanda y le dieron el premio Nobel. —No le vayas nunca con explicaciones científico-históricas a una profesora especializada en correr la milla y poner tablas aeróbicas. No sirven de nada. Aquel día lo descubrí.

—Leo, cariño... este señor es tu padre.

—No, señorita, este señor es el padre de la física nuclear.

Mi aspecto, protón marisabidillo, coronado con aquellos aros ridículos cuajados de bolas, no debía de darme demasiada credibilidad. Pero mi lapidario este-señor-es-el-padre-de-la-física-nuclear quedó durante años entre las bromas privadas de la familia. En casa éramos así, capaces de reírnos de un premio Nobel.

Poco a poco, a mi padre se le fueron acabando los momentos con los que invocar la felicidad del pasado en sus cartas. Y desde su exilio voluntario, en aquel laboratorio más lejano que las lejanas torres de Mafra, me pedía que compartiera con él nuevas historias con las que reconstruir nuestra complicidad. Pero no era fácil. Él ya no estaba para reírse conmigo de la profesora de gimnasia, ni me podía explicar qué tenía que hacer para no perder el equilibrio al patinar. Aunque le ilusionó saber que los siguientes carnavales me iba a disfrazar de gato de Schrödinger. Mi madre ya había encontrado una caja lo suficientemente grande. Y yo prometí mandar una foto en la que se me viera y no se me viera a la vez.

Tiene gracia, porque así era mi padre. Se le veía y no se le veía, estaba sin estar, presente y ausente al mismo tiempo. Por supuesto, nunca le pude mandar la foto. Pero metí en aquella carta una fotocopia de un diluido gato de Cheshire de la Alicia de Carroll y le hizo todavía más ilusión. Según mi padre, aquello era una evidencia más de mi inteligencia. En su carta de respuesta, mi padre alabó mi perspicacia. Esa sonrisa sin gato que estaba sin estar al mismo tiempo. A mí me parecía una obviedad, pero no iba a decírselo. Prefería la palmada en la espalda. Aunque fuera con un océano de por medio. Y sabía que lo único que podía arrancar su complicidad era el destello de las neuronas. Porque no había nada que le preocupara más. Tampoco es que yo le diera demasiados quebraderos de cabeza. Ahora habrían dicho que era un niño superdotado. Entonces era el más listo de la clase.

—Leo es un alumno modelo. Y no lo digo sólo por sus sobresalientes tanto en las asignaturas de letras como en las de ciencias. —Mi tutora estaba más entusiasmada que mi propia madre. Debía de ser un alivio una tutoría sin una familia renegando por el zoquete de su hijo—. Es que además Leo tiene esa memoria privilegiada... fotográfica. Es un Funes el memorioso, en pequeñito. Por no hablar de esa creatividad... Y esa imaginación, Lola, permíteme que te diga, que a veces es demasiado... Se le ocurren unas cosas. Unas historias... Increíbles. Todavía es muy temprano, pero podría estudiar lo que quisiera...

—Quiere ser periodista. —Mi madre lo decía con la sonrisa un tanto resignada de quien sospecha que era la forma más romántica de dilapidar el genio.

—Periodista. Pero si este niño podría ser ingeniero. O físico, como su padre. Aunque eso no da dinero. Médico, que sea médico, que ésa siempre es una buena profesión. —Una pequeña arcada me recorrió el cuerpo cuando escuché decir eso. No podía ni imaginarme recetando una aspirina. Y de la sangre, ni hablar. Mantuve como pude la compostura en la silla de su despacho. Mi profesora siguió con su perorata interminable para llegar a hacer la pregunta que llevaba meses rondándole—. Por cierto, Lola... hace mucho que no vemos a Fritz.

—Es que está en un proyecto en el extranjero.

—Anda. Entonces Leo no se inventó lo del «Exilio en la universidad». Cuando lo escribió en una redacción pensamos, pensé, que era una de sus fabulaciones. —Me quedé muy quieto con lo que intentaba fuera una mirada incriminatoria, de esas que llevan en el subtexto un yo-tenía-razón-cotilla—. Hija, como el niño tiene esta cabeza...

—No, no es una historia de Leo. Fritz se fue a principios de enero. Le han reclamado para un proyecto muy importante en California. Ya sabes que antes trabajábamos allí.

—Sí, claro. —Mi maestra intentado atar cabos dejó los ojos perdidos en algún punto del techo.

—Bueno, pues si no quieres nada más... —Mi madre me cogió de la mano y nos pusimos de pie. Poco más había que decir sobre mis «extraordinarias aptitudes».

—No, claro. Que Leo es excepcional. ¿Le has hecho las pruebas de Mensa? Yo creo que las reventaba.

—Las revienta. —Y con dos besos estratégicos mi madre dio por terminada la conversación.

La verdad es que sólo me faltaban las gafas. Menos mal que más allá de lo que bullera en mi cabeza, yo me hacía pasar con facilidad por un niño más. Jugaba bien al fútbol y dejaba copiar a mis compañeros en los exámenes. Algunas veces llevaba a clase aquella increíble tarta de manzana que hacía mi madre. Suficiente azúcar para que a cualquiera le hubieran nombrado el más



popular del colegio. Los otros chavales me querían a pesar de la supuesta excepcionalidad. Nadie habría notado nada.

A cualquier padre le habrían valido las buenas notas, la admiración de mi tutora, mis trofeos en los torneos de fútbol. Leo Brock. Máximo goleador. Pero el mío, desde su destierro científico, quería asegurarse de que su hijo se educaba bien. Mejor que bien. Junto a sus cartas mandaba interminables test que presentaba siempre como un juego. Pequeños cuadernitos con extraños pasatiempos: códigos de colores que se repetían en progresiones; secuencias de improbables bloques tridimensionales en las que nunca cometí un fallo al adivinar qué venía a continuación; interminables series de números. Números y más números que me aburrían con sólo mirarlos. Pronto me di cuenta de que era mejor despachar los problemas aritméticos rápido para pasar a cosas más sugerentes. Sé que a mi padre, en la distancia, le molestaba ese desapego matemático. Aunque le debía reconfortar saber que, por muy difícil que fuera el problema, su hijo siempre sacaba la máxima puntuación. Mi talento desperdiciado para los números. Ese don que nunca supe apreciar. Me gustaba mucho más escribir historias. Quizá porque en la literatura no hay ecuaciones exactas. Porque con las palabras me sentía libre, liviano, feliz. Me sentía otro, muchos otros al mismo tiempo. Me sentía el rey del espacio infinito.

Y eso se lo debo a mi madre. Ella siempre alimentó mis ansias de imaginar. A pesar de su sonrisa interrogante cuando yo proclamaba mi intención de ser periodista, fue ella quien llenó mi mundo de palabras. Qué se podía esperar. Tienes nombre de novela. Lola.

Mi madre me regaló aquel libro de duendes traviosos que todavía guardo porque me inspiró mi primer cuento. Mi madre me descubrió el teatro y el cine y el Museo del Prado. Y el invernadero del Jardín Botánico. Me regaló mi primera caja de pinturas y todas las que vinieron después para ser sacrificadas bajo la cuchilla del sacapuntas. Mi madre aguantó todos mis ejercicios de aritmética intentado no enfadarse cuando yo me empeñaba en dilapidar mi talento natural para los números. Me regaló, con mucho misterio, su vieja máquina de escribir portátil y me enseñó mecanografía. Una Underwood dura como una piedra que yo aporreaba por el simple placer de ver las frases formarse sobre el papel. Mi madre me descubrió a su Nabokov y a Shakespeare. A mi Melville y a Chesterton. A Darwin, a Herschel, a Tesla, a Einstein. Y a Rembrandt y a Velázquez. A Rothko y a Grosz.

Mi madre me contó todos los cuentos y me dejó todos los libros. Las únicas palabras que parecía no atreverse a pronunciar eran las que tenían que ver con Fritz. Supongo que creía que con su silencio me estaba protegiendo, que temía que hablar de su marcha sólo me hiciera más daño. Pero no se daba cuenta de que con su mudo intento de normalizar la ausencia alimentaba más mis dudas y mis fantasmas. ¿Cuándo volvería, si es que alguna vez volvía? El curso había acabado y no estaba en casa. Ni nosotros le íbamos a visitar. El billete de avión para los dos es muy caro en verano, había dicho mi madre. ¿Pero por qué se fue? ¿Era más importante que nosotros eso que tenía que descubrir? ¿Y por qué no nos llevaba? Yo quiero vivir en esa universidad americana donde todo el mundo es tan listo. Cuando las evasivas se convirtieron en la respuesta corriente, dejé de preguntar. Aunque ella sabía por qué iba a su cama a darle un beso algunas noches después de la llamada semanal de mi padre. Al otro lado de la puerta, después de colgar, mi oído especialmente fino distinguía el sollozo de quien sabe que el reencuentro se va a prolongar. Decidí no preguntarle demasiado porque entonces creía que había cosas que no se podían mejorar con las palabras.

A pesar de la distancia, de la incertidumbre, de la orfandad, de las preguntas, yo seguía queriendo a Fritz. Me gustaba imaginar que le daban el premio Nobel de física y venía a rescatarnos desde su «Exilio en la universidad» para ir juntos a recogerlo. Le imaginaba con su bata y sus gafas de pasta, tan antiguas que ahora estarían de moda, fotografiándose con la medalla, el diploma y la recompensa a tanta neurona. Creía verle contándole a medio mundo eso que me explicaba en sus cartas, que sospechaba que el universo no estaba hecho de materia sino de la vibración infinita de un imaginario violonchelo perfectamente afinado con la secuencia eterna de todos los números. Y en mi interior de hijo lejano pero orgulloso, sonreía al ver las caras extrañadas de los asistentes cuando mi padre decía que la inteligencia no es más que una onda que con su resonar expande los pensamientos, como los círculos concéntricos dibujados por una piedra sobre el agua tranquila de un lago.

Mi padre jamás ganó un Nobel. Probablemente nunca lo ganará. Pero me gusta preguntarme qué clase de extraño orgullo genético sentiría al verle triunfante sobre el escenario. Mi madre dice que lo del Nobel es una estupidez. Que jamás se llevará un premio porque lo que él estudia es demasiado avanzado, demasiado intrincado, demasiado nuclear como para que alguien fuera de su selecto gueto científico pueda entenderlo. Lo dice y yo descubro que todavía le admira. Que todavía le ama.

Para ella es mucho más que un garabato congelado en una esquina de la foto. Para mí, mi padre es como una de esas partículas misteriosas que escapa a todas las teorías. Una hipótesis, una mancha nebulosa imposible que ya no puedo identificar. Quién sabe si un día podré decírselo mientras él prepara de nuevo su pipa en su sillón orejero. Siempre he tenido la secreta intuición de que allí, en el laboratorio de su universidad, sigue sabiendo lo que pasa por mi cabeza, sigue recopilando información sobre mí. Sigue almacenando preguntas que algún día me formulará. Sigue escribiendo cartas que ya no se atreve a mandar.

Yo, a veces, también le escribo cartas que después guardo en un cajón del armario. Supongo que por eso Rossum manda misivas al Infante de Portugal.

En Madrid, en el año de gracia de 1733, a 9 de julio.

Mi muy Magnífico Príncipe de Brasil y de Beira, Infante don José de Portugal.

Al recibo de la presente espero que su Alteza haya encontrado, al fin, el descanso que tanto anhelaba en su anterior misiva y que los Cielos guarden su reposo y sus labores, sus noches y sus días. Estos meses de verano también son en exceso cálidos en Madrid, secos y despiadados y cuesta en estas dependencias de la Corte encontrar frescos y solaz. Aunque, como sospecháis, para mí este insomnio decretado por las adversidades térmicas no es escollo, pues aprovecho para avanzar en mis investigaciones y experimentos.

Sin duda, vuestras últimas palabras han llenado de alegría mi corazón. Rebose de gozo y de orgullo al saber que le tenéis tanto afecto a ese pequeño diapason que os regalé como despedida en mi repentina partida de Lisboa. A Constanza le colmará de felicidad saber que siempre va con vos, que os acompaña cerca de vuestro pecho donde, cómo bien explicáis, sentís ese bocado sin freno que es la ausencia. Imagino el delicado trabajo que ha hecho el orfebre real engarzándolo en una fina cadena de plata que sirva a vuestro propósito de llevarlo colgado sin que pierda sus vibrantes propiedades musicales.

La felicidad que en mí han dejado vuestras palabras sólo se ve turbada por lo que contáis de la bella Princesa María Ana Victoria. Es mi deseo que vuestra joven esposa se haya recuperado de esas recientes debilidades y que los Ángeles del Cielo guarden su también seráfica figura. El hermano de la Princesa, su Excelentísima Alteza Real Fernando VI, habla de ella maravillas y prodigios, y no se cansa de recordar su inclinación por la música y por las artes. Y yo imagino que esa complicidad servirá para reforzar vuestro joven Matrimonio. Es sin duda eso lo que ha sucedido con Vuestra Hermana, la Princesa doña Bárbara, que ha encontrado en su esposo, el Príncipe, a un compañero de lecturas, de gusto refinado, con una disposición natural por la Ópera y el Teatro tan afectos a ella.

Sé que seguís preocupado por la complicada situación diplomática de doña Bárbara en esta Corte madrileña. Tal y como os comunicaba en mi anterior misiva, tengo la satisfacción de ratificarme en el hecho de que parece ir suavizándose. Aunque no por voluntad de la Reina, doña Isabel de Farnesio, que, bien sabéis, no está precisamente entre sus mejores valedoras y se puede decir que sigue siendo su adversaria más peligrosa. Pero Vuestra Hermana, confinada aquí en palacio, tiene por causa de su reclusión un aura de Inteligencia y Serenidad entre la Corte que sólo puede ir en aumento. La Reina parece ignorar que enclaustrando a los Príncipes de Asturias no hace más que construir un mito en torno a ellos. Dado que esta Villa es chismosa y dada a crear

héroes para su propio romancero, va camino Vuestra Hermana de convertirse en la Princesa Mártir de Portugal, apartada de la vida pública por la malvada Farnesio; habréis de saber que algunos la llaman la malvada de Parma, porque, como os adelanté, esta Villa es murmuradora por naturaleza. También he de apuntar que yo mismo me he servido del gusto por el chismorreo de los madrileños y sin demasiado trabajo he ayudado a propagar entre los muros de la Corte la historia de la Princesa de Asturias, muy noble Infanta de Portugal, prudente y culta, encerrada por obra de la ambición de trono de la Farnesio para sus propios hijos.

Sé que os apenaréis con este destino infortunado de Vuestra Hermana, pero para aliviar vuestra congoja añadiré que, en su reclusión, doña Bárbara también encuentra apoyo y consuelo. La Princesa de Asturias sigue contando con la muy estimable y enriquecedora compañía y discreción del maestro Scarlatti, con quien todos los días practica armonía y clavicordio. Doña Bárbara tiene en sus dependencias los tres clavicordios holandeses que mandó traer de Lisboa y un arpa hermosamente tallada y cubierta con pan de oro, obsequio de su Majestad el Príncipe de Asturias. También os agrada saber que Vuestra Hermana continúa con sus muchos avances en el Arte del Canto gracias a vuestra querida Constanza. O debería decir, mi muy amada esposa Constanza Rivolti de Rossum.

En esta Corte, que en principio parece hosca y poco refinada, ha encontrado nuestra amada Constanza la compañía de muchos artistas italianos. Tocada durante tanto tiempo por el mal de la nostalgia y por la tristeza que la distancia de la patria impone, construye su felicidad mitigando la pena de verse fuera de su muy añorada Bolonia. Mi muy querido Príncipe, cuánto daría a los Cielos por que pudierais verla cantar con uno de sus compañeros preferidos de ensayo, un castrato de voz prodigiosa y cristalina, Carlo Broschi, al que llaman Farinelli, con quien comparte procedencia y partituras. Mi amada Constanza me pide, una vez más, que os mande todo el cariño y todos los buenos deseos de felicidad que alberga hacia Vuestra Alteza y que os cuente cómo le embargan la alegría y las lágrimas cuando recuerda aquellos días en los que os enseñaba canto en el palacio de la Ribeira. Quién sabe si en algún momento las jornadas dichosas de Lisboa volverán.

Sé que más allá de la distancia os gustará leer que nos sentimos felices en esta intrigante Corte madrileña que nos ha acogido y nos ha colmado de parabienes que servirían para alimentar la tranquilidad de cualquier reciente matrimonio como el nuestro, que encuentra en la mutua compañía su contento. Doy gracias todos los días por ello. Y por haber llevado mis pasos a Portugal, donde todos los dones que la vida me ha dado empezaron a ser concedidos.

El principal, poder ser el maestro de su Alteza.

Sin más particulares que añadir que mis mejores sentimientos, se despide siempre afecto y cercano a pesar de la separación vuestro muy orgulloso maestro y preceptor ahora lejano.

Profesor Héctor de Rossum

Doña Bárbara de Braganza, desposada con el heredero de la Corona de España, hija del Rey de Portugal, nieta del Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, sentada en sus dependencias convertidas en celda en un palacio de Madrid. Doña Bárbara de Braganza, prisionera de Isabel de Farnesio. Doña Bárbara de Braganza tocando el clavicordio para el futuro Rey. Doña Bárbara de Braganza echando de menos Lisboa, su casa, a su hermano. La Reina que no puede serlo mira por el ventanal el glorioso jardín del Buen Retiro. Y sonrío amargamente al pensar en la oportunidad del nombre, porque éste se ha convertido en el lugar donde a ella la han retirado del mundo.

Doña Bárbara de Braganza, cautiva.

Al menos tiene a su lado al hombre al que ha aprendido a amar poco a poco. Su esposo, Fernando, retraído y tranquilo, que ha pasado de quedarse absorto en la lectura a quedar absorto en sus palabras. Con esas palabras, los dos han construido su universo, su pedazo del mundo único y particular; un reducto compartido en el que sentirse libres con sus confidencias; un sistema cósmico con el arte como único astro central.

Doña Bárbara de Braganza, esclava de la envidia de una mujer que desea el trono para su hijo. En su clausura, el reino es sólo un pequeño rincón de amigos muy cercanos, apenas unos cuantos confidentes. Y su maestro de música, el fiel Scarlatti. Y el profesor Rossum, venido de Lisboa para darle cuenta al Rey de Portugal del encierro de su hija. João V le ha mandado para tener puntuales noticias de su amada Bárbara. Hasta él han llegado las intrigas de Isabel de Farnesio y debatiéndose entre el amor a su primogénita y el espectro de la guerra, el Rey Magnánimo ha decidido responder con la moneda de la conspiración. Confía en Rossum. El más inteligente de sus servidores.

El secretario de su Majestad fue tajante con el profesor. Debe partir inmediatamente y reportar del estado, situación y necesidades de la Infanta doña Bárbara. El reino, el futuro, la paz, la vida de la Princesa de Asturias dependen de vos. El profesor no pudo negarse. Aunque no dejó que la vanidad se doblegara a la tentación de creerse indispensable para la política, bastaba con que el Rey lo creyera necesario para cumplir su mandato. Al Rey, a tu Rey, no se le niega nada. Al Rey se le debe la vida y el destino. Rossum renunció a su laboratorio, a su trabajo, a sus afectos. Renunció de nuevo a la compañía del Infante José, cada vez menos Infante y más heredero. Y puso rumbo a Madrid con su querida Constanza.

En esta Corte provinciana y asfixiante llevaba más de dos años cuidando de la Princesa cautiva. Bárbara fue generosa, como lo había sido su madre en Lisboa, y se ocupó de que Rossum

dispusiera de un laboratorio con todo lo necesario para sus experimentos. Es un taller oscuro, pero espacioso, en la zona del Alcázar reservada a los artesanos de la Corte. Rossum trabaja con sus engranajes, sus mecanismos, sus ingenios de relojero alucinado. Divide sus horas entre el hervidero de los corrillos palaciegos y la frialdad de sus artilugios mecánicos. Y de las dos formas sirve a su Princesa. Calibrando las confabulaciones en las galerías, dándole cuerda a nuevos prodigios que la entretengan.

De todos los juguetes que el profesor ha inventado para ella, Bárbara se ha quedado prendada de uno. Aparentemente sencillo. Pequeño. Metálico. Apenas un amuleto diminuto, siempre entre sus dedos. Pero con ese minúsculo artefacto, Rossum ha conseguido el milagro de devolverla a Portugal. Fue lo que sintió la primera vez y lo que sigue sintiendo cuando el mecanismo se acciona. Bárbara se ve niña, feliz, el viento húmedo del palacio da Ribeira le refresca la cara, el aire de primavera. De entre todas las joyas, las sedas, los regalos exóticos, los caprichos, las riquezas que ha recibido, Bárbara prefiere esa extraña flor metálica que abre sus pétalos con la primera luz de la mañana.

—Majestad, es muy sencillo. No tenéis que hacer nada. Sólo dejar que los rayos del sol calienten esta falsa corola artificial y la flor se abrirá como si estuviéramos permanentemente en mayo. —Rossum sabe que es el mes preferido de la Infanta, el mes en el que su padre la llevaba a pasear en su embarcación de recreo. Lo que el profesor no esperaba es que aquella menudencia insignificante conmoviera a Bárbara con una imparable oleada de recuerdos.

—Es muy hermosa, profesor. Y dice que se acciona con el sol... Vamos a probarlo.

Bárbara abrió las puertas de los balcones de su estancia de ensayo con la energía que sólo podía tener una mujer de su porte, de su desenvoltura y de su peso. Era la prisionera más resuelta que se había visto. Pero llevaba la flor con una delicadeza que parecía imposible para sus manos toscas. Y cuando el sol calentó el metal del ingenio botánico, se produjo el milagro. No sólo se abrieron los pétalos. El aroma que la flor liberaba, una fragancia muy sutil de rosas lejanas, concedió a la Princesa lo único que el destino le había negado. Bárbara se sintió de nuevo en Lisboa. Libre. Radiante. Plena.

Y desde aquel día, la Princesa repite el encantamiento. Cada mañana.

Doña Bárbara de Braganza en la balconada de sus aposentos en el palacio del Buen Retiro. Lleva algo en las manos que brilla con las primeras luces del día. Doña Bárbara de Braganza se empapa de amanecer. Doña Bárbara de Braganza convertida en suma sacerdotisa de los recuerdos. Repite el ritual para azucar su memoria. Se baña de luz y espera que los primeros rayos de sol abran la flor mecánica de Rossum y la caja de imágenes de su infancia. Aquel aroma, que nunca se agota, es el de su niñez feliz en el palacio da Ribeira.

Ahora todo es distinto. Ahora vive en este otro palacio del que no puede salir más allá de los jardines, si es que la falsa Reina Farnesio se siente generosa. Ahora sueña con el pasado pero también con el futuro. Y, prudente, no alimenta el odio ni en su esposo, ni en ella misma. Sabe que el tiempo está de su parte. Que sólo la paciencia puede salvarles. Si Rossum pudiera hacer algo para acelerar los relojes... Pero no puede. Lo demás, todo lo demás, parece que Rossum puede inventarlo.

En la Corte nadie esconde su asombro ante el fantasmagórico rival que Rossum ha creado para que el Rey juegue a las cartas. Tan sólo unas manos metálicas, sin cabeza ni cuerpo. Se mueven sobre el tapete como dos guantes de acero que llevara un hombre invisible. Barajan los naipes, los

reparten, juegan. Y ante el suspiro maravillado que no se acaba, ante las preguntas que mezclan miedo y reverencia, Rossum no dice una palabra. Su invento es tan inquietantemente humano que el Príncipe Fernando pide a los sastres reales que confeccionen unos guantes que cubran las frías articulaciones de esos dedos acorazados. Y las manos, engalanadas con encajes de Flandes, juegan con barajas españolas en las mesas de palacio. Pronto el heredero descubre que el rival inventado por Rossum hace poco más que repartir las cartas y lanzarlas sin orden ni estrategia. Fernando gana con facilidad porque las manos mágicas juegan mecánicamente. Pero le divierte la farsa. Y son tan atrocemente bellas que las mostrará siempre que alguien va a visitarle a su retiro forzado. Hasta finge, travieso, que son capaces de ganar la partida. El misterio de las manos casi vivas rebota como el eco en los pasillos del palacio. Y llega a oídos del Rey. Una mañana, un sirviente entra en el laboratorio de Rossum con aires de soldado que acaba de tomar una plaza inexpugnable.

—Señor, el Excelentísimo caballero Juan Bautista de Orendain, secretario de su Majestad Felipe V, le llama en audiencia.

El tono es imperativo. No admite réplica. Y a Rossum empieza a parecerle que la brújula de su vida está regida por criados de caballeros que le llevan de un lugar a otro sin consultarle su conveniencia.

Orendain es un vasco adusto, lejanamente rural, de maneras pretendidamente refinadas y mandíbula permanentemente tensa. Recibe a Rossum como quien se planta ante una especie desconocida, atento para no espantarlo, en guardia para que no le muerda. Le ha llamado para hablar, pero por algún extraño motivo, sólo habla él, con un acento que el profesor no puede llegar a localizar. Le suena a un francés raspado de ajenos finales cantarines. Y cae en que es la deformación vocal de quien vive entre un Rey que sueña con Versalles y el soniquete italiano de la Farnesio.

—En la Corte no se habla de otra cosa que no sea vuestro jugador de naipes. Dicen quienes han podido verlo que no son sólo dos manos enguantadas, pero que su pericia y la fortuna que las acompaña es tal que son capaces de ganar al mismísimo Príncipe de Asturias. Ese hombre, Dios lo sabe, tan hábil con las cartas a fuerza de insistir en trajinar con ellas.

—Dicen de más, señor. Creedme que exageran. Es sólo una bagatela. Un juguete para entretener al Príncipe Fernando en su... —iba a decir reclusión, pero Rossum fue capaz de rectificar a tiempo—... en su Retiro. Su Buen Retiro.

—No es así como lo pintan, profesor. He de deciros que distintos compromisos me han impedido ser testigo del prodigio, pero habéis de saber que vuestro jugador fantasma va camino de convertirse en la enésima leyenda de esta Villa nuestra tan dada a imaginar.

—Tarde o temprano esa imaginación habrá de verse defraudada. Os confesaré una cosa, señor. Mi jugador fantasma no es capaz de ganar. Simplemente mueve las cartas. El Príncipe, don Fernando, con su buen talante habitual, se divierte haciendo creer a sus interlocutores que las manos mecánicas tienen el talento necesario para imponerse en la partida.

—¿Decís que el Príncipe miente?

—Digo tan sólo que el Príncipe juega.

—Ah. Juega. —El tono de Orendain es cada vez más seco—. ¿Y vos, profesor Rossum, a qué jugáis?

—Si me permitís, señor, no entiendo bien la pregunta. Yo no juego. Yo invento. —Un

interlocutor más refinado se habría mantenido en la pantomima, pero el secretario del Rey no tiene ni el tiempo ni la paciencia.

—Profesor Rossum. Sois inventor. Un sofisticado relojero, según dicen. Nadie lo duda. Pero entre un ingenio y otro, parece que os queda tiempo para muchas cosas. Como para informar al Rey de Portugal del estado de la Princesa de Asturias.

—El Rey de Portugal, no lo olvidéis, mi señor, es el padre de doña Bárbara. Y se preocupa por su bienestar.

—Tengo hijos y hasta ahí lo entiendo. Lo que no entenderíamos, y cuando digo entenderíamos me tomo la libertad de hablar en el nombre de Nuestro Bien Amado Felipe V y en especial de su preocupada esposa doña Isabel de Farnesio, que me ha encargado esta consulta, lo que no entenderíamos, digo, es que vos conspirarais.

Rossum se dejó llevar por una risa que tenía lo mismo de sincera que de culpable. Y encaró con lógica la espinosa cuestión que le planteaba el secretario.

—¿Creéis que entre todos los expertos diplomáticos, hombres del ejército, políticos y servidores de la Corte, mi Rey João V iba a mandar para conspirar a un simple inventor, a un pobre creador de juguetes? Estoy aquí porque fui el preceptor del Infante y conozco a doña Bárbara desde que era una niña. Eso es todo. No habéis de llevar más cuidado, ni buscar más razones para mi presencia.

—Sólo os lo preguntaré una vez, ¿sois un espía, profesor Rossum?

—No, señor.

—Está bien, me doy por satisfecho. Por el momento. Podéis volver a vuestros quehaceres. Vuestros siempre apasionantes quehaceres...

Rossum, que era más que un simple preceptor pero menos que un espía, abandonó la habitación con el alivio de quien sabe que ha superado una prueba. La primera. Había alcanzado el umbral de la puerta flanqueado por dos criados, cuando escuchó la voz estentórea del secretario.

—Un momento, Rossum. Antes de iros, quisiera pedir os una cosa: me fascinaría enfrentarme a vuestro jugador fantasma. —Y Orendain sonrió con una mueca también fantasmagórica, como si le hubiera poseído el espíritu de un hombre menos severo.

En una Corte atestada de espías el todopoderoso secretario del Rey se entretiene con el único que sólo tenía la misión de cuidar de una Princesa. ¿Quién susurra en los corredores de palacio? ¿Quién multiplica en los espejos de las galerías las sombras de secretas confidencias y mentiras envenenadas? ¿Quién infecta los oídos de los nobles con las larvas de la traición? ¿Quién espera en la penumbra del Buen Retiro para ver crecer una calumnia? ¿Quién recorre de noche el viejo Alcázar siempre en obras? ¿Quién le prende fuego a la fortaleza de los Habsburgo mientras la ciudad celebra, como puede, la Nochebuena?

Aquel 24 de diciembre, Rossum tenía otras preocupaciones como para ocuparse de lo que pasaba en la calle, pero le pareció que las campanas repicaban más de lo necesario, incluso para anunciar la Misa del Gallo. Insistían como si los madrileños se hubieran vuelto sordos. Mientras, en su casa, Rossum hacía lo que podía para atender a Constanza. Había llegado el momento. La vida llamaba con fuerza desde la profundidad de su cuerpo. Un niño... una niña... Alguien que luchaba por llegar mientras ella luchaba por que viniera. Constanza sudaba y sudaba y las cataplasmas que con suavidad le aplicaba su doncella ya no servían de nada. Ni el viento frío que



entraba por la ventana. Fuera, en la noche gélida, el campanario de San Gil seguía reclamando a sus fieles. Rossum apretaba aquella mano pequeñita y pálida y alimentaba con palabras su fortaleza. Sé fuerte, mi amor, se fuerte. Hasta que la doble letanía de su voz y del campanario se rompió por una ráfaga desbocada de golpes sobre la puerta. Allí, bajo la helada implacable, su mozo de confianza intentaba recuperar el resuello.

—Señor Rossum... El Alcázar... Está en llamas... Señor... Temo que el fuego pronto llegue a los talleres...

Por eso las campanas no callaban. Llamaban a la ciudad para salvar el palacio viejo, la mole inexpugnable que Felipe V despreciaba. Rossum, alarmado, se vio en la necesidad de elegir entre acompañar a su esposa o salvar sus experimentos. Y aunque la inquietud lo abrasaba por dentro y le martilleaba la duda de saber si todos sus ingenios, sus prototipos y sus instrumentos habían sucumbido bajo las llamas, decidió quedarse con ella. No podía dejarla allí, primeriza y aturdida, con su cuerpo pequeñito ante aquella batalla titánica. Cuando entró en la alcoba, la doncella, más nerviosa que antes, seguía mojado la frente de Constanza.

—¿Qué está pasando, Héctor? ¿Qué ha sucedido en el Alcázar? Marcela ha oído a través de la puerta que han venido a avisarte de que está en llamas... —Era como si el sobresalto hubiera hecho que Constanza olvidara el dolor.

—Sí, es cierto... —Y bajando el tono para que el reproche no sonara demasiado duro, Rossum se dirigió a la doncella—. Marcela, ¿por qué se lo has dicho? No está ahora para preocuparse de esas cosas. Tiempo habrá mañana.

La criada hinchó los mofletes sin saber qué responder. Pero un incendio en el Alcázar, a tan pocos metros de la casa, no era algo que se pudiera guardar en secreto. El olor a quemado empezaba ya a entrar por la ventana, como si una gran pira ardiera no muy lejos.

—Héctor, escúchame. —Constanza hablaba con repentina energía. Se incorporó con una fuerza que no correspondía a aquel momento—. Tienes que ir a tu laboratorio. Intentar rescatar los planos, los libros. Tus inventos, Héctor, tus inventos...

—Pero Constanza, no puedo dejarte así... Quiero estar a tu lado. Quiero ver cómo nuestro hijo viene al mundo... —Y apretó aún más su manita ahora tensa.

—Si no vas a ver cómo está tu taller, me sentiré siempre culpable. Tienes que darte prisa. Estoy bien... es sólo lo que hay que pasar. Es la Naturaleza. Sé que no lo parezco, pero soy fuerte, Héctor.

Y sonrió con esa luz suya que habría iluminado la noche más oscura. Oscura como aquella Nochebuena. Hasta que las llamas encendieron el cielo.

Ante el Alcázar ardiendo, parecía que el fuego había licuado diciembre. Rossum se vio bañado en pavesas que caían de la nada como una lluvia procedente del corazón de la tierra. Sintió el sudor sobre su cara, el humo atrapando su garganta y el ruido hueco y voraz del incendio engulléndolo todo. En medio de la luz cegadora, el profesor distinguió los negros hábitos de los monjes de San Gil. Corrían entre los centinelas; arrastraban cubos de agua que se quedaban ridículos ante aquella hoguera gigante; acercaban carros vacíos a la fachada tratando de calmar a los caballos a punto de desbocarse. Se movían como si les diera igual el Apocalipsis, como si la fe les inmunizara ante las cenizas y el humo. Junto a la entrada principal dos hombres diminutos y esforzados intentaban ver a través del aire incandescente. Rossum nunca supo cuánto tiempo se quedó allí inmóvil, sobrepasado, pero cuando reaccionó, los dos hombres encorvados sobre la

puerta habían conseguido abrirla y los frailes entraban en tropel en el edificio. Entonces el profesor cayó en que sólo el Rey tenía la llave maestra del Alcázar, la que abría todas las puertas. Y se dio cuenta de que el fuego había ganado la batalla de antemano. Para su consuelo, su taller parecía estar a salvo. La engorrosa distancia que separaba las dependencias de los cortesanos de la antigua fortaleza era la misma que separa la destrucción del amparo. La Casa del Tesoro también parecía quedar más allá del alcance de las llamas. Pero no tenían piedad con el viejo baluarte de ladrillo rojo.

Cuando por fin salió de su espanto narcotizado por el baile del fuego, Rossum corrió hacia la puerta principal para ofrecer su ayuda. El calor era inhumano. Atravesaba la piel, le arrasaba por dentro con cada respiración. Junto a él —sudorosos, asustados, ansiosos, ciegos— otros vecinos querían colaborar. Gritaban para hacerse oír por encima del fragor insoportable de las llamas. Pero los centinelas sólo dejaban entrar a los frailes y a algún que otro caballero. Empujaban a los madrileños que se prestaban valientes para detener la catástrofe. Se cruzaban ante ellos bloqueando su paso. Todas las manos son pocas. Todas las manos son pocas. Rossum se sorprendió gritando lo que los otros decían. Lo que los guardianes del Rey parecían no querer oír. Y se sintió impotente viendo cómo eran rechazados todos aquellos que, como él, habían dejado su familia y su casa para colaborar en el rescate. Los centinelas respondían a la generosidad con desprecio. Y cuando uno de ellos golpeó brutalmente a un joven menudo y nervioso que había conseguido llegar hasta la puerta con un barreño de agua, Rossum sintió que su mano derecha se arrancaba con una fuerza brutal para evitar que el bofetón se convirtiera en paliza.

—Sólo quiere ayudar. Sólo queremos ayudar. ¿Qué os pasa? ¿No podéis entenderlo?

—Son órdenes reales —respondían los soldados entre los gritos.

—El Rey ni siquiera está aquí, Santo Dios.

Les apartaron de la fachada principal como a una turba peligrosa. En medio de la confusión, Rossum escuchó claramente que les llamaban saqueadores. Sólo queréis robar las riquezas. Y se sintió impotente y enfermo al imaginar cómo allí, dentro del Alcázar, ardían los cuadros, los relojes, la biblioteca, las joyas traídas de América. Derrotado, empapado de sudor, con la cara pegajosa y las manos negras se dejó caer en medio de la plaza ardiente. Y entonces le vio. A lo lejos. Quitándose un pañuelo que le cubría la cara. Juan Bautista de Orendain, el secretario del Rey, salía con paso tembloroso de la boca misma del Infierno. Rossum se levantó impulsado por la sorpresa. Se plantó ante el caballero, que no podía, desconcertado y marchito, ubicar al profesor en medio de aquel caos.

—Señor. Soy el profesor Rossum. ¿Estáis bien?

—Rossum... ¿Qué hacéis aquí?

—Mi laboratorio está en la zona de los talleres de la Corte. Pensé que había ardido, pero me parece que es lo único que va a sobrevivir.

—Ah, claro. Vuestro laboratorio. —Orendain estaba desorientado, su voz rasposa escapaba en un hilo entre las toses broncas—. Disculpadme si olvido que sois un científico. ¿No habréis inventado nada para sofocar el fuego? Éste nos va a ganar. No sé cómo... —Al darse la vuelta y ver las llamas acabando con todo y a los frailes corriendo como hormigas convulsas en un desierto en combustión, Orendain se vino abajo. No pudo seguir hablando.

—Vuestros guardias no me dejarían utilizarlo de todas formas... Señor, están echando a la gente que sólo viene a ayudar. A los madrileños que se ofrecen para apagar el incendio. Me han

sacado a patadas, Orendain.

—Temen el saqueo, Rossum. He sido yo mismo quien ha tenido que dar la orden.

—Ah, claro. Para evitar que se lleven los tesoros del Rey, mejor dejemos que arda todo.

Un ruido seco, como de terremoto, les obligó a callar. El fuego estaba desgarrando la estructura de madera del Alcázar. Algo que debía de ser muy grande se había desplomado en el interior del edificio. El estruendo fue tan fuerte que se oyó por encima del rugido del incendio.

—Vamos, Rossum... Mientras hablamos el fuego nos gana la partida. Cubríos la cara como yo si me queréis ayudar. Y vamos. Todavía hay mucho que rescatar.

Rossum siguió al secretario del Rey hasta dentro del Alcázar. Los mismos guardias que antes le habían impedido el paso le dieron ahora una tela empapada para protegerse del humo. Dentro no había tiempo para el miedo. Ni para elegir. Sólo un enjambre de frailes recuperando reliquias y ornamentos religiosos. Soldados intentando rescatar las joyas que todavía quedaban en el palacio viejo. Dos mozos que luchaban por arrancar los cuadros de las paredes. Y ardían las vigas de madera y los pesados cortinajes y el artesanado y los ornamentos en las largas naves y los tapices de los salones. Ya nadie hacía por apagar el fuego. Era imposible. Sólo quedaba salvar lo que se pudiera. Rossum atravesaba las estancias sin saber cuándo se iba a perder en aquel laberinto abrasado, dónde se iba a encontrar con un madero en llamas cortándole el paso. Se había separado del secretario de Orendain nada más entrar y ahora estaba allí, rodeado de hombres que no conocía, haciendo lo que podía para rescatar las riquezas de un Rey que no era el suyo. Lo poco que había dejado antes de trasladarse al palacio del Buen Retiro. Más moderno. Más francés. Más fresco. En los últimos días de gloria del Alcázar, el profesor había recorrido muchas veces esas salas tan cercanas a su laboratorio y a su casa. Le venían a la cabeza las imágenes de aquellos cuadros polvorientos que Felipe V había despreciado, los mármoles olvidados, las esculturas abandonadas por no ser lo suficientemente versallescas. Ahora ardían en aquella pira sin sentido. Algunos podrían salvarse si se daban prisa. Y siguió corriendo.

Todavía había poco humo en la zona de los despachos de verano. Pero una chispa ya había alcanzado de refilón uno de los cuadros, el retrato de la Infanta Margarita rodeada de sus damas, aquella escena tan cotidiana pero tan extraña que pintó Velázquez y que el Rey había dejado de lado porque era la familia de otro. Rossum se interpuso en la carrera de uno de los frailes que intentaba atravesar la estancia. Se frenó en seco y le miró con cara de pavor. No llevaba nada en las manos, ni sabía a dónde iba. Quizá se había golpeado la cabeza porque tenía sangre en la frente. Pero a pesar de estar herido, el religioso se quedó a ayudarlo. Entre los dos consiguieron descolgar el lienzo. Sólo al mirarlo ya en el suelo se dieron cuenta de que era demasiado grande para arrojarlo por una de las ventanas. Lo dejaron apoyado contra una pared todavía a cubierto de las llamas. Y junto a él fueron apilando a Emperadores a caballo y dioses paganos de Correggio, unas sabinas raptadas y unas ninfas de Van Dyck suaves y volátiles, que ajenas al desastre seguían sonriendo. Dos hombres más se habían sumado al rescate. Entre los cuatro intentaron bajar los cuadros colgados a más altura. Pero no llegaban ni apoyándose los unos en los otros.

—Vamos, compañeros, saquemos estos hasta la galería de ahí afuera. Desde ahí podremos tirarlos a la calle. —El último que se había incorporado a la cuadrilla les apremiaba. Sabía lo que decía. Venía de las habitaciones interiores donde el fuego ya había vencido.

—Pero quedan muchos todavía... —A Rossum le parecía que no habían hecho suficiente.

—Venga. El fuego viene. El edificio no aguanta.

Los cuadros, tan pesados y tan difíciles de manejar, se les resbalaban de las manos sudorosas. Maniobraban con ellos a ciegas por los angostos pasillos. Como podían. No fue fácil llevarlos hasta el balcón que daba directamente a la plaza. Comprendieron que habían alcanzado la ventana adecuada porque tropezaron con varios hombres agolpándose contra los postigos para lanzar lo que habían salvado de las estancias en llamas. Cayeron los jarrones y los candelabros, armas que parecían reliquias de batallas olvidadas, una complicada lámpara de cristal que sólo podía hacerse añicos con el impacto. Tiraron los cuadros pequeños que entraban por la ventana. Pero era imposible colar el retrato de la Infanta Margarita. Cuando Rossum vio cómo dejaban caer varios tapices torpemente enrollados, se dio cuenta de que la solución era liberarlo de su marco. Dos soldados le ayudaron a romper la madera tan robusta y resistente que parecía de piedra. Hubo que golpearla con una lanza para que se quebrara. Y por fin arrojaron el lienzo al vacío. En el último momento. El fuego ya les cercaba. El camino hacia los despachos de verano era una boca de llamas. Las ratas corrían veloces en dirección al patio. La belleza generosa de las sabinas se consumiría en el incendio. Sus compañeros se iban, pero él tuvo que mirar por última vez hacia la calle para asegurarse de que la tropa caótica de la plaza había puesto a salvo el otro Velázquez, el retrato de la Infanta. Creyó distinguirlo a lo lejos, sobre los hombros de dos hombres corpulentos. Y cuando se dio la vuelta, ya solo, no pudo evitar quedarse como en suspenso, con la mirada atrapada en el chisporroteo de las vigas incandescentes. Aquello le pareció de una belleza maléfica, fugaz y arrasadora. Le pareció un latigazo enviado por el mismo Diabolo para llevarse por delante otra belleza más pura y verdadera. Y allí, ajeno a los gritos, al miedo y la valentía, Rossum lloró. Lloró por esos cuadros que ya nadie vería, por esas escenas a las que unos pintores esforzados consagraron su talento. Lloró por los Leonardos y por los Dureros, por los Boscos y los Tizianos. Y por aquellos frescos que ahora desaparecían bajo la tormenta de fuego y de humo. Lloró porque al hijo que iba a nacer esa noche, que quizá ya habría nacido, el destino le había negado toda aquella perfección. Quieto, petrificado, dolido, Rossum podría haber perecido también bajo los muros ardientes. Pero un religioso o quizá un soldado se lo llevó casi en volandas.

—Hacia la puerta. Hacia la puerta. Rápido. El edificio se desploma. —La voz tenía la autoridad del ejército.

En su carrera furiosa buscando la salida, Rossum se chocó con muchos que como él escapaban perdidos sin saber dónde esperaba la salvación. Iban de un lado a otro con legajos, telas, muebles ya en llamas. El profesor comprendió que el tiempo de salir se había acabado hace mucho. Le costó llevarse con él a un hombre que arrastraba penosamente una escultura de mármol. En un pasillo donde todo era humo tropezó con el cuerpo de un caballero que se había desmayado. Tiró de sus brazos por estancias que se le hicieron eternas.

Y por fin salió a la plaza.

Y respiró. Como pudo. Pesadamente. Le llenó la nariz un aire turbio cargado de polvo negro.

Junto a él, como náufragos flotando frente a un galeón a punto de hundirse, otros hombres derrotados, bañados de cenizas, de sudor, de fracaso. Ya poco se podía hacer. La fortaleza se venía abajo. Y a través de las espesas columnas de humo, vio caer las columnas de piedra. Vio derrumbarse la Torre Dorada, esa atalaya que resplandecía al atardecer como si fuera de algún metal precioso. Cayó con un bramido de animal herido. Y el humo se llenó de polvo. Y Rossum sintió cómo la estampida de escombros hacía temblar la tierra. Un chico lloraba a su lado. Un

mozo con la camisa hecha jirones. Cuántos heridos habrá. Cuántos muertos. Rossum se acercó al muchacho. Se arrodilló a su lado. Era poco más que un niño y tenía miedo. Ese miedo que te atrapa cuando te das cuenta de que has salvado la vida sólo por casualidad.

Todavía tuvo que pasar un rato hasta que en aquel ejército desfallecido dio con el secretario del Rey. Parecía un fantasma surgido del último círculo del Infierno. Se dijeron poco. Apenas un abrazo de dos hombres exhaustos.

—Ya está.

—Ya está... El fuego ya no tiene más que llevarse. Aunque todavía nos costará acabar con esas llamas.

—¿Sabéis cómo ha sido, Orendain?

—El capitán de la guardia dice que el fuego comenzó en los aposentos de uno de los pintores de palacio. Al parecer sus sirvientes, borrachos, descuidaron una chimenea. —El secretario lo decía sin apartar sus ojos del gigante vencido que aún seguía ardiendo—. Al Rey nunca le gustó. Y menos a su esposa. Si vierais lo que dijeron hace menos de un mes en su última visita... Doña Isabel de Farnesio se burlaba del recio gusto de los Habsburgo. Corralón manchego, creo que fueron sus palabras...

—La fatalidad le ha hecho un favor.

—Así es, Rossum. La fatalidad. —Por fin el secretario salió de su trance. Apartó la vista de las llamas y miró fijamente al profesor—. Para no ser espía sois muy valiente. Muy audaz. Os lo agradezco.

Con sólo ponerle la mano en el hombro, Rossum sintió una vibración distinta, como si las cosas entre ellos no fueran a ser ya igual. Orendain se fue en silencio, despacio y dejó al profesor allí, quieto, raro, escuchando los gritos apagados por el crepitar de las llamas. Estaba amaneciendo. Pronto la luz llenaría el espacio donde había estado la torre dorada.

Cuando el sol empezó a teñir de amarillo el humo y el polvo sobre el Alcázar, Rossum recobró las fuerzas para volver a casa. Allí le esperaba otra batalla. Más importante y más incierta, porque era su esposa quien tenía que librarla. Y bajo la luz carbonizada de un Madrid que ya siempre sería distinto, echó a andar. Los pájaros madrugadores le acompañaron con sus primeros trinos. Un gallo, a lo lejos. Atravesó las calles dormidas y llegó a su puerta. Al otro lado no se oía nada. Nunca el silencio le había alarmado tanto. Entró en tropel, esperando quién sabe qué más desgracias.

Y se encontró a Constanza tendida en el lecho. Con la cara todavía fría y pálida. Pero sonreía. Porque para ellos la vida también cambiaba.

Ese día, Navidad de 1734, cuando el fuego se llevaba la última fortaleza de los Habsburgo, venía al mundo la primera hija de Constanza Rivolti y Héctor de Rossum. Una niña de ojos muy abiertos y piel muy clara.

La llamarían Celeste.

He visto tantas veces el plano del Madrid en el que fue feliz Rossum que ya creo recorrer aquella ciudad con sus ojos. Camino con él, con sus pasos largos de hombre larguirucho y feliz, por las calles estrechas y las cuestas tortuosas. Imagino que mis pies, que son los suyos, se embadurnan de esa mezcla imposible de barro y podredumbre sobre la que discurría la vida de esta Villa pueblerina y diminuta. Y como si mi mente hubiera invocado el fantasma de la porquería del mugriento siglo de las luces, un pisotón sobre una baldosa traicionera y bailona me deja los bajos del vaquero pringosos de agua oscura, quizá destilada hace dos siglos. Pisoteo el suelo irregular de la calle que tomó el nombre de un arrenal más irregular aún. Ese que manchó también los zapatos de Rossum. Y en sus mismos caminos, iguales pero distintos, sigo sus huellas. Busco una inspiración que no necesito porque la historia del científico más brillante de la Reina Sabia Portuguesa parece estar escrita en algún cajón escondido de mi cerebro. Me despierta por las noches. Me lleva de la mano hasta el teclado en el que se van formando las palabras. Marca mi camino en este deambular urbano y ciego que tantas veces acaba en el lugar donde un día estuvo el Olivar de los Gerónimos. El jardín sombreado y periférico donde he imaginado el nuevo laboratorio de Rossum. Y sin hacer esfuerzo, puedo ver en el Buen Retiro el palacio en donde encerraron a una Reina que entonces sólo era enigmática Princesa.

Me atrapa el olor a boj. Húmedo, mineral y discreto. Y sé que es el mismo aroma que llenó a Rossum de una paz cálida como de claustro viejo. Y si cierro los ojos no sé si estoy, como estoy, en el Jardín Botánico, en el olivar antiguo o en la plaza de Oriente con Alicia. Porque la fragancia lejana de los arbustos siempre me trae el recuerdo de aquellas tardes de calor en las que la acompañaba mientras ella sacaba a jugar al hijo de su novio. Gaizka en el columpio y Alicia empujándole. Y yo al lado, viendo sus brazos tensarse, elásticos y delgados, para mecer al pequeño. El niño ríe con mis tonterías. Y claro, yo me crezco. En el parque de juegos debemos de parecer la familia perfecta. En el banco de enfrente, dos rubias que se divierten con sus niñas morenas, un poco mayores que Gaizka, no saben que somos pura desestructura: una chica que pasea a un niño que no es suyo con un hombre que tampoco es suyo. Aunque a él no le importaría que todos fueran —que todos fuéramos— el uno para el otro. Bueno, Gaizka se conforma con quedarse en sobrino que de vez en cuando se suma a la fiesta. Lo sé porque un día me llama tío. Y confieso que me gusta. Me ha colgado el título sin pensárselo dos veces y las chicas del banco se han quedado bizcas para enfocar de nuevo nuestra imagen de familia ideal. Alicia intenta aclararle a Gaizka que ella y yo no somos hermanos. Pero no puede. Quizá por la resistencia del niño que niega y sonrío. O porque no sabe cómo explicar esta realidad nuestra como de toda la vida. O

porque lo que sí sabe es que somos Nosotros, aunque no pueda determinar hasta qué punto llega nuestro plural compartido.

—Verás, Gaizka, Leo es el hermano-elegido de mi hermano Diego.

—¿Hermano-elegido? Yo no tengo de eso. —El niño se calla un momento para recargar su revólver de preguntas—. ¿Y no es hermano tuyo? —apunta, y pone a Alicia en un apuro. Pero yo, que nunca tengo inconveniente en servirle de escudo, me meto de por medio.

—No, Gaizka... Porque Alicia nunca me ha elegido como hermano suyo. Pero si tú quieres elegirme como tío, yo me presto.

—Mola. —Y echa los pies hacia delante como para darle vuelo a nuestro recién adquirido lazo familiar.

No hace mucho, me crucé en un concierto con un Gaizka ya convertido en joven que se columpiaba sobre el precipicio entre la adolescencia y la madurez. Alicia ya no era la novia de su padre. Ni yo el tío-elegido. Pero, como si tuviera todavía siete años, volvió a tomar impulso para reafirmar aquel árbol genealógico que nos inventamos una tarde calurosa en el parque de la plaza de Oriente. Molabais mucho Alicia y tú. El chaval conserva esa inocencia risueña de quien ha sido mecido sin caerse demasiadas veces en la vida. No me tratabais como a un crío. A cierta edad se agradece mucho que nadie aflaute la voz para preguntarte en público qué quieres de postre.

Me doy cuenta de que Gaizka ya sospechaba lo que yo aprendí cuando era muy pequeño, que las familias elegidas tienen más que ver con nosotros que las que nos coloca un Destino que a veces parece ludópata y ciego. Don Destino Azaroso. Dice en su currículum que tiene experiencia probada en lazos familiares, pero deja algunos nudos tan mal atados como un marinero borracho después de una noche en un mal puerto. Menos mal que tenemos una vida por delante para anudarlos como podemos.

Yo até los míos a Diego, a Arnau y a Alicia. Con Diego tracé una lazada equilibrada y simétrica, dos cabos cruzados desde la primera infancia. Con Arnau un as de guía, seguro y reconfortante, que me mantenía amarrado al puerto de su sabiduría. Y con Alicia... A ella me unía un nudo gordiano. Nadie podía desatarlo pero siempre pesaba sobre él la amenaza del corte del Alejandro Magno de turno.

Nuestro Alejandro Magno particular fue durante mucho tiempo el padre de Gaizka. El-que-hacía-imposible-nuestro-Nosotros. Un actor muy actor, muy del método, muy de ponerte la cabeza como un bombo y muy vasco del que Alicia se enamoró en una fiesta de los Goya. El tipo era guapo. Y tenía esa labia alucinógena y magnética de quien vive de acariciar los sentimientos con las palabras. Aunque su superpoder seductor más hipnótico estaba en esas pupilas certeras con las que sabía decirlo todo. Nunca he vuelto a ver a nadie mirar como miraba Aitor. Era capaz de poner cualquier emoción en los ojos. De hacerte creer que eras la persona más interesante del mundo, aunque en su cerebro se estuviera desplegando la lista de la compra. De repartir amor a golpe de pestañazo entre camareras, abuelitas, dependientas de supermercado, admiradoras rendidas o profesoras del colegio. A veces se equivocaba y en su afán de gustar a todo el mundo regalaba una mirada de ternura infinita a quien no le tocaba. Juro haber visto ese fulgor enamorado ante el taquillero del cine. Y la película ni siquiera era suya. Un despropósito, Aitor, un despropósito.

Pero no era mal tipo. Le tolerábamos. Pasábamos por alto sus peroratas egocéntricas y sus

esfuerzos por parecer el más listo de la clase. Esfuerzos inútiles, dicho sea de paso. A Diego le encantaba hacerle preguntas con las que costaba poco dejarle en evidencia. Nunca se paró a explicarle que los Altos del Golán no eran una montaña rusa. Alicia le miraba como quien perdona a un niño pequeño extremadamente encantador. Porque en el fondo eso era su actor amado. Un mocoso consentido escandalosamente bello. Aunque no quisiera, en algunas ocasiones, lo paseaba como quien lleva un trofeo. Tenía tanta gracia verla con su Apolo refulgente por nuestro Aluche polvoriento... Sus amigas de la infancia, convertidas en esposas de maridos entrados en carnes y escasos de pelo, la miraban sin esconder sus celos. Aitor, alto, guapo, famoso, moderno.

Yo sí que ocultaba mi envidia. Porque mi envidia era por no poder tenerla.

—Joder, Leo... Si mi hermana te gusta, podrías decirle algo. Es que eres más tímido que la hostia. Así no se puede...

—Pero ¿qué le voy a decir? Si está con don Perfecto. Diego, joder. Es como competir con el James Bond patrio. O con una especie de George Clooney de la margen izquierda.

—Es del otro lado de la ría... —Diego lo dijo con una asepsia como si sólo le preocupara la geografía.

—Pues eso. Encima es del Manhattan de Bilbao. Hay que joderse. Que el cabrón lo tiene todo. —Me estaba dando una pataleta. Y a Diego, la risa—. Eres mi mejor amigo, pero eres lo peor en lo que respecta a tu hermana. O a mí y a tu hermana. Deja de descojonarte, coño. Que bastante tengo yo con lo mío...

—Leo, como cuñado no tendrías precio.

—Pues díselo a tu hermana, que parece que me ve más como a su otro hermano pequeño. Pobrecito.

Yo a ella la veía como lo que era. Una belleza feroz y tranquila. Una inteligencia fulminante y aguda. No soy guapa, sólo lo parezco. Pero Alicia era hermosa como la Valentina de Guido Crepax. Alicia con su pelo negro brillante, cortado estratégicamente para dejar a la vista el trazo de su mandíbula, un torneado perfecto. Alicia con sus ojos oscuros y su piel blanca como de folio. Alicia con sus piernas largas y sus hombros huesudos. Alicia con su cara de niña lista. Alicia. Alicia huyendo siempre de mí, a la carrera por la madriguera del conejo. O por el dúplex de Aitor, que venía a ser lo mismo. Porque encima el tipo tenía dinero. Y un pisazo luminoso frente al Senado en el que se empeñaba en hacer fiestas locas y en presentarme a chicas estupendas. Y locas también. Y nada más. Quizá su olfato de macho alfa le hacía olisquear en mí algo más que un simple amigo. Vamos a buscarle novia a Leo-el-simpático-falso-hermano-pequeño.

Pasamos juntos muchas fiestas en el ático. Muchas tardes en el parque. Muchos viajes de esquí. Muchas vacaciones en la casa de la playa de los padres de Alicia y de Diego. En cierto sentido, adoptamos a Aitor sin terminar nunca de adaptarnos a su rótulo de estrella invitada en la película de nuestra vida.

Hasta que un día, Aitor se fue.

Y se fue Gaizka.

Y se acabaron las fiestas en el ático.

Y las tardes en el parque.

Y sólo quedamos los amigos para pegar los trozos del jarrón hecho añicos en el que se convirtió Alicia. Para recordarle cómo era la vida antes del hombre perfecto.



Nunca pensé que aquel telón brusco que hizo desaparecer a Aitor me iba a doler tanto. Me mataba ver a Alicia desmadejada, yéndose a pique en una tormenta de porqués, zozobrando por los mares del olvido. Mentiría si no mencionara que también sentí un cierto alivio. Un desahogo egoísta o mezquino al comprender que Aitor jamás volvería. Como si me quitara de encima una maldita condena que dependía del arbitrario Tribunal de Cupido.

Es que ya no conozco al hombre con el que he vivido, Leo. Alicia lo repetía con la inquietud de haber construido la realidad sobre un fraude. No recuerdo qué le dije, ni cómo la consolé para que dejara de llorar aquella tarde cuando me lo contó sin querer contármelo en el Rita. Sólo recuerdo que esa noche soñé con ella convertida en Sally Bowles, con su bombín ladeado y sus ligas negras bailando en su cabaré particular. El Cabaré de los Amores Náufragos. Bye, bye, mein Lieber Herr; it was a fine affair, but now it's over. Su cuerpo insinuante sobre la silla de madera. Sus caderas contoneándose para una orquesta chillona. Nunca le he confesado que me desperté sobresaltado en el momento en que sus labios, pintados de rojo, decían con desprecio pícaro que recorrería Europa milla a milla y hombre a hombre. Nunca se lo dije porque Alicia no necesitaba mis sueños. Sólo necesitaba que la consolaran.

—Es mejor, Alicia... Mira, Aitor era un gilipollas. —Diego hablaba de él en pasado. Escribía su epitafio tallado con reproches acumulados durante mucho tiempo.

—Tampoco es eso. A ver, Leo, tú que eres don cita, ayúdame... ¿Quién dijo aquello de que sus amigos le habían dado siempre una muestra de total lealtad odiando a los hombres que ella amaba?

—¿Colette? ¿Zsa-Zsa Gabor? —La frase me sonaba a Dorothy Parker, pero no la encontraba en la cabeza—. ¿Paris Hilton? —Juraría que Alicia estuvo a punto de reírse.

—Muy gracioso, hombre. Lo único que digo es que la próxima vez que os parezca que salgo con un impresentable, lo digáis a tiempo.

—Claro, es facilísimo. Como uno nunca se ciega... Leo, pásale el cuaderno para que lo escriba cien veces: me fiaré sin rechistar del criterio emparejador de mi hermano pequeño y de mis amigos.

—Además, Alicia, después de tantos años, alguna tarita le verías a Aitor. Porque un poco actor sí que era. —Aun sabiendo que no es elegante hacer leña del árbol caído no podía resistir la tentación de meterle un poco el hacha al hombre perfecto—. A veces era imposible aguantar, siempre en el papel protagónico de su propio culebrón. Joder.

—Pero eso era de cara a la galería. O eso creía yo. O quizá yo también era galería... No sé. En casa era distinto. Entre nosotros...

—No. No. Para, para. No nos interesa saber cómo era en casa. Y a ti tampoco te interesa recordarlo.

Diego la frenó para que yo no tuviera que oírlo. Y para que ella no tuviera que escucharse hablando de aquella casa como un lugar compartido en el que la vida se levantaba todavía a golpe de plurales. Ahora tocaba construir el día a día en primera persona del singular. Con nuestra ayuda. Su familia. Sus amigos. El hermano que la quería y el hombre que la soñaba sin que ella lo supiera. Aunque Diego sí lo sabía. Siempre lo supo. Por eso, cuando pedimos la tercera ronda aquella noche en el Rita, levantó la copa y dijo por el tío que te mereces, porque seguro que está cerca, y me deslizó una mirada confabuladora que Alicia no cazó.

No he llegado a saber cuánto tuvo que ver Diego en que Alicia me convirtiera en su

confidente. Es probable que fuera lo más natural. Simplemente estaba allí. Un heterosexual cercano y en teoría inofensivo que la ayudara a desentrañar el misterio arcano de la lógica masculina. Nada más fácil que recurrir al amigo de toda la vida. El hermano que no era hermano. Y además, especialista en abandonos. Cum laude desde pequeño, desde que mi padre se largó. Quizá por eso empezamos a hablar de Fritz como no lo habíamos hecho nunca. Alicia, mayor que yo, le recordaba con precisión asombrosa.

—Tu padre era un hombre muy guapo. Y tan simpático... Y extranjero. Entonces no había extranjeros en Madrid, Leo. Y menos como él. Con esa vida como de película de Hollywood... A ver dónde íbamos a encontrar nosotros en los setenta a un americano hijo de alemanes huidos de la guerra. Cuando Lola hablaba de la infancia de tu padre, yo me la imaginaba siempre en blanco y negro. Y con una niebla como de película de David Lean. Deformación profesional. Ahora que lo pienso me hubiera encantado fotografiarle. Tenía un corte de cara perfecto. Muy bien definido. Una buena calavera. Os parecéis, ¿sabes? —Sí. Lo sabía. Ese parecido que todos daban por hecho era la única razón por la que el tiempo no había borrado su cara de mi memoria.

—No. Bueno, sí... eso dicen. Pero la verdad, yo no lo veo.

Mentira. Lo veía cada vez más al mirarme al espejo. Unas facciones sorprendentemente parecidas. Como calcadas. Y los gestos. A menudo me pregunto si para mi madre era una pesadilla o un consuelo tener en casa aquella copia mínima del hombre que se había marchado. Para mí siempre fue tormentoso y extraño. Creía olvidarle y al mismo tiempo le recordaba en el propio reflejo. Quizá por eso solía pensar en él por las mañanas al afeitarme. Cuando era adolescente —adolescente como el adolescente Gaizka sobre el precipicio— parecía que con la cuchilla no quería llevarme la barba sino su recuerdo. Con el tiempo pasó la furia, el rencor de sentirse abandonado. Lo que nunca se ha ido es esa sorpresa de las mañanas, el estupor de encontrar en mis ojos reflejados los suyos. Después de tanto tiempo no se ha volatilizado aquello que mi padre dejó en mi mirada.

La genética es obstinada. Por eso no puedo contradecir a Alicia cuando dice que soy frío. Frío como él. Queriendo a mi manera. También en silencio. Desde esta trinchera donde no me expongo a que me rechace. Desde esta distancia protectora. A lo lejos.

Puede que un día Alicia me eche en cara eso mismo que yo tantas veces, hablando a solas, le he reprochado a un Fritz siempre ausente: su resistencia a mostrarme su amor, su obstinación por mantenerse al margen, parapetado en su laboratorio. Y puede también que Fritz me responda lo mismo que yo le diría a Alicia: que tenía miedo, miedo a expresarme, miedo al rechazo, miedo a que fuera demasiado tarde para enfocar de otra manera lo nuestro.

Me da por pensar que ésta es la razón por la que escribo. Para buscar las palabras que no consigo encontrar con mi voz. Para decirle a mi padre —allá donde esté, donde quizá me lea— que es posible amar a la ciencia y a un hijo al mismo tiempo. Como Rossum. Ese profesor atravesado de amor, de ausencia, de fatalidad, de destino.

Ese profesor que es un poco como yo y es un poco como mi padre. O que quizá es como el reflejo, como esa aleación inquietante de los dos que se forma cada mañana entre mi cara y el espejo.

¿Cuál es el lugar donde más veces has sido feliz? Mi madre preguntaba así, a bocajarro. Yo había contestado casi sin pensarlo. En el Teatro Real. Y aquí, en mi cuarto. Las puertas giratorias del Real eran para mí lo más cercano a las puertas del Cielo. Hasta aquel día en el que Arnau se empeñó en que tenía que ir con él al estreno de *La vida es sueño*.

—Vamos, Leo. No te hagas el remolón. Va a ser el acontecimiento de la temporada. Calderón en el Real. Sé que te haces el loco porque actúa Aitor. Pero no es para tanto, hombre. Si el pobre tío sólo hace de Astolfo. Y Astolfo es casi una anécdota para que avance la trama.

—¿Te recuerdo que Astolfo es el que se queda con la chica?

—¿Te recuerdo que la nuestra le dejó hace algún tiempo? Venga. Cierra el ordenador y ponte en marcha. El taxi debe estar ya en la puerta. Corre, corre, corre. Que quiero llegar pronto para analizar bien el zoológico.

Intenté resistirme un poco, pero Arnau no estaba dispuesto a perderse ni un movimiento de los bichos que esa tarde se iban a pavonear entre los mármoles del Real. Una manada de invitados con buenas butacas, buenos trajes y ningún interés por Segismundo. Ay, infelice. Así era siempre. Y me exasperaba. Público con dinero que no se lo gastaba en una entrada porque tenía la suerte de ser invitado aunque no le interesara la representación. Al verles me salía el universitario de Aluche que tantas veces se había fumado las clases para hacer, durante horas, cola en el Real y comprar una entrada. El frío de aquellas esperas se me quedó metido en los huesos y en la memoria. El recuerdo de las colas, eternas, que daban la vuelta al edificio viene necesariamente matizado por la luz gris del invierno. Las manos se te quedaban tan entumecidas que ya ni podías pasar las páginas del libro heroico que había prometido acompañarte. La fila serpenteaba buscando el tímido sol en la acera o el abrigo de una pared que cortara el aire huracanado azotando constante desde plaza de España. Y por fin llegabas a la taquilla aterido, helado, impaciente, sin saber qué butacas quedarían libres. En apenas unos minutos le habías dejado a la taquillera tus ahorros a cambio de un pedazo rectangular de cartón que prometía la felicidad musical durante tres horas. Volvías a casa con la entrada metida en la cartera y la cartera enterrada en la mochila, abrazándola fuerte en el metro, no fuera a ser que la mala fortuna quisiera que ese día en la aglomeración de la salida te robaran tu único tesoro.

Los que iban a llenar aquel día el patio de butacas y el primer piso de palcos no tenían ni idea de tesoros con forma de rectángulos de cartón. Ni de mochilas apretadas contra el cuerpo. Ni de colas bajo el frío. Los que se paseaban, pausados y patricios, sobre las gruesas alfombras del vestíbulo tenían su propia función antes de que el telón se levantara. Una función en la que las

ovaciones eran sólo murmullos de aprobación de señoras muy pintadas. Y los fracasos, mohines de labios arrugados.

A mí me ponía enfermo. A Arnau le apasionaba.

Porque Arnau tenía un alter ego maligno y deslenguado que, sin periodicidad fija, firmaba una columna implacable con esa fauna que se dejaba ver en los estrenos, en las exposiciones, en los desfiles de moda, en los premios literarios. El Bestiario. Por Antonomasia.

Aquellas esplendorosas bestezuelas vivían entre el temor y el placer de verse diseccionadas en el periódico. Se buscaban con ansiedad entre las palabras punzantes: caer bajo el filo verbal de Antonomasia era un drama; permanecer invisible a su disección, una tragedia. Pronto supieron que quien escribía se había camuflado entre ellos; un topo malicioso, capaz de revelar todos sus secretos porque miraba desde el mismísimo centro de su universo dorado. Buscaban a Antonomasia tras las sonrisas hipócritas y los falsos besos al aire. Se observaban con recelo tratando de dar con el traidor que se atrevía a ponerles frente a un espejo curvo. Y Arnau callaba, encantado de alimentar en secreto la desconfianza de una tribu desconfiada por naturaleza. Alguna vez tuvo que advertirle de que tuviera cuidado. Después de una columna —demoledora con un señor empresario al que se había visto coquetear con su examante, la blusa desabrochada, tras los contrachapados de un pasillo lateral de Arco— alguien llamó al periódico para pedir la cabeza de la columnista irreverente. Pero García no podía echarla. No sabía quién era. Estaba allí antes de que él llegara. Mucho antes. Era el estrambótico capricho de los dueños del diario. Sus textos aparecían y desaparecían como cometas volubles sin fecha ni órbita fija. Al principio los mandaban al periódico en sobres grandes, con la única referencia de un apartado de correos. Después por fax. En los últimos tiempos, por correo electrónico. Una anticuada dirección de Hotmail que casi sonaba a anacronismo. Ni siquiera se podía especificar quién cobraba aquellos artículos. Sólo doña Amelia Valls sabía a quién le pagaba. A esa Antonomasia que tenía la cara y el cerebro de Arnau Miravet. Esa que decía lo que doña Amelia tantas veces había pensado en los salones donde rebotaba el sonido de los brindis vacuos. Hubo quien pensó que la heredera de los Valls había buscado un seudónimo para desatar su lengua. Ella negaba. Y se reía por dentro al imaginar a su amigo Arnau, parapetado tras la careta de Antonomasia, intrigante y anónimo.

El otro privilegiado que conocía su secreto era yo. El cómplice necesario. Cuando no quería dejarse ver, Arnau me enviaba en condición de observador disciplinado que todo lo apuntaba. Él se quedaba en el Rita esperando mi cumplido informe para escribir su columna. La primera vez me costó. Me costó tanto que volví sin los detalles necesarios. Me preguntaba cosas que no podía especificar. Mea culpa, Arnau, no puedo distinguir unos Louboutin a primera vista. Lo siento. Aquel estreno se quedó sin bestiario, pero yo aprendí todas las claves de las suelas rojas y las corbatas caras.

Aquella tarde en el Real había muchos tacones desorbitados. Y zapatillas de deporte de las que cuestan como mocasines de piel hechos a medida. Y allí estaba Antonomasia para levantar acta. Con el lápiz bien afilado.

—Mira qué delicia. ¿Dónde vas a ver a tantos gafapastas de buen sueldo y profesión libérrima en perfecta comunión con septuagenarias envisionsadas? Diversidad cultural, se llama.

—Vaya mezcla explosiva. Va a ser un espectáculo. ¿Has visto cómo se miran los unos a los otros?

—Se miran como los leones y los rinocerontes tomándose la medida en la sabana. No tengas

duda. —Arnau no especificaba a qué especie pertenecía cada uno, pero bastaba con verles para percibir entre ellos el temblor inminente del ataque—. Comparten una charca demasiado pequeña para tantas fieras. Y lo saben. Hoy las enjoyadas juegan en casa. Esos niños criados en universidades americanas son advenedizos recién llegados. Apuesto contigo a que los abonados de toda la vida harán como que no les ven.

—Conmigo no apuestes, Arnau. No tengo duda. Yo llevo años viniendo y todavía no me han visto. Para estas cacatúas de abono caro no te haces corpóreo hasta que no cumplas los cincuenta. Y eso en el supuesto de que lleves las iniciales bordadas en la camisa. Apuesta, si acaso, a que sólo repararán en los modernos cuando empiecen a agolparse para conseguir una copa de cava en el descanso.

—Buh... A eso sí que no apuesto yo, querido. Ya me los conozco. Modernos pero hambrientos. Se terminarán peleando con esas señoras tan finas que siempre se cuelan. ¿Recuerdas Marina Abramovic? Si nos descuidamos entre unos y otros nos dejan sin canapé de jamón y sin copazo. El Suellenismo, Leo. El Suellenismo. Venga. Nos da tiempo a una vista panorámica antes de que empiece. Vamos al primer piso. Corre. Pero que no se te note.

Y cuando me di cuenta, Arnau había enfilado feliz por las escalinatas a su puesto de observación sobre el foyer. Acodado en la barandilla de su mirador elevado sobre el vestíbulo, parecía un apicultor abstraído en el laborioso trabajo de su fulgurante colmena. Abajo las abejitas se afanaban por sonreírse, revoloteaban de una conversación a otra, ejecutaban complicados bailes de presentación, danzaban por caminos invisibles que llevaban de los consejeros delegados a los filántropos diletantes.

—No te pierdas al señor diputado del partido Soy-Guapo-Nena apoyado en la columna. Parece que el teatro fuera suyo. Ahí está con toda su testosterona reventándole bajo la camisa. O bajo la bragueta. —Arnau era un experto en describir la masculinidad desbordada y el diputado en lucirla—. Qué tío. Qué confianza en sí mismo. Ahí le tienes, como si las mujeres no tuvieran otra opción que rendirse ante tanto macho. Mira, mira, mira. Viene una que se cree rubia.

—No es sólo una rubia teñida, Arnau. Es una periodista que cubre el Congreso y que supuestamente tuvo un lío con él.

—No.

—No me creo que estés escandalizado.

—Me escandaliza que tú lo sepas y yo no me haya enterado. Definitivamente, su ritmo de conquista supera el mío de maledicencia.

—Es intolerable. —Lo dije con el tono que el propio Arnau habría empleado y él no pudo evitar reírse.

—Y ahora atentos. —La voz de Arnau tenía la alegría tintineante de un travieso dios pagano jugando con sus mortales—. Vamos a ver una escena de presentador de variedades en franca decadencia haciendo la pelota hasta el bochorno a un mandamás televisivo. A las tres. Junto a la entrada del patio de butacas.

Uno de esos tipos que un día fue muy famoso y muy irresistible y eternamente joven había dibujado en su cara, ahora desconocida y acartonada, una sonrisa ensayada hasta la náusea. Los dientes eran de un blanco inquietante. El pelo, lo más parecido a un algodón de azúcar muy fino pero capaz de resistir un huracán. Saludó al directivo con un golpe en el brazo, como si hubieran compartido interminables timbas de póquer. A Arnau le acababan de servir en bandeja su juego

favorito: doblar conversaciones ajenas. Pero cuánto tiempo. No nos veíamos desde aquella vez en el tanatorio. Sí, sí... Una pena... ¿En qué estás ahora? Hace mucho que no te vemos en pantalla (voz de directivo obligado a la educación en público). Ah. Pues no paro... Estoy en la tele local de Corral de Calatrava. Talentos para la OTI. Ya sabes... un show para buscar a cantantes. ¿La OTI... existe? (voz de directivo horrorizado). Sí, sí... y no te imaginas el éxito de mi programa... A ver... que yo no necesito currar ya después de tantos años... pero si a los espectadores les hace felices. Por supuesto, ¿quién podría negarse? Todo por los espectadores. Pues nada... que sigas bien en Corral de... (voz de directivo titubeante en actitud de zafarse). Calatrava. Talentos para la OTI. Recuérдалo... Búscalo en internet. Claro, claro, claro... (voz de directivo con piloto automático sin molestarse en disimular). Y si tienes algún proyecto en el que te pueda encajar. Arnau inventaba conversaciones con tanta destreza que hizo coincidir la frase con el momento en el que aquella reliquia catódica convertía su dedo índice en un cañón de pistola para apuntar a su interlocutor con pretendida complicidad. Antes de despedirse enseñó las encías con un extraño gesto como de conejo. Pues eso, si tienes algún proyecto... Creía que habías dicho que no necesitabas currar después de tantos años (voz de directivo devolviendo todos los golpes en un inapelable K.O. final).

Arnau era un maestro del diálogo ficticio. Su número estrella era poner frases en boca de García cuando le veía a través de las cristaleras de la redacción hablando por teléfono. Lo hacía tan bien que alguna vez mi memoria me jugó una mala pasada y colocó en el estante de las conversaciones verdaderas algunas de sus invenciones de improvisado ventrílocuo. Es posible que con el paso del tiempo llegara a creer que la falsa charla entre el directivo y el *diplodocus televisiensis* se había producido de verdad.

—Mira, Arnau... Acaba de entrar doña Amelia Valls...

—Oh. Sí. Vamos a verla. —Pero antes de abandonar su perfecta atalaya de figoneo, su radar infalible le hizo reparar en un chico muy joven, con gafas, que se acercaba a la dueña de nuestro periódico—. ¿Quién es ese de la camisa de leñador? ¿Publicista? No le tengo fichado.

—Se llama Pablo, pero todo el mundo le llama Paul. Su padre le ha puesto una librería cerca de mi casa. Y por cómo mira a las chicas cuando les recomienda a Safran Foer juraría que es hetero.

—Eso siempre está por demostrar, Leo. Merece ser visto de cerca. Vamos...

El vestíbulo del Real era para Arnau su circo de tres pistas. Y para estar a la altura del maestro de ceremonias, había que recorrerlo de arriba abajo. Cuando alcanzamos a doña Amelia estaba enredada con Pablo —AKA Paul— en una conversación sobre la lenta agonía de la letra impresa.

—Tan lenta que prácticamente viene desde Gutenberg, Arnau. —Doña Amelia desplegó para su periodista preferido una sonrisa que por un momento la volvió adolescente—. Leo, querido, ¿conocéis a Pablo Navarro? Su padre es muy amigo de la familia. Acaba de abrir una librería en el barrio. ¿Tú vivías por aquí, no, Leo?

Asentimiento. Besos a doña Amelia. Besos a Pablo que fueron muy celebrados por Arnau y muy observados por las sexagenarias Guardianas de la Moral en los Vestíbulos de los Teatros. Sonrisas. Risas. Piropos a doña Amelia muy celebrados esta vez por ella misma y muy fiscalizados por el Tribunal de las Viejas Damas.

—Pablo y yo hablábamos sobre la piratería. Le contaba que, en sus tiempos, Dickens hizo una gira por Norteamérica y se quedó horrorizado al ver que sus libros se vendían sin que él se llevara un dólar. En el XIX los editores estadounidenses publicaban los éxitos de los británicos sin pedir permiso a los autores. La mayoría, por supuesto, no lo sabía. Ni cobraba. Había un océano de por medio para evitarlo. Cuando Dickens se enteró puso el grito en el cielo. Y luchó por cambiar la ley. Mr. Scrooge fue lo más suave que le llamaron los yanquis.

—Ahora nos vendría muy bien un Dickens. Lo que sucede en este país es una locura. Es de una valentía admirable, y suicida, abrir una librería, Pablo. —Arnau estaba envolviéndole con su encanto más depurado. Quería que el chico se sintiera el centro del grupo.

—Sí... Bueno... Nosotros intentamos dar algo más... Convertirnos en un lugar donde la gente quiere pasar la tarde... Un lugar de encuentro... Tenemos una pequeña barra... y los autores vienen... no a firmar sólo... sino a... a charlar con los lectores... Eso nos gusta. Y traemos cosas que no se encuentran en otras librerías... Ediciones cortas... Y revistas extranjeras... sobre literatura, claro.

En la librería nunca había visto a Pablo hablar de aquella manera, con aquel balbuceo tartamudo. Se quedaba colgado cada cuatro palabras, pestañeaba largamente y retomaba la frase. Quizá era un truco muy útil para despertar el instinto maternal de doña Amelia. Pero a Arnau le había arrancado el interés de cuajo. La ineptitud verbal le sacaba de quicio.

—¿Cómo se llama la librería? —Arnau le cortó para evitar el sufrimiento de los tropicónes de su discurso.

—Pequod. Como el barco de...

—Sí. Ya. —Arnau le volvió a cortar. Esta vez algo molesto aunque manteniendo su compostura de perfecto conversador—. Como el barco de Moby Dick. Un barco que se hunde. ¿Ves como eres un loco y un osado?

—Hablando de locura, Leo... ¿Cómo va la investigación del Gran Majestic? Ya sabes que tengo un interés especial.

—Creo que estamos a punto de tener algo. No tiene sentido que el ayuntamiento les haya quitado la licencia ahora que iban tan bien... Pero ese local vale una pasta. Sigue al dinero. Ya sabes. Estoy intentando enterarme de a quién pertenece la corporación que quiere hacerse con el edificio. Aunque es un consorcio bastante turbio. Me da en la nariz algo. Pero no puedo decir nada, porque no puedo probarlo. Todavía.

Doña Amelia me miró complacida. El Gran Majestic era su cine preferido de la infancia. Allí vio todo. Desde Lo que el viento se llevó a West Side Story. Llevé a mi nieto a ver E.T. Como el resto de los grandes palacios del centro había ido agonizando lentamente hasta que la crisis y los piratas informáticos le dieron la puntilla. Sólo siete personas fueron a la última sesión. Los siete herederos del dueño que se hicieron un pase de autohomenaje con El mago de Oz, su película preferida. Planearon aquella despedida poética sin imaginar que estaban sembrando el germen de la salvación de su cine. Cuando lo publiqué en el periódico, la gente colapsó nuestro correo y el del Majestic pidiendo que lo repitieran. Eran muchos los que querían despedirse de la sala más bonita de Madrid. Porque muchos habían vivido en aquellas butacas una vida paralela proyectada. Muchos habían llorado primero en blanco y negro y luego en color. Muchos habían comenzado a escribir sus sueños frente a esa pantalla. Muchos habían quedados hipnotizados; habían reído; habían gritado; habían cantado; habían temido. Muchos aprendieron a bailar, a ganar, a perder, a

caer, a levantarse, a fumar, a hacer el amor, a ver morir, a ver nacer, a ser felices, a ser mayores. Habían aprendido a vivir. Muchos habían besado por primera vez a su novia en la oscuridad protectora. Muchos habían vuelto después con sus hijos. Y querían volver ahora. Y por eso los siete hermanos decidieron probar suerte programando cine clásico. Cambiaron la jota rota y fundida del letrero de entrada por un Siete luminoso cuajado de pequeñas bombillas que resumía el espíritu de su apuesta: siete aventureros, una sola sesión, una única película, sólo siete días, una semana cada una. Y fue un éxito. Convirtieron un cine al borde del abismo en el nuevo MA7ESTIC, el lugar adonde todo el mundo quería ir. Y cuando comenzaban a hacer caja, el ayuntamiento se lo cerró con la excusa de que faltaban algunos papeles que el viejo dueño jamás arregló porque nunca se los pidió nadie. Lo clausuraron y nos quedamos sin la sala más hermosa de la ciudad. La que nos hizo creer por un momento que volvía a haber esperanza para las pantallas grandes.

—Sigue investigando, Leo. Me interesa mucho. No podemos permitir este holocausto de los cines. —Doña Amelia había hecho de la defensa de las salas una cruzada personal, romántica y probablemente perdida.

—¿Imagináis que desaparecieran todas las librerías del centro, de los barrios, y que quedaran reducidas a tres o cuatro macrotiendas y nada más en las afueras de la ciudad? ¿Os imagináis que hubiera que sacar el coche para ir a un lugar donde sólo se venden best sellers y escondida, casi clandestina, alguna obra de algún autor más oscuro? ¿Os imagináis unos librereros que no quisieran vender escritores españoles? Pues así empezó la catástrofe de los cines. Y aunque parezca una distopía descerebrada, eso también podría suceder. Y entonces yo me iría del planeta Tierra a un sitio más amable. —Arnau lo dijo como si se le fuera ocurriendo en aquel momento. Pero daba miedo. Porque tenía razón.

—Bueno, querido. Celebremos que hoy podemos ver un Calderón en el Real. Quizá sea una buena señal. Si me permitís, me voy a mi palco. Ya no camino tan rápido. —Antes de marcharse doña Amelia se dio la vuelta para barrernos con una mirada interrogante—. Arnau ¿le has dicho a García lo de la prosopagnosia? Pones cara de no. Díselo. Y dile que yo quiero que vaya Leo. Hará un gran trabajo. Luego comentamos a Segismundo. Disfrutadlo.

—¿Qué es... «lo de la prosopagnosia»?

Sonó la fanfarria inicial del Orfeo de Monteverdi que indica los cinco minutos para que empiece la función y a Arnau le entró la prisa.

—Un congreso en Londres. Verás. La madre de doña Amalia sufría prosopagnosia. Es una larga historia. El resumen es que a la jefa le interesa especialmente.

—¿Prosopagnosia? ¿Eso es lo de no reconocer las caras? Lo de Oliver Sacks, ¿no?

—Bingo. Chico listo. Es uno de los ponentes. Lo vas a pasar de maravilla rodeado de gente incapaz de reconocer a su esposa, a sus padres, a su suegra, a ti... La gran feria de los desconocidos. —Y se volvió hacia Pablo—. Hablando de desconocidos... Ha sido un placer sacarte de esa categoría. Me pasaré por tu Pequod antes de que la ballena blanca se lo lleve por delante. Vamos dentro, Leo. Vamos.

Arnau le dio al chaval otro beso y le dejó en el vestíbulo desconcertado y tartamudeando por dentro. Las escaleras de entrada del patio de butacas se habían convertido en la llanura de la última gran migración de África. Un rebaño de señoras momificadas ascendía con inusitada energía entre los cachorros de la modernidad. Vi a una duquesa que desafiaba a los escalones y al



tiempo. Vi a su hijo del brazo de una pelirroja impresionante. Vi al director del Museo del Prado. Y al actor que últimamente lo hacía todo. Vi a una chica Almodóvar que ya no hacía nada. Y a uno de los Siete del Majestic. Creí ver al presidente del Real Madrid y a buen seguro vi al director de otro periódico. Y al de Televisión Española. Y al anterior director de Televisión Española. Vi a un ciego arrastrado por una cacaatúa llena de perlas. Y a lo lejos, vi a Diego, que me había mandado un mensaje preguntándome si estaría en el estreno y si quedábamos luego a cenar. Vi a ese crítico de ópera, exacto como un metrónomo, al que admiraba tanto. Y junto a él, a Ruiz, que siempre me impresionaba con su mirada sutil sobre el escenario. Vi al director de mi tesis doctoral. Y a tres alemanes que miraban a su alrededor algo amedrentados. Vi a nuestro crítico de cine y aparté la vista para no saludarle. Y cuando me di cuenta estábamos entrando a la sala.

Inmediatamente sentí esa vibración única de los teatros. El rumor fantasmagórico de mil ovaciones. El eco que queda en los lugares donde la gente ha disfrutado intensamente. ¿Cuál es el lugar donde más veces has sido feliz? Aquí. Y en mi cuarto. Aquí en este cofre rojo y dorado donde la música se me filtra en el alma. En aquel palco, el mío, a la derecha del escenario, donde lloré con *La Bohème* y con el aria de Pamina con la que siempre lloro. Fui feliz en esa otra butaca al lado de una columna en la que me senté la primera vez que vine y en aquella de paraíso donde inventé, más que ver, a un Plácido Domingo para el que ya no quedaban más entradas. Era feliz aquella tarde a punto de ver *La vida es sueño*, aunque Aitor hiciera de Astolfo. Porque, en el fondo, sabía que no se había quedado con la chica que me importaba.

—¿Yo en palacios suntuosos? ¿Yo entre telas y brocados? —Arnau remarcaba los octosílabos para que quedara claro que estaba recitando. La pareja que caminaba delante de nosotros por el pasillo central se volvió.

—Se la sabe entera. Pero no se preocupen. Después se aplaca. Es un caballero muy educado.

Mi media sonrisa no pareció tranquilizarles. Quizá lo hicieron cuando Arnau dejó de exhibir su memoria enciclopédica para señalar el escenario. Casi vacío. Bañado en una oscuridad vagamente luminosa. Un revoloteo inquietante atravesaba la nada. ¿O había algo en la nada? Poco a poco lo vi: del peine, caían suspendidas unas jaulas oxidadas. Como las que la Inquisición inventó para conducir a los herejes al Cielo por medio de la santa tortura. Se parecían a las de la catedral de Münster, todavía en la fachada, con su huella de dolor, para recordar el martirio de los anabaptistas. Y entonces entendí el aleteo cada vez más presente: eran cuervos. Cuervos que volaban, como amaestrados, de un rincón a otro. A alguien se le escapó un grito entre la sorpresa y el espanto. Dentro de la jaula más pequeña había un hombre. Desnudo. Segismundo. Dejaba caer su cuerpo esquelético entre los barrotes. De vez en cuando estiraba los brazos para espantar a los pájaros. A veces chillaba. Y entre el volar de los cuervos y los alaridos del Príncipe de Polonia se fue callando la sala. Los ministros, las momias enjoyadas, los modernos, los banqueros, las marquesas, los abogados, los ricachos, las estrellas destronadas, las recién llegadas. Algunos quizá se preguntarían si su vida era también una ficción.

—Ah. Se me olvidaba. —Arnau esperó a que nos sentáramos para decirlo. Estoy seguro de que lo hizo para no darme tiempo a demasiadas réplicas—. Al congreso de Londres vas con Alicia. Quiero que traiga buenos retratos de esa gente que no se reconoce.

—¿Qué te puedo decir? ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión.

Arnau respondió como un relámpago justo antes de que Rosaura apareciera con Clarín en un palco sobre el proscenio.

—¿Qué me puedes decir de Alicia, querido? Que toda la vida es sueño y los sueños, sueños son. Ve de una puta vez a por el tuyo.

—Amén.

Como no podía aguzar más los oídos, Celeste abrió mucho los ojos. Quería apoderarse del sonido, guardar aquella sensación de placer y de asombro. La mirada inmensa clavada en su madre que cantaba en el escenario. A sus ocho años creía que después sería capaz de recordar todas las notas si no pestañeaba. Alrededor, el aire se había hecho corpóreo, lo sentía oscilante, vibrando en el espacio, como si las notas pudieran palpase. La niña parecía inmóvil, pero estiraba los dedos muy despacio para dejarse acariciar por aquella música tangible. En un momento llegó a sospechar, con cierta desilusión, que el cosquilleo en la punta de sus índices era tan sólo el efecto del aire rozando su piel. Qué más daba. Lo que sentía se parecía mucho a meter las manos poco a poco en el barreño de agua helada donde su padre solía lavarse la cara. A Celeste le gustaba colocar las palmas sobre la superficie, ni un poco más, ni un poco menos, en un equilibrio perfecto entre este mundo y un mundo extraño y acuático. Era como abrir la puerta de las maravillas, como entrar a un universo ajeno y placentero donde todo era menos pesado. Y ésa era la sensación que tenía ahora en el teatro vacío, como si volara empapada de canto. No podía dejar de sonreír, de abrir mucho los ojos, de estirar las manos. No sabía explicar por qué. Luego su padre le preguntaría y ella sólo diría sí, me ha gustado mucho. Quizá podría contarle que era como dejarse bañar por la voz de su madre. O que en el fondo de su cabeza seguían resonando las escalas. Pero no sabía si eso era raro. Si eso les pasaba a todas las niñas. Y no conocía a demasiadas para preguntarlo. Ella no tenía hermanos como los hijos de los nobles. Somos plebeyos, aunque pasemos mucho tiempo en palacio, Celeste.

En aquel palacio del Buen Retiro, casi escondidos en un palco del Coliseo, Rossum y Celeste, en trance, parecían rezar la oración secreta de una religión muy antigua. En la oscuridad apenas se distinguía el brillo de los ojos de un hombre y de una niña. Oscuros. Grandes. Iguales. Atentos a todo. Estáticos. Aunque, a veces, la hija movía por un instante las pupilas para dejar que en los márgenes entrara la imagen difusa del padre. Le gustaba sentirle ahí, quieto, grande, pendiente de la música y del silencio. Los dos solos en el teatro sin público. Prefería esa quietud clandestina a las tardes en las que eran dos más entre muchos; espectadores comunes en el auditorio ruidoso. En esos días, su madre era apenas un ser pequeñito perdido en el escenario lejano, una figura diminuta que no paraba de cantar. Y aun así, en la distancia, rodeados de gente, sus agudos cristalinos seguían sumergiendo a la niña Celeste en el océano. En las otras tardes, en las tardes de ensayo, la voz de Constanza era sólo para ellos y se podían sentar tan cerca que hasta distinguía cuando pestañeaba para pautar cada nota. Celeste únicamente tenía que dejarse llevar por las escalas. Aunque no supiera explicar lo mucho que disfrutaba en el Coliseo, algo evidente

debía adivinarse en su cara porque el signore Carlo le había preguntado si ella también se dedicaría a cantar.

—Me temo que Celeste se parece más a mí, es una lástima que la Naturaleza no le haya concedido el don de su madre. —Su padre respondió por ella porque los niños no debían meterse en las conversaciones de los adultos. Aunque los adultos preguntaran directamente.

—Si alguna vez lo deseas, pequeña Celeste, yo te daré clases. Es una pena que disfrutando como lo haces no aprendas a cantar. No tengo muy claro que la Naturaleza no te haya concedido este don.

El signore Carlo, como Celeste le llamaba, lo había dicho sinceramente. De buen grado habría sido su maestro. En parte porque se sentía entre halagado y perplejo por la entrega de la niña en los ensayos, intrigado por lo que había detrás de esos ojos que parecían no cerrarse nunca. O quizá reconoció en aquella mirada incansable una nueva versión de la mirada con la que él se enfrentó al mundo cuando su vida se llenó de preguntas. Fuera lo que fuese, Celeste era un enigma y un reto. Si la pequeña tenía tan sólo una mínima porción del talento de su madre, podría interpretar las piezas que quisiera con la educación adecuada.

Y Carlo Broschi, Farinelli, sabía bien lo que había que hacer para educar una voz. Había aprendido del maestro Bernacchi todo lo que un cantante debía saber. Aunque lo más importante que le había enseñado en aquellos primeros años era a alimentar su tesón. Repetir y repetir. Ensayar y ensayar. Y a fuerza de volver una y otra vez a lo mismo, el joven Carlo convirtió su placer en obsesión. Una obsesión que llenaba todos los momentos de su vida. Se sentía bendecido por el Amor Absoluto. Perdidamente prendado de las notas y las partituras, de la fuerza de los graves y el reto de los agudos. Farinelli estaba aprendiendo a disfrutar del insólito prodigio de su voz única. Y cuando, por fin, se dejó llevar por la mística y el placer de la gloria de su garganta, el mundo entero se rindió ante él. En su interior palpaba un genio tan puro y tan luminoso que sus compañeros se contagiaban de su arte. Se lo había confesado Constanza. Nunca había compartido escenario con nadie que la hiciera brillar tanto, nunca había sentido que era tan sencillo complacer al público, nunca había visto tan feliz a Rossum desde los días de Lisboa. Ni a la pequeña Celeste, mirándoles desde la oscuridad de su palco.

Celeste era observadora y callada. Guardaba sus palabras para quien quería. Por lo general, no decía mucho, pero no hacía falta porque estaba escrito en su cara. Se podía leer en sus ojos en las largas horas de ensayo en el teatro, o en el destello de curiosidad con el que analizaba los manejos de Rossum en el laboratorio. Celeste, silenciosa y lista, con una única interlocutora, la que le había construido papá. Jamás se separaba del pequeño autómatas que Rossum había creado para que no se sintiera sola en aquel universo de nobles y de adultos.

—¿Nunca la vas a dejar, Celeste, ni cuando seas mayor?

—Ni cuando sea mayor. Cuando sea mayor la llevaré a conocer los lugares bonitos del mundo.

Aunque a los nueve años se tenía que conformar con recorrer los corredores de palacio. Siempre acompañada de su propia copia minúscula y metálica. La cara redonda como la suya, los ojos grandes y fijos, el pelo oscuro que su padre había encargado en el taller de tapices. El profesor había instalado un sistema para que la muñeca fuera capaz de andar. Pero no era necesario. Celeste la llevaba siempre en brazos como si su única misión en este mundo fuera acompañar a su padre y proteger a su niñita de juguete.

—Y ahora, Mecánica, vamos a ver actuar a mi madre en el Coliseo. Pero tienes que estar

callada, porque las niñas buenas no hablan cuando no les preguntan. Y a veces tampoco hablan cuando les preguntan porque no es cuestión de contestar a todo. Y menos si no sabes muy bien qué contestar, que es lo que me pasa a mí muchas veces. Y si viene signore Carlo, que es tan amable y nos quiere tanto, especialmente a mí entre todas las niñas de palacio, y nos pregunta si nos ha gustado el ensayo, debes asentir muy sonriente. Ya verás como el ensayo de hoy nos va a gustar mucho, porque dice mi padre que es el segundo acto de la ópera de la semana pasada, que ya no recuerdo cómo se llamaba pero que era tan bonita, con esa música que luego me vuelve una y otra vez por la noche y por el día y siempre, hasta que intento cantarla y descubro que ya no puedo. Se me olvida todo, Mecánica, porque mi padre me ha dicho también el nombre de la ópera y mi madre lo mencionó anoche cuando salimos del ensayo, pero es que ya no me acuerdo. Luego se lo preguntamos. —Un suspiro de resignación—. Pero no se lo preguntaremos al signore Carlo, ¿eh? Al signore Carlo, no. Que un día me dijo que era muy lista y no quiero que ahora piense otra cosa. Y cuando venga a preguntarnos si nos ha gustado, ya sabes, Mecánica, ya sabes. A ver, ¿qué tienes que hacer cuando venga el signore Carlo, qué tienes que hacer? —Y Celeste se interrumpía a sí misma el tiempo suficiente buscando el mecanismo que su padre había colocado en la base del cuello de la muñeca para que pudiera mover su cabecita desproporcionada—. Muy bien. Muy bien. Eres una dama muy bien educada, Mecánica.

Celeste palmoteaba feliz, pretendiendo que el movimiento le había pillado por sorpresa.

—Qué bonita. Qué damita tan acostumbrada a las diversiones de la Corte. Padre, ¿podrás hacer que aprenda a aplaudir? Me gustaría ver la cara de madre y del signore Carlo si Mecánica les ovaciona al final del ensayo.

—Tienes razón. A mí también me gustaría verlo. Y de paso la cara de su Majestad... Quizá la sorpresa le curara la melancolía.

Quizá Felipe V le habría pedido que le construyera su propia muñeca para adentrarse con ella en esos reinos imaginarios en los que cada vez era más propenso a perderse. Loco, viejo, derrotado y torpe vivía encerrado entre el palacio de El Pardo y sus propios pensamientos. Quizá aquel ingenio mecánico le habría hecho reír como lo hizo en su día el jugador de naipes con el que se entretenía su hijo Fernando. Ya ni la voz de Farinelli le revivía.

Celeste oía hablar mucho del Rey en todas partes. Que si estaba enfermo, que si iba a morir. Pero no le había visto nunca. Una vez oyó que había acudido al Coliseo para ver la función de su madre. Pero no logró distinguirlo entre el ejército solícito de cortesanos, más ansiosos de ser vistos que de ver. Debe de ser un Rey muy pequeñito, pensó. Claro, por eso escuchó decir alguna vez que ya no daba la talla para gobernar. Por eso mismo era tan fácil ver a la Princesa doña Bárbara, porque era la mujer más grande de palacio. Le gustaba cuando la levantaba con sus brazos poderosos y la achuchaba contra su pecho blandito. Pero lo que más le gustaba era que ella era la única persona que siempre que preguntaba algo se esperaba para ver lo que la niña tenía que contestar.

—Celeste, ¿te ha parecido hermosa la obra del señor Haendel?

—Sí, Alteza. La música es muy bonita, aunque lo mejor es el signore Carlo. Cuando está en el escenario no puedo mirar nada más.

—A mí me pasa lo mismo. Pero, Celeste, no se lo digas a tu madre, que se va a enfadar.

—No os preocupéis, señora. Ella sabe que a mí el signore Carlo me gusta mucho. A ella también le gusta mucho cantar con él.

—Y de toda la obra, ¿qué es lo que más te ha agradado? —La Princesa hablaba con Celeste como si una conversación entre una niña y la aspirante al trono fuera lo más normal.

—Pues... hummmm... —Un breve rezongar de duda—. No lo sé, Alteza. Me ha gustado mucho cuando estaban en el mar con las sirenas. Porque yo nunca he visto el mar. ¿Vos lo habéis visto, Alteza?

—Yo lo echo de menos todos y cada uno de los días de mi vida en medio de este cautiverio estepario. —Bárbara lo dijo con dolor, pero no había rencor en sus palabras. Cuando se dio cuenta de que aquél no era asunto para airear en público, volvió a la carga con las preguntas sobre la ópera—. ¿Y no te ha gustado el jardín encantado de Armida?

—Sí, señora, me ha gustado muchísimo. Sobre todo eso que cantaban allí.

Celeste comenzó a entonar con su vocecita limpia un dueto del segundo acto. Tomaba aire donde no debía, como si viniera corriendo desde muy lejos, y la melodía se entrecortaba. Pero podía reconocerse. Su voz tenía gracia y armonía. Farinelli tenía razón, la niña podía aprender a cantar. En aquella ocasión se esforzó en hacerlo porque sabía que nada le gustaba más a la Princesa que la música. Y se sintió feliz de tener todavía todas aquellas notas en la cabeza, resonando desde la bóveda de su cráneo hasta la boca. Sabía que después de unas horas, o quizá al despertar al día siguiente, ya no sería capaz de recordar. Y dándose cuenta de que doña Bárbara era toda una autoridad en terreno musical, porque cantaba, tocaba y dicen que componía, decidió que era la persona adecuada para resolver sus dudas. Cuando terminó de entonar la pieza, con la Princesa todavía riendo y sus criados aplaudiendo convertidos en auditorio improvisado, Celeste se puso muy seria y pidió permiso para formular una cuestión.

—Alteza, ¿puedo haceros una pregunta? —Bárbara contestó un sí que sonaba a curiosidad—. ¿Por qué si ahora soy capaz de recordar todas las notas de la ópera como si tuviera delante la partitura, mañana no recordaré nada? ¿Cómo puedo olvidar la música si ahora suena dentro de mí hasta cuando yo no quiero? ¿Os pasa también a vos?

—Sí, a veces a mí también me pasa, Celeste. Y no sé, en verdad, por qué. Eso tendremos que preguntárselo a tu padre. Profesor Rossum, por favor...

Rossum se había quedado unos pasos por detrás. Ése era el ritual que la Princesa había marcado para hablar con la niña. Se había dado cuenta de que la pequeña guardaba siempre silencio si estaba con ella su padre. Hasta que un día Celeste no pudo mantener su prudencia cuando los mayores decían algo de Farinelli y saltó. El comentario le hizo tanta gracia a doña Bárbara que le pidió a Rossum que llevara a su hija a su cámara y las dejara a solas. Aquella tarde compartieron más de una hora de conversación. Así era la Princesa, capaz de encontrar belleza y poesía en las palabras de una niña que a los demás les parecía muda.

—Señora, vos diréis.

—Querido profesor Rossum, Celeste y yo queremos saber por qué en poco tiempo nuestra memoria borraré la música que ahora evocamos tan vívidamente incluso de forma involuntaria. ¿Qué extraña cualidad hace que las notas sean tan efímeras y al mismo tiempo tan insistentes en nuestra cabeza?

—Alteza, eso tiene que ver con la retentiva y la memoria que, como vos bien sabéis, no es mi especialidad. Aunque sí puedo señalar algo que la experiencia me ha enseñado. Es posible que olvidéis una obra nueva después de haberla escuchado por primera vez, pero es de todo punto imposible olvidar una ya conocida que hemos aprendido a fuerza de verla representar. Si es así, si

la conocemos y ya la hemos disfrutado, tan sólo el resonar de la primera nota desencadenará el resto.

—Eso es totalmente cierto, Rossum. Su merced siempre tan sensato.

Y acercándose al profesor para que los demás no la oyeran, doña Bárbara le susurró algo al oído: «Vuestra hija cada vez me recuerda más a mi hermano José».

—Bien, pequeña Celeste, me quedaría hablando con vosotros toda la tarde, pero tengo que ir a mis dependencias para darle envidia al Príncipe, que hoy no ha podido acompañarnos. Si te lo encuentras esta semana y te pregunta cómo es la nueva representación de tu madre, habrás de decirle que es la mejor que nunca se ha visto en el Coliseo. Y que rabie, por abandonarnos hoy por los absurdos requerimientos de doña Isabel. Claramente la Reina lo hace para mortificarnos. —Cerró los ojos durante más tiempo de lo normal, como si al prolongar su pestañeo pudiera expresar un desprecio contaminado de enfado. Al abrirlos, la cara de Celeste le devolvió la sonrisa. Antes de marcharse, le dio a la pequeña un beso sonoro y sincero como de matrona—. Por cierto, Rossum, felicidad a Constanza. Ha estado sublime. —Y doña Bárbara, seguida de su séquito, salió del Coliseo moviendo garbosamente la mole carnosa de su cuerpo.

Celeste siempre se sentía bien con aquella mujer de piel templada y ojos cálidos. Azules, como de ratón, casi perdidos bajo sus cejas pálidas, pero expresivos dentro de su pequeñez. Era una Princesa, pero no se comportaba como los demás señores de la Corte. Porque a Bárbara le gustaba conversar. La niña hubiera deseado recordar mejor la charla que tuvieron el día que la llamó a sus dependencias, pero estaba tan nerviosa que se le había borrado gran parte de la conversación. Se acordaba, eso sí, de la curiosidad que su muñeca había despertado en doña Bárbara y de lo mucho que parecía querer a papá.

—Y esa muñeca que te he visto llevar ya en otras ocasiones, ¿quién es?

Celeste se acordaba bien que había preguntado quién, no qué, como hacían otros adultos. ¿Qué es eso brillante que llevas ahí?

—Es Mecánica. Me la ha regalado mi padre para que no esté tanto tiempo sola. Es muy lista. Se mueve. —Celeste accionó el mecanismo que hacía elevarse los bracitos—. Y sabe hasta andar.

Cuando la niña se agachó para dejar que la pequeña autómatas caminara sobre la tarima de la estancia, Bárbara sintió por un momento volver a la infancia feliz de Lisboa, cuando Rossum fabricaba ingenios para ella y para su hermano José. La marioneta metálica echó a andar un tanto tambaleante. El vaivén le hacía mantener un difícil equilibrio de funámbulo. El movimiento iba acompañado de un cómico ruidito como de reloj acelerado. Bárbara todavía miraba maravillada, cuando la niña la recogió para llevarla a sus brazos. Las piernecitas se movían en el aire como si no fuera necesario tener el suelo bajo los pies para poder avanzar.

—A mí me gusta más llevarla en brazos. El palacio es tan grande que se podría perder.

El razonamiento de Celeste parecía irreprochable. ¿Dónde podría llegar una muñeca metálica de palmo y medio de altura que se obstinaba en mover sus pies diminutos hasta cuando la llevaban en volandas? Sólo Dios lo sabe.

—Lo entiendo, yo haría lo mismo. —Bárbara dudó un momento, pero al final preguntó—: ¿Podría verla?

Celeste se acercó con la muñeca todavía agitando sus piernecillas bajo el pequeño vestido blanco. Se la tendió a la Princesa como quien muestra entre las palmas un pajarillo caído del nido. Bárbara la tomó con mimo, pero en sus manos tan gordezuelas, tan bastas, Mecánica parecía a

punto de quebrarse.

—Esta carita se parece mucho a la tuya. —Bárbara dejó la huella de sus yemas en el moflete pulido del autómatas. Detallista, como era, al darse cuenta, estiró la delicada puntilla que sobresalía en su puño para limpiarla—. Se ve que la cuidas muy bien, Celeste. Seguro que es muy feliz.

—Ella también cuida de mí.

La Princesa supo inmediatamente a qué se refería. En un palacio en el que no podía compartir sus horas con otros niños, la muñeca era una especie de amuleto para conjurar la soledad. Como lo había sido la flor mecánica que Rossum construyó para ella y que tanto le recordaba a su niñez en Portugal. Sin duda, los dos ingenios habían salido de las mismas manos. El material era el mismo, un metal más oscuro que la plata y más resistente. Y también era igual el meticuloso acabado final. ¿Dónde habría adquirido Rossum aquellas artes de orfebre? La piel brillante y pulida de Mecánica no admitía imperfecciones. El cuerpecito era pequeño y compacto, una especie de cilindro bien torneado con un relieve imprevisto en el centro del pecho. Aquella irregularidad era impropia de la mente minuciosa del profesor. Debía de servir para algo. Como los botones diminutos que había en la parte superior del cuello donde se insertaba la esfera exagerada del cráneo. Bárbara pasó su pulgar varias veces por la zona del tronco donde había sentido aquella prominencia suave pero extraña. Pero no pudo adivinar qué se escondía allí. En un arrebato le dio la vuelta a la muñeca para examinar lo que ocultaban sus enaguas minúsculas. Celeste se alarmó. Y aunque intentó mantener la compostura, la Princesa se dio cuenta y volvió a colocar a Mecánica en su posición natural. Dejó reposar la cabeza en la palma de su mano sin levantar el pulgar del cuerpecillo metálico.

—Celeste, ¿qué es este relieve que tiene tu muñeca aquí?

—Es el corazón... Permittedme, Alteza.

La niña tomó la muñeca y con la habilidad de quien lo ha hecho muchas veces la despojó de todos sus encajes. Sobre el pequeño pecho de Mecánica brillaba una piedra roja, turbia, no del todo transparente ni regular, ligeramente más pequeña que un maravedí.

—Qué piedra tan singular. Nunca antes había visto algo así. —Bárbara estaba sorprendida de verdad. Y eso que por sus manos habían pasado todas las gemas de los tesoros reales, todas las perlas, todas las joyas, las monedas, el oro, el marfil. Pero era la primera vez que se enfrentaba a una pieza de una hermosura tan irregular. Era como una perla barroca, deforme y excepcional, como un ámbar teñido de sangre. Su belleza estaba en su imperfección.

—No la habíais visto antes porque no hay otra igual ni en color, ni en forma. La tengo desde que era pequeña. Bueno, durante mucho tiempo la guardó mi madre en una cajita hasta que me hice mayor y me permitieron llevarla conmigo.

—Oh, sí, muy mayor. Sois toda una dama, una señora de mi Corte. —A Bárbara le divertía la disposición repentinamente abierta, adulta y algo redicha de la niña Celeste.

—Cuando mi padre construyó a Mecánica, me preguntó si quería que pusiera la piedra en el lugar de su corazón. Dijo que como era única merecía tener un corazón único también.

—Sin duda lo merecía.

—Mi padre encontró la piedra unos días después de que yo naciera, cuando volvió a recorrer las ruinas del Alcázar que se quemó esa Nochebuena. Ya sabéis. Contaba que todo estaba todavía lleno de escombros y de humo y de cenizas y que parecía como si lo que quedaba de las paredes



derruidas desprendiera calor y como si el ruido de las llamas no hubiera terminado de acallarse. Contaba que los maderos de las vigas derrumbados parecían estar todavía preñados de fuego, que hasta la piedra de los suelos se había ennegrecido como si fuera el pavimento del Infierno. Eso decía siempre. Pavimento del Infierno. Y contaba también que en una de las estancias, en el suelo, junto a lo que había sido una vidriera, vio varias piedras irregulares, como si las llamas hubieran licuado el vidrio en gotas que al enfriarse se hubieran transformado en gemas. Contaba como un amigo suyo capitán, con en el que estuvo en el incendio, se agachó con él a comprobar qué era aquello y le dijo que se quedara la piedra roja que tenía entre sus manos. Y así llegó a casa y en casa fue para mí y con el tiempo fue para Mecánica. —Celeste había soltado toda la historia de memoria, sin pausas, con los pies muy juntos en el suelo y el cuerpecillo estirado, como el que comparece para ser examinado de sus conocimientos. Cuando acabó, relajó los hombros y tomó aire. Pero antes de terminar añadió una última frase—. Porque Mecánica es única y singular.

—Como tú, Celeste. Tú también eres única y singular.

Aquel día Celeste salió de las dependencias de la Princesa sintiéndose mayor. Era una dama, se lo había dicho doña Bárbara de Braganza. No una menina, ni una niñita. Ella era una señora de la Corte. Habían hablado más de una hora sin que nadie se interpusiera ni le quitara la palabra. Sí, ya era mayor. Al llegar a la galería donde terminaban los aposentos de los Príncipes, su padre esperaba.

—¿Qué tal, Celeste?

—Muy bien... La Princesa me ha dicho que soy una dama.

—Espléndido, eso quiere decir que eres una niña muy educada.

—No, padre, eso quiere decir que ya soy mayor.

—Pero yo no quiero que te hagas mayor tan rápido, Celeste. Sólo tienes nueve años. Estás en la edad de jugar... Y de aprender. Es paradójico, pero cuando seas mayor, mayor de verdad, lo comprenderás. Y echarás de menos los días de la infancia. ¿No te ha contado doña Bárbara lo mucho que extraña su niñez en Portugal?

—No, no me ha dicho nada. Me ha dicho que le recuerdo a su hermano.

—Sí... Eso dice. Y dime, señora de la Corte, ahora que eres mayor, ¿qué pasa con tu muñeca?

—Que yo ya soy mayor. Y mi muñeca también.

Celeste no estaba dispuesta a pagar ningún precio por su madurez. Y en cierto modo tenía razón.

No le iba a hacer falta.

Si Rossum hubiese creído en las estrellas, habría sabido que aquel de 1744 era el año en el que su vida se iba a alinear con la desgracia. Pero Rossum sólo creía en lo que la razón podía probar. Porque era un científico, no un nigromante. Porque no tenía más fe que la fe en el imperio sacrosanto de la ciencia. Era escéptico y analítico. Porque yo le había creado así. Y sabiendo yo, como sabía, que el destino iba a destrozarse su vida, tuve piedad de él. Y me sentí impotente. Porque ningún autor puede prevenir a sus criaturas de las desdichas que van a alcanzarle.

Y también me sentí culpable. Arnau se rió cuando se lo dije. Bravo, un novelista que se apiada de su personaje. Es enternecedor. Pero luego me confesó que me entendía y cuando quiso saber qué infortunio llevarían las constelaciones —o mi imaginación— a la vida de Rossum, preferí no decir nada.

—Da igual. Así son las grandes desgracias de la vida. Llegan sin que las esperemos para decapitar nuestra felicidad. Como cuando enfermó Joan. O como cuando se fue tu padre. —Arnau se apagaba un poco cuando hablaba de las pérdidas.

—Exacto. Como cuando se va alguien a quien amamos. De repente. Sin estrellas, ni avisos, ni cartas astrales, ni hostias.

No me atreví a contarle que había visitado a una adivina para que me confeccionara una carta astral de Rossum. Son locuras que se hacen. Locuras de escritor. O eso pensé cuando busqué el teléfono en el periódico para justificarme. Que sea alguien que parezca serio. Sheila Aranda. Tarot. Arcanos. Baraja Española. Cartas Astrales. Demasiada especialidad. Profesor Arkaroff. Vidente sensitivo. Tarotista Clásico. Lo de clásico parecía bueno, lo de Arkaroff parecía malo, lo de sensitivo prefería ni pensarlo. Madame Naina. Carta astral económica. La oferta era tan variada, tan exótica y tan extensa que me resultó obscena. Como si estuviera consultando otra sección más carnal de los anuncios por palabras. Hasta que al final di con ella: Ana Belén García. Carta Astral. Mapas Natales. Supongo que me llamó la atención lo sencillo del nombre, las pocas pretensiones mágicas de lo que ofrecía. En aquel universo de hechicerías la señorita Ana Belén García se me antojaba como una respetable Marie Curie de lo oculto.

Esa misma tarde me planté en su consulta en Moratalaz. Un bajo triste en un bloque de protección oficial de ladrillo rojo que parecía turrón carcomido. Pasé sin llamar y me senté en una de las sillas de plástico de la sala de espera. Detrás de una puerta cerrada, Ana Belén García debía de estar advirtiendo a alguien de lo que las estrellas le habían preparado cuando vino al mundo. No sé cuánto tiempo pasó porque me quedé abstraído en los colores chillones de las revistas manoseadas, en un póster de un hada famélica y enfermiza colgado con unas simples

chinchetas como de cuarto de adolescente, en un potos desmesurado sobre una mesita de Ikea. Sin duda los astros habían sido propicios con él el día que lo trasplantaron. Al cabo de un rato, la puerta misteriosa se abrió y salió una mujer rolliza y atropellada que repetía una y otra vez gracias-ana-belén caminando hacia atrás como si se estuviera despidiendo de la mismísima Reina de Inglaterra. No le había dado tiempo a soltar el pomo de la puerta cuando una voz desde dentro, con más desgana que energía, arrastró un siguiente, que pase. El siguiente era yo.

Ana Belén García tenía poco más de treinta años y el pelo rojo, rizado, salvaje, ceñido por un pañuelo como de tiradora de mazas trasnochada de los setenta. Se parecía a alguien. La cara fina. Los ojos grandes, ojerosos, muy maquillados. Era de esas personas que hablan como si siempre estuvieran mascando chicle, con la exasperante displicencia de quien no tiene que ser educado. Supongo que se sorprendió al verme. No era su tipo de cliente habitual.

—¿Y tú? ¿Qué quieres? ¿No serás de Hacienda?

—No, no... Yo vengo a que me haga una carta astral.

—¿Eres periodista?

Evidentemente, no podía ocultarlo. O quizá ella era de verdad adivina.

—No. No... Yo vengo a por una carta astral de otra persona.

—Ya veo... tu novia, ¿no? —Levantaba la barbilla como si aquello fuera lo más normal: chico busca chica; chico encuentra chica; chico encarga carta astral.

—No. No. Mi novia tampoco. Es de alguien que ya no está.

—Muy bien. Un rarito. Fecha de nacimiento...

Eso no se me había ocurrido. Ni se me había ocurrido que la adivina iba a ser una especie de perroflauta macarra con un portátil en su mesa camilla —al menos, más allá del detalle tecnológico, el mobiliario sí respondía al estereotipo.

—15 de septiembre de 1699. —Le dije el primer día que se me vino a la cabeza. Con las prisas del momento, había hecho nacer a Rossum el mismo día que Alicia.

—¿1999? Un poco joven, ¿no?

—No... Mil seiscientos noventa y nueve. —Puse mucho cuidado en pronunciar cada uno de los números. Como si fuera lo más lógico. Aunque dónde quedaba la lógica entre aquellas cuatro paredes de arcanos y ascendentes. Según iba desgranando las sílabas entre los labios me iba arrepintiéndome de estar allí, plantado, con cara de tonto.

—Mil seiscientos noventa y nueve. ¡Con un par! Pues sí que tiene que estar lejos, el tío. ¿Es un hombre?

—Es un hombre.

—¿Hora y país de nacimiento? —Joder. Eso tampoco lo había pensado. Rossum había nacido en Centroeuropa y hasta donde yo había imaginado, el lugar era un misterio.

—A las doce del mediodía. Países Bajos.

—¿Badajoz?

—No, no. En los Países Bajos. Flandes.

O ella estaba sorda o yo me estaba convirtiendo en un tonto aturullado por los nervios y la vergüenza. Países Bajos. Flandes. Flan-des. ¿Quién sabe? ¿Amberes? ¿Gante?

—Vale, vale. Con eso vale. Te veo un poco despistado. —Ana Belén García, tarotista, adivina y macarra, abrió la tapa de su portátil y empezó a teclear. Estiré el cuello para intentar ver la pantalla, pero no hizo falta porque al momento le dio la vuelta al ordenador para enseñarme una

cartita astral pequeña y cutre que parecía trazada por un programa de ordenador de los primeros noventa. Cuatro colores, líneas muy finas como pixeladas, todos los vectores agrupados en varios triángulos en la parte alta del círculo zodiacal.

—Pues esto es... Virgo, ascendente Sagitario. Muy de tierra, ¿eh?

—Y eso qué quiere decir. —Eso y nada, para mí, eran lo mismo.

—A ver... eso tiene otro precio. Te la imprimo por quince. Por treinta te la interpreto. —Mi sospecha de que el comercio de las estrellas era como el comercio de la carne se iba confirmando. Qué pintaba yo en aquel lugar. Arrebatos creativos. Locuras de escritor. Ni mi socorrida justificación me sirvió de consuelo.

—Y en vez de eso, por treinta me podrías decir cómo le va a ir el año 1744.

—¿Cómo le va a ir? Será cómo le fue, tío... Eres muy, muy raro. Lo podías mirar en algún libro. O buscarlo en Google, ¿no? Como todo el mundo. Yo en adivinaciones tan pasadas no aseguro nada. —Lo dijo como si en las adivinaciones futuras la veracidad estuviera totalmente garantizada—. Te cobro cincuenta por todo.

—Cuarenta.

—Hecho.

Regateó tan poco que me di cuenta de que con veinte habría bastado. Tecléo algo en su ordenador y una sonrisa le iluminó la cara. Achinó los ojos y enseñó exageradamente las encías. Y entonces me di cuenta de lo mucho que se parecía a Mick Jagger. En versión maga pelirroja.

—Estás de suerte, tío. 1744 fue un buen año. Un año cojonudo.

Hay que joderse. Ponerse en ridículo para llegar a la conclusión —si a eso se le puede llamar conclusión— de que 1744 va a ser un buen año. Y llevarse en una carpeta endeble dos cartitas astrales impresas en papel barato. Pues no, señorita Ana Belén García, para mi pobre Rossum 1744 va a ser un mal año. Va a ser un año de mierda. El año en el que todo salta por los aires. O casi todo. El año en el que tiene que empezar de nuevo.

Y lo va a ser aunque me sienta culpable. Culpable y de paso estúpido por haber recurrido a la magia que la razón de Rossum habría negado. Momentos paradójicos de la vida: cuando tu personaje tiene más sentido común que tú. Mi profesor jamás habría buscado en las estrellas la explicación a los misterios de la tierra. No era tan ingenuo, ni tan cándido, ni tan crédulo. No era bobo.

Podría haber tirado aquellos dos folios en cualquier papelera del metro y, de paso, reciclar mi bochorno. Pero me los llevé a casa. Los doblé como para ocultarlos y los colé al final del archivador en el que guardaba los documentos de Rossum. Con la esperanza de no volver a verlos. Y como para redimirme, saqué los otros papeles, los que sí tenían sentido. El mapa de Tomás López y el de Teixeira; los legajos agrupados por temas, las reliquias, las polaroids que acumulaba de lo que quedaba del Madrid de Rossum, los sesudos estudios sobre materiales de los clavicordios holandeses o sobre la construcción de relojes en el XVIII. Frente a aquellos documentos, sólidos y reales, la carta astral quedaba reducida a la categoría de chascarrillo sacacuartos. Aunque una vez Arnau, por provocarme, me había preguntado cómo podía yo probar que un mapa como el de Teixeira se ajustaba a la realidad.

—Hombre, Arnau, no seas descreído. Evidentemente, es de la época, ha quedado testimonio de cómo lo trazó, está perfectamente documentado su trabajo al servicio de Felipe IV. Y además, no hace tanto descubrieron su Atlas del Rey Planeta con aquellos increíbles dibujos de la costa.

—Ajá. Ahí lo tienes... Estamos hablando de un paisano que recorre España en el siglo XVII a lomos de un burro, en solitario, para trazar un mapa que pide el propio Rey. Un mapa en el que queden registrados los accesos a las costas, las fortificaciones de los puertos. Todo. Vamos, lo que ahora llamaríamos información sensible y clasificada. Y resulta que el Rey se lo encarga a un portugués cuando precisamente Lisboa y Madrid pasan por su peor momento político. Qué raro, ¿no? Si Teixeira existió, era un espía. Y no podía serlo sólo del Rey de España. No, no, no, Leo. Si además dedicó sus últimos años de vida a ejecutar un plano de Madrid, paseando su maltrecho cuerpo de callejón en callejón y de campanario en campanario, no pudo ser sólo por amor a su Monarca. Probablemente lo hizo para ocultar en su dibujo más de lo que mostraba. Y tú ahora te basas en eso para reconstruir la realidad.

—Me descubro, tienes un talento inigualable para la novela, Arnau.

—Te equivocas, tengo un talento inigualable para la duda. Por eso soy periodista. Tú, en cambio, tienes un talento inigualable para creer, por eso escribes novelas. Para creerte tu propia visión del mundo. Piénsalo, Leo. Quizá toda esa documentación de la que te fías para construir el Madrid de tus personajes es falsa, edulcorada, manipulada.

—Es posible. Pero ¿sabes qué te digo? Que me da absolutamente igual. Nadie va a viajar al pasado para comprobarlo. Sólo yo. Y así es como lo veo cuando escribo.

Quizá Arnau tenía razón, pero no me importaba lo más mínimo. Si el Madrid de mis mapas y mis legajos no era verdadero, ya no me preocupaba. Aunque lo hubieran edulcorado y falseado con los años y la historia, era el que yo me creía. Del que me había enamorado a fuerza de estudiarlo. Y, sobre todo, era el Madrid de Rossum. Era el Madrid que veía en mi cabeza cuando miraba a través de sus ojos, el que descubría escondido bajo los letreros de las tiendas, los andamios de las obras, los armatostes del aire acondicionado y las farolas modernas. Y se hacía real cuando mis dedos se convertían en médiums de la lejana historia del profesor.

Era el Madrid que seguía existiendo en los cuadros de Joli y en el mapa que en 1785 Floridablanca había encargado para el Rey. Saqué la sección que se correspondía con el Buen Retiro y los olivares que lo rodeaban y lo coloqué frente al ordenador. Al momento, en mi cabeza se esfumaron todas las casas del paseo del Prado. Estamos en 1744. Hay un laboratorio modesto, con un invernadero en el patio de atrás y grandes ventanales emplomados junto a la zona de trabajo. Ahí está Rossum. Enfrascado en sus cosas. Sin saber lo que el destino le deparaba. Fijé los ojos en un punto ciego más allá de la pantalla del portátil y le vi claramente. Y, de nuevo, empecé a escribir.

Si Rossum hubiese creído en las estrellas, habría sabido que aquel de 1744 era el año en el que su vida se iba a alinear con la desgracia. Pero Rossum sólo creía en lo que la razón podía probar. Porque era un científico, no un nigromante. Porque no tenía más fe que la fe en el imperio sacrosanto de la ciencia. Y aunque le hubieran contado que aquel invierno la noche se iba a iluminar con las seis colas de una estrella incandescente, no se habría dejado llevar por oscuros vaticinios. A Rossum no le importaba el Gran Cometa que incendió el cielo de Europa. Como no le importó que en esos días otro brillo más fulgurante iluminara la Corte: el del recién llegado Ferdinand de Nizet.

El maestro Bourgois, relojero de palacio, había hecho llamar a Nizet desde Lieja para que le pusiera al tanto de los últimos avances en mecánica en aquellas tierras. Quería ver cómo era su saboneta con pendolín, esa que tanto habían elogiado algunos viajeros. Nizet no tardó en responder. Era tan fácil atender a los generosos requerimientos de Bourgois; dejarse seducir por el lujoso esplendor del Buen Retiro; aceptar la sustanciosa bolsa que prometían los Borbones. Aunque el oro y la opulencia eran sólo la bagatela material. Le esperaba una recompensa más poderosa. El mayor trofeo para su vanidad. La victoria suprema de embelesar a los demás. Entre ellos estaría, sin duda, la Reina. Nizet era un hombre de mundo que deseaba que el mundo se prostrara ante él. Y nada más halagador que atrapar la atención de la mismísima Farnesio, fascinada ante una maquinaria diminuta, aquel reloj poco más grande que un camafeo que mandaría grabar con el escudo de su Casa.

La Reina repartía sus miradas entre la pequeña joya y su creador, sin terminar de decidir dónde quedarse. Cualquiera diría que aquella mujer adusta y severa se había dejado conquistar por los ojos infinitamente azules del relojero Nizet. O por su pelo rubio que nunca cubría. ¿No se parece a ese pintor de Flandes que se retrató en la tabla que su Majestad Felipe IV, Dios le tenga en su gloria, trajo de Londres para el Alcázar? ¿Ese que mira por la ventana con el jubón blanco y negro? Se pregunta la Reina si todos los flamencos son tan apuestos. Y en la Corte ninguna de sus damas le sabe contestar. Sí recordaba una duquesa que su abuelo, al regresar de la guerra, contaba que en Breda todas las mujeres eran bellas. Y si ellas lo eran, lo habrían de ser sus hombres también. Como aquel Nizet, hermoso y viril, magnético y cautivador, con ese acento silabeante y esas manos de dedos finos adornados con diamantes.

Se le veía ir de estancia en estancia con los pasos firmes de quien recorre su territorio. Nizet andaba como si el palacio fuera suyo, como si la Corte tuviera que rendir pleitesía a su inteligencia y su distinción. Iba por el Buen Retiro sin reparar en las riquezas, en los bronceos o en

los cuadros. O en las criadas que sofocaban sus risas cómplices cuando se cruzaban con él. Ferdinand de Nizet, apuesto y rubio, venido de lejos para mostrarle a la Reina sus increíbles relojes. Ferdinand de Nizet, llamado a heredar el trono del maestro Bourgois. Ferdinand de Nizet, el Emperador del Tiempo. No se hablaba de otra cosa en la capital.

Hubo quien insinuó que Farinelli estaba celoso, pero hacía falta algo más que un charlatán flamenco para inquietar al único artista capaz de conjurar la melancolía del Rey. En el fondo, el castrato miraba divertido a aquel técnico con maneras de divo. Para un hombre que disfrutaba observando a los demás para después representar sus virtudes y sus debilidades, ese personaje histriónico y excesivo era un regalo de los dioses. Había descubierto varias veces al relojero vanidoso buscando el reflejo esquivo de sus ojos en los incontables espejos de palacio. Eso era lo único que le interesaba a Nizet del Buen Retiro: su propia belleza multiplicada en los cristales. Ansiaba ver en un marco de pan de oro un retrato que intentara reproducir su apostura. Farinelli ya no tenía dudas de que había sido el propio Nizet quien había propagado el rumor de que Van Loo le quería pintar.

—¿A ese petimetre que se cree el retrato revivido del mismísimo Durero? Bromeáis, Broschi. Bastante retrato hace él de sí mismo todos los días, glosando siempre sus propios méritos. Sin duda habéis oído lo que ha dicho doña Bárbara. Que su belleza es un insulto. Y este humilde pintor no está aquí para insultar a nadie. Faltaría más. —El siempre comedido Louis Michel Van Loo no estaba dispuesto a que de tanto repetir el rumor alguien le obligara a hacerlo realidad.

—Bárbara. Esa mujer es sabia. Pero no podéis ignorar, porque os incumbe, que el asunto del retrato es la comidilla en la Corte. Lo repiten las damas en el teatro y los caballeros en las cacerías. Y todos dicen que el encargado de immortalizar tan singular hermosura seréis vos. —Farinelli acompañó sus palabras de un gesto malicioso.

—Bobadas, Broschi. Además, el relojero está de paso. Permitamos que el halo de su insultante apostura se apague con su marcha. No creo que nuestra humilde Corte pueda soportar tanta nivea beldad. Ese hombre que lleva más afeites que la propia Reina, Cielo Santo.

—Si os tengo que ser sincero, Van Loo, apuesto a que ha sido él mismo el encargado de hacer correr el bulo del retrato. Deberíais tomarlo como un halago. Quiere decir que considera que vuestro pincel está a la altura de su perfección.

—Y que nada en esta Corte está a la altura de su vanidad.

Pero lo de Nizet era más que vanidad. Bajo su mirada azul y su gesto frío, ardía una ambición sobrenatural. Farinelli lo sabía bien. Se había enfrentado a demasiadas presunciones como para no distinguir esa inquietud que no cesa, esa serpiente de zozobra que carcome por dentro. Había visto en muchas ocasiones cómo la estima propia era tan elevada que se convertía en pecado capital. Y ése era el pecado de Nizet. Sólo que purgaba su falta en vida. Siempre descontento, siempre luchando por ascender, atrapado en la mirada de los demás. Por eso a Farinelli no terminó de sorprenderle la conversación que cazó al vuelo en los jardines mientras valoraba el tamaño de una nueva escenografía. Al otro lado de uno de los parterres, Nizet hablaba con el relojero de cámara del Rey, Bourgois. Preguntaba por Rossum con las malas artes de quien sólo busca saber para conspirar.

—No entiendo, Bourgois, ¿por qué ese Rossum cuenta con tantos privilegios si no es relojero de los Reyes y sólo sirve a la Braganza y al Príncipe de Asturias? —Su gesto de fastidio no empañaba su simetría.

—Ya os lo he explicado, Nizet. El profesor Rossum está al servicio de doña Bárbara por orden del Rey de Portugal. Doña Isabel de Farnesio le tolera y hasta creo que le aprecia por su ingenio. Y como Rossum vive ensimismado en su ciencia y a nadie molesta, más bien todo lo contrario, la Reina no le considera un problema. Porque no lo es.

—Por su ingenio, por su ingenio. —El campeón de la belleza sentía como una amenaza la inteligencia de los otros—. No veo ese ingenio tan careado en ningún lado.

—Cacareado, Nizet, se dice cacareado. Os empeñáis en hablar como si fuerais de aquí y no hay manera. Y si no hay cacareo es porque Rossum apenas da importancia a su intelecto. Vive feliz con sus ingenios, sus inventos, los juguetes con los que entretiene a don Fernando. Con su esposa, esa madonna italiana de voz clara y buenas hechuras. Y su hija, que parece acompañarle allá donde vaya. Vive como si no supiera que su sabiduría da esplendor a nuestra Corte. Esos autómatas suyos... Son admirables, Nizet. ¿Ha visto ya su jugador de cartas?

—Bah. —Nizet se esforzó en mostrar desprecio para que no se notara lo mucho que le interesaban los inventos del profesor. Y como de pasada, soltó su andanada de odio y calumnia—. En cualquier caso, Bourgois, yo tendría cuidado... creo que quiere vuestro puesto. En vuestro lugar, yo intentaría que volviera a Portugal.

—En mi lugar. —El viejo se tomó su tiempo para responder—. Pero vos no estáis en mi lugar, Nizet. Ni deberíais estarlo nunca, puesto que despreciáis el genio. Rossum es una de vuestras mentes más brillantes. Jamás permitiré que vuelva a Portugal o al que quiera que sea su país natal. Si es que él lo sabe, porque a veces parece olvidarlo.

—Algo tendrá que ocultar.

—No lo creo. Más bien es que vive en el presente. Y vos deberíais vivir en el presente también. Haced como yo. Aunque en mi caso, poco más me queda porque mi futuro es cada vez más corto. El tiempo, Nizet. El tiempo tan escurridizo...

Y el mismo Bourgois se escurrió cuando vio que era imposible atemperar el ansia de Nizet. No le agradaban aquellas ambiciones, aquellos fantasmas, aquella furia que empañaba el talento del relojero de Lieja. Bourgois era un hombre paciente, moroso, si alguna vez se dejó llevar por la ambición, los años habían pulverizado aquel sentimiento. Miraba hacia atrás y no recordaba a nadie arrastrado por un arrebató tan irrefrenable como el de Nizet. En eso parecía ir pensando Bourgois camino de palacio, cuando al doblar al fondo del parterre se topó con Farinelli. Ridículamente agachado en una esquina, fingía estar tomando las medidas de un macizo de hortensias.

—Qué sorpresa, Bourgois, qué sorpresa. —Su estupor era excesivo, pero en el fondo era un hombre de teatro, qué otra cosa se podía esperar de aquel italiano risueño—. Ya veis... aquí estoy valorando la posibilidad de colocar en esta zona del jardín a la desgraciada Dafne en nuestra próxima representación. Aquí me tenéis, sí. Buscando, siempre buscando.

—Sí, ya veo, Broschi. Y lo celebro, porque parece que siempre encontráis... algo. Seríais un buen científico. Tenéis lo necesario. Y además no estáis envenenado con esa vanidad desmesurada de otros artistas.

—Ese, como bien sabéis, Bourgois, no es únicamente un vicio de artistas.

—Cierto es. Ahora mismo vengo de hablar con el caballero Nizet. —Bourgois se paró como valorando si decir lo que estaba a punto de decir. Pero siempre había confiado en Farinelli—. Permitidme un consejo: guardaos de su vanidad. Puede ser muy inflamable.



—Así lo haré. Gracias, Bourgois.

—Y un consejo más. El azul de esas hortensias servirá de adorno perfecto para los muchos dones de vuestra Dafne. Aunque, ¿no estáis demasiado lejos de la zona que os suele gustar para las representaciones?

Lo estaba. Quizá el maestro relojero se había dado cuenta de que a Farinelli le interesaban más las intrigas de Nizet que el azul de las hortensias. O eso deseaba. Rogaba fervientemente que alguien desenmascarara por fin a ese farsante. Bajo aquella mirada clara palpitaba un pequeño monstruo consentido. Y parecía que nadie lo quería ver en la Corte. Pero Farinelli siempre adivinó la mentira y la realidad donde los demás no apreciaban nada. Y las maquinaciones de Nizet le estaban torturando. No podía permitir que la conspiración acechara al profesor Rossum. No era justo. Era su amigo y era un hombre bueno que no merecía que mancillaran su nombre. Con esa preocupación golpeando su cabeza, Farinelli pasaba las noches en vela. Quería proteger a aquel amigo, aquel profesor sencillo y pacífico que, sin saberlo, estaba rodeado por un enjambre de ambición. Y no sabía que era mejor, si alertarle del peligro, aun a riesgo de hacer que se resquebrajara su ciega felicidad, o dejarle plácidamente en su mundo de inocencia. Hasta que se dio cuenta de que por mucho que él intentara desactivar las intrigas de Nizet, Rossum sólo podría protegerse si conocía la amenaza.

Le encontró en el laboratorio, junto a los grandes ventanales que daban al patio. Ni la luz dorada que entraba en la sala evitaba que su piel pareciera apagada. Farinelli echó en falta la presencia fulgurante de su hija. La pequeña Celeste, siempre junto a su padre, hoy no estaba allí iluminándole. Rossum volcaba su cuerpo sobre una gran mesa de nogal oscuro y gastado. Fijaba sus ojos, cansados y parpadeantes, en una especie de esfera diminuta sin manecillas. Parecía agotado. Como si el tiempo que se había escapado de aquel extraño reloj sin horas hubiera caído sobre él en avalancha.

—Buenos días, profesor. Aunque quizá debería decir buenas noches. Tenéis aspecto de haber pasado la noche en vela. ¿Estáis bien?

—Cansado, muy cansado... Pero no puedo dejar este mecanismo. Siento que estoy cerca de la clave que me dará la solución de su funcionamiento. Y además tengo pendiente un encargo de Bourgois. Ya veis. Parece que ni lo uno, ni lo otro. Y tengo tan poco tiempo... —Lo dijo con la desesperación de un condenado a muerte. A pesar de que no parecía en el mejor de los momentos, Farinelli decidió seguir con la conversación aprovechando que en ella se había colado el maestro relojero.

—Curiosa casualidad. De Bourgois quería hablaros. Bueno, no tanto de él como de esa rémora que se ha empeñado en acoplarse a su fama. El de Lieja.

—Nizet. —Rossum emitió una risa breve. O quizá fue un bostezo.

—Sí, Nizet. Podría ser el protagonista de uno de los libretos de Metastasio. El relojero ambicioso.

—Esperad un momento, Broschi. Quisiera terminar de ajustar estas piezas antes de perder el poco tiempo que tengo hablando de quien nunca lo perderá pensando en nosotros... tan insignificantes.

Rossum se encerró en el cosmos mínimo de la pequeña esfera, como si la conversación sobre Nizet no se hubiera producido nunca. A Farinelli le maravillaba la capacidad de concentración del profesor. Supuso que ese poder para abstraerse se parecía a su propia facilidad para reducir el

mundo a una única nota cuando cantaba sobre el escenario. La magia de entregar el alma y la vida a aquello para lo que nos ha llamado la Naturaleza. Hechizado por esa magia, Rossum dejó que el tiempo pasara y ni siquiera se dio cuenta cuando Farinelli salió al patio para esperar al fresco. Le gustaba aquel paraíso doméstico que el profesor había creado para conjurar su nostalgia de los bosques. ¿Cuál será ese país que Rossum añora tanto como para levantar este oasis artificial en medio de la meseta árida? ¿De dónde vendrá? ¿De qué lugar verde y húmedo del centro de Europa? Recordó que una vez le había hablado de un constructor de juguetes que conoció en Flandes cuando era pequeño. Quizá llegó desde allí a Portugal. Qué más da. Pero lo cierto es que en ese Madrid seco y caluroso, Rossum había inventado un lugar único, una ínsula extraña, un reducto fragante y arbolado que le traía el recuerdo de sus tierras.

Sentado a la sombra del olivo centenario que crecía salvaje y libre en el centro del jardín, el castrato se quedó adormecido. Pensaba en su escenografía para Dafne, esa que le había servido de excusa ante Bourgois, pero que tenía que preparar de cualquier modo. Y quizá fue por la humedad narcótica, pero creyó ver bajo el árbol la sombra etérea de una ninfa que se transformaba en otra cosa. Allí, ante sus ojos. No puede ser ella. Esto es un olivo. Y aquello era un laurel. Un laurel...

—Vaya, Broschi. Yo tengo cara de acabado, pero sois vos quien se ha quedado dormido. Bendito el sueño que a mí me esquiva.

Farinelli se incorporó pretendiendo que el sopor no le había vencido. Las imágenes de aquella Dafne de sombras se habían quedado pegadas en alguna parte de sus párpados. La veía sin llegar a distinguirla al cerrar los ojos y lamentó no haber dormido más para atraparla. Quizá en aquella otra realidad soñada le esperaba la revelación esencial para su nuevo montaje, la clave secreta que le daría el éxito, la inspiración genial que llevaba días esquivándole. Si al menos hubiera escuchado la voz de Dafne. Pero para eso tampoco había habido tiempo.

—¿Cuánto habéis estado ahí dentro trabajando, Rossum?

—No lo sé. Me temo que no lo suficiente.

—Tiene gracia que no lo sepáis vos, que trabajáis con el tiempo.

—No. Esto no tiene nada que ver con el tiempo. Mejor será dejar los relojes para el de Lieja.

—De eso quería hablaros. —A Farinelli le pareció que el Destino le servía en bandeja la posibilidad de alertar a Rossum. Y si en algo creía aquel cantante que ya de niño fue llamado a ser el más grande, era en el Destino. Y no sólo en el suyo—. He sabido cosas de Nizet que no me gustan. Y no me refiero a esa vanidad suya que todo lo llena. Me refiero a cosas que dice sobre vos. Habréis de tener cuidado, Rossum.

—¿Cuidado? Vamos, Broschi. No es más que un pavo real paseándose por palacio. Uno de tantos.

—Tenéis y no tenéis razón. Porque no es uno de tantos. Aunque, en efecto, vive de pavonearse por palacio. Y por eso quiere ser Real. Pero Real con mayúscula. Nizet daría lo que fuera por convertirse en relojero del Rey.

—No os entiendo, amigo Broschi. —La mezquindad era uno de los pocos fenómenos que a Rossum le costaba comprender—. Si es así, a quien debéis alertar es al maestro Bourgois. ¿Queréis acaso que hable yo con él?

—No, no es eso. —Farinelli ya se había preparado para la resistencia del profesor. Puede que el mundo de la ciencia no estuviera tan acostumbrado a las intrigas como el mundo del arte—. Bourgois no es la pieza que se quiere cobrar. Es la pieza a la que quiere seducir. El maestro es

mayor y tendrá que nombrar heredero. Y Nizet quiere serlo a toda costa. Pero no está muy convencido de sus habilidades. O de la inclinación de Bourgois hacia él. Teme que el maestro relojero os prefiera a vos.

Rossum sí que soltó ahora una carcajada sonora y retumbante, como una explosión contenida por mucho tiempo. Farinelli habría jurado que las hojas de un helecho que colgaba junto a ellos se habían estremecido como azotadas por un huracán de hilaridad.

—Cielo Santo, Broschi. ¿Y a mí eso qué habría de importarme? No tengo ni aspiración, ni deseo, ni tiempo, ni pretensiones, ni anhelo de ser maestro relojero de los Borbones. Tengo empresas y preocupaciones más importantes. Amigo mío, me veo ante el reto más complicado con el que me he enfrentado jamás. Lo único que me importa del tiempo es que se me escapa, Broschi, se me escapa sin encontrar soluciones. ¿Y ese necio teme que le quiera quitar el puesto? Jamás se me habría ocurrido. Los relojes son artilugios interesantes, pero tengo ahora ocupaciones más urgentes, amigo.

—Pero hace un rato estabais trabajando con la esfera de un reloj en vuestro laboratorio. — Farinelli no entendía nada. Le había pillado por sorpresa ese repentino desapego. Aunque más le sorprendía no saber a qué se refería Rossum cuando hablaba de esa ocupación que más parecía una misión divina.

—Ese círculo que me habéis visto manipular antes no es una esfera. Es una membrana de la que me serviré para mejorar algunos de mis experimentos mecánicos de los últimos años. Cuando dé con la solución del problema que me plantea... Es difícil de explicar, Broschi. Digamos que busco el secreto de la eternidad. *Perpetuum mobile*. Y tengo poderosas razones. Decidme, pues, si os parece que estas investigaciones se pueden abandonar para atender los caprichos de la Farnesio, que es lo que en definitiva hace el maestro relojero del reino.

—No. Supongo que no se puede. Pero eso Nizet no lo sabe, porque cree que todos son como él. Y por eso conspira contra vos. He oído cómo le decía a Bourgois que queréis desbancarle de su puesto. Y aunque el maestro relojero es hombre sabio y honrado y no cede al siseo ponzoñoso de ese miserable, creedme, habréis de tener cuidado. Porque Nizet tiene el poder, tiene a su favor el capricho de la Reina, precisamente por colmar sus deseos. Los técnicos, supongo. Yo puedo hablar de los deseos materiales. En los de la carne y los humores, no me meto. ¿Me prometéis que os guardaréis de Nizet?

—¿Pero qué puede hacerme, Broschi?

—Mucho, Rossum. Porque vos sois tan honrado que no concebís la conspiración. Pero él vive azotado por ambiciones que envenenan sus sueños. ¿Me prometéis, pues, que os guardaréis de él?

—Os lo prometo. Os lo prometo, amigo. Podéis estar tranquilo. Nizet no tendrá nada que temer de mí. Ni yo de él, porque me guardaré. Tengo otra empresa por la que daría mi vida. Más importante que los relojes, los honores y los cargos. Tengo que dar con la clave de esa membrana, aunque me deje la salud en ello. Y no hay demasiado tiempo.

—Pero, Rossum, os veo casi enajenado. Obsesionado como nunca lo habíais estado... ¿Qué es ese mecanismo? ¿Por qué queréis tan repentinamente dar con el secreto del movimiento continuo?

—Porque tengo el convencimiento de que podría servir para animar un corazón moribundo. Para hacer que de nuevo se mueva ese motor necesario para la vida.

Rossum lo dijo casi sin decirlo. Y después de confesarlo se levantó mirando al cielo para tratar de retener sus lágrimas. Farinelli lo empezó a entender todo. Su aire ausente de los últimos

días, sus ojos descentrados que miraban al frente pero que en realidad miraban adentro, su encierro en el laboratorio, las pocas horas de sueño. Alguien había enfermado. ¿Constanza? ¿Por eso le había dicho que no podía ensayar durante unas semanas?

—Héctor, ¿alguien ha caído enfermo? ¿Es eso? —Farinelli no solía emplear su nombre propio, pero un instinto entre la protección y la amistad debió de ponérselo en la boca—. Decidme, por Dios, ¿quién?

—Mi niña. Mi Celeste. Se muere, Broschi. Dios se empeña en arrebatarme siempre lo que más quiero. Pero yo la salvaré. Como sea. Como sea. Aunque no me queda demasiado tiempo.

Y Héctor de Rossum, científico y relojero, se dejó llevar y lloró porque en aquella ocasión no podía domar la Naturaleza.

Desde el cielo, Inglaterra era tan verde como el país que hice que Rossum añorara. Allí estaba, boscosa y húmeda, como si Robin de Locksley esperara aún agazapado en la espesura para devolver a los pobres lo que los ricos habían robado. Sólo que aquellos caminos ahora estaban asfaltados, iluminados por los puntitos rojos de las luces de los coches, circulando inquietantes en dirección contraria. Siempre que aterrizaba en Gatwick se repetía en mi cabeza el mismo ritual: superponía la imagen de los campos verdes sobre los retales amarillentos que rodeaban Barajas y me preguntaba a quién se le pudo ocurrir colocar mi ciudad en un lugar tan improbable. Aquello, allá abajo, fértil y próspero, sí tenía sentido. Pegaba la nariz a la ventanilla para distinguir mejor las casas señoriales en las que imaginaba jóvenes casamenteras con vestidos estilo imperio y crímenes que sólo Sherlock Holmes resolvería. Inglaterra, pródiga en historias, en trigo y en ovejas de Suffolk. El país que tiene nombres bonitos hasta para los carneros. Allí, desde la altura, recordé esas colecciones de palabras sonoras y poéticas que había visto tantas veces en los mapas: Stonestaples Wood, Whitemans Green, Ardingly Forest, Turners Hill. Quizá es sólo que sufro una ciega fascinación por esa lengua percutiva de vocales cortas y acentos dobles.

Aquella, bajo mis pies, era la Inglaterra que había imaginado tantas veces de niño cuando leía Ivanhoe y quería escribir como Walter Scott. Era la isla inalcanzable al otro lado del Canal. La de los barcos hundidos y las costas vedadas. La de los teatros donde triunfaba un tipo llamado Shakespeare al que yo veneraba sobre todas las cosas. Aquella Inglaterra, que parecía al alcance de mi mano desde el avión a punto de aterrizar, no era más que una promesa lejana para los hombres que se codeaban con Rossum por palacio. Allí había triunfado Farinelli. Y Scarlatti. Les imaginaba en navíos rechinantes de velas hinchadas desafiando las corrientes desde Zelandia hasta la misma desembocadura del Támesis. Fascinados ante ese otro San Pedro que coronaba la ciudad, ante las iglesias picudas de perfiles casi heréticos, ante la mole carcelaria que daba la bienvenida a los forasteros y el puente, abigarrado y extraño, cargado de casas que amenazaban con venirse abajo. Aquella Inglaterra suya, marítima y fluvial, era muy distinta de esta mía, que se agrandaba ante mis propios ojos con el descenso del avión. «Vamos a emprender la maniobra de aterrizaje. Les rogamos que apaguen todos sus dispositivos electrónicos, cierren sus mesitas y coloquen sus asientos en posición vertical».

Me crucé de brazos para recuperar la postura sobre el asiento, angosto como una madriguera, y mi mano derecha rozó el brazo cálido de Alicia. Temperatura mediterránea sobre los inclementes campos británicos. Su tibieza contagió mis yemas y en algún punto del cerebro un impulso eléctrico pareció despertar mi deseo. Ella dio un respingo alarmado de alerta.

—Perdona. En el aterrizaje lo paso fatal. Es lo peor.

—No. Perdona tú. ¿Estabas dormida?

—Sí, supongo. Bueno, amodorrada. Mira que es raro, pero es que a pesar del miedo que me da todo esto, me entra un sueño horrible. Aunque creo que me quedo como vigilante, porque a la mínima me despierto... Una vez me explicaron que es normal dar una cabezada, que es un mecanismo para desconectar, para evitar que nos dé un soponcio de los nervios. No quiero ni imaginarme cómo sería si no me durmiera. Lo paso fatal, Leo... Creo que podría romperme la mandíbula de tanto apretarla.

El avión clavó su ala izquierda en una nube, se inclinó y ejecutó una curva cerrada como de peonza en el último giro. Los dedos de Alicia se crisparon sobre el reposabrazos que nos separaba. Y me salió algo instintivo, un resorte protector que tenía su raíz en las mismísimas cavernas. Mi mano se tumbó sobre la suya, aunque era mi cuerpo el que quería rodearla con su peso.

—En un momento estamos en tierra.

Estoy seguro de que soné increíblemente experto, como un piloto con años de vuelo. Sólo que la voz metálica de la azafata estaba allí para contradecirme. Señores viajeros, por sobrecarga de tráfico en Gatwick, les comunicamos que vamos a dar varias vueltas sobre el espacio aéreo del aeropuerto. La agradable tripulación con su tono monocorde dejando en evidencia mi en-un-momento-estamos-en-tierra. Estuve a punto de decir «tranquila», pero el hombre sensato que hay en mí no dejó inmiscuirse al bocazas sucedáneo de Bogart. Y opté por la variante de darle conversación para que pensara en otra cosa.

—Tiene gracia. Con la de veces que has volado, que te dé miedo.

—Sí. Es un rollo, la verdad... Una vez estuve a punto de hacer uno de esos cursos para perder la fobia. Uno que daba Iberia. Me apuntaron en el periódico. Entonces había pasta para todo. Hasta para la rarita de la fotografía fóbica. —Bien Alicia, bien. Sigue hablando, olvídate del ruido del tren de aterrizaje—. Pero el primer día, cuando llegué a Barajas, a la terminal antigua, porque entonces todavía no habían hecho la T4, y las puertas automáticas se abrieron como un telón y al otro lado vi a la gente corriendo, en ese espacio gris, oscuro, abarrotado de personas con cara de agotamiento. No sé. Me dio como pánico. Y me di la vuelta.

—¿Y no lo hiciste?

—No lo hice. Me dio miedo hasta el aeropuerto.

Como para cerrar la anécdota, liberó su mano de la mía. Se la llevó al pelo para colocárselo detrás de la oreja. Y justo cuando estaba absorto en la curva de su pómulo, me sorprendió agarrándome de vuelta. El avión ya descendía. Alicia apretó mis dedos. Miró al frente y tensó el cuello sobre el asiento. Y el avión encaró la pista y tomó tierra. Tierra inglesa mojada y verde.

Nos quedamos allí, callados, como en trance, hasta que con el frenazo definitivo los pasajeros saltaron de sus asientos con impaciencia de bicho enjaulado. Imaginé la estampida última de los animales de Noé saliendo del Arca, al elefante empujando con la trompa a un galápagos centenario. A nuestro alrededor, encendían los teléfonos ansiosos por recibir la llamada que cambiaría la historia. Retorcían sus cuerpos con complicados contorsionismos para alcanzar la maleta. Los más expertos ya habían tomado posición en la parrilla de salida del pasillo, chequeaban su correo en la BlackBerry y colocaban sus bultos por delante como la quilla de un rompehielos. Alguno luchaba con afán de salmón por remontar el pasillo para alcanzar el equipaje que se había

quedado en un compartimento más retrasado. Una señora intentaba ponerse un abrigo sin romperse el cuello. El chico de delante se ofreció a bajar la bolsa de la chica de al lado a cambio de una sonrisa. Y Alicia se incorporó, se sentó en el reposabrazos y me miró triunfante.

—Joder... Por fin. En cuanto lleguemos al hotel, te voy a invitar a una cerveza tamaño tanque de las que hacen historia.

Con los pies en tierra firme, Alicia volvía a ser la mujer de siempre. Esa que me fascinaba. Ve de una puta vez a por tu sueño, me había dicho Arnau. Y nos había mandado a Londres, así como por casualidad, a un congreso de pobres gentes incapaces de reconocer caras. Como si no se diera cuenta de que me mandaba a escribir de ceguera facial acompañado por la dueña de la cara que yo más veces había imaginado. Arnau, que tiene gracia hasta cuando no se lo propone.

—Vamos, date prisa, pesado. Que todavía tenemos que pasar la cola del pasaporte.

Sí, volvía a ser la de siempre. Decidida. Valiente. Sin miedo. Andaba por las cintas transportadoras empujada por la energía de un ejército en plena ofensiva. Misión: asaltar las líneas fronterizas inglesas, alcanzar los controles antes de que se formara la cola. Llegar, sellar y vencer. Y recoger el equipaje. Yo me dejaba llevar por su paso firme, por la estela de su cuerpo en los largos pasillos de luz macilenta. Los cruzaba adelantando con cuidado a venerables abuelitos de sandalias anticuadas y mejillas rosadas por el sol de Benidorm, pasando al lado de ejecutivos enajenados que volvían al mundo al sentir al lado su presencia. Con Alicia poderosa abriéndome camino era imposible no llegar los primeros. Ejecutamos nuestra operación comando con una pericia admirable. Y cuando me quise dar cuenta estábamos esperando el expreso hacia la estación Victoria. Allí, en aquel andén cuatro, mugriento de todo el hollín de la revolución industrial, siempre tenía la sensación de que acababa de llover. La humedad de Londres, sacudiendo mi pobre sequía mesetaria.

El tren nunca se hacía esperar demasiado. Apenas daba tiempo a hilvanar una historia para el resto de los pasajeros o a jugar mentalmente a adivinar en qué punto caería la puerta de mi vagón. O quizá era yo el único que me entretenía en apostar contra mí mismo. Claro que esta vez ya no viajaba solo. Ahora estaba Alicia para acompañarme en un camino que había recorrido mil veces sin nadie a mi lado. El tren era mi crisálida, mi ceremonia iniciática para sentirme inglés. Como si la adhesión inquebrantable al ritual del commuting me garantizara la carta de ciudadanía. Me sentaba, sacaba mi libro y me ponía a leer como sólo se lee en los viajes repetidos hasta la inconsciencia. Aunque siempre, en algún punto del trayecto, el verde borroso de los árboles, las fugaces casitas de ladrillo, los bosquetes de chimeneas humeantes o el gris mineral del cielo me arrancaban de las páginas. Y al final, soltaba el libro y me quedaba enganchado a la película sin argumento de la ventanilla.

—Qué rápido. Ya está aquí.

La voz de Alicia despertándome de mi ensoñación y una masa de piratas al abordaje con aspecto de viajeros cargados con sus maletas.

—Qué suerte, Leo. Justo en la puerta. Vamos. —Sí, qué suerte y qué casualidad.

Nos sentamos uno frente a otro en el lado de la ventanilla y nos dejamos llevar por aquella tierra fértil que hacía tan sólo una hora se desplegaba bajo nuestra mirada exhibiendo su apoteósica belleza verde. Saqué mis dos carpetas con los apuntes de prosopagnosia, un libro de Oliver Sacks y el papelito con las señas de hotel.

—Qué exagerado eres, Leo. Ahora entiendo por qué pesa tanto tu mochila... Pero ¿qué es ese

tocho? ¿Una tesis doctoral sobre la prosopagnosia? —Me quitó una de las carpetas, face blindness, la abrió y se quedó mirando una serie de fotografías de caritas convertidas en óvalos sin pelo ni orejas ni cuello ni nada accesorio que aparentemente las diferenciara.

—Se utilizan para el diagnóstico. Todos famosos y todos reducidos a los rasgos de la cara. Sin el pelo blanco, un prosopagnóstico no distinguiría aquí a Bill Clinton. Ni a Madonna.

—Bueno, Madonna me temo que ya no se reconoce a ella misma con tanto bisturí.

—Mira. Todos estos son actores de Hollywood. Archifamosos. Vamos, es lo que tiene a su alrededor Brad Pitt en la ceremonia de los Óscar. —Rápidamente pasé la página porque detrás había colocado la misma fotografía, pero había difuminado las facciones con el ordenador—. Y esto es lo que ve. Una masa borrosa e indefinible. Inquietante, ¿eh?

—Ah. Claro, que Brad Pitt ha contado que tiene prosopagnosia. —Se paró en seco como si hubiera descubierto repentinamente una verdad incontrovertible—. Quizá por eso se ha enamorado de Angelina Jolie... su belleza excesiva...

—Sí. Tiene sentido. El amor es raro. —Lo dije como si fuera un experto. Lo dije por no decirle que el amor es tan raro que puede sobrevivir a los años entre un hombre y una mujer que se comportan como si sólo fueran amigos. Nosotros, vamos.

Alicia se quedó callada. Supuse que perdida en los intrincados caminos del amor, tan inescrutables, en cómo la habían llevado a Aitor, cómo salió de su vida, en los amores rotos y las promesas perdidas. Sus ojos ejecutaban ese extraño baile intermitente de las pupilas atrapadas en el paisaje en movimiento al otro lado de la ventanilla del tren. Y de repente me miró.

—Sí, es raro y persistente.

Y sonrió cómplice y luminosa. Se pone tan guapa cuando se ríe con su boca grande y sus hoyuelos marcados, que despertaría los recuerdos del amnésico facial más profundo. Alicia, poderosa y santa, sacando a los pobres enfermos de su ceguera selectiva, devolviéndoles la capacidad de reconocimiento.

—De todas maneras, ya puedes ir metiendo todo eso en la mochila. El viaje sólo dura media hora y entre unas cosas y otras debemos de estar a punto de llegar. Hala. Guarda tus apuntes de niño aplicado que en nada estamos en Victoria Station.

Tenía razón. Ya habíamos salido del laberinto de vías de Clapham Junction, aquella sucesión de líneas de hierro que se cruzaban y se multiplicaban en paralelo con Londres como promesa final. Me di la vuelta y distinguí a lo lejos la mole mugrienta de Battersea. Allí estaba la estación, dormida a la orilla del Támesis como un mamut petrificado con sus colmillos blancos cortando el cielo. Siempre temía que se despertara con un rugido primigenio y bestial, con la fuerza de todo el carbón de la vieja Inglaterra. Cuando llegué, Battersea todavía estaba allí. Siempre estaba para anunciarme la inminencia de mi ciudad favorita. Cambié mi asiento, contrario a la marcha, por el de al lado de Alicia. Con la excusa de ver mejor la central y el propósito de sentir más cerca la combustión de su cuerpo. Pegué mi hombro demasiado al suyo al señalarle las ventanas pulverizadas y la simetría decó. Pero no pareció importarle. Habría jurado que se volvió hacia mí, consciente de que estábamos muy cerca, con una promesa difusa en la mirada. Pero dije algo como parece un dinosaurio y ella se volvió a reír. Y su cuerpo se alejó del mío. Vale, Leo, eres especialista en autoboicot. Ve de una puta vez a por tu sueño. Coño, Arnau, está muy bien como consejo, pero la próxima me das una brújula de deseos para saber por qué camino tirar.

—¿Qué hacemos? —Alicia había desplegado sobre la mesa un mapa del metro sobado y roto



por una esquina—. ¿Pillamos un taxi en la estación o vamos en metro? Son sólo dos paradas, línea directa.

—Sí, está al lado. Pero vamos en taxi. Me encanta la sensación kamikaze de conducir al revés.

—Ya veo, viviendo al límite. Uh. —Y aunque sonaba a burla, me guiñó un ojo perdonándome la tontería.

Llegar a la estación Victoria siempre me hace sentir como un personaje de Dickens, como un pobre provincianito sobrecogido por la grandeza del imperio. A veces me parecía que el código de mi memoria llevaba grabadas todas las sensaciones de esos seres de ficción que me habían acompañado de pequeño en las tardes de lectura. Quizá por eso me sentía tan feliz allí, porque mi infancia literaria había sido, sobre todo, inglesa. La primera vez que vine —cuando para ser moderno había que comprar pantalones de tartán en Camden y dejarse lacerar el cuerpo por las pulgas de las pensiones— me dediqué a descubrir el Londres de mis libros. Busqué con avidez Baker Street y la abadía de Carfax —que luego supe era de Whitby y estaba en Yorkshire—. Dejé pasar las horas frente al hotel Cadogan, donde Wilde entró siendo feliz y salió estigmatizado sólo por haberse enamorado. Seguí las huellas de la vida perezosa y disoluta de Evelyn Waugh, presenté mis respetos a los Magníficos de Bloomsbury en el número 46 de Gordon Square y recorrí las habitaciones de la casa del doctor Johnson con los ojos tan abiertos como los de un nuevo James Boswell. Con esos mismos ojos abiertos, Alicia miraba desde la ventanilla del taxi los oscuros árboles de los jardines de Buckingham y los escaparates luminosos de Brompton Road.

—Tenías razón. Se me había olvidado esta especie de vértigo espacial que produce ir por el carril contrario. —Lo decía estirando su pie derecho, dispuesta a pisar un freno imaginario de un momento a otro.

—Pues para cruzar es peor. Te tendré que coger de la mano para evitar una desgracia.

El hotel estaba en una calle escondida junto al Museo de Ciencias Naturales. Con su sucesión de fachadas blancas como de casa de muñecas, sus miradores georgianos en hilera y sus escaleras repetidas en cada puerta, la manzana parecía un decorado. Costaba distinguir el nombre, pero el taxista se dejó guiar por una bandera inglesa estratégicamente colocada y unas tímidas luces que rompían la simetría. Y allí nos dejó. Tenía gracia aquella entrada de mansión de abuela, con esa chimenea que se utilizó por última vez cuando la Reina Madre todavía era abstemia y esos óleos de supuestas glorias familiares. Detrás de una mesa de falso Chippendale, una recepcionista entre engolada y pizpireta nos dio la bienvenida. Estaba tan, tan encantada de tener allí a los periodistas españoles. Y nosotros tan, tan encantados de dejar por fin el equipaje y salir a pasear por South Kensington. Seguro que disfrutaban, tenemos desde los museos más entretenidos a los bares más cool. Nos llenó de mapas como si aquella fuera nuestra primera vez en la ciudad, pero lo hizo con tanta dedicación, con tanta alegría, que nos callamos para no desengañarla. Aquella mujer de edad indefinida, de piel oscura y ojos ligeramente rasgados, se comportaba como si fuera la recepcionista del hotel más lujoso de Londres. Y después de agasajarnos con sus inocentes papelitos turísticos, nos endosó unas llaves con una pesada bola de hierro que sacó del casillero trasnochado que tenía detrás.

Se empeñó en acompañarnos a nuestras habitaciones, aunque cuando llegó el ascensor, era evidente que no cabríamos todos. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, nos había empaquetado con el equipaje y había pulsado desde fuera un botón con un dos torcido. Subimos renqueando, tan

lentos que parecía que un forzudo de circo iba elevando la cabinita tirando con sus bigotes de una polea gigante. El hotel tenía algo de reliquia decimonónica, con sus telas con brocados ya sin lustre y sus pesadas maderas acartonadas. Alicia y yo nos mirábamos como dos niños que piensan al tiempo en la misma travesura. Había algo cómico en estar en aquella nave del tiempo, en aquel hotel anticuado, con aquella recepcionista, tan servicial y tan campy. Su cara sonriente nos esperaba al otro lado de la puerta ya en la segunda planta. Con pericia de Ariadna nos condujo por un laberinto de pasillos digno de estar en el catálogo de enmoquetados ingleses del Victoria and Albert. Aunque yo no dejaba de sospechar que bajo aquella epidermis de lana el edificio guardaba suficientes especímenes para llenar las vitrinas del otro museo vecino, el de Ciencias Naturales. En el último recodo, más allá de tres escalones sin finalidad ni sentido, Lady Goody-Goody, recepcionista, señaló orgullosa dos puertas. Sus habitaciones. Dejó a Alicia en la primera y a mí en la siguiente y se fue con una sonrisa inexplicable y un enjoy-it quizá demasiado risueño. Pero antes de poder pensar qué-tía-más-rara, mi cabeza estaba ya desarrollando teorías sobre el estampado de los edredones y las cortinas de la 215. ¿Qué mente, claramente perturbada, podía concebir esos arabescos color pastel, esos drapeados de flecos dorados? ¿Con qué resistente tejido habían fabricado aquellas colchas que seguían tan nuevas como cuando salieron de la tienda en 1984? Quizá igual que existía una ceguera facial, había también una incapacidad visual para la fealdad. Sólo aquello podía explicar el sinsentido de esos fractales imposibles, aquella amalgama antiestética como de decorado de los Roper. Al menos la habitación está limpia. Y la cama es amplia. Y el colchón sobre el que dejé caer mi cuerpo tenía la dureza perfecta. Alargué la mano hacia la colección de almohadas con volantes de la cabecera con la secreta esperanza de encontrar alguna tan blanda como la mía. Y me dejé llevar por el síndrome del viajero recién llegado a un hotel. Cerré los ojos y sentí un bienestar cercano al Paraíso, como si mi cuerpo flotara cinco centímetros por encima del colchón, ligero y pesado al mismo tiempo, a punto de caer en el ingrátido espacio submarino del sueño. Pero un ruido a los pies de la cama me devolvió abruptamente a la realidad estampada de mi habitación. Intenté enfocar lo que veía sin terminar de comprenderlo. La puerta del armario se había abierto, de par en par, y donde tenían que estar las perchas había aparecido Alicia. En algún momento me pareció que había canturreado la palabra sorpresa.

—Joder. ¿De dónde sales? —En mí, el sobresalto suele estar reñido con la diplomacia.

—De mi habitación. Las dos habitaciones están comunicadas por una puerta. Creía que era un vestidor y mira lo que me encuentro. A ti casi dormido en la cama.

—Madre del Cielo, Alicia. Creía que era el armario. Si entra un atracador con una ganzúa, no me asusto tanto.

—Tampoco estoy tan mal. —Acabó la frase con una especie de ronroneo y una sonrisa rara. Si no fuera por mis ojos, que todavía se estaban acomodando a la luz que entraba desde el otro lado dibujando su silueta, habría jurado que sus labios ejecutaron el mohín que precede a un beso.

—No. No estás nada mal. Y encima vestida para salir. Chica rápida.

—Y tú, chico lento. Que te vas a enfriar ahí tirado sin camiseta. Te doy cinco minutos.

Se retiró a su campo y me pareció ver que se ponía el abrigo mientras yo me preguntaba si la puerta que comunicaba nuestras habitaciones también comunicaría nuestros deseos. Me vino en una ráfaga el tacto de su mano enlazada con la mía en el avión. Y su cuerpo tan cercano en el vagón del tren. Y recordé lo que tantas veces me había dicho Diego, que no podía quedarme en mi

confortable trinchera sin decir nada. Y recordé a Arnau poniéndome en la cabeza una mira telescópica para abatir mis sueños. Y recordé que había metido en la maleta un jersey negro sólo porque ella me dijo una vez que me sentaba bien el cuello vuelto. Me encantaría fotografiarte con ese jersey sobre un fondo oscuro, tapándote con él la sonrisa, para que sólo se vieran esos ojos tuyos tan grandes. Y a mí Alicia, y a mí. Y me encantaría abrirlos por la mañana y verte sólo a ti. Y me encantaría tener el valor para decirte esto y llenar tu piel de besos.

Y media hora después estábamos en un bar en Gloucester Road, tirados en un falso Chesterfield en una competición de vacíe-su-pinta-primero. Yo me reía y ella ganaba.

—¿Sabes que dicen que sir Arthur Conan Doyle venía aquí a ponerse tibio de cervezas? —Mi siempre socorrido anecdotario turístico-literario.

—Ahora entiendo lo de las fotografías de las hadas. El viejo espiritista loco...

—Eh. Cuidado. No se pase usted que soy sherlockólogo. Yo creo que las veía de verdad. Por sir Arthur. —Y levanté mi pinta para darle otro trago.

—Sí, claro. Por sir Arthur y sus muchas haditas.

—No te rías... Empiezo a sospechar que es este sitio... Que es mágico... Porque yo también las veo. —Sería la cerveza, las risas, el pub o nuestros cuerpos ya rendidos sobre el sillón de piel gastada, sería el viaje o estar lejos de casa o el pasadizo secreto que había descubierto al abrir la puerta entre nuestras habitaciones, pero de repente una determinación desconocida parecía colocarme las frases en la boca—. Sí. Lo veo claramente. El hada Alicia. Mi hada. Me pregunto si me concedería un deseo.

Salí de mi trinchera y me acerqué a ella.

Sin defensas. Sin fuertes. Sin miedo.

El timbre del móvil me arrancó del sueño como la zarpa de un oso a un pez del río. Salté sobre mi espalda despegando el cuerpo de las sábanas para intentar alcanzar el teléfono sobre la mesilla, pero cuando alargué el brazo izquierdo, torpe y dormido, mis dedos cayeron sobre la piel sobresaltada de Alicia. Se tapó instintivamente con el edredón con un gesto de doncella tímida, aunque sus ojos negros, tan abiertos, habrían matado a toda la descendencia de Perseo.

—Joder. Pero si ni siquiera ha amanecido. ¿Qué hora es?

El brillo de la pantalla pareció encender mi cerebro. Cama de hotel. Lado contrario al lado en el que duermo. Habitación de Alicia. Mi cuerpo y su cuerpo. Me había ganado en la competición de beber cerveza y yo en la de bebérmela a ella. Había planeado un despertar distinto, dejando hundirse mi boca de sus curvas a su epicentro y mis dedos sobre ese tatuaje magnífico que jamás sospeché que tenía. Pero alguien se había invitado a nuestra fiesta en forma de timbrado. Tenía todavía los ojos tan llenos de ella que me costó distinguir el nombre parpadeante. Arnau. Pero qué quieres a las siete de la mañana, viejo zorro entrometido.

—¿Arnau...? Dime. —Intenté mi mejor tono neutro de trabajo.

—¿Leo? —Su voz parecía más titubeante aún que la mía.

—Sí... dime, Arnau... Dime...

—¿Estabas... dormido? —dudó.

—No... Qué va... —Era inútil que lo negara. No sé por qué nos empeñamos en hacerlo cuando nos pillan en medio del sueño.

—Estabas dormido. —Arnau había pasado de dudar a regodearse. Como si le hiciera mucha gracia haberme despertado.

—Sí, vale. Estaba dormido. Aquí es una hora menos.

—Coño. No me había acordado. Perdona.

—Perdonado... Y dime ¿qué quieres a las siete de la mañana, tus ocho, si el congreso-de-la-gente-que-no-se-reconoce no empieza hasta las doce del mediodía?

—Eso es lo más gracioso de todo, Leo. No quiero nada de ti.

—Pues casi me da un infarto, Arnau. ¿Para qué coño me has llamado entonces?

—Leo... no te he llamado.

—No, claro. Ahora resulta que te he llamado yo a ti.

—He llamado al móvil de Alicia.

Bum. No sé si era el teléfono lo que quemaba o las palabras de Arnau, pero me lo despegué como si me hubiera abrasado la oreja. Joder. Qué imbécil. Me había confundido de móvil. Claro,

los dos son del periódico. Iguales. Imposibles de distinguir aun con la luz encendida. No me había metido en el lado contrario de la cama. No. El maremoto de nuestro placer me había llevado a la otra orilla, junto a la mesilla de Alicia, junto a su móvil. Directo a un error estúpido. Me levanté para buscar el mío. Seguro que estaba en la chaqueta que había caído rendida en la butaca al principio de nuestra batalla. Y, sobre la marcha, intenté recomponerme ante Arnau.

—Joder... qué tonto. Debimos confundirlos anoche durante la cena... Como son iguales... Sí, sí... Seguro. Porque el mío no está en la habitación. No. Nada... Ni rastro. No lo veo... Si es que no es nada práctico que vaya todo el mundo con el mismo teléfono. Cualquier día confundes el tuyo con el de García y ya verás qué papeleta. —Mis dedos registraban mis propios bolsillos mientras improvisaba aquella cháchara de vendedor de crecepelo.

—Es un poco improbable, Leo. Con el sueño se te ha olvidado que yo tengo una reliquia del museo de Nokia... de cuando pagábamos en pesetas. Con carcacas intercambiables, cuidado.

Allí estaba el bulto inconfundible de mi teléfono. Cuidadosamente guardado en el bolsillo interior de la chaqueta. Durmiendo tranquilo, callado y sin llamadas perdidas. Sentir de nuevo su peso entre las manos me dio la ciega tranquilidad de quien recupera un amuleto. Con la confianza recobrada y la coartada tejida, la curiosidad me pudo y le pregunté a Arnau para qué llamaba a Alicia tan temprano.

—¿Qué querías? Si no es muy urgente, se lo cuento yo luego desayunando. Hemos quedado a las nueve y media.

Muy bien, Leo. Chico rápido dando excusas, inventando horas para desayunos imaginarios. Alicia acababa de encender la luz. La bombilla amarilla de la mesilla iluminaba su cara. Se había tapado la boca con la mano, no sé si por no hablar o por no reírse de mí. Desnudo, con mi móvil recién recuperado en la mano y el suyo en la oreja, plantado en medio de la habitación 214 de un hotel de South Kensington, hablando sin parar, debía de parecer una caricatura de Alfie en un mal momento.

—¿Arnau? —Se había quedado callado, aunque por el ruido que sonaba constante al otro lado no parecía que la llamada se hubiera cortado. Lo intenté de nuevo—. ¿Arnau?

Nada. El silencio.

Y de repente el otro móvil, el mío, el que acababa de rescatar de la chaqueta, empezó a sonar con la energía de un francotirador que tiene asegurado el blanco. Arnau Casa. Jodido cotilla. No podías evitarlo... Acababa de desbaratar mi pobre excusa armada a base de bostezos.

—Ay... Leo... —arrastró todas y cada una de las letras, paladeando la efectividad de su truco—. Así que tu teléfono lo tiene Alicia. Pues debe de estar al ladito tuyo, porque estoy escuchando claramente tu sintonía. Inconfundible esa melodía de Scarlatti, ¿eh? Que no se le ocurre a nadie, vamos. No respondas, que soy yo desde casa... Vaya, vaya. Veo que la noche ha sido movida. Y que habéis intercambiado algo más que los móviles. Me alegro, coño... Me alegro.

—Sí... yo también. ¿Te importa que te llame mañana, Arnau? Dentro de un rato, quiero decir... Estoy un poco sobrepasado. Sobrepasado para ser tan temprano, vamos...

—Por supuesto. Oye, como no quiero molestar, dile a Alicia también que me llame luego... que tengo que darle los contactos para las fotografías que le he pedido... Ya que estáis...

—Ya que estamos, claro...

—Sí eso... ya que estáis... en todos los sentidos...

—Joder, Arnau... Que son las siete de la mañana, abstente de los juegos de palabras.

—Perdona, Leo, tienes razón. Lo hablamos luego. Buenos días... O buenas noches, porque te volverás a la cama, ¿no? O felices sueños... O feliz sueño, que en este caso es más apropiado.

—Muy feliz, sí. Luego te llamo. Desayunando. A las nueve y media, ya sabes.

No le di ni tiempo a su último adiós perverso, con el móvil de Alicia ya en la mano y su voz perdiéndose antes de colgar.

—Nos ha pillado.

Lo dije como el niño al que descubren haciendo una trastada. Y era para mí una sensación totalmente nueva. Inauguraba, ya mayor, un terreno —el de la travesura— donde mi aburridísimo sentido de la responsabilidad me había impedido entrar de pequeño. Aunque lo que más me pesaba era haber arrastrado a Alicia. Sentía haberla delatado, haberla dejado en evidencia. Y así como estaba, desnudo, indefenso y descubierto, me acerqué a la cama y me senté a su lado.

—Lo siento.

—Da igual, Leo. Se iba a enterar de todas formas. Así nos ahorramos el momento raro de contárselo.

Por eso me gustaba. Porque era lista, decidida, clarividente. Porque su sonrisa me salvaba y su tranquilidad era mi balsa. Porque había hecho más travesuras que yo y ahora estaba dispuesta a hacerlas conmigo. Pero también porque me gustaban sus hombros huesudos retando la blancura de las sábanas y su pelo negro que nunca se despeinaba; la forma en la que su cabeza basculaba sobre el largo cuello y el óvalo de sus pómulos de actriz de cine negro. Porque me gustaba su cuerpo y me gustaba su alma. Y me gustaba ese culo suyo en el que aquella noche descubrí tatuado El jardín de las delicias. El Bosco no habría encontrado mejor lienzo para representar el Cielo. Ni el Infierno. Ni la Fuente de la Vida.

—Como ya no podemos hacer nada para guardar nuestro secreto, ¿qué tal si dejas que este pecador vuelva a ese Paraíso que tienes tatuado... ahí?

Alicia se sumergió bajo las sábanas con una complicada maniobra de nadadora dando la vuelta para encarar otro largo. Su mano derecha surgió bajo el edredón para llevarme con ella a un nuevo viaje por las imágenes del Bosco. Alicia. Alicia deseada construyendo conmigo el Paraíso. El jardín del Edén escrito sobre sus curvas. Alicia apoteósica y ultraterrena llevándome en sus brazos hasta las puertas del Elíseo. Alicia, Alicia, obsesión mía. Mi sueño. Mi cuerpo y tu cuerpo mezclados, mi piel y tu piel fundidas en sudor, en jadeos, en el delirio y la electricidad, en los orgasmos con los que mis fantasías se habían alimentado. Alicia, jardín de mis delicias, piedra filosofal, gloria, Cielo, universo, todo. El Big Bang dentro de tu sexo.

Cayó sobre mí exhalando un suspiro de aire tibio que templó mi cara. Mis manos se repartieron entre su nuca y las delicadas pompas concupiscentes que alguien había tatuado sobre su concupiscente trasero redondo.

—Nunca me habías dicho que te habías tatuado El jardín de las delicias...

—Digamos que tampoco está en un sitio como para comentar... —Su voz, apenas un susurro, se había vuelto rasposa.

—Pero es mi cuadro favorito.

—Lo sé.

Quizá fue un arrebató de ego, pero por un momento pensé que la elección no era casual, como si llevando el cuadro del que tanto había hablado con ella quisiera decirme algo. O decírselo a otros. A esos con los que se había acostado sin compartir el otro orgasmo de peregrinar hasta el

Prado para santificar al Bosco.

—Pero no es tu cuadro favorito.

—Ya. —Sonrió como una núbil Eva del Paraíso. Y yo volví a la carga.

—Y tu hermano tampoco me ha dicho nunca nada.

—Joder, Leo... Porque Diego no sabe que tengo el puto Bosco tatuado en el culo. —Levantó su cabeza lo suficiente para dejarla en suspenso sobre la mía y cuando me quise dar cuenta me había mordido el labio.

—Coño, Alicia.

—Es que eres muy tonto. —Y como puse cara de niño perdido y disgustado, rectificó—. Vale, no. Es que eres muy listo. Por eso me has gustado siempre.

Napoleón sobre la Esfinge no se habría sentido más victorioso. Por-eso-me-has-gustado-siempre. Había dicho siempre. Y mi testosterona había entrado en la ebullición de la carne. Y me había hecho feliz. Aunque para confesárnoslo hubiéramos necesitado décadas, millones de vueltas del tiovivo del amor, aitores, desengaños, esperanzas, confesiones sin confesar lo inconfesable, amigos metidos a alcahuetas, consultas amorosas inocentes sin inocencia alguna, llamadas, elogios, museos, el Prado, mil cines, tardes de domingo en los columpios frente al palacio, toneladas de abrazos como amigos, galones de gin-tonics en el Rita y pintas infinitas en un pub de Londres. Y un Arthur Conan Doyle cruzándose con sus hadas. Después de una vida amarrado a mi deseo, con ella en la cabeza como meta inalcanzable, siete letras lo cambiaban todo. Siempre. Por eso siempre me has gustado.

—Y tú a mí, Alicia.

Y tú a mí, Alicia. Que me gustas desde que tengo recuerdos. Alicia, la primera chica en la que pensé cuando pensé en sexo. Alicia, mi primera erección. Alicia, la mujer con la que habría ido a cualquier lado; la amiga con la que quería compartir el libro que acababa de descubrir, la ciudad en la que acababa de aterrizar, el concierto al que había ido con otra. Alicia, mi sueño. Alicia, que resultó ganar a la mejor de mis fantasías, compañera perfecta bajo las sábanas de aquella noche en la que la puerta de nuestras dos habitaciones se abrió por fin.

Mi cerebro, con esta tendencia tan suya a calcularlo todo, a medirlo, a hacer los movimientos antes incluso de que el tablero esté colocado, comenzó a calibrar las posibilidades de que lo nuestro fuera más que un espejismo. No quería que aquel despertar fuera el último brindis de una noche de alcohol lejos de casa. Y me quedé pensando si al regresar a Madrid volveríamos a ser los dos amigos de siempre. Si me invitaría otra vez a su Paraíso o tendría que conformarme con llenar el Purgatorio con su recuerdo. Si en algún momento podría amarme como yo siempre la había amado. Y como si las conexiones de mis neuronas hubieran impulsado la carambola de las suyas, fue ella quien habló de amor.

—¿Recuerdas que una vez te pregunté si los hombres eráis capaces de enamoraros? ¿Te acuerdas? ¿Una noche en el Rita? Y tú me dijiste que sí.

Claro que me acordaba.

—Y entonces me sorprendió cómo lo explicaste. —Alicia había dejado caer poco a poco su cuerpo desnudo sobre el mío para colocar aquella tentación junto a mi costado—. Y me hizo gracia que dijeras que Aitor había sido un idiota, que si tú hubieras estado en su lugar jamás me habrías dejado escapar. ¿Te acuerdas? Y entonces pensé que a lo mejor no eras tan frío como pretendías, que había una rendija para entrar en esa cabecita tuya que me fascinaba tanto, que

quizá yo ya había entrado sin darme cuenta y estabas intentado decirme algo. Yo... Aquel día... pasó algo. Empecé a verte distinto... Más como decía mi hermano.

—¿Y cómo era eso? —Alicia había dicho que mi cabeza le fascinaba, ¿verdad? ¿No es cierto que había dicho que mi cabeza le fascinaba?

—Diego siempre dice que tenemos que darnos una oportunidad. Ya sabes que puede ser muy pesado. Además, como es un cursi siempre utiliza la misma expresión: «Tenéis que daros una oportunidad, qué gran pareja haríais».

—Son todos una tropa de porteras conspiradoras. De Diego a Arnau...

—Sí. A Arnau ya se lo hemos dicho sin querer. ¿Se lo decimos a mi hermano? A lo mejor tenemos que decírselo, ¿no?

Sin pensármelo me levanté con el móvil en la mano. Esta vez sí, el mío. Me acerqué a la puerta blanca abierta que comunicaba las dos habitaciones y crucé hasta mi lado. Desde allí, la cama del rito iniciático con el que nuestra amistad pasó a ser algo distinto era un borrón blanco, arrugado, en un escenario estampado. Resplandecía sobre la moqueta oscura con toda su evidencia impetuosa. Hice una foto cuidando de que se entendiera todo sin que se viera nada. Y de vuelta, junto a Alicia, fui escribiendo el mensaje que se había formado en mi cabeza al ver la escena en perspectiva.

—Que nos diéramos una oportunidad, ¿eh? Pues vamos a invitar a tu hermano a jugar a las adivinanzas... A ver qué te parece. La fotografía eres tú... pero éste es un mensaje de chicos... Ya sabes...

—Sí, claro... De chicos con cierta tendencia a pasarse por la habitación en pelotas.

—Si hay inconveniente, me pongo el pijama de franela.

—No... si está todo muy bien. Tú tranquilo... Déjame ver el mensaje de chicos, anda. —Me quitó el teléfono de la mano y empezó a leer en voz alta. Mis palabras, precisamente aquéllas, me sonaban distintas en su voz, más ajenas, pero también más exactas—. «Ya que nosotros no nos dábamos la oportunidad, nos la ha dado esta puerta que comunica nuestras habitaciones. Una comunicación total y profunda. A&L». Me gusta. Me gusta A&L.

Antes de que me atreviera a darle a enviar, Alicia se sentó en la cama. Estaba trasteando con el reloj de la mesilla. Al otro lado de las ventanas, la luz sucia del otoño de Londres se abría paso. Se desperezó con la elegancia milenaria del gato de un faraón dándome la espalda. Aquella espalda estrecha y plana en la que despuntaban los pináculos tatuados de las fuentes del Bosco. Bajó las manos y hundió los dedos en su pelo, y cuando su nuca había quedado al descubierto, se volvió y sólo dijo...

—Creo que se me ha quedado un poco de nuestra antigua amistad pegada en la nuca... ¿Te importaría darme un bocado para arrancármela?

Si algo he aprendido en esta vida es que no se le puede negar un bocado a la mujer que amas.



Todas las mañanas Antonio se encuentra en el espejo del baño con un hombre al que no conoce. No podría decir cómo le mira. No sabe si en su gesto se lee una amenaza o una burla. Sólo sabe que cada día es un tipo distinto. Antonio se levanta preguntándose quién le espera hoy al otro lado. Vivió toda la infancia convencido de que aquel mundo invertido estaba lleno de desconocidos que se entretenían repitiendo los movimientos del mundo diestro. Hasta que se enteró de que otros veían en el espejo su propio rostro. Eso nunca le ha pasado a Antonio. Tiene cincuenta y dos años y no sabe cómo es su cara. No es capaz de identificarse en las fotos. Ni reconoce las facciones por las que pasa la cuchilla al afeitarse. Durante décadas le pareció normal, sobre todo porque su padre tenía el mismo problema. «Los Castelló no somos buenos para las caras», solía decirle. Hasta que hace dos años a Antonio le diagnosticaron prosopagnosia. Es el único español en el congreso de Londres de ceguera visual, una cita internacional que se repite anualmente para que los afectados compartan experiencias y, sobre todo, desencuentros.

Es la primera vez que este creativo publicitario que vive en Barcelona va a coincidir con otros que tienen su misma manera de no ver el mundo. Hay especialistas, neurólogos, psicólogos especializados en cómo el trastorno afecta a la familia, ponencias, talleres, mesas redondas. Pero, sobre todo, hay prosopagnósicos. Antonio está especialmente interesado en una reunión sobre cómo facilitar que los hijos comprendan su particular agnosia. Su niño tiene seis años y poco a poco va entendiendo lo que le pasa a su padre. Desde el diagnóstico, Antonio tiene más fácil explicarle que si no le reconoce no es porque no le quiera sino porque papá-es-ciego-para-las-caras. Los médicos le han advertido de que hay un fuerte componente genético en la enfermedad y que es muy probable que su hijo la herede.

El padre de Antonio no iba desencaminado cuando decía que a los Castelló no se les dan bien las caras. Como ellos, miles de familias han ido dejándose en herencia un trastorno que no se pudo diagnosticar correctamente hasta la década de los cuarenta. Las secuelas de algunos soldados que no reconocían a los suyos al volver a casa pusieron a los especialistas sobre la pista. La mayoría tenía daños en una zona específica del cerebro. Aquellos casos sirvieron para profundizar en los mecanismos de lo que se llamó prosopagnosia adquirida. Pero durante siglos ha habido enfermos que han sufrido ceguera facial sin que nadie le pusiera nombre a su dolencia. Por eso uno de los momentos más esperados y más increíbles de este congreso es la ponencia en la que se desenmascara a un prosopagnósico célebre de la historia. El nombre ilustre de este año es difícil de superar: William Shakespeare. El profesor James T. Gardner, de la Universidad de Oxford, ha encontrado en la dolencia la explicación perfecta para el gusto del dramaturgo por la

comedia de equívocos. Según él, sus alambicados argumentos plagados de cambios de identidades y personajes que se desdibujan son el testimonio más certero de su manera de ver el mundo.

No se puede negar que este congreso de prosopagnosia tiene mucho de rocambolesca comedia barroca. Los equívocos están asegurados con un elenco de personajes incapaces de reconocerse. Aquí se da por supuesto que nadie va a recordar a nadie y nada más llegar se nos asigna un gran dorsal con nuestra identidad, nombre, ciudad de procedencia y las veces que hemos asistido a estos encuentros. Antonio Castelló pasea su «uno» con cierta timidez mientras los veteranos, con «dieces» de goleador experimentado, se ofrecen para ayudarlo. Porque aquí, por lo general, la gente es muy educada. Extremadamente educada. Algunos hasta el ridículo. Parece una convención de saludadores compulsivos. Casi todos los asistentes están acostumbrados a fingir a diario, a saludar de más indiscriminadamente por el miedo de quedar mal con alguien a quien no pueden reconocer. Una tradición no escrita parece dictar que en el congreso hay que decir hola por si acaso. Más vale prevenir porque los presentes nunca saben: a. Si eres un amigo del alma o incluso familia. b. Si os conocisteis en otro congreso y eres ese colega con el que llevas un año intercambiando correos electrónicos. c. Si habéis desayunado esta mañana juntos con grandes risas y confidencias. d. Si eres el ponente con el que vas a compartir la siguiente mesa redonda. e. Si estás de cháchara con tu mujer sin darte cuenta, o peor, con tu exmujer con la que supuestamente ya no te hablas.

«Nuestro trastorno a veces da lugar a situaciones inverosímiles, difíciles de explicar para quien tiene el don natural de reconocer las caras». El presidente de la Asociación de Afectados por la Ceguera Visual de Londres, Tom Nolan, es un tipo campechano y simpático que me presentan en el hotel del congreso a primera hora de la mañana. Intento quedar con él para la comida, pero me advierte de que no podrá reconocermé. El método más seguro es localizar el punto de encuentro en la puerta del salón de actos, llamar a su móvil y saludarle en cuanto le vea acercarse. La otra opción que ofrece para encontrarme pasa por ponerme un sombrero mexicano. Ante mi cara de sorpresa, Nolan se ríe. Mucho. No es la primera vez que utiliza la broma con un periodista. Sostiene que un reportero de Los Angeles Times picó y alega, en su descargo, que cuando le hizo la propuesta no se dio cuenta de que tenía cara de tonto. Evidente.

El punto de encuentro está marcado con una flecha gigante. Bajo su punta roja, una marabunta de personas mira mutuamente sus dorsales identificativos para asegurarse de que están con quien han quedado. Es extraño ver tantos ojos dirigirse al gran rectángulo de plástico sobre el pecho en lugar de a la cara. Al acreditarnos, con el dorsal, todos hemos recibido una carpeta con unas sencillas instrucciones. En letras mayúsculas y en un lugar privilegiado del cuadernillo principal, se aconseja a los congresistas que no sean demasiado volubles con la vestimenta. Los organizadores destacan la importancia de que cada uno de los asistentes repita atuendo —en la medida que la higiene y la convivencia lo permitan— para facilitar el reconocimiento. Muchos prosopagnósicos han convertido en todo un arte la identificación por el vestido. Aunque elecciones como la de Tom Nolan no dejan demasiado espacio para el equívoco: traje de inspiración mafiosa, negro con llamativa raya blanca al estilo Al Capone, en tres piezas con chaleco clásico y tirantes, rematado con una corbata amarillo chillón. Es inconfundible hasta aquí, en el Palacio del Equívoco. Me cuenta que todos los años viene con el mismo disfraz. Le veo a lo lejos y le saludo mientras él me devuelve una sonrisa contaminada con un ligero interrogante. Me explica que en Londres están especialmente organizados y que su familia es pionera del

asociacionismo de afectados por la prosopagnosia en Gran Bretaña.

«Mi padre fundó la asociación en 1963. Para él, el mundo era una inmensa fotocopia. El corte de pelo de los Beatles fue su perdición. Cuando se popularizó empezó a resultarle imposible distinguir a sus alumnos. Era profesor universitario. Desarrolló un instinto especialmente fino para reconocer las voces, los acentos, las modulaciones propias de cada persona. Yo he heredado ese talento». Nolan ve las caras con los oídos. No sueña con rostros, sino con sonidos. «Siempre ha sido así. No sé imaginar de otro modo. Cuando vuelva a casa y me pregunten cosas sobre el periodista que me ha entrevistado yo les contaré que habla un inglés de acento americano, no demasiado nasal, que tiene la voz varonil pero de una gravedad dulce y que su volumen es más bajo que el del resto de los españoles porque quizá no se crió en España. También podré contarles que tiene menos de cuarenta años y que anoche no durmió mucho».

Los neurólogos estudian con especial atención cómo recuerdan, cómo sueñan y cómo imaginan los prosopagnósicos. En su mundo interior tampoco hay caras, ni en sus representaciones artísticas. Por eso una de las últimas terapias consiste en aprender a dibujar retratos. Camille Duncan es una francesa que gracias a las clases de pintura ha descubierto su verdadera vocación. Dejó su trabajo en un despacho de abogados en París y ahora se dedica a vender sus cotizados cuadros. Es meticulosa, hiperrealista, minuciosa hasta la obsesión. «No pinto como todo el mundo. Yo empiezo por el contorno, por la silueta, porque mi universo visual es un universo de volúmenes. Así es como distingo las cosas: si son grandes o pequeñas, si tienen proporciones humanas o animales». Camille tiene un grado muy elevado de prosopagnosia. Al hablar con ella, el barrido que hacen sus ojos no es el habitual. Sus pupilas parecen saltar de un punto a otro de su interlocutor, de su cuerpo al exterior, como si intentara contener la imagen en una red imaginaria. «Mi profesor sostuvo desde el primer momento que mi carencia —ella lo llama así siempre, mi carencia— podía ser muy positiva para la pintura. Veo de otro modo y eso quiere decir que para mí todos los detalles tienen un peso específico. Por eso mi obra es tan... específica». Éste es el quinto congreso de Camille. Cuando otros asistentes identifican su nombre en el dorsal la saludan afectuosamente. «He pintado muchos de sus retratos aunque no podría decir cuáles. Siempre veo mis cuadros con ojos nuevos. No puedo decir a quién representan, ni cuál es mi preferido. Sólo puedo determinar en qué época los hice, por la técnica. Soy una especie de pintora amnésica».

Esa nube de amnesia es común a la mayoría de los congresistas. Lo empaña todo. No reconocer a nadie te condena al olvido. Las facciones se van borrando en la memoria de los prosopagnósicos con una rapidez pavorosa. A veces basta un pestañeo para que la imagen se esfume. Intentar recordar una cara es como intentar recordar un largo enunciado matemático para alguien no habituado a los números. No podemos hacerlo porque no entendemos qué significan los elementos de la fórmula. Después de una de las charlas del primer día, Antonio Castelló tiene muy claro que eso es lo que le pasa: no recuerda las caras porque no las entiende, no comprende la relación que guardan entre sí cada una de las piezas. En su cerebro una nariz es igual de enigmática que el símbolo de la derivada.

Llega la primera noche y Antonio Castelló espera impaciente la cena de gala que se celebra en el mismo hotel que el resto del congreso. Muchos asistentes apuran la hora de descanso en sus habitaciones, aunque los veteranos de pura cepa aprovechan para compartir unas pintas en el bar. En una de las mesas más grandes se oye la risa estrepitosa de Tom Nolan. Ejerce de anfitrión con la gracia del maestro de ceremonias de un circo de cinco pistas. Antonio se ha sumado. Nolan

revisa el anecdotario de años pasados.

—¿Recordáis cuando lo celebramos en el Sheraton? ¿Cuando el presidente de la federación holandesa se coló a dar su discurso en el congreso de dentistas del salón de al lado? Lo de él pase. Pero todavía no he entendido por qué los dentistas no dijeron nada.

—Peor habría sido que vinieran a hablarnos a nosotros de endodoncias, Tom.

Una señora menuda, de pelo blanco, apostilla las anécdotas desde la silla junto a la de Nolan. Es Amy Champion, la octogenaria secretaria de la asociación de Londres. Siempre va acompañada de su hermana Sally. Son gemelas pero todavía no han entendido por qué llevan toda la vida diciéndoles que son iguales. «Todos somos iguales», remacha con una convicción que nada tiene que ver con lo ideológico. No ven hasta qué punto la afirmación es cierta en su caso.

El grupo sigue con las cervezas y las risas sin reparar en un hombre alto que ha entrado en el bar. Mide cerca de uno noventa. El pelo rubio oscuro, bien cortado. Lleva un vaquero moderadamente ajustado y una camisa que no cuesta menos de quinientos dólares, aunque no lo parece. Ronda los cincuenta años, pero su cuerpo trabajado en el gimnasio y sus labios carnosos han llamado la atención de la camarera, que no le quita los ojos de encima. Tiene la piel castigada y basta como un granjero de Oklahoma. Porque es un granjero de Oklahoma. Esto es lo que ven los prosopagnósicos que, por fin, se han fijado en el desconocido que camina hacia la mesa de Tom Nolan.

Lo que ha visto la camarera es bien distinto: porque el granjero de Oklahoma con los pectorales definidos, la ropa cara y la sonrisa incipiente es Brad Pitt. El actor, que acaba de hacer público que sufre ceguera facial, se estrena en el congreso de Londres. No lleva dorsal ni su nombre escrito, y pregunta con timidez quién es mister Nolan. Nolan se levanta, le recibe con un abrazo tan de mafioso como su traje y presenta a la estrella de Hollywood a sus compañeros. Susurros de aprobación y algún suspiro poco disimulado. Éste es el único lugar del planeta Tierra donde Brad Pitt puede pasearse sin que le conozcan. Aquí todos son como él. Todos sufren prosopagnosia.

—Me di cuenta viendo un programa en televisión. *60 Minutos*, en la CBS. No me podía creer lo que contaban: un trastorno de la percepción que hacía imposible reconocer las caras. Eso es lo que me sucede a mí desde pequeño, pero yo creía que tenía mala memoria para la gente. Es extraño porque sí que la tengo buena para los papeles.

Pitt habla tranquilo, apura una cerveza en la barra, y explica que quiere implicarse con las asociaciones para hacer más visible el problema. Se ofrece para ayudar y sus compañeros en el camino del desconocimiento se sienten como si les hubiera caído del cielo Superman.

—Sufrí mucho en el colegio. Me costaba reconocer a mis propios amigos o apuntar los tantos en los partidos de baloncesto cuando me tocaba hacer de mesa. Los otros chavales se reían de mí. Me llamaban tonto, cegato. Por eso creo que es importante estar aquí. Que por lo menos mi popularidad sirva para que la gente sepa en qué consiste la prosopagnosia.

—Ya que hablas de popularidad —le pregunto—, hay algo paradójico en que una de las personas más famosas del mundo, reconocible casi en cualquier país, no pueda reconocer ningún rostro.

—Sí, claro. Es endiablado, porque cuando alguien se me acerca en la calle, con esa confianza con la que vienen muchos fans, nunca sé si es un amigo de toda la vida o un admirador que busca tu autógrafo. O un loco. Hasta que descubrí que padecía el trastorno, me atormentaba que creyeran

que soy estirado, antipático o engreído. Sé que muchos lo siguen pensando. Ahora, cuando alguien se acerca, no tengo tanto reparo en preguntarle de qué nos conocemos.

—¿Y tu esposa? ¿Reconoces a Angelina?

—La reconocería en cualquier parte. Ella tiene una luz especial. Y además huele a azúcar tostado.

Así reconoce el hombre más deseado del mundo a su mujer, también la más deseada: porque huele a azúcar tostado. Lo dice con una sonrisa que encuentra el beneplácito de Tom Nolan: «Yo siempre identificaba a mi exmujer por el ruido de sus tacones cuando caminaba. Cada uno tiene sus trucos».

Antonio Castelló está muy impresionado. A él también le han tachado muchas veces de engreído. O de maleducado. La buena noticia es que, a partir de ahora, para explicar lo que le pasa podrá recurrir al ejemplo de Brad Pitt. Ya ha planeado que cuando vuelva a Barcelona va a contarle a todo el mundo por qué no recuerda las caras de aquellos que quiere. Por lo mismo que Brad no recuerda la de Angelina.

Va a empezar mañana. El primero será ese desconocido que le saluda todos los días desde el otro lado del espejo.

De: Arnau Miravet  
Para: Leo Brock  
Asunto: Azúcar tostado

Ha llegado el archivo perfecto. Sólo una cosita: me han enseñado cómo van a maquetar la página y nos vendría bien que añadieras un subtítulo. Si quieres lo pongo yo, pero prefiero que sea tuyo.

Confieso que me he quedado con ganas de más. La segunda entrega va la semana que viene, pero mándala en cuanto la tengas. Quiero saber qué pasa con Brad Pitt y quiero una foto de Tom Nolan con su corbata.

¿Angelina huele a azúcar tostado? Mmmm. Evitaré preguntar a qué huele cierta muchacha morena de piel muy blanca. Estoy muy feliz, Leo. Mucho. Sé que lo sabes.

Otra cosa: agradecería que me mandaras —a la menor brevedad posible— el siguiente capítulo de la novela. Me quedé con Rossum llorando por Celeste y no puedo más. No puedes dejar así a los lectores. Al menos, a mí no puedes dejarme así. Pequeño cabrón.

Tengo ganas de que vuelvas para celebrar algunas cosas también llamadas sueños.

Que sepas que te quiero.

aeme

De: Leo Brock  
Para: Arnau Miravet  
Asunto: Más dulce...

Si te parece lo podemos dejar en «El Mundo sin Facciones. Vivir sin ver las caras».

Sobre el sueño que tenemos que celebrar... Brindaremos por las muchas veces que me has empujado para que lo alcanzara. Sobre lo otro, el azúcar y las papilas olfativas, prefiero no contestar por aquello de que evitas preguntar (qué discreto). Aunque el título del mail lo deja bastante claro.

Y sí, esforzado lector-único-mío, mea culpa por el retraso al mandarte más capítulos. Allá va el último.

Aviso: duele.

Besos.

P. S. Para lo que quieras, llama. Ya he recuperado mi teléfono. Portera.

Rossum no fue al entierro. Apenas tuvo fuerzas para ver cómo se llevaban el cuerpo de Celeste a la parroquia de San Sebastián. Amortajada, atada a la muerte, su niña parecía todavía más pequeña. Buscó su fe sin encontrarla. Y maldijo al ser supremo que había sido tan mezquino como para arrancar a su hija de la vida. Entre las lágrimas de Constanza le pareció ver el violento fulgor de un reproche. Pero él se quedó allí quieto, en medio de su laboratorio, paralizado en el centro de un mundo que había dejado de girar. Le pareció sentir entre los dedos el tacto último de la mano de Celeste. Los dejó inmóviles, congelados en el recuerdo helado de su piel, con miedo a que aquella presencia tan corpórea se perdiera al menor gesto. Y recordó las manitas de la niña, estirándose para alcanzar la voz de soprano de su madre, en el palco oscuro del teatro.

Levantó la vista y miró a su esposa, y le dolió su palidez llorosa envuelta en negro. Ni se dijeron nada ni había nada que pudieran decirse. Ella pestañeó como si quisiera dejarse ir —sus párpados librándola de ver a su marido hecho un despojo—. Pareció por un momento que su cuerpo se tambaleaba. O quizá era el mundo, tan golpeado por el sinsentido, el que vacilaba. En su cabeza, Rossum salió de su conjuro estático para estrecharla. En su cabeza. En realidad, en aquella mañana brillante y fría eran dos doncellas las que asistían a Constanza. La abrazaban, protectoras y maternales, para poner en evidencia la amarga paradoja: aquella mujer que había dejado de ser madre necesitaba ahora una madre que la cuidara. Constanza, tan destruida, tan lacerada, le dio la espalda, quizá sin rencor, sin duda, sin fuerzas. Quédate, Héctor. Quédate aquí donde ella solía quedarse contigo. Y su voz cristalina se había deshilachado hasta la nada.

Rossum se quedó solo y deshabitado en aquella estancia en la que sobraba el aire porque faltaba Celeste. El cortejo fúnebre había partido hacia San Sebastián. Pero él no podía ir. Él no. Como si negándose a ver sepultar el cuerpo de su hija negara también su muerte. Sólo que la muerte era una evidencia corroborada por el vacío insoportable. Por el silencio absoluto. Por la silla huérfana en la que su niña ya no se sentaría. Por su muñeca que todavía guardaba sobre la piel metálica las huellas de sus dedos minúsculos. La pequeña Mecánica a la que Celeste había querido tanto. El profesor había dudado entre guardarla o darle sepultura junto a su hija. Pero al recuperarla de entre las sábanas, todavía húmedas de la fiebre, sintió que no podía condenarla a una eternidad subterránea. Celeste no se lo habría perdonado. Y él tampoco. Y allí estaba la muñeca, sobre su mesa de trabajo, mirando con sus ojos grandes como si pidiera que su dueña viniera para darle cuerda.

Pero su dueña no iba a volver.

O sí.

Rossum la tomó entre sus manos y vio su rostro reflejado en las facciones de Mecánica. Y al mezclarse su cara con la del autómeta, creyó distinguir a Celeste, palpitante, al otro lado de la superficie pulida. Aquella sonrisa que había heredado de él y los ojos negros de Constanza interrogando al mundo. Asustado por tanta ausencia, derrotado y vencido, el profesor se dejó caer en el suelo, al amparo de su mesa de trabajo, en el mismo lugar donde tantas veces Celeste había jugado con Mecánica. Quizá esperaba encontrar sobre aquel pedazo de madera fría el rescoldo todavía cálido de la piel de su hija. Si alguna vez estuvo, se había apagado. Y en aquel punto exacto en el que la vio trazar las fronteras de su reino, ese que su niña ya no volvería a pisar, Rossum lloró.

¿Dónde estás ahora, Celeste? Tan pequeña, con tu cuerpo amortajado, tan huérfana, tan sola... Mi niña Celeste recorriendo el camino con los ojos cerrados... ¿Qué música suena ahí, al otro lado? ¿Quién te canta, Celeste? ¿Quién te guía? ¿A quién le has dado la mano? Maldito el monstruo que te ha engañado para llevarte... Maldita la fiebre. Maldito el Dios Todopoderoso y caníbal que añoraba la luz de tu gracia. Maldito... por llevarse al Cielo mi único Cielo y dejarme en el Infierno vacío. Vacío. Por siempre.

Rossum trata de imaginar a su hija más allá de las negras lagunas. En el espacio sin espacio que antecede al Paraíso. Celeste flotando en la nada primigenia. Con los ojos muy abiertos y los dedos extendidos. Celeste solitaria en la espiral negativa.

Y cuanto más la imagina, menos lo comprende.

Celeste. Nueve años en el mundo. Una eternidad de vacío a cadena perpetua.

Rossum no entiende. Y se siente culpable. Y quisiera creer para pedirle a Dios que se lleve su vida y traiga a Celeste del otro lado de la muerte. Porque él ya no puede. Él ya no quiere. Él ya no encuentra el camino si no está su hija. Allí tirado en el suelo, el frío en sus palmas le lleva al recuerdo del mármol helado de la biblioteca de Mafra, como si los murciélagos todavía revolotearan sobre su cabeza aquella primera noche. Como si estuviera con el Infante. El pequeño José que también quedó lejos. Menos que Celeste, pero aun así, demasiado. Es extraño, en estos últimos días de Celeste, Rossum se ha descubierto a menudo haciendo balance de todo lo que ha perdido. Recuerda a su padre, que le enseñó aritmética. A su madre, que le cantaba. Al profesor Hersch, del que aprendió los fundamentos de la relojería. A la bella Alice, que un día glorioso de la adolescencia le reveló los placeres de la carne. Al padre Baptiste, que le perdonaba, que le perdonó hasta cuando dejó de confesarse. Recuerda a los que se quedaron en Flandes y a los que dejó en Lisboa. A los Braganza. A su mujer, que acaba de marcharse con un golpe de odio en los ojos. Y comprende que está definitivamente solo, en un mundo sin Celeste donde no queda nadie. Tenía razón su hija cuando le explicaba a doña Bárbara cosas de su muñeca. Casi puede oírla diciendo: «Es Mecánica. Mi padre me la ha regalado para que no esté tanto tiempo sola».

Para que no esté tanto tiempo sola. Mecánica.

Y Rossum repite el ritual que Celeste aprendió el primer día. Acciona un mecanismo y coloca la muñeca en el suelo para que camine. Libre. Viva. Mecánica anda. Se para. Le mira. El zumbido de sus delicados engranajes se cuele en su cabeza. Y con el zumbido, una esperanza.

Un padre sin hija se queda suspendido en las horas inciertas, en el día más largo de su vida, que avanza pesado al tiempo que se evapora, misterioso, en un suspiro. Hasta que el ruido de la puerta que comunica el laboratorio con la casa le saca de ese limbo acolchado en el que la vida duele.



Carlo Broschi, Farinelli, se recorta en el vano de la puerta. La luz de una vela ilumina su cara. Allí está su amigo. Como tantas otras veces. Pero hoy es distinto. El hombre de música entra con todo el silencio de la muerte pegado a su cuerpo. Cuando está cerca, Rossum advierte que tiene los ojos hinchados. Apenas susurra.

—He venido a llevaros conmigo. Aquí, solo, no vais a arreglar nada. Ni os vais a sentir mejor. Constanza se ha retirado a palacio. Doña Bárbara se ha empeñado en que esté allí con sus doncellas. Y me ha pedido que venga a buscaros.

—¿Doña Bárbara?

—Sí, doña Bárbara ha estado en el entierro... Y no quiere que os quedéis aquí.

—¿Y Constanza? ¿Qué ha dicho?

—Constanza... es como si ya no estuviera, Héctor. Como si el alma la hubiera abandonado. Siente que lo ha perdido todo. También a su esposo, que hoy no estaba para consolarla.

La voz de Farinelli es una flecha envenenada de una verdad insoportable. Rossum no estaba allí, no estaban sus brazos mientras su mujer se derrumbaba, ni sus palabras balsámicas para enjugar su llanto.

—Héctor, debéis acompañarme.

—Prefiero quedarme aquí, Carlo. Aquí puedo pensar. Es como si todo estuviera lleno de Celeste. Ésta es su única bóveda.

No hay nada que hacer. No hay nada más que decir. Rossum se quedará en el laboratorio con el dolor como único experimento. Y su amigo se tiene que marchar solo, con una mentira guardada para Constanza. Vuestro esposo me ha dicho cuánto os ama. Vendrá pronto con vos a compartir esta muerte que os habrá de unir más que la vida. Farinelli lo dice y sabe que no es cierto. Pero ella le mira agradeciendo un consuelo imposible.

En el laboratorio, un hombre vencido, tirado en un catre, aprieta una muñeca metálica contra su pecho. Como si le consolara sentir, en el hueco infinito que ha quedado bajo el esternón, el bocado frío de la falsa carne de Mecánica. Se aferra a su cuerpecito menudo con la confianza de quien ha descubierto un amuleto infalible. Allí, bajo sus manos, sobre su piel, el pequeño androide parece latir contagiado de su pulso. Pero Rossum prefiere pensar lo imposible: que la muñeca ha guardado algo de la vida de Celeste, que un retazo de la luz de su hija se ha quedado enredado en sus mecanismos, sus muelles y sus ruedas. Y Rossum descubre que los niños dejan de serlo cuando ya no desean que sus muñecos vivan, sino que temen la vida en un objeto sin alma. Y siente una punzada de miedo por esa vida latente que queda en Mecánica. Aunque le parece notar una sonrisa posándose en su cara. Por primera vez después de mucho tiempo.

—En el fondo, Mecánica, entre nosotros no hay diferencia. ¿Qué diferencia puede haber, si yo también soy un juguete del Destino, del Otro? Sólo soy un muñeco diminuto y frágil zarandeado por la voluntad de un Loco que me mira furtivo, malicioso. Vete a saber desde dónde. Quizá nosotros, con toda nuestra ciencia, nuestra vanidad, nuestros sentimientos, no somos más que la máquina más perfecta de Dios. O del Demonio. O de un Dios demoniaco. Porque empiezo a pensar que Dios y Satán están hechos de la misma materia. Los rivales de un Juego que ellos llaman Fortuna. A veces el premio es la vida. A veces, la muerte. Y nunca se cansan. Nunca se cansan de echar los dados y poner muñecos en el tablero. ¿Ves, Mecánica, como tú y yo somos exactamente lo mismo? Muñecos de Otro. Y no hay nada que me haga a mí más real, ni más ser... Es verdad que quizá soy más humano. Pero eso es sólo una circunstancia de la carne. De esta

carne nuestra, mal creada, que siempre se disuelve. Ahora sé que es mejor el metal inmortal que esa piel delicada que acaba sucumbiendo. Como la carita de Celeste comida por la fiebre. Si ella hubiera tenido tu dureza de plata...

Mecánica vibra con un espasmo bajo sus manos. Como si también entendiera. Y Rossum siente la idea palpitándole dentro. Se le revela como un ángel bíblico, como si un arcángel se presentara con una espada fulgurante construida de certezas. Quizá es la locura de la ausencia lo que resonaba en su cerebro. Quizá, las muchas noches de insomnio. O quizá es la razón por la que le pusieron en el tablero del mundo. Mecánica y Celeste unidas por la vida. Mecánica y Celeste para siempre inmortales. Mecánica y Celeste desafiando al Destino.

Un día me di cuenta de la soledad de Celeste. Sin niños y sin diversiones en la inmensidad de palacio. Su único entretenimiento era este laboratorio donde los engranajes se enlazaban para que mis artefactos vivieran. Y entonces vi su rostro, la delicada curva transparente de sus mejillas, su boca pequeña y sus ojos grandes transformados en los de una muñeca. Y te creé, Mecánica, a su imagen y semejanza. Una Celeste diminuta en la que pudiera mirarse.

Mecánica tiene los ojos abiertos. Inertes. Pero alerta. Rossum sabe que es su propia mirada ansiosa la que llena de vida las dos obsidias de su carita. Pero su profundidad es tan lacerante que siente ese miedo que sólo saben sentir los adultos. El miedo a lo extraño. El miedo a la vida en la materia muerta. A lo que lucha por latir bajo un pecho metálico. Aunque no hay pecho más metálico, ni más inerte que el suyo, vacío como está de Celeste. Le duele el corazón en el centro de la nada. Bajo el esternón. O sobre él. Le duele la vida en cada uno de sus huesos. Y el cráneo surcado de recuerdos.

Las velas se han consumido junto a la noche. Queda el olor a cera y un cabo apenas azul con el último aliento de una llama. Fuera el sol brilla en la mañana fría. El jardín se apaga bajo una nube que parece un monstruo mítico hecho jirones. En otro tiempo, Celeste se la habría señalado con la alegría de quien descubre un nuevo juguete. Mira, mira, qué grande y qué blanda. Ahora, a Rossum le hierde. Le atraviesa el recuerdo de las muchas veces que jugaba con su hija a tumbarse sobre la piedra de uno de los patios del Buen Retiro. En la imaginación de Celeste, el azul del cielo era el de un océano con espuma de nubes donde chapotear. Celeste de Rossum, inventora del mar aéreo madrileño, nubóloga en el palacio del Buen Retiro, coleccionista de cúmulos blancos. Celeste de Rossum, muerta en 1744 a los nueve años.

Ahora se pudre en el cementerio. Sin verlo, su padre imagina el hueco reciente. La tierra fresca amontonada de nuevo. La cruz todavía limpia. Las flores cortadas el día anterior. Margaritas ajadas sepultadas en rosas. Y allí, para siempre, Celeste. Su carne gélida agarrotándose en el jardín de los muertos, abrazada por las raíces de un árbol. El profesor, el hombre de ciencia, el relojero que en nada cree más allá de la lógica, maldice lo ilógico de un Dios de voluntad caprichosa que decide llevarse los nueve años inocentes de su hija.

Maldeciría al Creador de la Vida y de la Muerte. Pero en lugar de hacerlo, le reta.

Ahora no tiene miedo. Ahora lo sabe. Y mirándose de nuevo en el reflejo de la cara de Mecánica recita su propio Génesis. Su Religión. Su Credo.

—Yo te volveré a crear a su imagen y semejanza. Celeste Mecánica. Hágase en ti según mi palabra.

El sacrilegio de Rossum me envenenó la vida. Como si, al escribirlas, sus palabras pulverizaran mi inocencia. Las leo ahora y las siento tan cerca y tan lejos. Y aunque puedo recordar perfectamente el momento en el que saltaron desde la punta de mis dedos hasta el teclado, parecen frases arrancadas de la tragedia de otro. Como si el Leo que las escribió, no hace tanto, ya no existiera. Será por eso que vuelvo a ellas con el placer furtivo del que se cuele en una vida que no parece suya y termina siéndolo, conjugada en pretérito imperfecto y lejano. Como las cartas de amor que ya no reconocemos cuando dejamos de amar.

Releo esas palabras, tuyas y mías, en Londres, una mañana, muy temprano, con el amanecer acechando. Y me revuelvo de dolor y de extrañeza cuando Rossum reniega de Dios. Fuera llueve. Será por eso que siento su locura filtrándose en los surcos de mi cerebro como agua sucia resbalando en el asfalto. Alicia duerme todavía. Me calman su respiración despreocupada, su carnalidad huesuda bajo las sábanas, el brillo mojado de sus dientes entre los labios. No tardaré mucho en despertarla. Quiero llevarla pronto a St. Paul, cuando las avalanchas de turistas todavía no la han profanado. Quiero que sienta la inmensidad del universo entero allí bajo su cúpula. Y supongo que quiero redimirme. Y buscar la paz que no he dejado que tenga Rossum. Congraciarme con un Dios que no ha conseguido que le crea y que, precisamente por eso, no merece ser tomado en vano.

Alicia despierta con mi murmullo. Las palabras cuidadosamente elegidas con las que le quiero anunciar la mañana. Las mismas que luego repetiré en la Galería de los Susurros de la catedral de St. Paul. La llevo de la mano para subir los escalones que desembocan en el espacio circular. Ella llega sin resuello por la altura, yo por la emoción de tenerla al lado en este lugar en el que tantas veces me he conformado con intercambiar un hola con un extraño. Aquí, bajo la cúpula, siempre me impresiona la sabiduría de su constructor. Imagino a Christopher Wren, arquitecto tocado por la gracia, sentándose en esta misma galería frente a un joven ayudante. El aprendiz pega su cara a la pared, dice unas palabras y el sonido viaja puro y secreto hasta los oídos de un Wren que se siente triunfante. Nadie se lo ha pedido, pero él ya tiene su prodigio y su juguete. Una galería para susurrarse en la distancia. Y deseo susurrarle a Alicia, mandarle mis palabras como olas deslizándose hasta la orilla por las paredes cóncavas. Aquí estamos por fin: circunscritos en la magia de un círculo sonoro, admirados por la travesura acústica de un arquitecto barroco. Y allí está ella, sentada en el banco de piedra que recorre la circunferencia, con su mejilla pálida sobre el estuco gastado. Atenta. Expectante.

Se ha quedado sentada mientras yo me voy, como el aprendiz de Wren, hasta el punto

contrario. La veo a lo lejos, el pelo negro sobre la bufanda. Pego mi boca a la pared y me llevo la mano a la cara para que sólo los muros de la catedral de St. Paul escuchen mis palabras. Y las lleven, invisibles y veloces, sobre sus piedras centenarias hasta los oídos de Alicia.

—Eres mi sueño.

Sé que me ha oído porque de repente se ha enderezado. Me mira, a lo lejos, enfocándose con los ojos entrecerrados. La conozco bien. Así es el prelude de su contraataque.

—Pues hazme tu realidad.

Sus palabras llegan claras y desafiantes, rodando por aquella pared tan sólida como la historia de Inglaterra. Siento a Nelson removerse en su mausoleo, a los caballeros del imperio británico dándose un codazo de ultratumba, al fantasma de Winston Churchill que deja de preparar un discurso para sus compañeros caídos y a la sombra enamorada de Diana memorizando nuestras frases. Y le mando mi pregunta, tan ingenua y tan temblorosa que el héroe de la Segunda Guerra Mundial, decepcionado, vuelve a escribir su arenga mientras se enciende otro puro.

—¿Me estás retando?

Apenas lo he dicho y ya me arrepiento. Qué poco brillante. Qué obvio. La respuesta está clara. Me levantaría de golpe para arrancar mis palabras de las paredes. Pero ya han recorrido el tramo necesario del arco. Alicia ni siquiera espera para contestarme. Coloca en el carril de sonido que atraviesa la sala una respuesta sin titubeo.

—Te reto a que me lo digas a la cara. —Pausa—. En suelo sagrado. —El héroe de Trafalgar vuelve a dar un zapatazo.

Le dejo un último mensaje sobre las paredes telegráficas de la galería. Y me levanto tan rápido como puedo para llegar a su lado antes que mi voz a sus oídos. Te voy a decir todo lo que siempre quise decirte. Pero he llevado tanto tiempo atrapadas esas palabras que la confesión es más rápida que mi cuerpo y cuando por fin la alcanzo, Alicia me regala una mirada a la que no hace falta añadir nada.

No subimos a la cúpula porque sé que a Alicia no le gusta demasiado alejarse del suelo. Ni en el mundo real, ni en su mundo de ideales. Y en el fondo lo agradezco. La altura siempre me provoca una desconexión incómoda, como un cortocircuito en la base del cráneo, un pinchazo eléctrico en el bulbo raquídeo. Puedo afrontarlo sin que se note. Pero con Alicia no me apetece fingir. Y no creo que pudiera. Alicia siempre me ha visto más allá de lo que se ve. Es mi microscopio y el mapa que me explica. Me pregunto ahora por qué no se dio cuenta antes de los sentimientos que me provocaba. Que me provoca. Me inquieta pensar que lo supo siempre y que por alguna razón trataba de evitarlo. Alicia y yo toda la vida juntos perdiendo la vida. Queriéndonos sin tocarnos. Caminando paralelos el mismo camino. Alicia, al otro lado del espejo. Alicia, tanto tiempo, al otro lado de mi vida.

—¿Salimos fuera a ver la cúpula? Ya que no vamos a subir... —Alicia remata sus puntos suspensivos tomándose la mano. Y yo me inquieto como si no hubiera poseído el resto de su cuerpo. ¿O es el deseo de poseerla de nuevo?

—Vamos.

Me da igual ver la cúpula. Sé perfectamente que es imposible apreciar su proporción desde allí abajo, que se ve mejor desde la otra orilla del Támesis. Pero quiero estar fuera para besar a Alicia. Y le agradezco a Londres haberse despertado nublada y fría como sólo ella sabe. Con esa humedad que hace que los huesos se peguen buscando el calor de la carne. Al salir a la mañana

mate, Alicia se estremece en la niebla. Aprovecho para abrazarla y bendecir el frío, cómplice de tantos romances. Para enredarme en su saliva cálida. No sé en qué momento la castidad de los muros de St. Paul me ha inoculado pensamientos tan rotundamente pecaminosos. Quizá han sido los ojos de Alicia en la galería inventando penitencias para mis susurros herejes. O quizá los santos de mosaico que custodian la cúpula me han insuflado su ardor de guerrero, su entrega kamikaze en defensa de una fe que, en mi caso, se llama Alicia. Y allí, rendido a su rito, celebrando el sagrado misterio de sus labios, me pregunto qué pasará cuando volvamos a Madrid. ¿La besaré en la plaza desangelada frente al periódico como la beso ahora frente a Ludgate Hill, ante la santa reformista catedral de San Pablo? Me pregunto si viviremos en la absurda clandestinidad de mirarnos por los pasillos o no podré resistir la tentación de tocarla en el ascensor, justo antes de que nos pille García. Y entregado como estoy al sacramento de amarla, decido que me da igual. Que quizá mande un correo general a toda la redacción invitando en el Rita para celebrarlo. No te pases, Leo, eso es demasiado.

—¿En qué piensas? —Su boca se aparta de la mía y los besos se transforman en una nube de vaho.

—Nada, en nada. ¿A qué hora tienes las fotos que te ha perdido Arnau?

—Dentro de media hora. Me da una rabia, porque estamos al lado... pero tengo que ir antes al hotel a por el equipo.

—Te acompaño.

—No, no te preocupes. —Alicia siempre tan independiente. Dime, por favor, que vas a dejar que te cuide de vez en cuando—. No tengo que cargar demasiado. Vamos con luz natural, con esos increíbles ventanales de Moor House. Me apetece mucho jugar con eso. Si quieres quedamos después. Conozco un lugar pequeño para comer detrás del Barbican.

—Sí, claro. Quiero. Oye, no te olvides de preguntarle «cuánto pesa su edificio».

Debo de parecer un adolescente que no se quiere separar de su primera novia. Porque eso es Alicia. La novia primera y última que siempre había deseado. A esta edad. Tiene delito. O tiene recompensa después de tantos años. La acompaño al metro y la beso como sólo los amantes novicios besan a las nueve y poco de la mañana. Y al ver que se pierde entre la multitud de vasos de plástico levitando en manos de viajeros urgentes, abro los ojos como lo habría hecho Celeste para que cada detalle se quede grabado. Pero Alicia es engullida por su agujero negro suburbano. Me quedo plantado, molestando en las autopistas invisibles de peatones apresurados, entre feliz y vacío. Imaginándola en el metro, robando miradas. Y mientras ella se adentra en la tierra, mi cabeza empieza a ver Londres desde el aire. El mapa de Moorgate. El Barbican. El hospital de Bethlem donde la locura de Rossum bien podría haber agonizado si su destino no le hubiera llevado con Bárbara de Braganza. Y entre un punto y otro, recuerdo ahora claramente el rectángulo mal definido y diminuto de un parque llamado Fortune.

Fortuna. Ya no soy un juguete entre tus manos. Ahora tú eres mía. Y tienes la misma sonrisa que Alicia. Su sonrisa omnipresente como la del gato de Cheshire. Pienso en Tom Nolan y en la maldición de no recordar la cara de la persona a la que amas. Pienso en Rossum, condenado a reconstruir la carita sin vida de Celeste para no olvidarla. Y pienso en mi padre. Mi padre, siempre borroso, mezclando su imagen con la mía en el espejo por las mañanas. Ya no sé si lo que recuerdo de él es esto que su herencia dejó en mi reflejo o el reflejo de las pocas fotos que mi madre guarda. Se borra. Se aleja. Me duele.

Durante mucho tiempo renegué de Londres sólo porque a mi padre le gustaba. Fritz Brock volviendo a la raíz de la raíz americana. Fritz on the roots. Fritz Brock buscando en estas calles el reflejo lejano de su hogar en la Costa Oeste. Recuerdo que se escapaba aquí, con mi madre, algunos fines de semana. Recuerdo que yo me quedaba en casa de Diego, que es lo mismo que decir en casa de Alicia. De alguna forma, Londres cierra de nuevo el círculo de la infancia.

Y aquí estoy, exultante, vulnerable, extrañamente vivo en un taxi camino a Picadilly. Con la cara de Alicia filtrando mi mirada y la de mi padre que no consigo recordar ni en estas calles que él amaba tanto. Como yo las amo ahora que he perdido mi rencor adolescente. He decidido pasar la mañana entre los estantes interminables de mi refugio favorito: la librería de la calle Sackville. Paladeo en mi cabeza su nombre rimbombante: Henry Sotheran's. Por eso me reconcilé con Londres. Por las librerías. Por la taquicardia al encontrar un ejemplar de Peter Pan en Charing Cross. Por el ansia cinegética de tener en las manos una primera edición firmada por DeLillo. Por la sorpresa de un Viaje a las Hébridas en un papel que amenazaba con desintegrarse. Las moquetas polvorientas amortiguando mis ahogadas bocanadas de alegría al dar con un Everyman Library de Lord Byron. Y aquel librero aletargado, encajonado tras una mesa ridículamente pequeña para su tripa, abriendo los ojos incrédulo ante las doscientas libras que le enseño para llevarme un libro de astronomía recreativa. La genética es así, no recuerdo la cara de mi padre, pero algunas de sus fascinaciones serán para siempre las mías. Seguro que le habría gustado aquel ejemplar rojo, pequeño, tan bien cuidado que compré hace dos años. «To my dear Lilly, with loving New Year's Greetings. Hugh. January, 1895». Está en mi casa. Bien visible sobre un estante con su título de novela fantástica: Storyland of Stars. He inventado mil historias para Hugh y Lilly. Historias de amantes bajo las constelaciones infinitas. Será por eso que, al recordarlo ahora, se me ocurre comprar para Alicia un libro astronómico. O porque ella se ha convertido en mi única galaxia.

He pasado más tiempo en Henry Sotheran's que en muchos hoteles de Londres. Si el viejo zorro que la regenta me hubiera puesto una cama, le habría pagado gustoso la estancia y todos habríamos salido ganando. Pensión completa libresca: un sencillo catre y miles de páginas. Tendría que haberlo hecho por caridad. Me he gastado en sus legajos más que Hemingway en el bar del Ritz de la place Vendôme. Por eso siempre me recibe con una alegría infantil que no se corresponde con sus arrugas milenarias. Sonríe plegándolas y desplegándolas como los confines de un universo contrayéndose sobre sus comisuras. Su piel cenicienta, trasparente, que hace muchos siglos, en la niñez remota, debió de tener pecas. Siempre se acuerda de mi nombre. Y, quizá, del número de ceros de mis inversiones locas. Me llama mister Brock con su acento de la BBC. La primera vez, me preguntó si yo era el traductor de cierto oscuro autor americano. Parecía lógico por mi urgencia en buscar primeras ediciones de su obra. Le extrañó mi apellido, que ya entonces, como ahora, recobra en su boca toda su cortante germanidad.

—Mister Brock... Qué alegría verle. He estado estos días pensando en usted.

—¿De veras? —No sé por qué extraño motivo mi inglés se vuelve con él un tanto arcaico, como de novela decimonónica. Mi afán por estar a la altura.

—Sí, hemos desmontado una biblioteca de una universidad americana. Nuestros agentes de Nueva York nos han mandado un material delicioso, muy especial, con muchos documentos científicos del XVIII. Si tiene interés, que creo que lo tendrá, será un placer mostrárselo en la Sala.

—Oh. Será fantástico, mister Brandberg. Voy a dar un pequeño paseo por la planta de arriba y

después pasamos a la Sala.

Mister Brandberg pronuncia la Sala con aire reverencial y yo me estremezco entre místico y codicioso. Es la Capilla Sixtina del legajo. El santuario de los santos griaes bibliográficos. El refugio de los unicornios encuadernados. Sobre esa gran mesa de madera le he visto desplegar primeras ediciones como un traficante mostrando su mercancía de páginas antiguas al más enganchando de sus devotos. A veces, maligno y mefistofélico, me tienta con cosas que no puedo comprarle. Ese Ulises del 22 con las tapas color musgo gastado, leído, trajinado, comprendido, amado, deseado. Tan deseado que las pupilas se me dilatan sólo con recordarlo. Pero hasta Brandberg sabe que para pagarlo tendría que vender mi casa. ¿Qué iba a hacer? ¿Echarme a dormir en los Bueyes del Sol? ¿Protegerme de la lluvia con las frases de Stephen Dedalus? Aunque a veces hay que caer en la tentación. No me importó renunciar a las vacaciones a cambio de aquel El guardián entre el centeno editado por Little Brown. Madrid es tan tranquilo en agosto... Y me producía tanto placer ver en la estantería del salón el libro con la fugaz foto que Salinger censuraría después en la contraportada, el rojo de llamarada de la ilustración de la cubierta. Holden Caulfield, atrapado para siempre en la adolescencia, salió de esta librería con destino a mi casa. Si me concentro mucho, aún puedo oír el siseo de serpiente de Brandberg al enseñármelo, consciente del poder insinuante de su manzana.

Siempre he creído que los libros nos eligen, como nos eligen los amigos. Que se hacen visibles en las estanterías para que nos los llevemos en el momento adecuado. Aquí, en mi santuario laico, en la primera planta de Henry Sotheran's, esta fría mañana londinense, un lomo blanco y negro me seduce desde un estante bajo. Goodbye to Berlin. La decadencia weimariana de Isherwood. Era evidente. Era el libro exacto para Alicia, para los ojos grandes de mi Sally Bowles particular. Para la fotografía que podía decir aquello de «Soy una cámara con el obturador abierto», aunque ella sí ponía su cerebro en cada una de sus tomas.

—¿Cuánto?

—No se preocupe, Brock... Es una sexta edición. Bastante razonable.

Brandberg es así. Parece conocer cada uno de los ejemplares de sus atestadas librerías. Tiene en la memoria los años, las ediciones, las reimpressiones, como quien recuerda las fechas de los cumpleaños de sus hijos. Sus grumetes en la librería recurren a su sabiduría borgeana cuando alguien pregunta por uno de los tesoros que guarda en las vidrieras. Esos cachorros suyos que me dedican sonrisas corteses sin atenderme nunca. Henry Sotheran's tiene su jerarquía y sus normas ocultas, y yo soy asunto exclusivo del bibliotecario mayor del reino. Le gusto. Creo que compartimos inclinaciones literarias. Brandberg sale del círculo de luz que ilumina su mesa con las gafas bien clavadas en la nariz de quilla y se me acerca. Me siguen hipnotizando sus andares de comadreja, silencioso y flexible, entre las pilas de papel y los mostradores abarrotados. Toma de mis manos el libro de Isherwood y me indica que le siga. Ha decidido que ya es hora de bajar a la Sala.

Lo ha preparado con la delicadeza de un escenógrafo de ópera. Varios ejemplares sobre la mesa. La iluminación exacta para ver los libros. Un par de guantes revela la delicadeza del tesoro. En esa misma mesa me desplegó una vez todo un año del New Yorker para elegir un cuento de Salinger. Me llevé Just Before the War with the Eskimos y se lo regalé a Diego. Pero hoy la Sala se abre con el resplandor de la cámara acorazada del Templo de Jerusalén. Documentos científicos, había dicho. ¿Deliciosos o me he invitado yo el adjetivo? Únicos, por lo que veo.

Apenas puedo creer tener ante mis ojos una edición del XVIII del tratado sobre membranas de Charles Nicolas Le Cat. Y las Instrucciones para magia natural, de Wiegleb. Un observador avezado habría apreciado el temblor de mi pulso. Acabo de abrir una edición original de Un mago entre los espiritistas, firmado por el propio Houdini, la letra redonda, la H historiada, como la cuerda enredada de uno de sus trucos.

—Un libro excepcional, mister Brock. Sé que habrá apreciado la dedicatoria. Verá que en el mismo lote hay un ejemplar firmado por Alan Turing. Parece que el dueño de esta colección tenía intereses muy parecidos a los suyos... creo.

Desde luego. Magia. Turing. Máquinas. Automatas. ¿Cómo era la letra del genio infeliz? La imaginaba torturada, y, sin embargo, era meticulosa, de trazos pequeños y puntiagudos, matemáticamente clara excepto en la voluta díscola de la g final de su nombre. La floritura escondida de su desgracia. Bajo los cuadernillos de lógica simbólica del reventador de códigos, aparece un legajo manuscrito. Probablemente de finales del XVIII. Con su caligrafía rimbombante y excesiva. Brandberg lo ha colocado dentro de un portafolio de piel. Lo abro y el título me golpea: Vida y locura del profesor Rossum, creador de autómatas.

Siento un balazo entre los ojos. Las letras sacudiéndome como una realidad imposible. ¿Qué está pasando? Ahora sí estoy temblando. El manuscrito se agita tanto entre mis dedos que tengo que soltarlo. Conservo todavía la sangre fría de dejarlo con cuidado sobre la mesa para que a Brandberg no le dé un infarto. Me temo que a mí ya me ha dado. Vida y locura del profesor Rossum, creador de autómatas.

No es posible y, sin embargo, está ahí. Delante. Con toda la realidad de la tinta sobre el papel gastado. Nueve palabras que han disparado mis pulsaciones. ¿Rossum? Rossum es mi Rossum y es mía su vida y su locura. No puedo entenderlo, y como si la incomprensión me paralizara, no encuentro el valor para pasar la página.

—Veo que le ha impresionado.

La voz de Brandberg suena rodeada por toneladas de agua, acuática e improbable, asomándose sobre mi hombro. Ni siquiera tengo fuerzas para contestarle.

—Es normal que le haya impresionado... Se trata de un asombroso manuscrito fechado a finales del XVIII. En Madrid, según consta y según han confirmado los peritos. Ya ve qué casualidad, mister Brock, usted vive allí, ¿no?

—Sí, mucha casualidad. —Es increíble cómo a veces la educación nos dota de palabras.

—Ábralo, ábralo... No se preocupe por el papel, parece frágil, pero verá que está bien conservado.

No es el papel lo que me preocupa. Me aterrorizan las letras. Las palabras. La coincidencia. El nombre de mi personaje en la primera página. Su locura y esta locura en la que me estoy sumergiendo.

—No tiene sentido. —Mi voz suena tan bajo que no sé cómo Brandberg me entiende—. Rossum.

—Ah. Ya veo. —El librero sabio cree que ha dado con la clave de mi turbación y que es tan sólo literaria. Pero no lo es, claro—. Le sorprende que aparezca el nombre que después Karel Čapek utilizaría para su personaje. Le confieso que todavía no sé si esta historia es verdadera o si el personaje es apócrifo. Pero sospecho que éste es el manuscrito de una novela que sería impresa posteriormente en el XIX. Podría ser un diario, pero no lo es. Y, sin embargo, tiene toda esa carga



aparentemente biográfica. Cuando lo lea, comprobará que es muy del gusto romántico. Apuesto a que le interesará, Brock. Quizá sea casualidad, o quizá pudo inspirar a Čapek para escribir su obrita sobre autómatas. Tiene gracia que el tipo inventara la palabra robot y que nadie se acuerde ya de su fábula descabellada. He llegado a pensar que Karel Čapek pudo tener acceso a este original. ¿No le parece eso probable? En cualquier caso, comprenderá usted que la coincidencia lo hace más valioso. Aunque le haré un precio de amigo.

—¿Cuánto?

Lo digo con urgencia, casi con rabia. Y me doy cuenta de que estoy descargando en la pregunta todo el desasosiego que me ha inundado al ver el legajo. Tengo que llevármelo. Tengo que leerlo. Pero no puede ser allí, delante de Brandberg. Tengo que hacerlo y sin embargo lo temo. Rossum. ¿Quién coño es este Rossum? No pudo existir nunca, no pudo escribir estas páginas, no pudo... Yo lo he creado. Yo...

Hay ocasiones en las que el tiempo parece estirarse y detenerse en el mismo segundo. Como ahora. Como si la manecilla estuviera contenida por dos imanes encontrados. No sé cómo hemos regresado a la primera planta de Henry Sotheran's. Ni sé en qué momento le he dado la tarjeta de crédito a mister Brandberg. Me ha atrapado la amnesia ciega del borracho que no necesita la cabeza para dar un paso detrás de otro. Mis pies me llevan a un taxi que me dejará en el hotel. En el asiento de atrás, alto como un trono, escucho mezclarse el bombardeo de mi corazón con los arrebatos del tubo de escape. Las calles pasan, empañadas, sin que me importe dónde estamos. Me estoy haciendo daño en los nudillos de apretar el paquete que me ha preparado Brandberg. El manuscrito y el libro de Alicia, que ya había olvidado. Y ahora soy yo quien quisiera ser una cámara que grabara el mundo sin pensar en nada.

El taxi para. El hotel en South Kensington.

Tengo miedo de subir a la habitación. Pero subo.

En la pequeña mesa de la 215, en un día de noviembre que lo va a cambiar todo, abro un manuscrito del siglo XVIII con la certeza de que hay instantes en la vida que trastocan nuestro rumbo. El instante que se tarda en pasar una página.

El miedo me frena y me empuja cuando leo la primera frase.

«En la celda del fondo hay un hombre que no sabe que se ha vuelto loco».

Exactas. Como robadas. Sus palabras son mis palabras. Quizá yo tampoco sé que me he vuelto loco. Pero me siento atrapado, como en la celda del fondo.

Tuve tanto miedo de mis propias palabras que las sepulté como pude en el silencio. Porque no sabía si mis frases eran mías o de otro. Porque no entendía de dónde surgían con tanta fuerza si no salían de mí. Y aún sin entenderlo, me aferré a aquellas letras antiguas y me sentí como un condenado a muerte que no conoce la fecha de su ejecución, pero la lleva escrita en un papelito en el fondo del bolsillo. Tocándolo hasta desgastar sus bordes sin atreverse a mirarlo jamás. Así volví de Londres: con el manuscrito de Rossum siempre al alcance de mi mano, sin perderlo de vista pero sin abrirlo de nuevo. Metí en la mochila el portafolio protegido por un sobre, pero tuve el cuidado de dejar una esquina abierta para poder comprobar con el dedo furtivamente que mi secreto seguía ahí. Aunque deseé intensamente que aquellas letras bien caligrafiadas desaparecieran para siempre. Deseé volver a abrir las páginas y que todo se hubiera volatilizado. Arrancar las palabras de las hojas como quien le arranca la ropa al cuerpo que desea. Y, del mismo modo, deseé leerlo todo hasta el final. Hasta más allá de donde yo había escrito. Pero no me atreví.

Lo que había leído había desmontado mi vida. Me había paralizado en el centro de un sinsentido. Había desprovisto de lógica a la razón. Lo que leí aquella mañana en Henry Sotheran's me sacó del lugar que hasta entonces había ocupado en el mundo. Como si la vida se hubiera doblado sobre sí misma en el instante único en el que el manuscrito se abrió.

En la celda del fondo hay un hombre que no sabe que se ha vuelto loco.

Palabra por palabra el inicio de mi novela. Palabras repetidas cayendo en cadena con la gravedad inevitable de fichas de dominó. Las leí, espantado, en el hotel, con las entrañas estrangulándose, cerrándose en espiral en la boca del estómago. Las leí con el vértigo de saber qué venía exactamente después. Con la remota sospecha de haberme desvanecido en la irrealidad, de haberme difuminado en la superficie incierta del otro lado del espejo. Las leí con miedo a la verdad. Con ese miedo que te coloca al borde de recovecos tan oscuros que temes que la vida se convierta en algo más tenebroso que la misma muerte. Las leí y me sentí solo. Desamparado. Incierto. Suspendido en un limbo de extrañeza. En algún momento esquivo, la realidad se había transformado en un déjà vu. Un déjà vu de palabras ya dichas.

Y yo no lograba comprender. Quizá no me hacía las preguntas adecuadas. Quizá no había nada adecuado que pudiera hacer.

En aquel estado entre anestesiado y confuso volví a Madrid. Y la ciudad tampoco me dio consuelo. Durante muchos días el manuscrito me observó acechante desde la mesa donde siempre me sentaba a escribir. Lo sentía junto al ordenador, vivo, como un monstruo mitológico preñado

de palabras. Me parecía ver el papel palpitando, respirando lentamente, esperando el momento exacto para volver a golpearme con sus frases que eran las mías. O que ya no lo serían nunca más. Las palabras de Rossum se adueñaron de mi mesa, vampirizaron mi vida, me poseyeron a mí. Viéndolas allí, con su innegable realidad de tinta madura, escritas desde hace dos siglos, me pregunté por qué habían vuelto para atraparme, cómo habían llegado a mi cerebro. No me sirvió ninguna de las explicaciones que me quise dar: ni el falso recuerdo, ni el recuerdo verdadero de haberlas leído en un tiempo muy remoto para recordarlas después, ni la revelación del sueño, ni la imposible excusa de la reencarnación.

Nada servía porque no había explicación para aplacar la ansiedad. En esa mesa donde ahora estaba el manuscrito que nunca debí encontrar, me había alcanzado muchas veces la inspiración. En ese mismo lugar, frente al mapa de Madrid y los legajos que reposaban en los cajones, creí haber creado algo. Creí haber engarzado las palabras como nunca antes se habían enlazado. En esa misma silla, sobre ese mismo escritorio, frente a esa misma pared, creí haber imaginado a Rossum y a su pequeña Celeste. Creí ver el rostro de Mecánica por primera vez. En ese mismo lugar donde parecía estremecerse aquel maldito manuscrito, mis dedos habían danzado sobre el teclado de clavecín mudo para que resonaran nuevas metáforas. Y me había alegrado de las imágenes insólitas y me había desesperado con las que no querían nacer. A esa misma mesa me había amarrado como un náufrago en las madrugadas insomnes. Hasta allí me había llevado la oleada de una idea, la luz de una frase, el azote salvaje de una imagen que no podía dejar sin revelar. Celeste y Rossum felices en un palco oscuro. Los murciélagos invisibles del misterioso profesor. El fuego en el Alcázar de Madrid. Una pequeña muñeca andando por palacio para conjurar la soledad. Las lágrimas de un padre. La hija que nunca volverá. Aquello que escribí y que sentí como mío. Aquellas palabras que había empezado a temer.

Aquellas palabras que se me quedaban dentro sin escribir.

Abandoné la novela. Por miedo a no poder escapar a la profecía de lo que ya estaba dicho. Y me abandoné a mí mismo en un estado de fatalidad. No quería seguir adelante por no enfrentarme al sinsentido de ver cómo me surgían las frases que ya estaban en un manuscrito del siglo XVIII. No quería leer más capítulos de aquel legajo premonitorio para no saber qué me esperaba después. No quería asomarme al futuro vaticinado en sus páginas. No quería adivinar qué era lo que me iba a dictar la inspiración —la tramposa, repetida inspiración—. Y, sin embargo, la historia de Rossum me seguía retumbando en la cabeza. Latía en mi cerebro luchando por salir. El profesor se me aparecía en sueños reclamando su sitio, me esperaba sentado en el borde de la cama al despertar, sus ojos suplicaban al fondo del espejo que le dejara vivir.

Y yo ni siquiera me atrevía a hablar de ello. Hasta que, por fin, le conté todo a Arnau.

—Espera, Leo, eso que dices no tiene sentido. Además, sabes que me niego a creer en algo sobrenatural. ¿Cómo demonios va a estar ya escrito en un manuscrito del XVIII lo que estás escribiendo? —Arnau se sirvió un vaso de agua y dejó de lado el priorato que tan cuidadosamente había elegido para comer. Sólo renunciaba al vino cuando algo le preocupaba de verdad.

—No sé cómo, Arnau. Sólo que está. Que lo que he escrito, todo, todos y cada uno de los giros, de las escenas, todo... estaba ya en un jodido manuscrito de hace dos siglos.

—Leo, no es posible. Tiene que estar trucado. Tiene que haber una trampa. ¿Has vuelto a hablar con el librero?

—No. No me he atrevido...

—Pero ¿estás tonto? ¿Cómo que no te has atrevido? Tenemos que hablar con él. Preguntarle de dónde ha salido el maldito legajo ese.

—Dijo que de una universidad americana... No sé.

—¿De una universidad americana? ¿Y tú te quedas tal cual?

—¿Y cómo quieres que me quede, Arnau?

—A ver, Leo, querido... Tú eres periodista. Estás acostumbrado a investigar. A buscar de dónde vienen las cosas. Es más, estás acostumbrado a dudar. A poner en entredicho lo que parece real. Te enseñé yo, ¿te acuerdas? ¿Me puedes explicar por qué en este caso no te estás comportando como el periodista que eres? ¿Por qué no buscas el origen de ese jodido, imposible y probablemente apócrifo manuscrito?

—¿Apócrifo? ¿Crees que puede ser apócrifo?

—Leo, lo que la lógica descarta como real tiene que ser necesariamente falso. Y un manuscrito que reproduce exactamente la novela que ahora escribes no puede ser verdadero. Cae por su propio peso.

Como para sellar la rotundidad de su razonamiento, Arnau volvió al vino. Levantó ligeramente la copa con el amago de un brindis. Por la realidad. Chinchín. Por la realidad. Por que vuelva a ser serena y tangible, pensé yo.

—Vamos a ser razonables, Leo. ¿Quién más ha leído tu novela?

—Nadie. Tú...

—Me acabo de convertir en el principal sospechoso. Me siento como el asesino del pobre Roger Ackroyd.

—Mira, estaría bien... Sería muy tranquilizador que todo fuera cosa tuya. Me confesarías que todo es una broma, yo te llamaría cabrón-mala-perra, así por resumir... y después supongo que confesarías a base de Laphroaig. Y que me contarías cómo falsificaste la tinta y el papel antiguo, y lo colaste en Henry Sotheran's sólo por el placer de ver mi cara de pardillo.

—Me encanta como historia. Tanto, que es una pena que no se me haya ocurrido a mí. Pero, evidentemente, no he sido yo... La buena noticia es que estoy aquí para ayudarte. Y que, después de tantos años, vas a poder comprobar que soy la pura reencarnación de Poirot.

Arnau estaba muy lejos de parecerse a un detective belga de bigotes tiesos, aunque nadie hubiera negado su sagacidad. Para mí se había convertido en una especie de santo confesor. Sentí el alivio de descargar sobre él mi miedo y mis incertidumbres. Creí, como todos los pecadores, que contando mis penas me deshacía del mal. Arnau, paciente y paternal, escuchó mi descabellada historia. Y supo iluminarla con una ráfaga de razón. ¿Y si alguien estaba jugando conmigo? ¿Y si el manuscrito no era más que una broma cuidadosamente trazada?

—Leo, hay que poner las cosas en orden. —Arnau se estaba tomando muy en serio su papel de Sherlock Holmes—. Escribes normalmente en el portátil de casa, ¿no? ¿Alguna vez en el ordenador de la redacción?

—Alguna vez... Esos días en los que me tengo que quedar hasta tarde. O cuando me cueles esa reunión coñazo a la que nunca te quedas... En fin, lleno las horas con lo mío. Ya sabes...

—No te pongas pudoroso ahora que a mí me parece estupendo. Que te quedes a la reunión y que escribas. Un periodista que no escribe es como un bailarín que no cuida su cuerpo. —Se quedó ligeramente colgado de la imagen que él mismo había propuesto. Quizá en el recuerdo de algún cuerpo en particular—. Pero a lo mejor la clave está ahí. ¿Tienes los archivos en ese

ordenador?

—Escribo en mi portátil, Arnau. Tengo alguna cosa en el correo electrónico.

A Arnau le faltó adornarse con un sonoro ajá. Pero su cara de «ves-pobre-inocente-como-ha-podido-ser-cualquiera» lo decía todo. No hacía falta mucho más. Me hubiera gustado que su versión me convenciera. Oír el miedo evaporándose, fugándose por los intersticios de la razón, liberando eso que tenía pinzado bajo las costillas. Pero mi tranquilidad, puede que mi cordura, estaba demasiado teñida de tinta negra.

—Ya, vale... Me roban la novela del correo. Pero ¿por qué? ¿Por qué tomarse la molestia de la falsificación, del engaño? No lo entiendo... Joder.

—Eso es lo que tenemos que averiguar ahora, querido Watson. Eso y qué champán sirven por copas. Me apetece brindar.

El agua de la preocupación había quedado definitivamente relegada al primer plato. Arnau se sentía de nuevo dueño de la situación. Brindamos por la Verdad, así con mayúsculas, antes de ir a mi casa. Quería enseñarle el manuscrito. Que lo palpara y comprobara su improbable realidad. Que se diera cuenta de que no era todo tan fácil. Y lo vio. Y la evidencia física del papel le golpeó como en su momento me había golpeado a mí. Ante aquellas hojas ajadas y aquella tinta velada agarrada al papel como un rizoma petrificado, la incredulidad de Arnau se vino abajo.

—Está bastante logrado... No se puede negar que es obra de un profesional.

Arnau se sentó en la silla en la que yo ya no escribía mirando las páginas sin pestañear. Lo que vi en sus ojos era apenas un reflejo del miedo que yo sentí. Allí estaba mi amigo, rindiéndose a cámara lenta ante la prueba definitiva de la letra, con aquel parásito de papel comiéndose toda su racionalidad. El bicho que se asomaba entre las tapas parecía respirar, se animaba con la caricia de los dedos sobre sus hojas, revivía ante la mirada de un nuevo lector. Arnau descubrió lo que nunca habríamos querido descubrir: que aquellas palabras que sólo él y yo habíamos leído, aquellas que parecían salidas de mi inspiración, habían sido escritas antes, en un lugar muy lejano a la pantalla de mi ordenador. Me pareció ver a su alrededor los escombros de su incredulidad desplomada.

—Pero esto no es posible, Leo.

—Eso es lo que te trataba de explicar en la cena. Y ¿qué me has contestado? Que te negabas a creer en algo sobrenatural, creo que han sido tus palabras textuales...

—Pero es que el texto es exactamente el mismo. Es igual, Leo. Y el papel parece de esa época... Y esta caligrafía tiene el pulso y la apariencia que tendría que tener si alguien hubiera escrito esto en el siglo XVIII. Es tan real...

Era tan real que parecía sobrenatural. Su claridad sobre la mesa era la de la túnica de un fantasma en una casa abandonada. Y si me daba miedo el recuerdo del espectro de sus letras, aún más una nueva aparición. Por eso no me atrevía a seguir leyendo. Qué vendría después. Entiendes ahora que no haya podido pasar más páginas. ¿Lo entiendes, Arnau?

—Sí, lo entiendo. Creo que es lo único que entiendo hoy... Leo ¿te puedo hacer una pregunta?

—Dale...

—Por un casual, muy remoto, ya sabes... igual que me sucede a mí con ciertos nombres de ciertas personas que tiendo a olvidar o con esos textos absolutamente prescindibles que tengo que leer porque a García se le pone en las pelotas... Digo que... como hipótesis... ¿eh?

—Arnau, dale ya. Cuando el Rey de la Palabrería entra en el titubeo me echo a temblar. —

Conocía demasiado bien a mi amigo como para no saber que si las frases se le enredaban en la boca era porque iba a decir algo que su razón quería retener.

—Perdona... Básicamente mi pregunta es si a pesar de tu prodigiosa memoria... o a causa de ella, no habrás leído este texto, publicado en algún lugar, lo habrás olvidado y ahora lo estarás reproduciendo punto por punto.

Me callé. No hizo falta demasiado silencio para que Arnau reparara en el absurdo que me estaba planteando. Una especie de amnesia creativa temporal. Leer un texto y olvidarlo para recordar cada una de sus palabras años después. No, Arnau, no.

—Vale... es estúpido. No tiene sentido. Pero como nada tiene sentido, teníamos que descartar esto, ¿no?

Descartado quedaba. Aunque no niego que también se me había pasado por la cabeza. Quizá tenía prosopagnosia textual. Logosagnosia. Quizá olvidaba lo que había leído y me lo apropiaba. ¿No era eso lo que hacíamos todos los escritores? Plagiar. Recordar. Regurgitar. Tratar de sobrevivir a golpe de tecla a la angustia de las influencias. Pero nadie copiaba un texto de principio a fin sin recordarlo. No había cerebro capaz de una memoria así. Además, yo tenía la certeza de haberme sacado a Rossum de dentro no como un acto de recuerdo, sino en un azote de inspiración. Su historia me llegaba en visiones como fogonazos. Se me aparecían las escenas y las palabras. Me asaltaban en el metro. En la ducha. En la otra esquina de la almohada cuando me daba la vuelta al dormir. Encontraba a Rossum hasta en el cuerpo de Alicia. En el ascensor del periódico. En las irreverencias de Arnau.

—No. No tiene sentido.

—Hay muchas cosas que no tienen sentido. Demasiadas para mi gusto cartesiano, querido. Lo primero, Leo, no sé cómo puedes tener esto aquí. —Había en aquella palabra, «esto», una definición perfecta de la extrañeza que el documento provocaba. Era lo inquietante, lo irreal, lo incierto, lo que no podía ni debía ser. Era el *Deus ex machina* que había cambiado el curso de mi drama. Jornada tercera. Acto segundo. Un puto manuscrito te revela que tu vida es una mentira. Genial.

—Vamos a hacer una cosa. —Arnau se había levantado de mi sitio y fuera del embrujo de aquellos papeles había recuperado su determinación—. Me voy a llevar esto a casa. Aquí no es más que una tortura para ti. No sé cómo has podido tenerlo todos estos días, haberlo leído y no haber dicho nada...

—Bueno, no era fácil de explicar, ni siquiera a ti. Ya lo has visto... Arnau, no te molestes, pero no estoy seguro de que quiera que te lo lleves. Me revuelve y me mata... No puedo verlo y, al mismo tiempo, tenerlo me da como tranquilidad.

—Sí, una como-tranquilidad enorme. Total. Ya lo veo... No duermes. No comes apenas. No has escrito una maldita línea desde que lo has encontrado. Te está reconcomiendo, Leo. Tienes que perderlo de vista y volver a tu novela. Sin importarte lo que haya aquí. Tú escribirás y yo lo custodiaré. Cotejaré lo que vas escribiendo y lo que ya está... Prométeme que no has leído más allá de donde has escrito.

—No he podido... Así que, sí, te lo prometo. Pero no quiero que te lo lleves.

—No te estoy intentando convencer. Política de hechos consumados. Me lo llevo y tú vuelves a teclear. Y te callas. Si tienes que decir algo, por escrito y en la novela.

—No es tan fácil, Arnau.

No lo era. El papel ya no estaría, pero el miedo que me había contagiado todavía me recorría. Agarrotaba mis dedos con todo el peso de la predestinación. Me había convertido en un calvinista intentado renegar del futuro rasgado en el papel. Y, sin embargo, Arnau tenía razón. Tenía que escribir. Tenía que volver a aquella historia. Tenía que conjurar el camino marcado o rendirme a él.

Imagina que te lo ha robado tu mejor amigo. Fue todo lo que dijo Arnau mientras metía aquella profecía caligrafiada en su maletín. Vi perderse dentro la última esquina con un coletazo de reptil milenario. Y sin verlo, sentí cómo el manuscrito descansaba arropado por la tapa de piel italiana, arrullado por el delicado forro rojo. En hibernación. Esperando su momento para merendarse mi paz. Afilando sus palabras para volverme a morder.

—Leo, todavía hay algo que tenemos que hacer. Tienes que llamar a ese librero amigo tuyo y preguntarle de dónde venía este lote. Tenemos que saber de dónde ha salido esto. De quién era. Tenemos que tirar de lógica para solucionar esto. Hay que investigar quién era el dueño. Quién pudo falsificarlo. Vamos, querido, no te veo buscar el teléfono de ese maldito vendelibros inglés...

Antes de que Arnau formulara su pregunta favorita para estos casos —«Somos periodistas o ratones»—, me fui a por la tarjeta de Henry Sotheran's. No era la primera vez que les llamaba para rastrear un tesoro que había encontrado en la página web. Pero se me anudaba algo en la tráquea sólo de pensar en preguntarle por el manuscrito. No es que no quisiera preguntar. Es que no quería saber.

El tono sonó tantas veces que tuve la vaga esperanza de que nadie iba a responder. Hasta que una voz joven y envarada contestó con la ceremonia del mayordomo de un lord. «Henry Sotheran's, Fine Books and Prints...». Me identifiqué y pregunté por el bibliotecario mayor de aquel reino de papel. Tardó tanto que habría jurado que le habían ido a buscar a la colonia más lejana del imperio. O quizá fue sólo un minuto que en mi cabeza se convirtió en travesía sin fin. Mister Brandberg, siempre más correcto que la propia corrección, no se extrañó por mi pregunta.

—Oh. Sí, mister Brock, lo recuerdo perfectamente... Ese lote magnífico y ese manuscrito que tanto le impresionó. Como le comenté, procedía todo de una universidad americana. Pero si me permite ponerme en contacto con nuestros agentes en Estados Unidos, estaré encantado de darle más detalles. ¿Me podría proporcionar un teléfono donde pueda llamarle o un correo electrónico donde pueda escribir?

Mi zozobra estaba a merced de los vientos de un librero fosilizado y crepuscular. De su capacidad de investigación. De sus misteriosos agentes americanos. Por fortuna, mi amigo Arnau era un hombre capaz de revolucionarte el día, pero también de devolverte la tranquilidad. Aquella tarde, la paz de la espera tomó la forma de otra copa más de vino y del Concierto para chelo número 2 del bendito Haydn.

—Bien, querido... y mientras esperamos, me vas a contar algo más de tu reciente adquirida dimensión de confeso enamorado.

Le conté. Y mi confesión cayó sobre el lecho acogedor de su complicidad. Arnau sabía de qué le estaba hablando, porque él también se había enamorado. Porque lo había tenido todo y lo había perdido después.

—Es curioso que estemos hablando de miedo y de amor. Son los dos sentimientos que más recuerdo de mis últimos días con Joan. La certeza de quererle y de verle morir. Poco a poco. Bajo

los malditos tubos aquellos que se llevaban las células malas y su vida al mismo tiempo. Y el miedo, Leo, el miedo salvaje a que él desapareciera. El miedo a que sufriera. Al dolor. Joder... el dolor. La angustia de verle evaporarse lentamente entre las medicinas y la enfermedad. Y pensar en no encontrarle al abrir los ojos por la mañana. Y no poder concebirlo. El miedo, el puto miedo, Leo, me paralizaba como a ti. Fingía en la habitación del hospital. Sonreía y bromeaba con él. Y repetía esas brutalidades tan mías que tanto le gustaba escuchar. Y luego me iba a casa. Que estaba tan vacía... Extraña sin él. Y me derrumbaba. De miedo. Cuando aquel gusano de cáncer se lo llevó, el miedo seguía allí. Pero es curioso... Desde entonces, no le temo a la muerte, Leo, le tengo miedo a la vida... A levantarme cada día sin él a mi lado en la cama. A pasar el resto de mis días sin él. Sin él... Ya ves... I thought that love would last forever... I was wrong.

Arnau trató de poner una sonrisa que equilibrara las lágrimas. Conmigo no hacía falta. Aunque supongo que le hacía más falta a él. Para sentirse fuerte. Para saber que el miedo no le había desdibujado del todo. Le sonreí. Le abracé. Porque sabía cuánto le costaba al muy hermético Arnau vaciarse así. Habíamos hablado sobre el dolor, la pérdida, la muerte... pero jamás me había confesado tan crudamente su miedo a vivir sin el hombre a quien había amado. A quien amaba.

—Hay que seguir adelante, Leo. A pesar del miedo. De la angustia. Hay que seguir. Il mondo non si è fermato mai un momento...

Sólo Arnau era capaz de sacar del alcanfor a Jimmy Fontana para conjurar la pena y el dolor. Sólo yo sabía que aquella música surgía directamente de los cajones de la memoria de sus muchos veranos amalfitanos con Joan. El azul recordado de aquel Mediterráneo puso en sus ojos una lejana ola de felicidad.

—Créeme, Leo... Hay que dejar que el mundo gire. Y que tu novela gire dentro de ti. Me voy a llevar esto y vas a volver a escribir.

Lo dijo como si fuera un dogma de fe. Como si perder de vista el manuscrito me fuera a sacar del limbo sin letras en el que me había quedado encerrado. Nos despedimos con dos besos y cuando cerré la puerta tras él, una imagen me golpeó. Sin avisar. Como siempre. Los ojos enajenados de Rossum intentado vencer a la muerte con las armas de su ciencia y su saber. Ahí estaba el profesor, reclamando su sitio. Me arañaba los parietales intentado salir de mi cabeza, buscando su hueco en el papel. Rossum quería ser. Quería volver. Quería girar con el mundo en el espacio infinito.

Miré la mesa. Parecía vacía sin aquellos papeles que hasta hace un momento me habían atormentado con la amenaza de su profecía. La mesa desierta y mi cabeza en ebullición. Rossum seguía revolviéndose dentro de mí. Tenía en las manos una extraña caja de plata. Redonda. Brillante. Parecía pesada. La agitó junto a su oído y dijo algo. Mecánica, me pareció oír.

Y en aquel momento lo supe. No podía condenarle. Rossum merecía otra oportunidad, reclamaba su derecho a renacer con mis palabras. Lo necesitaba yo también. Avanzar. Sacármelo de dentro. Buscar la respuesta a las preguntas. Porque escribir era mi único camino para llegar a comprender.



El corazón de Mecánica está dividido en dos cavidades gemelas que laten en perfecta comunión. Se trata de una pieza fundida en plata que pesa tres libras y media, tiene forma ovalada y se puede abrir como si de un cofre se tratara. Para hacerlo es necesario desplazar hacia arriba la piedra de color rojo profundo que corona la parte superior. Una vez abierto el ingenio en sus dos mitades paralelas, se comprobará que la zona derecha y la izquierda de esta caja vital se comunican por una serie de vasos rematados con un nuevo material traído de las colonias americanas. Es este mismo material, de naturaleza extremadamente flexible y resistente, el que conecta las aurículas y ventrículos con el resto del sistema que anima al autómatas. El secreto de la vida de Mecánica reside en esta pieza y en la constante comunicación entre sus dos oquedades simétricas. En la celda de la derecha una membrana muy fina, montada sobre una horquilla de oro, vibra alimentando el flujo de aire hacia la celda de la izquierda, donde se temple para revertir de nuevo en la base de la horquilla y reanudar el proceso circular que no ha de cesar jamás. Es en este flujo constante de aire donde está la energía primordial de Mecánica, porque este movimiento circular activa los impulsos que vivifican sus miembros y el discurrir de su cerebro. Y aun siendo lo más llamativo de este autómatas lo mucho que sus formas y modos se parecen a los de los humanos, es en la refinada arquitectura de su mente donde la ciencia alcanza sus logros más inesperados. Porque Mecánica piensa y, a más de pensar, aprende. Los muchos años de trabajo empleados en concebir, experimentar, errar, ensamblar, depurar, perfeccionar y crear a la niña artificial han sido dedicados, en su mayor parte, a su cerebro, un sofisticado panal de oro que permite a Mecánica el don de la reflexión.

El cerebro de Mecánica es un sistema independiente. Tanto es así que podría funcionar sin necesidad de estar asociado al cuerpo que ahora lo soporta, a pesar de haber sido creado para él. Como su corazón, es simétrico. Y si bien es cierto que su forma externa no tiene que ver con la masa grisácea y viscosa del cerebro humano, reproduce todas y cada una de sus funciones con ansia de perfección. Fue mi mayor ambición que la *mens* que anima a la niña mejorara los logros de nuestra mente humana adentrándose en los caminos de la sabiduría y de la virtud. Decidí, para conseguirlo, valerme de una estructura similar a un panal donde todo estuviera comunicado y existiera siempre la posibilidad de crecer, bien por ampliación, bien por un proceso de dicotomía. Las funciones mentales se dividen en zonas y hemisferios que se enriquecen y se complementan y se solapan a través de celdas intercomunicadas.

Así, en la base del cráneo tiene nuestro autómatas una triple hilera de celdillas donde se almacenan los recuerdos. Es la memoria la base de la inteligencia de Mecánica y, como tal, ha

sido dotada de mayores capacidades que la de los humanos. La geometría de este hemisferio, que hemos dado en llamar *Memento*, permite archivar los recuerdos por impulsos, antigüedad e inspiración y recuperarlos gracias a la simple rotación de las celdas; quedan las ideas —con un paso del eje principal de la celdilla— en la superficie al ser invocadas, listas para su pronta evocación. Así, si le menciono a Mecánica el patio del laboratorio donde tantas veces ha encontrado esparcimiento, conjugando discreción y soledad, las celdillas del *Memento* rotarán sobre sí mismas para poner a su disposición la imagen del olivo que crece tumbándose hacia el este, la calidez del suelo de piedra los días de verano, sus primeros pasos sin mi ayuda y su piel metálica calentándose al sol.

El hemisferio del *Memento* de Mecánica no serviría de nada si no estuviera conectado con la capa inmediatamente superior, la del aprendizaje. Sus celdas reposan directamente sobre las de la memoria reciente y se alimentan de esos jóvenes recuerdos. Mecánica avanza en el campo del saber extrayendo de su memoria tanto lo aprendido como lo que le condujo a error. Llamaremos a este hemisferio *Sapientia*. Es en la *Sapientia* donde se forjan las habilidades de Mecánica. Residen en estas celdas desde el conocimiento de los idiomas hasta el de la geografía o las artes musicales que con tanta finura y pericia ha sabido cultivar. Contienen las celdillas de la *Sapientia* —que se apoyan sobre las de la memoria— palabras en cinco idiomas y las reglas de la gramática que ayudan a que construya sus frases, diestramente acompañadas de nociones de fonética que le permiten una correctísima pronunciación —fue el italiano el idioma que más le costó; el que menos, el alemán—. Es también en estas celdas donde Mecánica guarda los nombres propios —el mío fue el primero que aprendió a pronunciar y, después, el suyo—. Tal y como se avanzaba, atesora la *Sapientia* dos centenares bien nutridos de pentagramas y el impulso que tiene que producir en sus dedos para interpretarlos en el clavecín. Es de justicia reseñar que es Mecánica una intérprete aplicada y sutil que toca con destreza pero también con inspiración. De hecho, se hallan comunicados los hexágonos de las habilidades musicales con los del Sentir, alojados en un hemisferio llamado *Sensus*, que tardé cierto tiempo en desarrollar. No por desidia, ni desapego, sino por librar a esta nueva niña artificial de sufrimientos y sinsabores.

Más adelante me detendré en explicar el hemisferio del *Sensus* y cómo fueron calibrados los humores y las emociones para que Mecánica alcance la felicidad más pura. Sépase que igual que desde los inicios fue mi intención librarla de la enfermedad del cuerpo y del dolor, también estuvo siempre en mi deseo librarla del otro dolor, el dolor del desengaño y la melancolía. Ésa fue la única intención que me guió al retrasar la introducción de los sentimientos, porque no la perturbaran los que pudieran herirla. Y, sin embargo, tuve claro desde que comencé a crearla que habría de dotarla de la sensibilidad del gusto, pues de otra manera no podría disfrutar.

Di en llamar a esta serie de inclinaciones para el deleite *Inventarium*. El *Inventarium* es la colección de todo aquello —cosas, actividades y predisposiciones— del agrado de Mecánica. Elegir lo que habría de llenar estas celdillas, situadas en las estribaciones del *Sensus*, fue una de las labores en las que tuve que dejar más tiempo y dedicar más horas de cavilación. Durante meses me pregunté qué determina el gusto humano y sólo basándome en la propia experiencia pude llegar a incipientes conclusiones que habré todavía de madurar. A saber: está, por una parte, la educación. Nos gusta lo que aprendemos de nuestros mayores, aquello que nos enseñan como percepción de la Belleza o del Bien. Y así, muchas de nuestras afinidades se regirán por imitación de lo que vemos a nuestro alrededor en los primeros años de vida. Y, sin embargo, hay otras

predisposiciones que parecen no venir dictadas por el ejemplo ni por la educación. Me tomo a mí mismo como materia de observación, fascinado por la ciencia desde que tengo uso de razón. Volviendo la vista atrás, a mis primeros años, sólo puedo atribuir esta apetencia por la mecánica y sus secretos a las muchas horas que pasé abstraído en el intrincado mecanismo del reloj de la torre de mi ciudad de Gante. Tanto me impresionó desde la vez primera que lo vi que en aquella ocasión ya fui capaz de dibujar con todo detalle hasta los más diminutos engranajes del dispositivo. Puedo hacerlo aún hoy en una prueba de cuán indeleble resulta lo que impresiona nuestras mentes infantiles. Así pues, convencido de que el gusto se construye por el aprendizaje pero también por impulsos innatos sobre los que se articula la capacidad de disfrutar, doté a Mecánica de dos clases de predisposiciones: aquellas que pudo haber heredado —como el amor por la música o la devoción por el clavecín— y otras fascinaciones espontáneas de las que es imposible buscar el origen —en esta categoría del *Inventarium* se encuentran su preferencia por el color rojo, su embeleso por el movimiento ondulante y gentil de los gatos o por las nubes blancas sobre el cielo azul—. Reservé, en este amplio catálogo de gustos, celdas vacías que la experiencia llenará y fisuras especiales por donde podrá deshacerse de inclinaciones que ya no produzcan su satisfacción.

Más allá del *Inventarium*, coronando el cerebro de Mecánica, llegamos al *Sensus*, donde reside el misterio de los sentimientos. Es este el espacio de la mente que en un principio dejé ciego para que no le alcanzaran los dolores o la frustración. Comprendí después que fue una buena decisión que revirtió en el espíritu limpio y siempre dispuesto con el que la niña se enfrentaba al aprendizaje. Aceptaba Mecánica el ritual de la enseñanza con devoción. Ni una queja, ni una duda, ni un declinar en su interés percibí jamás. El cerebro del autómatas fue industrioso desde las primeras lecciones y, con alegría, vi crecer exponencialmente su pericia y su aprovechamiento. Así pues, cuando las celdillas de la *Sapientia* estaban lo suficientemente armadas, resolví introducir en el hemisferio del *Sensus* el impulso de la satisfacción —un latigazo de energía que repercutía en el resto del panal—, y así Mecánica comenzó a disfrutar de sus éxitos tanto como los disfruté yo. Recuerdo con claridad su delectación y mi complacencia al ejecutar con maestría cierta partitura de Bach. Y cómo aún habría de mejorar su interpretación al ponerse al clavecín apenas unas horas más tarde. Es, pues, la recompensa de la satisfacción un acicate para el aprendizaje. Fue éste el primero, pero evidentemente no el único sentimiento insuflado en el *Sensus* de Mecánica. Rebotan sus celdillas con la generosidad del Amor; con el arrebató de la pasión por la Belleza y de la Piedad por la necesidad; con la simpatía por nuestros congéneres y el perdón a los que no nos hacen el Bien; con la Honradez, la Sinceridad, la Justicia, la Virtud. Están en el *Sensus* el amor filial; la nostalgia de una patria que no llegó a conocer; la entrega de la amistad; la determinación para alcanzar un fin; el yunque de la templanza; el gusto por la armonía; la luz de la integridad; la balanza bien equilibrada de la probidad; la coraza de la inteligencia para esquivar la maldad.

El cerebro de Mecánica está rematado por una serie de celdillas exteriores, más pequeñas y numerosas, dedicadas a las funciones esenciales de los sentidos. No quiero detenerme demasiado en esta parte por ser la más automática del sistema. Pero sí reseñaré que aun pudiendo dotar a Mecánica de tacto, olfato y gusto, decidí modularlos por distintos motivos. Del olfato y el gusto, porque a mi edad —dadas mis costumbres ascéticas en la mesa— me siguen pareciendo placeres innecesarios. Todo lo que pudieron tener de sistema defensivo en nuestro pasado animal se ha

tornado inútil. Son, pues, a mi modo de ver, sentidos prescindibles de los que Mecánica casi carece. En cuanto al sentido del tacto, ha sido desarrollado de manera selectiva. Así, Mecánica es capaz de distinguir el calor y el frío, la caricia y el abrazo, pero no es para ella posible experimentar el dolor. La niña verdadera sufrió demasiado como para permitir que sufra la niña artificial.

En cuanto a los sentidos de la vista y el oído, baste con introducir que las celdillas en las que se catalogan están comunicadas con los ojos y los sistemas auditivos por una fina red de hilos de oro que envuelven todo el panal como si fuera una crisálida.

Éste es el aspecto exterior del cerebro de Mecánica: una crisálida que encierra un panal, que encierra una mente, que encierra el secreto de la vida de una niña nueva y poderosa que no morirá jamás.

Es este el mayor don de la niña artificial: los hombres son mortales, los autómatas y los relojes no. Sus mecanismos están pensados para perpetuarse por los siglos de los siglos; sus transmisiones y sus energías, equilibradas para que el movimiento no cese jamás. Vivirá Mecánica más allá de donde llegue mi vida y habrá de ser su delicada arquitectura motivo de admiración para los científicos del porvenir.

Caerá en el olvido mi nombre y los azares de mi existencia, pero el prodigio técnico del cerebro de Mecánica asombrará a la posteridad. Pues será ella misma el heraldo de su portento, que a todos maravillará. Sirvan estos párrafos para dejar constancia de aquellos momentos previos a su inteligencia, esos que conoce por mí, pero jamás podrá recordar, pues antes de que mi mano animara su cerebro, en el mundo de Mecánica todo era oscuridad.

Las palabras dejan cicatrices. Me lo dijo Diego y creí ver una huella violácea en su labio inferior, donde un beso se había convertido en herida. Hablábamos de amores que se van y se llevan en la maleta la ropa, los libros y un trozo de carne. De carne nuestra. Hablábamos de Aitor abandonando a Alicia. O de Alicia abandonando a Aitor. Hablábamos de esas frases que te desgarran como herramientas de tortura de la Inquisición. Punzantes y corrosivas. Las palabras dejan cicatrices. Lo dijo mientras se bebía un burdeos en mi cocina. Una botella que había traído él y que abrió antes incluso de que llegara su hermana. Parecíamos los Niños Perdidos en el País del Amor de Nunca Jamás. O mejor, en el país de Neverlove. Diego quiso llenar de nuevo mi copa, pero era la suya la que estaba vacía. Como todo lo demás. Su mujer le había abandonado. Por un tipo más feo y más tonto. Una derrota más. Yo trataba de convencerle de que un día volvería. Pero sabía que no regresaría jamás. A veces los amigos parecemos idiotas. Anteponemos la impostura del consuelo a la realidad. Volverá, Diego, volverá. Y él tuvo que explicarme que es imposible recomponer los añicos de un jarrón de porcelana Ming. Que hay cosas que se rompen que nunca quedan igual. Y recordó su última frase puntuada con un portazo. Las palabras dejan cicatrices. Creí comprenderlo aquella noche, pero no lo entendí hasta mucho después.

Mis cicatrices son las de mis propias palabras. Esas que escribí sin saber que antes fueron de otro. Esas que no me dejan de torturar. Esas que custodiaba el bueno de Arnau. No sé de dónde saqué las fuerzas para volver a escribir. Supongo que de la necesidad de saber. O de todo lo que ya sabía sin que mi cerebro lo aceptara.

—¿Me puedes explicar cómo he podido escribir este capítulo, Arnau? ¿De dónde he sacado todo ese maldito sistema de celdillas y el panal y las conexiones?

—Tranquilízate, Leo. No se puede explicar. Y lo sabes. No puedes sistematizar la inspiración. No puedes plantearte constantemente de dónde vienen las ideas. No lo vas a saber. No tiene sentido, Leo... Escribir es así. A veces surge algo. Como si una frase nos eligiera. Como si las historias se plantaran ante nosotros. Como si las imágenes nos sacudieran con una bofetada. Y no sabes por qué. No vas a saber por qué. Escribes de panales y de celdillas porque estaban ahí, en tu imaginación... en algún rincón de tu mente que por algún inexplicable milagro se libera. Simplemente estaba en una de esas celdillas que se quedó abierta mientras golpeabas el teclado. Verás, ahora te tortura... por el manuscrito. Pero tienes que pensar que es lo que siempre nos pasa cuando escribimos. Además, en serio, qué más da de dónde vienen las ideas... Leo. Qué más da...

No daba igual. No me estaba preguntado de dónde venía la inspiración como un romántico

dieciochesco en busca de las musas y la gracia. No. Me estaba preguntando algo más. Necesitaba saber de dónde había sacado aquella historia. O por qué aquella historia me había elegido a mí. Por qué estaba escribiendo lo que ya estaba escrito. Por qué no podía parar de sumar palabras y más palabras. Adónde me llevaba aquella furia creativa. Qué tenía Rossum que contarme a mí.

—A ver... ¿te planteaste tantas cosas cuando se te ocurrió la idea del Punteador, de enseñar a tocar el clave a un Infante con un engendro, y perdona por la expresión, parecido a un telar...? ¿A que no?

—No. No... Pero ahora no es igual.

—Sí, Leo. Es igual. Porque estás escribiendo sin saber qué dice el maldito manuscrito de Londres. Para algo está bajo mi férrea custodia...

—Pero ahora sé que existe, Arnau... Y no sé por qué.

Ni sabía si mis palabras seguían siendo calcadas a las de aquellos papeles. Arnau todavía no había dictado su veredicto sobre mi último capítulo. El primero desde que descubrí que la historia de Rossum ya estaba escrita. Le había mandado el documento la noche anterior, la descripción del corazón y del cerebro de Mecánica. Y Arnau todavía no había respondido. Aquella mañana se comportaba como si no lo hubiera leído. Y yo me debatía entre el miedo de preguntar y la necesidad de saber.

—¿El librero te ha contestado?

—No.

—¿Le has contado algo a alguien? ¿A Diego? ¿A Alicia?

—¿Estás loco, Arnau? No.

—Pues disimula... Alicia está ahí... en las mesas de nacional. Y acaba de darle a José Mari un toquecito en el hombro. Modelo despedida. TocTocToc. Sonrisa esplendorosa. Me temo que viene hacia aquí. Sí, viene hacia aquí.

Me levanté para poder mirar por la puerta de nuestro Cubículo-República-Capitolina-Cultural. En efecto. Alicia se dirigía con su paso de pantera apenas domesticada hacia el despacho de Arnau. Ese gesto de niña mala con algo que proponer. Esa reacción tan física y tan poco física que provoca en mí. Esa mezcla de lujuria y orgullo al admirar su belleza. No. No le puedo contar nada del manuscrito de Rossum. No hasta que sepa qué es. De momento, me vale con Arnau como confesor.

—Alicia... querida... ¿de dónde vienes? Estás espectacular...

—Arnau, adulador... ¿De dónde voy a venir? De la rueda de prensa de Moncloa... Ya ves, todo de lo más normal.

—Pues será otra cosa... —Arnau diciendo como quien no dice. Lo que más le gusta de esta vida. Insinuar.

—Será otra cosa... o no.

Alicia contestaba a Arnau, pero me miraba a mí. Sus ojos negros troquelándome con dos sílabas rotundas. O no. Joder, Alicia, ¿por qué excavas siempre fosos cargados de noes a tu alrededor? Se sentó entre nosotros como el que coloca una bandera en un territorio conquistado y supimos que a partir de aquel momento haríamos lo que ella quisiera. En el fondo, siempre había sido así. A Arnau le gustaba aquella mujer hermosa y ligeramente turbia, aquella mujer sin miedo y sin necesidad de aparentar, aquella mujer que no ocultaba sus heridas ni sus debilidades, aquella amiga que sabía estar a la altura de sus neuronas afiladas. Poco más podíamos hacer que dejarnos

seducir y rendirnos a la evidencia. Por ella habríamos invadido Rusia en invierno o rastreado las piedras de Marte en busca de una molécula de H<sub>2</sub>O. Aunque, por suerte para nuestra escasa pericia exploradora, Alicia sólo quería salir a comer.

—¿Y si vamos luego al italiano a por una carbonara? Tenía que hacer esta tarde unas fotos para nacional, pero José Mari me acaba de decir que se aplazan.

—Vale, comemos, pero más tarde. Tengo que acabar esto que estoy escribiendo... O Arnau me va a matar, ¿verdad? —Arnau puso toda la cara de jefe que pudo. Es decir, poca. Suficiente si le sumábamos mi conocido sentido del deber—. ¿Quedamos a las tres?

—Perfecto. A las tres.

Alicia salió de nuestro cubículo con su parte de guerra rebotante de éxitos. Tú, ganas, Alicia. Tú ganas. Lo haremos como quieras, cuando quieras. Seremos de nuevo amigos. O seremos amantes. O amigos que se aman. O amantes que se entienden. O Alicia y Leo buscando su sitio.

—¿Vais a mantener esta estrategia de aquí-no-ha-pasado-nada? —Una cierta condena inquisitorial debió filtrarse en mi mirada porque Arnau pasó de la duda razonable a la explicación—. Lo digo por no meter la pata con lo vuestro, Leo.

—Pues esa es la cuestión, Arnau... Que no sé qué es lo nuestro. Es como si quisiéramos estar juntos pero no supiéramos. No sé muy bien qué hacer o qué espera de mí. Ni cómo quiere que me comporte.

—¿Y tú? ¿Cómo quieres comportarte, Leo? ¿Qué esperas de ella?

—Que se deje querer... Pero me da la impresión de que no se deja.

—Tú tampoco eres fácil. —Atemperó la declaración con una sonrisa.

—No. No lo soy.

No. No lo era. Ni era fácil el momento. Alicia y yo habíamos tenido toda la vida para cruzar nuestros caminos y habíamos decidido hacerlo justo cuando mi brújula estaba imantada y fuera de sí. Con una novela que me revolvió las neuronas y un manuscrito que me quemaba por dentro. El manuscrito. El bicho maldito. Y en un punto diminuto de aquel planisferio de la dificultad, el Destino nos había colocado a Alicia y a mí enlazados entre las sábanas blancas de un hotel londinense. Muy amables, queridos hados. Gracias por la prueba. Pero no la necesitaba. No la necesito. No necesitaba este nudo para ahogarme más. Igual que no necesitaba el manuscrito. Y agobiado ya por todo se lo solté a bocajarro. ¿Te has leído el capítulo? La ráfaga de la pregunta borró el resto de las palabras. Las letras cayeron como bombas en blanco y negro sobre nuestra mesa compartida. El silencio estalló con toda su nada. Arnau, que nunca se callaba, se calló.

—Te lo has leído y es igual, ¿verdad?

—Exacto. Como calcados. —Lo dijo con la tristeza de quien prefería no saber—. No lo entiendo, Leo. Pero lo que has escrito es lo que ya estaba. De principio a fin.

—Y hace un momento te parecía raro que me preguntara de dónde coño he sacado la idea del panal. Joder, Arnau. Me voy a volver loco. O me he vuelto loco ya...

—¿Quieres parar? No voy a decirte que tiene que haber una explicación porque no quiero dejar esto colgado en el mismo punto. En el de decir que hay una explicación que luego resulta que no puedo darte. Lo que sí puedo decirte es que ni tú te estás volviendo loco, ni me estoy volviendo loco yo. Pues sólo faltaba que a mis muchos años se me desplomaran los ejes cartesianos por un manuscrito que seguro será falso. —Cambió el tono al ver mi cara de escepticismo—. Bueno, vale... no parece falso. Pero es raro. Ya está. ¿Qué sabemos del librero

momificado?

Nada. Del librero momificado no sabíamos nada. De nuevo me encontraba en la encrucijada de querer y no querer preguntar. Normal. Cada vez que quería saber me chocaba con la respuesta que no deseaba. El manuscrito y mi capítulo eran iguales. ¿Cómo podían salir de mi cabeza las palabras que estaban escritas? Volvía la duda y la sensación de pesadilla, de que la vida se difuminaba y se tambaleaba, no bajo mis pies, sino bajo el teclado de mi ordenador. Las preguntas que me hacía no tenían sólo que ver con lo que estaba escribiendo. Eran preguntas sobre mí. Sobre mis propias cicatrices que ya no eran las de mis heridas, sino que llevaban la sangre de otro. Una sangre muy antigua. La sangre que parecía haberse mezclado con la mía para dictarme una historia. Ahí palpaba, en las circunvalaciones de mi cerebro, llenándolo de imágenes y de palabras. Ahí la sentía, moviendo mis dedos sobre las letras con su impulso creador. Ahí me bombeaba bajo el pecho, retorciéndose en su camino al papel, con la urgencia de materializarse en letras. Aquella historia era una convulsión que me azotaba desde mi mismo centro. Y, sin embargo, lo que creía propio ahora parecía no pertenecerme. Y, sin embargo, lo tenía que escribir.

Tenía que haber sospechado que nada estaba bien cuando sentí la noche desplomarse sobre mi cuerpo desnudo. Pero soy un experto en decirme por lo bajo mentiras piadosas. Tranquilo, Leo, todo irá estupendamente. El día se había acabado bruscamente mientras el mundo parecía nacer de nuevo sobre el cuerpo de Alicia. Escuchaba el agua de la ducha cayendo sobre su piel para purificar el placer. Me había vuelto a quedar perdido en el tacto redondo del jardín de sus delicias, en el secreto que sus curvas ocultaban bajo el vaquero gastado. La había amado, la había deseado, me había deshecho en la incandescencia de su éxtasis, salvaje y primordial. Y después, había claudicado sobre el campo de batalla de su carne, sumergido en una paz tan densa que parecía mullida. Cerré los ojos y vi mi cerebro resplandecer con un fulgor imposible, las celdillas girando como cuencos de la abundancia cargados de oxitocina; vi entre los hilos dorados una avalancha de dopamina resbalando con textura de miel; vi mis neuronas despertarse empapadas de ese poderoso alcaloide que ellas mismas pueden producir cuando rozan la felicidad; vi el muelle de mi ADN acomodándose, como si hubiera encontrado su lugar. Me sentí probeta, reactivo, mezcla, sustancia bullente que mi mente no podía controlar. Me sentí bicho irracional y máquina perfecta. Sentí en mis entrañas el latigazo del mundo luchando por ser. Sentí la plenitud de lo que durante tanto tiempo había buscado. Y tuve miedo. La imaginé haciéndose pequeña en un camino que se alejaba en un horizonte en blanco y negro. Como Alida Valli en el último plano de El tercer hombre.

Apareció en el quicio de la puerta. Vestida. Y escuché claramente cómo se resquebrajaba la plenitud. Y la dopamina empezó a cristalizarse hasta volverse afilada. No entendía por qué nunca se quedaba, por qué se empeñaba en marcharse siempre, en recalcar que era ella quien marcaba el tiempo de los relojes y de las caricias. Vivía dando siempre el primer paso de la huida, esquiva como la exótica flor de un cactus, desapareciendo engullida por una esquina que yo no lograba alcanzar a tiempo, como en el vaivén continuo de aquellos columpios que habíamos compartidos años atrás.

—¿Hoy tampoco te quedas? —Quizá soné lastimero, pero no tenía edad para estrategias ni para disfraces.

—No, Leo. Hoy tampoco me quedo.

—Ya. —Y aunque no tenía una táctica, dejé caer sobre nuestro campo de batalla un silencio



que sonaba como un bombardeo.

—Leo... Tú sabes lo que pasa.

—No. No sé lo que pasa.

Hay conversaciones que son siempre iguales aunque se armen con distintas palabras. El que sabe se lo niega y el que no lo niega no quiere decir lo que sabe. Y yo no quería saber. Porque saber es irreversible. Y porque la mayoría de las veces es una putada. Y uno ejecuta el tenemos-hablar para no decir nada. Y el otro intenta no escuchar por si acaso. Y los dos se vuelven mudos. Hasta que las palabras se convierten en escalpelos para diseccionar el dolor. Y el silencio. Y salen punzantes y definitivas. Y te atraviesan. Te marcan. Y llegan las cicatrices.

—Leo... Creo que hay cosas que tenemos que aclarar. No podemos pretender que un día somos amigos y que al día siguiente somos la pareja perfecta. ¿No crees? Sé sincero... No lo somos. La pareja perfecta, digo... —Lo dijo con una seguridad impostada y sospeché que llevaba días preparando su discurso. Que lo había repasado en la ducha.

—Alicia... No somos perfectos. Claro que no... Y menos mal... pero somos buenos. Y además, esto no va de la perfección. Va de la felicidad, ¿no? Y tú y yo somos felices juntos.

—¿Sí?

—Sí. ¿Dónde está el problema? No veo el problema... Funcionamos como amigos y funcionamos ahora como otra cosa.

—Leo... Es que no estoy segura de que funcionemos. O al menos de que funcionemos como yo quisiera... O como merecemos. Eso. Como merecemos. Leo... No ves que no lo estamos haciendo bien, ¿no? Pues no lo estamos haciendo bien. Es más... Lo estamos haciendo fatal. Fatal. Y esto tenemos que hacerlo bien desde el principio. No podemos hacerlo mal.

—Pero Alicia... ¿Por qué vamos a hacerlo mal? No veo dónde está el drama. Ni las dudas. Ni el miedo. Sinceramente...

—No lo ves porque no te miras en el espejo, Leo.

—Ah. Y qué se supone que tengo que ver en el espejo.

—Verías todo lo roto que llevas dentro, Leo. Te verías negándote lo que quieres, Leo. Escapando... como tu padre.

Como mi padre. Sí, mi padre. Otra vez condenándome a convertirme en su reflejo. Mi padre. Pero no soy yo el que huye, Alicia. Eres tú. Alicia, siempre fugaz.

—No, Leo, parece que no te das cuentas... eres tú el que cierra las puertas. El que vive con el miedo de repetir los errores. De entregarte para luego perderlo todo. Y lo entiendo. Lo entiendo. Porque ha sido así siempre. Desde pequeño. Como con tu padre... No sabes si quererle o maldecirle. Si tratar de olvidarle o guardar los recuerdos que te quedan. No sabes si renegar de él o repetir el patrón.

—¿Podemos dejar de hablar de mi padre? —Alicia, por favor, Alicia.

—Claro... Lo dejamos porque tienes miedo, ¿no? Yo te quiero, Leo. Te quiero a ti. Con lo que te hiere y lo que no. Te quiero como eres. Y te quiero a pesar de cómo eres. A pesar de este tira y afloja absurdo. De tu frialdad y de esa muralla que a veces colocas para que no te hagan daño.

—¿Soy yo el que pone una muralla? Alicia, por favor... —Éramos amigos. Amantes, también. No quería decir nada excesivo. No podía. Pero Alicia me acusaba de huir cuando era ella la que siempre se estaba largando.

—Leo, tú te atrincheras. Sin darte cuenta. Para protegerte. Vale. Para que nadie vuelva a

abandonarte, mejor tú no te arriesgas, ¿no? También vale. Pero resulta que con esa estrategia no me dejas entrar en tu vida. ¿No lo ves? ¿No ves que yo soy yo? ¿Que no te voy a herir? ¿Que hay cosas que tienes que aclarar? Leo... tienes que acabar con tus fantasmas. Tienes que saber qué es lo que quieres de verdad... Y si lo que quieres soy yo... nosotros... Bueno... Y si es así, aquí estaré. Como he estado siempre. Como tú.

—Pero, Alicia, yo te quiero y lo sé ahora... No necesito esta especie de prueba absurda.

—No es una prueba. Es un paso que tienes que dar, Leo. Necesitas ser sincero y reconciliarte con esa parte de tu vida. Con la ausencia. Con el abandono. Con el vacío que no consigues llenar. Con tu padre, Leo, con tu padre... Lo necesitas para que la vida siga. Y sólo lo puedes hacer tú... Yo no puedo ayudarte.

Yo no puedo ayudarte. Pensé que eso también era el amor. Tender la mano en el camino difícil. Es así como te tiendo la mano. O mejor dicho, te empujo para que hagas lo que tienes que hacer. Me empujas, Alicia. Me empujas. Porque me quieres. Eso dijiste. Porque te quiero. Y porque me querías te apartaste de mí. Para esperarme. Para mirarme desde lejos. Para ser de nuevo mi amiga. Mi hermana mayor. Mi chica que no es mi chica. Y colocaste una distancia más en esta biografía que parece escrita con kilómetros en lugar de con hechos. Y yo me quedé aquí. En el centro de la nada. Sin saber muy bien qué podía esperar de esa vida que se supone tendría que volver a unirnos. Sin saber si la eclosión del amor había devastado definitivamente la amistad. Tú juraste que no. Juraste que no y te fuiste.

No hubo portazo. Sólo unos pasos suaves. Una puerta que se cerró con medida prudencia. La cortina hinchándose en la ventana como para recordarme que sobraba aire en mi habitación. Porque faltabas tú. La extrañeza de no saber qué hacer con el propio cuerpo. Con la vida. Con los besos que se quedan acumulados alrededor de la tráquea. Hasta que el timbre del móvil chocó contra mi vacío como la flecha que atraviesa una diana. Retumbando en el centro. Esperaba que fuera ella. Alicia, asaltada en plena calle por un arrebatado conciliador. Alicia llamando para tenderme su mano. Para ofrecerse a hacer conmigo todos los caminos difíciles. Alicia. La mía. Quizá tan mía que sólo existía en mi imaginación. Eso temí.

El teléfono nunca aparece cuando más lo necesitas. Se obstina en esconderse entre los cojines, bajo los libros, detrás de la máquina de café, en el revoltijo de ropa de la colada, invisible junto a las llaves de casa. Se esfuma hasta que deja de dar señal. Y después, se hunde en ese pliegue del espacio-tiempo en el que se esfuman todos los móviles cuando se quedan en silencio. Cuando por fin lo encontré, tenía para mí la única llamada que no necesitaba en aquel momento. Mister Brandberg, claro. Mister Brandberg, de Henry Sotheran's Fine Books, con la respuesta que todavía no sabía si quería conseguir. El teléfono se me resbaló de las manos. Un psicólogo barato diría que era mi subconsciente negándose a devolver la llamada. Y tendría razón. ¿Qué me iba a decir? ¿Que los papeles eran falsos? ¿Que el manuscrito era real? ¿Que Rossum, mi Rossum, mi personaje, con el nombre tomado de una obra de ficción, había existido? Marcar el número de vuelta. Esperar la señal que se repite y se alarga y no se corta. Al fin, descolgó. Su voz sonó más cerca de lo que esperaba, pero tan engolada como en persona. Su acento volvió a contagiarme de toda la solemnidad de Buckingham Palace. Aunque la ceremonia era innecesaria para lo que tenía que oír.

Tumbado en la habitación en la que todavía flotaban nuestros orgasmos descompuestos en partículas de sudor me dejé caer en la cama al colgar. Allí estaba, jadeando de impotencia en el

lugar en el que antes había jadeado de placer. Con el pecho desbocado y la cabeza abatida. Como si una bala perdida de Lee Harvey Oswald me hubiera volado el cerebro y la razón. Allí estaba, zozobrando y zozobrando entre las sábanas húmedas. Con los ojos probablemente abiertos pero sin ver nada. Sin saber cuánto tiempo pasaría para que la respiración recuperara su curso. Si lo llegaba a recuperar. Jugué a que el mundo se paraba si me quedaba muy quieto sobre el colchón. Pero ni se paraba el mundo ni se borraban las palabras de mister Brandberg. Retumban en mi cabeza con sorprendente exactitud.

—La colección, incluido el manuscrito, viene de la Universidad de Berkeley. A la espera de verificar la identidad definitiva del vendedor, le puedo confirmar que pertenecía a un profesor del departamento de física experimental. Sus siglas, según aparecen en los documentos de nuestros agentes americanos, son F. B.

F. B. Berkeley. ¿Mi padre? La jodida Física Experimental. ¿Y esto qué era? ¿Un experimento más? ¿Estaba jugando conmigo? ¿Pero qué quieres ahora? ¿Qué quieres? ¿Después de tanto tiempo? ¿Qué?

F. B.

Dos letras ardientes como un hierro con el que me acabaran de marcar. Alicia tenía razón. Mi padre. Siempre mi padre. Las palabras dejan cicatrices. Los nombres propios, también. Fritz Brock. Mi padre que nunca estaba pero estaba en todo. El cabrón de mi padre. Él.

Aquella mañana, ante Mecánica, Rossum sintió en el pecho el pellizco de un Dios en quien ya no creía. Y por un instante extraño se vio convertido él mismo en un pequeño dios pagano, señor hacedor de almas inoxidable, demiurgo artesano de todos los artilugios. Porque, por primera vez, Mecánica sonrió. Y en el arco frío de su gesto cálido Rossum creyó ver el fulgor imparables de la vida. La vida tan inexplicable y tan lógica. La vida contenida en un cerebro y un cuerpo que él había amasado con metal y con dolor. Era ese dolor lo que le movía. El dolor, motor inquieto en el centro de su pecho, una hemorragia de ausencia ocupando el hueco donde había estado antes su corazón.

Rossum, el sabio, el científico, el viejo profesor herido, puso toda su lógica al servicio de su desconsuelo. Le llevaba de la mano la incontenible energía de la desesperación determinada a convertirse en esperanza. Murió Celeste y el padre huérfano creyó que podía llenar el boquete de carne lacerada con una rueda dentada de metal. La rueda del génesis del corazón de Mecánica, el mecanismo primero de su niña artificial.

Pasaron los días. Pasaron los meses. Y los años. Y nunca pasó el dolor. Entre espoletas y discos y clavijas y engranajes se confundieron el invierno cálido y el verano frío. Las velas se encendieron una noche y no se apagaron más. El día nunca se convertía en otro, ni las horas avanzaban más allá de donde marcaba el ritmo de aquel corazón de autómatas. Porque más allá de ella no había nada en el laboratorio vacío. Sólo Rossum. De vez en cuando, Farinelli. Preocupado por su cordura y por su salud, el favorito de la Reina seguía fiel a sus visitas y a su amistad.

—Rossum, debéis salir de aquí, volver al palacio, a la Corte. Doña Bárbara siempre me pregunta por vos. Y, a decir verdad, no sé explicarle en qué estáis inmerso, qué consume vuestro tiempo. La Reina os quiere. Os echa de menos, Héctor. Tenéis que volver.

—Ése es el problema, Carlo... La intensidad con la que se puede echar de menos. El vacío puede llegar a vaciar la vida. Del todo.

Farinelli se apiadó de aquel hombre desmembrado por el filo de la soledad. De aquel padre devoto al que se le había hecho añicos la fe. Farinelli, que tanto había querido a los hijos de los otros, los hijos él que no pudo tener, sentía la muerte de Celeste como una herida fantasmagórica y viva. Comprendía la devastación. Comprendía, quizá porque nunca lo tuvo, lo que Rossum había perdido.

Lo que Rossum había perdido había convertido su vida en un zumbido. Su corazón, en un peso muerto que no sabía si se desbocaba o si dejaba de latir. La vida era el dolor de quemadura de sus lacrimales ya estériles. La maldición del insomnio que le impedía recuperar a su niña en la

mentira del sueño. Era un hilo metálico perforando la base de su garganta. El golpe de gracia del odio de Dios. De un Dios inexistente. De un Dios que le había dejado de ver. Rossum invisible ante un Dios ausente.

Habría jurado Farinelli que los ojos de Rossum se habían hecho más grandes en los últimos tiempos. Es posible, por lo mucho que me pierdo más allá de lo pequeño. Apoyado en su lente, en el cristal inmaculado de su lupa, el profesor vivía en un mundo minúsculo. Sus dedos ejecutaban malabares precisos con piezas metálicas que parecían insectos a punto de ser diseccionados. Alambres como patas, membranas como las alas azules de las moscas del arroyo, botones como abdómenes de hormigas diminutas. Y sus ojos, que todo lo veían, no se permitían ni el descanso de pestañear.

Rossum, todo pupilas, mirando en busca de la imagen perdida de Celeste.

Rossum, como un recipiente vacío, esperando la grieta que le resquebrajaría para siempre.

Rossum entregado a su ciencia para hacerla volver.

Rossum viviendo en el recuerdo de la niña sin la que ya no sabía vivir.

Rossum recordando el día que Celeste descubrió el eco. Rossum buscando, sin que sus oídos le ayudaran, la última onda ultraterrena de su voz. Rossum intentando dar la orden a su cerebro para que recuperara su timbre claro. Habría deseado que su mente estuviera hecha de panales y de fichas dispuestas para recordar. Porque Rossum tiene las palabras pero no puede dar con el tono exacto, con la dulzura desmayada de aquella vocecita infantil. «Ella también cuida de mí». Casi puede ver a Celeste aferrando su muñeca. Hablando con doña Bárbara a la salida del teatro. La fe inocente en la vida metálica. Aquella primera Mecánica había cuidado de la niña, había sido su amuleto. La que él construía ahora sería su salvación. Celeste se perpetuaría en los circuitos de plata y en el panal dorado, en el laberinto de engranajes que movía aquel corazón, en la piel fría sin posibilidad de cicatrices. Rossum reconstruiría el espíritu de su hija y lo blindaría con la armadura de un autómatas invulnerable. La educaría como la primera vez. Convertiría aquella mente en una mente única. Revertiría el proceso. La haría volver.

No había nada que perder.

Porque Rossum lo había perdido todo.

A Celeste consumida por la fiebre.

A su mujer, que no soportó sumar al dolor el silencio y que se fue. Volvió a Bolonia. Y Rossum no podía culparla. Sabía que a la muerte verdadera de su hija le estaba sumando la muerte en vida de su esposo. Era ya incapaz de calcular cuánto tiempo había aguantado Constanza en la habitación del lateral. Durante cuántos meses escuchó sus pasos heridos al otro lado de la puerta, sus dedos posándose en el cristal del laboratorio como el que intenta conjurar una maldición, como el que apuesta que el amor puede atravesar una pared. Y se equivoca. El amor, cuando agoniza, sólo puede atravesarse a sí mismo. Ese amor moribundo ni siquiera le dio las fuerzas necesarias para hablar, para reclamarle a su hombre que volviera al mundo de los vivos. Constanza, la mujer de la voz hermosa, nunca dijo una palabra. Y Rossum nunca respondió. Sólo empezó a odiarse, a odiarse un poco más, cuando se dio cuenta de que ella ya no podía ni llorar. Ha perdido una hija y ahora pierde a su marido, Héctor. Se lo había dicho Farinelli una noche que parecía más larga que las otras. Aunque a él le había dado igual. Ni siquiera sentía ya el grillete inútil de la culpa. Nada. Estaba varado. Muerto. En el limbo entre el Infierno y la tierra donde no podía hacer nada más que pensar. Confiar en su cerebro. Consagrarse a una nueva devoción.

Convertirse en sacerdote de la ciencia de la vida artificial.

Un día Constanza se fue. Y Rossum no encontró más espacio para añadirle dolor al dolor. No le quedaba cuerpo donde hacer sitio a más vacío. Había alimentado tanto su pena que la pena le había devorado a él.

Solo, doblemente abandonado, sin sentido y sin razón para vivir, buscó su destino en un plano. El plano de un autómeta. Mecánica. Su otra hija. La que habría de ser eterna. La que iba a vivir para siempre. Mecánica inmortal. Mecánica, la niña que una mañana le volvería a sonreír como sólo lo había hecho su pequeña Celeste antes de la enfermedad.

Cuando Farinelli llegó al laboratorio, había en Rossum algo, como un residuo velado de felicidad.

—Si yo os pudiera contar...

Pero Rossum no podía. O no quería. Y Carlo Broschi no se atrevía a hurgar. Aunque le hubiera gustado saber de dónde nacía aquella alegría torpe en la cara de su amigo. Por qué se habían movido imperceptiblemente sus comisuras petrificadas. En aquellas facciones apagadas por las lágrimas, su improbable sonrisa callada parecía dibujada sobre una capa de cenizas.

—Veréis, Carlo, esta mañana, antes de que llegaraís, he tenido una especie de revelación. Ahora por fin sé que mis investigaciones están en el camino que tienen que estar. Que la única verdad de la existencia es la inteligencia luchando por vivir. Ésa es la vida: la mente que aprende, que ama, que odia, la que tiene miedo, la que desea, la que busca la verdad, la mente poderosa que es capaz de cuestionarse a sí misma. Eso, Carlo, eso es la vida: la inteligencia que no muere nunca. Que espera, paciente y volátil, para materializarse en otra cosa. Con eso he dado, Carlo, con el núcleo fundamental, con la esencia. Y ahora que lo tengo, lo he protegido con otra carne. Carne que no es carne. Carne de metal...

—Héctor, deberíais descansar. —Farinelli no encontraba la lógica en aquel galimatías iluminado—. No entiendo qué me queréis decir.

—Creéis que no hay lógica en mis palabras, Carlo. Pero es que esto no es sencillo ni de explicar, ni de entender. Quizá sería más sencillo si lo vierais. Pero no estoy seguro de que debáis cargar con este secreto.

Rossum, inspirado por un arrebato que no parecía suyo, se había colocado delante de un baúl, que un día lejano había aparecido en su laboratorio y que había pasado del rincón más oscuro al centro mismo de la habitación. No se sabía si intentaba custodiar el cofre con su cuerpo desgarrado y marchito o si era él quien buscaba cobijo apoyándose en la seguridad de la madera. Sus manos, como arañas crispadas, treparon hasta la tapa para hacer nido en las esquinas. Rossum, escudo vivo de la caja que guardaba una vida muerta. Una vida que no era real, protegida por un sello invisible que el profesor no terminaba de romper.

—¿Qué guardáis en ese baúl, Héctor? —Aquella coreografía de la protección no dejaba muchas dudas para el maestro de escena más brillante del reino. Ahora Farinelli sabía dónde había ocultado Rossum la pieza sagrada de su extraña religión.

—No debéis saberlo, Carlo... No os convendría. No creo que os lo deba decir.

—Héctor, amigo, debéis compartir este secreto. Os está consumiendo. Miraos. Por Dios. Os va a matar. Tranquilizaos. Sabéis que yo no os voy a traicionar. Y sospecho que habéis llegado a la conclusión de que lo tenéis que contar.

—No puedo. —La voz del profesor es ya sólo un gemido.

—Soy el único amigo que os queda, Héctor. Sólo podéis confiar en mí.

—Podría confiar en doña Bárbara.

—Podríais, pero ella no va a venir todos los días a interesarse por vos.

—Qué excepcional era su hermano, Carlo. Qué muchacho extraordinario. Os habría gustado verle ante su clavicordio. Y él habría dado su reino por tocar para vos. Quise a aquel niño como si fuera mi hijo... Le quiero aún, aunque hace tanto que nos perdimos.

Farinelli no sabía bien qué contestar. Rossum, aquel hombre bueno, aquel relojero entregado a su ciencia y sus artilugios, aquel padre sin hija a la que entregarse ya, lo había perdido todo. Quizá también la razón. O quizá era la razón la fuerza que lo poseía. Quizá el dolor había iluminado un nuevo camino, el que de verdad tenía que seguir. Sintió que si no le sacudía con la verdad, Rossum se perdería para siempre.

—Héctor, Celeste no va a volver.

No le hirió. No necesitó encajar una evidencia que le había cambiado la vida. Pero las palabras, incendiarias, aniquilaron su crispación. Rossum bajó sus brazos de guardián crucificado. Se apartó del baúl. Volvió a sonreír.

—La esencia del alma de Celeste está aquí.

El profesor dio media vuelta teatral y trazó con sus brazos una especie de reverencia aérea. Impostada. Sacó una llave excesivamente brillante y demasiado pequeña. Una llave apenas dentada que por su tamaño no parecía corresponder a aquel cofre de extrañas proporciones. De la cerradura escapó un suspiro imperceptible. Más tarde, Farinelli entendería que no era el simple sonido de los goznes, sino el de otro metal más palpitante y menos inmóvil. Rossum abrió las dos puertas con parsimonia. Dejando sin dejar ver un lecho de delicados brocados rojos, una cama de terciopelo bordado con aspecto de ataúd.

Mecánica resplandecía como un esqueleto sumergido en un baño de plata. Fina, delicada, terrorífica. Bruñida y hermosa, sin la careta que cubría su cabeza ni la coraza que protegía su corazón. Farinelli miraba su intrincada arquitectura, pero no acertaba a comprender. ¿Qué era aquel ser que dormía, muerto o vivo, en el laboratorio de Rossum? Podía parecer lo que quedaba de un humano después de una disección. Una jaula de costillas relucientes protegía el exótico joyero que ocupaba el centro de su pecho en el lugar del corazón. Estaba conectado al resto del sistema por unas cánulas interminables de algo flexible, de un color meloso y turbio que no había visto jamás. Tampoco podía definir el color o la textura de los pulmones. Parecían dos bolsas cargadas de vida etérea. Farinelli hubiera introducido sus dedos justo debajo de la clavícula para tocar aquel material desconocido: una seda metálica, mate y ondulante, que se movía con el ritmo de lo que podría llamarse respiración. Se apoyaban sobre una bolsa de cuero negro, quizá húmedo, quizá vivo, que podría ser el hígado. Y más abajo, encajado en un pequeño receptáculo, un estómago de piel pálida como una vitela. O no podía ser piel. O era mejor no pensarlo. O Carlo Broschi ya no sabía qué pensar.

La inquietud ante ese cuerpo incompleto se estaba haciendo pegajosa, se le adhería en forma de desasosiego al mirar la cabeza metálica de la criatura. Comprendió, al ver los remaches alrededor de las orejas, que Rossum había retirado alguna clase de máscara que cubría su rostro. Sólo quedaban dos párpados, demasiado grandes, sellados en la línea de las pestañas, exoftálmicos y perfectamente semicirculares, como dos esferas ciegas sin cara sobre la que abrirse. Los ojos cerrados de Mecánica apenas tapaban la enigmática orfebrería que coronaba su

cabeza, una enredadera de hilos dorados, tejidos sin aparente sentido, que algo debían proteger.

—No entiendo, Héctor, no veo dónde está aquí el alma de tu hija. Ni entiendo qué es este ser.

—Es su heredera, Carlo. Me he consagrado a ella durante todo este tiempo. ¿No lo veis? He traído al mundo a una niña que la fiebre no se va a poder llevar. Es Celeste, pero inmortal. Y le estoy enseñando lo que le enseñé a mi hija. Y aprende, Carlo... Aprende. Y es sensible. Y esta mañana... esta mañana... Ha sonreído.

—Héctor, no tiene cara. No veo cómo puede sonreír.

Rossum parecía espoleado por la obviedad que había dicho su amigo. Por supuesto que su nueva Celeste tenía cara. Hermosa. Reluciente. Metálica. El profesor levantó una pieza de terciopelo que tapaba una trampilla en la base del baúl. Y quedó al descubierto una portezuela decorada con filigrana de marquetería, rematada con un candado dorado. Rossum sacó otra llave. Oxidada. Abrió. Sobre un lecho de algodón blanco dormía una careta sin ojos. Una máscara inexplicablemente expresiva, de boca pequeña y pómulos redondos, apenas un botón como nariz. Una cara de niña que le recordó a Celeste y a su muñeca andarina. Y entonces Farinelli lo entendió. Estaba ante una nueva versión del pequeño autómatas que siempre llevaba la niña. Pero esta vez era de tamaño natural. Rossum no se había vuelto loco, había forjado una nueva hija sin pecado concebida, nacida del dolor.

Había en su expresión un inquietante halo de humanidad. Como si bajo sus párpados bulleran las imágenes de un sueño infantil. ¿Con qué soñaba Mecánica dormida en su cofre mitad lecho y mitad ataúd? ¿Con los sueños que la muerte no permitió a Celeste tener? ¿Había heredado la niña artificial las ilusiones de su hermana de carne? ¿Soñaba con las partituras que ella ya no llegaría a tocar, con las historias que nunca podría leer, con las que no escribiría jamás? ¿O eran los sueños de Rossum los que dormían en las celdillas de su cerebro perfecto?

—Héctor... No sé qué decir... Es tan distinta a todo, pero tan humana. Tan real.

—Tan real como que está aquí entre nosotros. Y sabe lo que decimos, Carlo. Si no tenéis inconveniente, la voy a despertar.

A Farinelli no le sorprendió la ternura infinita con la que Rossum asió a su niña con sus manos grandes y nervudas. Recordó el gesto que tantas veces había visto en los días felices, cuando el profesor y su hija eran sus únicos espectadores en el teatro de palacio. Su padre la agarraba fuerte por debajo de los brazos para subirla al escenario donde ensayaban él y Constanza. Y Celeste reía. Muchos años después, esta otra niña de carne metálica también parecía reír con el contacto cálido de las manos del padre. Rossum sacó a la criatura de la caja y la dejó sentada sobre la mesa de trabajo. Sus pies de armadura colgaban pesados y bamboleantes, juguetones. Farinelli se había quedado tan extasiado que apenas reparó en que su amigo había sacado del baúl de las maravillas dos placas pulidas con las que había tapado la cavidad del pecho. Cuando quiso darse cuenta, la niña de plata estaba cubierta con una camisa de delicados encajes. Quizá era de la primera Celeste. Estaba casi seguro de que las dos tenían el mismo tamaño, lo que no se atrevía a aventurar es si tendrían la misma edad. ¿Tenían edad los autómatas? ¿Tenía edad la nueva hija de Rossum? La nueva hija de Rossum. Tuvo que repetirse las palabras para darse cuenta de la aberración que acababa de aceptar como normal. Iba contra la Naturaleza, contra la Razón. Contra la fe.

—Buenos días, señor don Carlo.

La voz chapada de plata de Mecánica tenía el lejano reflejo de la de Celeste. Farinelli creyó



estar escuchando de nuevo a la niña, hablándole desde más allá de las tumbas de la parroquia de San Sebastián. Su timbre claro abriéndose paso entre la tierra grumosa y las calaveras peladas. Imaginó Carlo Broschi que Rossum se habría valido de algún hechizo para rescatar la voz de Celeste del reino de los muertos. Le vio cruzando el Leteo, sumergiéndose en sus aguas una botella de plata con la que intentaba atrapar las palabras de una niña llorosa que lamentaba haber perdido a papá. Después de lo que ya le había mostrado, no le habría sorprendido que fuera así. Aunque aquella mañana de revelaciones extrañas guardaba todavía motivos para la admiración. O para el pavor. Era un espasmo de miedo lo que atravesó a Farinelli cuando se le clavaron aquellas pupilas negras, expectantes como las de un cachorro a la hora de comer. Se sintió cruzado por unos ojos enormes que parecían distinguirlo. No podía explicar qué trozo del alma de Celeste había quedado atrapado allí, pero estaba seguro de que aquella mirada herida, ni viva ni muerta, conservaba el aliento de la niña original.

Rossum había llevado a su criatura hasta el pupitre que tanto le gustaba a Celeste. Se había plantado detrás de ella, encorvado como un espigador para colocar sus manos paternales sobre sus hombritos erguidos. Farinelli había visto muchas veces al profesor supervisando la caligrafía de Celeste. Tenía aquella niña, tan pequeña, una letra elegante. Aunque manejaba la pluma con un esfuerzo infantil que apenas se apreciaba en sus trazos voluptuosos y bien ceñidos. Esa misma pluma estaba en las manos frías de la nueva Celeste.

—Mecánica disfruta escribiendo. ¿Verdad, mi niña?

—Así es, padre. Así es.

La escena, tan ajena a la realidad, tan inquietante y tan incómoda, atenaza a Farinelli. No puede mirar otra cosa y, sin embargo, no lo quiere ver. Su amigo rendido ante aquel amasijo de engranajes y ruedas al que llamaba hija. La mente más preclara de su tiempo entregada a reconstruir a una niña muerta, a invocar su alma perdida para encerrarla en una muñeca de metal. Y, sin embargo, Farinelli sabe que en aquella locura hay un destello de razón. Y quizá eso es lo que le da más miedo. Que la vida no dependa de Dios. Y aquella extraña cotidianidad. La niña, Mecánica, le ha llamado por su nombre. Buenos días, señor don Carlo. Lo ha dicho con las palabras exactas que Celeste, educada y dulce, empleaba cuando le veía. Se pregunta dónde está el truco. Si esos ojos de obsidiana reconocen de verdad. Si puede discernir las palabras que hilvana, casi volátil, con la pluma de otra y su letra heredada. Le puede la curiosidad de saber qué escribe aquella niña que no tiene más pasado que el pasado de otra.

Mecánica inclina su cabeza sobre la mesa, aplicada, ajena, hipnótica. Escribe a velocidad constante. Sin parar. Pestañea, juraría Farinelli, siempre que llega al mismo punto de la página, dos palabras antes del final de cada renglón. Mientras, Rossum sigue sus trazos con ligeros movimientos de barbilla, como apuntando una partitura conocida. Los dos se han contagiado de una peculiar ondulación, se han acompasado con el ritmo fluctuante del plumín, ejecutan una coreografía ensayada durante muchas tardes de soledad compartida. De soledad mecánica.

La letra es pequeña. Correctísima. Las volutas se angulan en el mismo lugar. Mecánica repite un patrón. Una frase. Tres palabras. Constantes. Calcadas.

Existo luego pienso.

Existo luego pienso. Existo luego pienso. Existo luego pienso. El adagio multiplicado hasta la eternidad. Verdad incontestable de Mecánica. Es y porque es, y Rossum la ha creado, es capaz de pensar. La existencia y la inteligencia equiparadas, contenidas en aquel cuerpo acorazado. Pensar

y por pensar ser. Y existir para pensar. Y nada más.

Una náusea seca arponea a Farinelli. Las tres palabras tienen sentido y, sin embargo, son la declaración de una locura. No sabe qué pensar de su amigo, ni de esta hija creada con retazos de dolor. Quizá no es ya aquel hombre que durante tanto tiempo admiró. Quizá por eso Constanza se fue. O quizá está siendo testigo del mayor prodigio de las ciencias y la filosofía. Y no sabe verlo. Como si fuera un burdo inquisidor.

Un movimiento en seco de Mecánica hace que el tiempo se pare. Se ha quedado clavada en la incipiente curvatura de la segunda ese de su frase.

—Hay alguien ahí.

Es ella quien se da cuenta. Ha vuelto la cabeza, en un giro forzado para fijar sus ojos huecos en la puerta del patio. Mecánica calla. Ha dejado la pluma y la tarea. Ha contraído la boca. Y se diría que en el fondo de sus globos oculares una lente se ha cerrado para enfocar más allá del cristal. Las hojas de los árboles se mueven todavía deladoras.

Rossum cruza atropellado sin saber qué hará si finalmente encuentra a alguien en el patio del laboratorio. Aunque sospecha que es demasiado tarde. Cuando atraviesa la puerta, apenas ve la sombra de una figura alta y corpulenta más allá de la verja del fondo del jardín. El intruso ya está lejos. Se pierde en los últimos árboles del olivar. Rossum se ha quedado allí, imantado en el hierro de la valla de su patio trasero. Jadeante como un animal al que acabara de reducir un matarife. Pero no es la carrera la causa de su fatiga. Es la inquietud. La desagradable sensación de vulnerabilidad. La intromisión. El corazón le late vivo, tan vivo que le puede reventar en un instante para no volver a palpitar. ¿Quién es ese hombre que merodeaba en las ventanas de su laboratorio? ¿Por qué se siente tan clara la amenaza de que algo malo va a pasar? Respira a duras penas. Le cuesta. El sobresalto le ahoga, el esfuerzo le ha borrado la visión. Ni siquiera sabe cómo Farinelli ha salido con él. Le ha adelantado y se ha quedado plantado más allá de la puerta trasera de su casa. Demasiado tarde. Ya no hay nadie a quien cazar.

—Venía a por mí.

Es Mecánica como un oráculo certero. Su aplomo metálico no es sólo el de su boca, sino el de la verdad. Se ha quedado sola. Lo dice tranquila. Porque Mecánica no conoce el miedo. Ni el dolor. Ni la amenaza de la ausencia. Lo dice con su voz pequeñita que nadie puede oír. Lo dice para ella. Como una profecía. Lo dice con resignada fatalidad. Pero Rossum y Farinelli no han podido oírla. Vuelven de su batida sin nada más en los oídos que el atropello de su respiración.

—Quienquiera que fuera llevaba un rato ahí. Observando.

—¿Quién puede ser, Carlo? Yo no le intereso a nadie... No tengo demasiados amigos, pero tampoco tengo enemigos. Vos lo sabéis.

—Eso es lo que creéis, Héctor. La Corte está plagada de envidias, de comentarios sobre vuestro encierro y vuestro trabajo. Hay quien dice que estáis empeñado en dar con la nueva piedra filosofal. Los más audaces sostienen que andáis detrás del secreto del movimiento continuo. Todos hablan, Héctor... Todos quieren saber... Y lo que no saben, lo inventan. Creedme. Les conozco bien. Llevo más tiempo que vos en este país. Y lo que más les gusta es hablar, hablar sin saber. Inventar. Y luego envidiar lo que inventan. Y a vos os envidian.

—Venía a por mí.

Mecánica ha vuelto a repetir su advertencia. Aunque Rossum no la quiera oír. Mi niña, nadie sabe que estás aquí. Su instinto de padre le pide tranquilizarla. No es necesario. El miedo es un

sentimiento incompatible con el metal. El miedo es una planta infectada que echa raíces en Rossum. No puede soportar la absurda idea de perder de nuevo a su niña. Pero ¿quién, quién puede querer hacerle tanto daño? ¿Quién le odia como para herirle otra vez en la herida todavía abierta?

—¿Quién puede odiarme así, Carlo?

—No es odio, Héctor. En el odio hay cierta pureza, puede haber hasta razón... No es odio. No. Es peor. Os lo he explicado antes. Esta Corte es así. Son los celos. La ambición. Es la envidia...

—Carlo, hace años que vivo encerrado... No me importa ni la Corte, ni la gloria, ni el reconocimiento de quien no va a saber reconocer lo que hago aquí.

—Pero a él sí.

—¿Quién es él?

Carlo Broschi, Farinelli, duda en decir lo que tiene que decir. Pero no tiene duda de quién merodeaba al otro lado el cristal. Él. El envidioso. El científico charlatán. Él, tan ávido de fama. Él, codicioso y mezquino. El nuevo relojero del Rey.

—Sólo lo diré una vez, pero tenéis que tener cuidado con él. Guardaos de Nizet.

Con sólo oír el nombre, Rossum ya sabe que se tiene que guardar. Será por eso que no se atreve a decirlo en voz alta. Se traga las dos sílabas para volver a escupirlas en forma de susurro.

—Ni... Zet. Maldito Nizet.

No puede soportar no tener lo que no tiene. Ni que otro consiga lo que él ni siquiera ha imaginado. Él, que embriaga a las damas con sus ojos azules y atonta a los caballeros con sus palabras bien escogidas. Él, que ha navegado en más enaguas de las que pueda recordar y ha hecho naufragar más honras de las que el palacio alberga. Él, que ha mordisqueado los pezones de las duquesas y ha trajinado las carnes aún más nobles de las criadas. Él, que pasea por las estancias del Buen Retiro como si le pertenecieran los mármoles y los espejos tuvieran que agradecer reflejar sus perfecciones. Él, que ha postrado a Europa en un aplauso de reconocimiento. Él, que juraría haber puesto en los ojos de la Reina adusta un destello estremecido. Él, con su gloria y su fortuna, envidia a un pobre científico loco. A un viejo hurraño sin razón y sin futuro.

Él, Nizet, envidia a Rossum más de lo que su entendimiento le permite.

Tendría que disfrutar en esta Corte del esplendor de su nombre, de la consagración de su fama, y, sin embargo, se siente consumido por los celos. Y sus ojos ya no son tan claros, turbios como están de odio o de incertidumbre. Porque lo que carcome a Nizet es el desasosiego, la zozobra de no saber qué ha descubierto el insignificante Rossum. Teme que ese hombre, ceniciento y acabado, haya dado con algo de verdad. Torturado Nizet, príncipe de los relojes, angustiado por los hallazgos de Rossum en su largo encierro de ángel caído.

Rossum, que se apartó del mundo hasta convertirse en un insecto despreciable. Rossum, que perdió a su hija, a su esposa, sus amigos y su fama. Rossum, que sólo tiene ya el cariño de un castrato ridículo. Rossum, que apenas mordisquea un mendrugo de pan y trajina muelles oxidados. Rossum, que ya no se reconocería en ningún espejo del mundo. Rossum, el fracasado.

Frente a él, este Nizet triunfante siente el vértigo de la derrota. Y da igual que haya profanado todas las carnes y haya retado a todas las mentes, no puede soportar pensar que sea lo que sea lo que Rossum haya encontrado lo dejará morir en su laboratorio sin saber gozar de los laureles.

—Me reconcome, Teresa. Me ronda en la cabeza como un animal enjaulado. No puedo dejar de imaginar qué habrá descubierto el viejo loco. Maldito Rossum.

—¿Qué más os da? Valéis más que él. Toda la Corte os admira. Estoy segura de que os nombrarán relojero real. Y me fabricaréis uno de esos artefactos pequeñitos cuajado de diamantes que mi hermano traerá de Amberes.

—Teresa, Teresa, vida mía... ¿Es que no lo entendéis? Me pasa con Rossum lo mismo que me pasa con el necio de vuestro marido cuando veo que os ignora. ¿Creéis acaso que no me importa que se desprecie la hermosura? Me duele, Teresa, me duele. Del mismo modo, sufro pensando en lo que Rossum haya podido descubrir. Y en que no sepa disfrutar de un éxito con el que yo me

emborracharía. Como con vuestro cuerpo. Estamos aquí para gozar, Teresa. Para bebernos la fama, el placer, los hallazgos, estas tetas. Para celebrar las gracias que la vida nos da. ¿Y crees que ese trastornado, eremita, viejo moribundo, sabe? No, no sabe. Y porque no sabe, no lo merece. Como no sabe el duque de la dureza de este culo vuestro tan blanco. —Nizet azotó a la duquesa al tiempo que mordía el lóbulo de su oreja izquierda. Ella se retorció con más voluptuosidad que escalofrió.

—Afortunadamente, Ferdinand, vos sabéis lo que mi esposo ignora. Y mi esposo ignora lo que vos sabéis hacer conmigo.

—Teresa, yo lo sé todo. —Y mientras se llenaba la boca de la carne joven de la duquesa de Berwick, Nizet susurraba la biblia de su sabiduría—. Yo sé exactamente qué es lo que queréis cuando me miráis con esos ojos más de Judith lúbrica que de virtuosa Lucrecia. Y sé dónde queréis que ponga mi mano firme y mi virilidad más firme aún. Sé cómo os gusta que os quite los encajes y que mis dedos naufraguen entre vuestras piernas. Sé que me necesitáis dentro cuando levantáis las caderas desnudas incitándome al pecado. O al Paraíso. Ah, mi duquesita... Mi duquesita maliciosa.

Nizet dejó que sus manos se perdieran entre los muslos de la duquesa de Berwick, en su calidez líquida, en su estremecimiento entregado. De entre todas sus amantes, María Teresa de Silva y Álvarez de Toledo era la que más le interesaba. Por cómo respondía a su deseo. Y por el favor de su hermano, el embajador del Rey. Se habían caído bien cuando los presentó en una de sus visitas a la capital.

—Hermano, aquí tenéis al relojero más brillante de Europa. No encontraréis una mente más preclara ni en nuestra España, ni en vuestra amada Francia. —Teresa lo había dicho con una devoción que habría levantado sospechas de no ser porque en aquellos días la Corte en pleno adoraba a Nizet.

—Mi hermana habla mucho de vos. Casi tanto como la Reina Madre. Habré de conceder que por los mismos motivos, caballero.

Creyó ver Nizet en el duque de Alba un gesto de complicidad. Como si supiera lo que hacía por las noches con su hermana mientras su esposo cazaba cerca de La Granja. Los venados. Los benditos venados. Tenía tanto que agradecerle a aquellas jornadas de pólvora y batidas... Los nobles se iban y dejaban en palacio a sus mujeres solas, melancólicas, libidinosas. El Buen Retiro se convertía en el Buen Gineceo de la Lujuria. El harén en el que Nizet se proclamó definitivamente campeón de la carne. En aquellos pasillos sin hombres, en aquellos lechos donde el placer se había difuminado hacía muchos años, en aquellos cuerpos abandonados triunfaba Nizet. Nizet, el soñador que siempre parecía alcanzar lo que deseaba: a la duquesa de Berwick y a su criada; a la ayuda de cámara de la de los Ursinos y a su señora; a la camarera portuguesa de la Princesa de Asturias; a una condesa italiana amante del duque de la Ensenada; a aquella enana holandesa al servicio de los Medina Sidonia con pechos de matrona en su cuerpo diminuto. Nizet había poseído a las nobles insatisfechas y a sus muy satisfactorias criadas, a las meretrices de dos en dos y de tres en tres y en ocasiones a un muchacho que parecía una doncella y del que también supo sacar partido. Y deleite.

Nizet lo quería todo. Lo tenía todo. Todo se lo había dado la Naturaleza, pero ahora el Destino le negaba el triunfo que había alcanzado un profesor miserable. ¿Qué había inventado Rossum? ¿Qué custodiaba?

—Teresa, hermosa Teresa, ¿qué habrá encontrado el viejo loco? Quizá vos podáis ayudarme.  
—Nizet circunnavegaba con su índice el ombligo firme de la duquesa de Berwick, dulce, canalla zalamero, consciente de la presión que tenía que imprimir a su dedo para despertar el deseo en aquel vientre que deseaba llenar de todo—. Según tengo entendido, vuestra hermana, Mariana, tiene amistad con Farinelli.

—Oh, sí. A mí misma me fascina ese hombre tan sofisticado.

—¿Hombre? —A Nizet le molestaba que alguien pudiera despertar un sentimiento que él consideraba su patrimonio exclusivo.

—Hombre o genio... Me da igual. ¿Qué queréis de él? —La duquesa era resuelta como un duque.

—¿Creéis posible, dulce Teresa mía, que vuestra hermana se interese por lo que Rossum hace en su laboratorio? Me consta que Farinelli es el único que le visita.

—Bueno, relojerito ambicioso..., dado que a mi hermana poca inquietud más se le conoce que lucir sus buenas sedas en los espectáculos de palacio, me podéis contar con qué excusa va a preguntarle por la reclusión de un científico olvidado al que ni siquiera tiene por qué conocer.

—¿Acaso tengo yo que decirle a una mujer de dónde sacar una excusa? No me decepcionéis, Teresa. Volved a demostrarme que sois una hembra de buen fuste.

—Venid. Apagad la vela.

Y la luz se apaga.

Se ha apagado aquí. Ahora. En mi casa.

Justo en el momento en el que escribo «apagad la vela».

Joder. Se ha apagado. Aquí. Mientras en mi cabeza un relojero trepa se aprovechaba de una joven más salvaje que duquesa.

Todo se ha quedado a oscuras menos la pantalla resplandeciente del ordenador. Brilla con inquietante evidencia. «Apagad la vela». Habrán sido los plomos. O la luz en la calle. Joder. Qué raro. Sólo queda encendido el portátil. El portátil amenazador. Con la hoja amenazadora en blanco y sus amenazadoras palabras. Con el amenazador cursor palpitando voraz a la espera de la siguiente letra.

Qué raro. Pero qué raro, coño. Sólo puede ser casualidad. Pero es que son demasiadas casualidades ya en mi vida. Demasiadas. Abro la puerta. No hay luz en la escalera. El eco de las cerraduras se repite desde el quinto hasta el primero. ¿Qué ha pasado? Creo que es la general. Pues en la calle también se ha ido. La lluvia... ha sido la lluvia. Eso, doña Petra, ha sido la lluvia. Si sabrán las porteras por qué se producen los apagones. La lluvia, la lluvia, seguro. La lluvia, *porco governo*.

Cuando era pequeño mi madre siempre tenía linternas. Y aquellas velas como de iglesia, que languidecían sobre arañados platos de Duralex en los repetidos apagones de Aluche. ¿Dónde tengo la linterna? Joder. Me pillo el pulgar con el cajón de los cubiertos. Linterna no, pero aparece un paquete de velas de vainilla y hasta un mechero como un fósil, con la piedra anquilosada y una pelusa en el lugar donde tiene que nacer la llama. La pelusa arde como un fuego artificial de andar por casa. Me quemo el mismo dedo que antes me he pillado. Joder. Desconcertado y tullido. La noche de mis sueños. Una noche cojonuda de escritura.

A ver, Leo, no pasa nada. Ya está. Se ha ido la luz. No es tan grave. Sí. Es mucha casualidad que se vaya justo cuando escribes «Apagad la vela». ¿Y qué? Nada. Nada. Coincidencia. La novela no tiene nada que ver con la lluvia en la calle o con las averías de la compañía eléctrica. Nada. Na-da.

Lo digo despacio para convencerme. Y respiro hondo. Y pienso que menos mal que Arnau tiene el manuscrito en su casa. Menos mal que lo tiene ahora. Aunque claro, ahora precisamente es cuando daría cualquier cosa por mirarlo. ¿Qué pasará en el texto cuando se apaga la luz? ¿Qué? Lo mismo aparezco yo en mi salón, reflejado en un juego infinito de espejos, preguntándome qué-pone-el-maldito-manuscrito-cuando-el-maldito-Nizet-apaga-la-vela. La-vela-maldita.

Sí, claro.

Seguro.

Mejor llamo a Arnau y acabamos antes.

Si los segundos duraran tanto como los tonos de las llamadas que no terminan de contestarnos, viviríamos eternamente. En la incertidumbre, pero eternamente.

—¿Hola? —Hay cierto desconcierto en la voz de Arnau. No esperaba mi llamada en plena noche. Quizá se ha quedado dormido en el sofá—. ¿Qué te pasa? Es una hora un poco rara, ¿no?

—Me he quedado sin luz.

—¿Y tienes miedito o es que no tienes velas, niño?

—Ninguna de las dos cosas. O las dos al mismo tiempo. Pero eso te lo cuento mañana... Necesito una cosa.

—Vale, dejamos para mañana los relatos de fantasmas. Y ahora... ¿qué quieres?

—¿Puedes mirar una cosa en el manuscrito?

—¿Para qué? —Cuando Arnau arrastra la letra final de las frases es que algo le está fastidiando. Ahora yo le estoy fastidiando.

—Para nada. Ya te he dicho que mañana te doy todas las explicaciones. Pero ahora necesito que me ayudes, Arnau. —Al otro lado se escucha un rugido amortiguado—. Debe de haber un capítulo donde Nizet se está tirando a la duquesa de Berwick. Uno que empieza «no puede soportar no tener lo que no tiene».

—Para, para, para... Me estás contando lo que tú has escrito. Pero no sabemos si en el manuscrito tenemos lo mismo. O para ser más exactos, tú no lo sabes. Y habíamos quedado que era importante que siguieras sin saberlo. ¿No? Así que no me digas ahora que quieres que busque un capítulo que tú has escrito pero que no sabes si aparece en el original.

—Arnau... No me hace falta mirarlo. Sé que está ahí. Es todo igual. Joder. ¿Quieres comprobarlo? Es importante.

He debido de subir el tono demasiado porque Arnau ha dejado el teléfono y se ha largado sin decir nada. Supongo que a por los papeles. Supongo. Supongo que es lógico que piense que, a pesar de lo que pactamos, estoy buscando un truco para saber cómo continúa la historia de Rossum. Pero no me hace falta. Sé, sin necesidad de verlo, que las palabras siguen coincidiendo. Lo sé por cómo salen de mis dedos, por cómo eclosionan en mi cabeza, como huevos centenarios que llevaran años esperando a reventar. Sé que, por algún motivo que no entiendo, llevo esta novela dentro. Así que búscala Arnau y dime qué coño pone en el momento en el que Nizet apaga la luz.

—Ya estoy aquí... Ya lo tengo. ¿Qué quieres que mire?

—Nizet. El capítulo se titula «Maldito Nizet». —Me noto la impaciencia en la voz. Oigo a Arnau pasar las páginas. Con cuidado. Y no sé si es una sensación mía, pero juraría que acabo de escuchar un ronroneo en las bombillas. Como si quisieran encenderse de nuevo.

—Ya lo tengo.

—Sólo quiero que me digas una cosa, Arnau. En mi texto, el que estoy escribiendo, hay un momento en el que Nizet y su duquesa apagan la luz. «Venid. Apagad la vela», tiene que decir. Búscalo.

—Joder. Ya lo veo. Qué raro.

—¿Qué raro qué?

—Pues que justo después hay un espacio en blanco que roza lo eterno. Dos páginas sin escribir. Y luego retoma el texto. Déjame que mire... No me había fijado antes. Creo que es la única parte del manuscrito en la que pasa... A ver.

Páginas en blanco. Las de mi frenazo en negro. Las de mi apagón. Joder. ¿Hasta ese punto me habita el manuscrito? Algo en mi estómago se está tambaleando como una peonza que nunca acaba de caer.

—Sólo dime una cosa, Arnau... ¿el texto continúa después con Nizet? Quiero decir..., ¿sigue el curso de la historia o es como si se hubiera perdido algo?

—Espera.

El silencio de Arnau mientras lee multiplica los segundos con más eficacia que los tonos sin respuesta del teléfono. Quizá no tenía que haberle dado el manuscrito. O bueno, quizá es mejor así. Sí. Es mejor así. Tenerlo aquí me destrozaría los nervios. No es que ahora esté precisamente en un nirvana, pero bueno.

—Leo, la historia continúa como si tal cosa. Como si el espacio en blanco no existiera.

Creo que Arnau no se está dando cuenta del alivio que me hacen sentir sus palabras. Como si tal cosa. Como si el espacio en blanco no existiera. No hay juego de espejos. Aunque por algún extraño motivo he dejado de escribir en el mismo punto en el que lo hizo el autor de esos papeles. Su texto en blanco en mi noche oscura. No sé si pensarlo o no pensarlo. Si creerme que las memorias del pobre Rossum tienen su reflejo en mi vida hasta el extremo de controlar el tiempo, las pausas de mi escritura, la luz o la oscuridad o la palabra o el silencio.

—Leo, ¿me oyes?

—Perdona... Te escucho. Estaba encendiendo otra vela. —Mentira. Mentira necesaria en este momento. No me siento con fuerza para dar otra farragosa explicación del poder-del-manuscrito.

—Te decía que si quieres que te lea el arranque del siguiente párrafo.

—Pues...

—Para que veas que todo sigue normal y te quedas tranquilo. Digamos que teniendo en cuenta la peculiaridad de este capítulo no lo consideraremos una ruptura de nuestro pacto de protegerte de lo que está ya escrito.

—Bueno. Dos palabras.

—Tres. Dos no tienen sentido.

—Dale.

—«Nizet se despertó...».

—«Nizet se despertó». Muy lógico y muy correcto. Convencional, diría. Tenías razón. Me quedo mucho más tranquilo. Mañana te invito a comer y te lo explico todo, ¿vale?



—No te preocupes, querido. A circunstancias excepcionales, soluciones de emergencia.

—Gracias, Arnau. Guarda bien ese maldito legajo.

—Descuida. Lo guardo. Y menos gracias y más gastar la pasta en el japonés bueno. Mañana me dejo invitar.

—Claro.

Llueve fuera. Y las farolas siguen apagadas. Unos operarios corren arriba y abajo, hormiguitas hacendosas atrapadas en la oscuridad. Doña Petra no ha podido resistirlo y ha salido como quien va a tirar la basura para cotillear qué hacen los de la compañía eléctrica. Bravo. Ya habrá confirmado su tesis de que el apagón era cosa de la tormenta. No sé por qué pongo en duda lo que dice la portera. Suya es la sabiduría milenaria y la verdad absoluta de la finca; tuyas son las llaves y el reino. A veces pienso que tiene más años que estos cimientos de piedra maciza. Que lleva aquí desde que se construyó el edificio, hace dos siglos. Joder. Todo es de hace dos siglos en mi vida. Nizet. Vamos a Nizet. Probemos con la frase mágica de Arnau. Nizet se despertó...

Nizet se despertó cuando todavía era de noche. En la penumbra azulada, la carne pecosa de la duquesa parecía cuajada de estrellas. Volvería a sus estudios de astronomía sólo por dibujar los mapas de sus constelaciones. En su despertar anticipado, con los ojos abiertos y el sudor en la piel, Nizet se permitió dejar de ser el seductor triunfante. Se preguntó si tenía que haber dedicado más tiempo al estudio y menos al placer. Si hubiera cultivado su mente más que sus sentidos, quizá habría alcanzado lo que quiera que sea que Rossum ha encontrado.

Si cuando era tan joven no hubiera intentado despertar sus ojos cansados con copas y copas de gener de enebro; si no hubiera amanecido más allá del mediodía en tabernas pegajosas con ramerías resbaladizas; si las noches le hubieran encontrado entre la biblioteca y la disciplina, ahora sería más sabio, más brillante, más clarividente. Ahora estaría iluminado como Rossum.

Nizet se sintió un impostor. El farsante perfecto con su hermosa careta. Sólo él sabía lo que había dentro. Sólo él tenía la absoluta certeza del personaje pequeño, mezquino, inseguro que era. Un secundario. Un pobre idiota vestido de encajes, refugiado en sus modales exquisitos y en el azul tan azul de sus ojos. Eso era él: un comediante capaz de inventar para sí mismo los monólogos más brillantes y el pasado más limpio, un pasado sin las apreturas del suyo. No lo había hecho tan mal desde entonces. Había aprendido. Quizá había desperdiciado su talento pero no la gloria. Se había disfrazado de hombre sabio y había embaucado a hombres más tontos. Eso era él. Ése era el juego.

Maldito Nizet, siempre mintiendo.

Ni en aquella cama, entre los muslos de la hermosa duquesa de Berwick, podía sentirse verdadero. Él habría querido amarla de verdad. Como merecía esa mujer rotunda y definitiva. Él habría querido gozarla como la gozaba y sentirla suya como no la sentía. Contarle sus debilidades. Despertarla en esta noche fría para confesar que no sólo le mueve la envidia. Que no quiere desbancar a Rossum por el único placer de descabalarle de la gloria. Que quiere hacer por fin algo que sea verdadero. Algo más que aquel reloj diminuto que tanto le gusta a la Reina. Aquel que copió de un modelo que una vez le enseñaron en Lovaina. Copiar, en eso sí era un maestro.

Quizá ése era su destino: compensar con picaresca lo que la vida le niega. Porque la vida, la caprichosa vida, a veces se atreve a negarle algo al Falso Príncipe de los Relojes, Mendaz

Caballero del Tiempo. Y eso es lo que hará. Ahora lo ve claro. Le robará a Rossum lo que él ni siquiera se ha atrevido a imaginar. No tiene su inteligencia, es verdad, pero tiene el arrojo que le falta al pobre viejo. Averiguará qué ha descubierto y se lo quedará. Y la gloria coronará su cabeza indigna. Y la Corte le elevará a las puertas del Cielo.

Y si lo consigue, promete volver al camino del que su veleidad y su jactancia nunca tenían que haberle sacado. Si lo consigue, cambiará el deleite por el sacrificio. Santo Nizet, Saulo de Tarso de las Ciencias, Fanfarrón Reconvertido.

Pero cuando está a punto de elevar su promesa al Altísimo le asalta una duda ¿Y si Rossum no ha encontrado nada? No. No es posible. Ha dado con algo. Está seguro. Es lo que sucede cuando la inteligencia se alimenta del tesón demoledor del que ha perdido la cabeza.

Las sábanas de lino de María Teresa de Silva crujen bajo su cuerpo desnudo. Es casi de día. Es la alondra que anuncia la mañana y no el ruiseñor. La duquesa rezonga, mueve su anatomía generosa, entre el sueño y la lascivia. Su mano izquierda ha caído como de la nada en su entrepierna. Nizet aguarda un momento a que su virilidad responda. No quiere ser un farsante en esto. No en esto. Será por eso que la despierta con un beso. Como si la amara de verdad. Porque quizá la ama. Ella se despereza. Y al segundo, allí están sus ojos oscuros muy abiertos.

—Cuando me besáis así, se hace la luz.

—No, Teresa... Es cuando abris esos ojos grandes que la luz se hace. Por la eternidad.

Y la luz se hace.

Ha vuelto.

Han rugido las bombillas antes de encenderse de nuevo.

Por la eternidad, escribo qué dice Nizet. Joder. Y aquí, una eternidad después, la luz ha vuelto. Como la ambición de Nizet.

Ha vuelto.

A veces me parece escuchar los engranajes del mundo. Como si la vida corriera tempestuosa por los raíles del tiempo. Como si por alguna grieta se colara el rechinar del planeta sobre su eje. Nunca se apaga. Nunca se calla. El ruido, blanco o negro, sin el que el silencio sería insoportable. Cuando era pequeño solía parecerse al borboteo de los pucheros de mi madre. En las noches sin sueño de la infancia, agazapado en la cama, descubrí que la tierra sonaba, todavía magmática, como un cazo de sopa bien caliente. Eso creía a los diez años, en aquella geografía que se reducía al mapa parcelado con cemento de nuestro suburbio y a una casa en un bloque de hormigón. Esa casa que ya nunca será la casa que fue, la casa sin pronombres posesivos, la casa en la que quedarse solo era una fiesta, la que parecía irrenunciable hasta que decidí cambiarla por un cuchitril al que generosamente llamé apartamento. Tanto tiempo después, con tantas mudanzas acumuladas, recupero los rituales de la juventud, para que a fuerza de invocar el pasado, aquella casa vuelva a ser mi madriguera.

Y el corazón de la madriguera siempre estuvo en la cocina.

Me coloco, como entonces, detrás de mi madre mientras cacharrea frente al fuego. Que ya no es fuego sino una placa metonímica que no termina de gustarle porque-no-sale-igual-la-paella-ni-el-pil-pil. Lola es una de esas mujeres a las que la progresía de los setenta convirtió en heroínas con la falsa promesa de liberarlas. Una de esas veinteañeras con mucha neurona y más conciencia social que dejó que le contaran que ser moderna era trabajar como ellos pero cuidando de los enanos como siempre. Sin sujetador, eso sí. Mi madre era de éstas. De las peores. Número uno de su promoción. Lingüista. Especialista en gramática generativa. Bilingüe precoz por pura dedicación autodidacta en una España en la que un ejemplar del National Geographic era venerado como un objeto caído del espacio exterior. No sé de dónde los sacaba, pero con las revistillas de lomos amarillos aprendió inglés. Y debió de hacerlo bien porque, años después, se ligó a mi padre, un yanqui en la Corte del Agonizante Generalísimo, científico despistado que, por aquel entonces, no hablaba demasiado español. Aunque no cabían muchas más posibilidades que el amor para aquellos dos seres gemelos. Iguales. Dos ovillos de neuronas destinados a enredarse. Mi padre y mi madre intercambiado carantoñas y teoremas en Ciudad Universitaria. Nunca llegué a entender por qué Fritz dejó Estados Unidos para venir a Madrid. Años después, Arnau bromeaba con que era de la CIA. Espía o no, poco después abandonaron este Madrid plomizo con destino al sueño americano. La pareja brillante se fue a resplandecer bajo el sol de California con sus flores en el pelo, su meditación trascendental, sus libros de Allen Ginsberg, la doctrina de Krishnamurti, los pantalones de campana y dosis indeterminadas de LSD en el cuerpo. Quién sabe

si en los años del amor libre liberarían su amor en alguna orgía. Los progres eran así: lo querían probar todo para quedarse, al final, con lo mismo que sus abuelos. Quizá por eso regresaron a España. El Atlántico se había convertido para ellos en un camino constante de doble dirección. Y volvieron con Franco ya muy muerto. Y se instalaron en el barrio. Conmigo. Puro exotismo hippy en el sur grisáceo de Madrid.

Mi madre recordaba con nostalgia feliz, como de doble filo, esos días chillones ahora descoloridos. Hablaba de ella como si lo hiciera de otra persona. Porque quizá aquella era otra Lola, una estudiosa entusiasta con un pasaporte americano recién estrenado y un recién estrenado marido con quien compartir la vida.

Pero la vida no duró toda la vida.

Eso siempre es mentira.

La vida se desbarató cuando yo era todavía pequeño. Se la llevó mi padre facturada en una maleta. La vida se aceleró como una pobre partícula mareada en un artilugio mastodóntico que se llamaría algo acabado en «tron». El vidatron, una lavadora gigante donde nuestra existencia dio tantas vueltas como para convertirse en otra cosa.

Mi padre dejó de llamarse papá y empezó a llamarse Fritz.

Mi madre dejó de ser la Santa Sacerdotisa del Estructuralismo.

Y yo dejé de ser el protón feliz para convertirme en uno de esos quarks inestables que se desintegraron una fracción de segundo después del Big Bang familiar.

Mi padre huyó a su laboratorio en la Costa Oeste y nos dejó aquí con la única promesa que jamás cumplió. La única que importaba. Querido Leo, en verano, cuando acabe el curso, volveré. Pero no volvió nunca. Y todo se quedó congelado después de las últimas Navidades.

En aquella cocina en la que tantas cosas nos habíamos confesado mi madre y yo, nunca me había atrevido a preguntar directamente por Fritz. No lo había hecho de pequeño, ilusionado todavía con que el siguiente verano fuera por fin el de su vuelta. Ni de adolescente, cuando me torturaba pensar qué experimento era más importante que su familia. Ni lo pregunté de mayor, cuando, a punto de irme de casa, temí renovar la traición paterna. Pero muchas veces me coloqué en el mismo punto al que ahora había vuelto, la robusta encimera, con una interrogación enganchada a la altura de la tráquea. ¿Por qué no regresó jamás?

Como hacía cuando era niño, tomé impulso con las manos y me senté sobre el falso mármol blanco. Mi madre me dedicó la sonrisa de las madres que todo lo saben.

—Huy. Tú me quieres contar algo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Leo... porque cuando pones el culo sobre esa encimera mientras yo cocino es que tienes algo. No me lo niegues, porque es así de toda la vida. Dispara.

En efecto, la sonrisa era de madre que todo lo sabe. Pero no es fácil desenganchar el anzuelo redondo de una interrogación que lleva tantos años clavado dentro. El silencio se prolongó lo suficiente como para que Lola volviera a la carga.

—Ya veo... Estamos en uno de esos episodios en los que quieres hablar pero no sabes cómo empezar. ¿Te doy el pie para que sea más fácil? ¿Como cuando eras chaval? ¿Qué tal tu vida sentimental?

—Vida sentimental, mamá... Por favor, qué antigua. —Aunque había que reconocer que como enganche no estaba mal. Pero no quería contarle lo de Alicia. No. De hecho, no sabía muy bien

qué contar. Que éramos algo más que amigos. Que me quería pero que me dejaba. Que Londres había quedado a más kilómetros de los que marcaba el mapa. Que me habían vuelto a abandonar. O que era yo el que abandonaba. Como había hecho Fritz.

—¿Y con Alicia, en Londres, bien?

—Sí. Todo muy bien. Ya sabes que trabaja fenomenal. Ya sabes...

Ya sabes... Un recurso muy socorrido cuando eres tú el único que no sabe. Porque ellos parecían saberlo todo. Tan seguros de que Alicia y yo no podíamos estar separados. Mi madre. Diego. Arnau. Todos pendientes. Todos mirándonos como si fuéramos dos ratoncitos corriendo en su jaula llena de obstáculos, siempre en dirección contraria, en ruedas enfrentadas que nunca terminaban de cruzarse. Y nosotros disimulando. Haciendo como que no nos veíamos. Negando lo que nuestros cuerpos proclamaban con la excusa de la amistad. No, Lola, no. Cuando salíamos los tres en su Renault 5 cochambroso no me apoyaba desde atrás en su asiento para que mi voz no se perdiera en el rugido griposo del carburador. Lo hacía para acercarme a su oreja. Para oler el perfume de su cuello. No, no iba con ella todas las tardes a los columpios de la plaza de Oriente sólo por verla jugar con Gaizka. Ni he esperado con ella las horas que no me correspondían en la redacción desierta para otra cosa que acompañarla a casa. No, Lola. No es amistad si sueñas con ella, si piensas en ella cuando te despiertas y en qué traerle de recuerdo cuando vuelves de viaje. No es amistad si te subleva cómo le queda el vaquero, si odias al último novio que muerde su labio, si juegas a imaginarla cuando se ducha y las gotas irreales sobre su cuerpo se convierten en gotas reales sobre el tuyo. Ni si tienes que refrenar tu mano para no tocarla cuando vais al cine y a cambio acumulas cosas ingeniosas para poder susurrarle de cerca. No, Lola, no. No es sólo una amiga. Pero si todos lo tenéis tan claro, joder, decídselo. Porque ella parece no saberlo.

Tendría que haberle soltado de corrido a mi madre mi discurso mental sobre la amistad y el deseo, pero la valentía sólo me alcanzó para pensarlo. No podía desperdiciar todo mi coraje antes de plantear lo que necesitaba saber de mi padre. Oye, quería preguntarte una cosa. Pero antes de poder pronunciar mi frase introductoria recién sacada del catálogo de relaciones-sociales-para-torpes, el móvil nos interrumpió.

—¡Joder! ¡Arnau!

—¡Qué bien! Dile que se acerque a comer... A Arnau le encanta mi sopa de pescado y hay para un regimiento.

—Dime, Arnau... —Hice como que no había escuchado la invitación de mi madre. Ella volvió al fuego, pero casi podía ver sus orejas estirándose para escuchar la voz de mi amigo al otro lado de la línea.

—Dile que venga a comer, Leo. Que tenemos que hablar de muchas cosas. ¡Vente, Arnau... querido!

—Sí, estoy en casa de mi madre. —Imposible no escuchar su voz y su invitación. Imposible que Arnau no se diera cuenta. Imposible que no dijera que sí—. Sí, vale, sí... Ya le digo que vienes. Tú ganas, mamá. Arnau come con nosotros. —Le faltó dar palmas. Mi madre y Arnau. Renovando su adoración a cada momento—. Pero no vengas enseguida que tengo una cosa que hablar con ella... Ya sabes... —Segundo ya sabes de no-saber-del-todo. Los nervios me estaban restringiendo el vocabulario—. Oye, a todo esto, qué querías... Vale. Sí, lo escribo y te lo mando después de comer... Estuve con él la semana pasada, y cuando le pregunté, no esperaba una nominación... No... Vamos, que lo mencioné y diría que se escandalizó. Sí, claro que parecía

sincero... Sí, sí... —Mientras hablábamos, mi madre se fue a buscar una de esas botellas de vino que guarda para las ocasiones, porque Arnau era siempre una ocasión—. Bueno, pues luego te veo. No vengas antes de las dos, ¿eh? Venga... Petonet.

—Arnau. Qué bien. Pero ¿me puedes contar por qué no puede venir antes de las dos...? Hijo, a veces, eres más tuyo...

—No, mamá... Es que tenemos que hablar. Tú y yo. —Lo dije con la solemnidad absoluta que marca el manual.

—Ah... Ahora entiendo eso de tengo-una-cosa-que-hablar-con-ella. ¿Ves? No falla. Esa encimera es tu confesionario, Leo. Si te sientas ahí es que necesitas contar algo. A ver... ¿Qué ha pasado?

No tenía saliva suficiente para tragar. No sabía por dónde empezar. O no sabía qué preguntar. O tenía miedo de saber lo que durante tanto tiempo quise ignorar.

—¿Cómo está Fritz?

Rompí el silencio con aquella fórmula de cortesía. Un absurdo «cómo está tal» de reunión social. Para salir del paso. Para esconder su nombre justo cuando lo rescataba del tabú. Pero los muertos vivientes no salen de sus tumbas sin lamento. Y el del fantasma de mi padre sonó al gemido de un enterrado vivo de cuento de Poe. Mi madre quedó paralizada por el poder de ouija de mis palabras. De una. Fritz. Un nombre como un disparo haciendo diana en la ausencia. Cinco letras que mis labios se habían negado a pronunciar hacía demasiados años. Las mismas que ella evitaba en mi presencia. El nombre del hombre al que todavía amaba. El nombre del hombre al que me parezco. Al que odié. Al que tanto eché de menos.

—¿Por qué me preguntas por él, Leo? —Mi madre temiendo, quizá, reabrir las cicatrices.

—Porque alguna vez tenía que hacerlo. Alguna vez tenía que ser la primera.

—Ya... Vale... Pero ¿por qué?

No podía decir por qué. Demasiado enrevesado. Demasiado complejo. Demasiado después de dos putas décadas de silencio. ¿Cómo está Fritz? Qué frase tan estúpida para abrir la puerta. Eres un gilipollas, Leo.

Por cada hijo tonto hay una madre lista. Por cada pregunta mal formulada hay una mujer que sabe lo que las palabras no dicen. Por cada maraña de sentimientos, hay una Ariadna, que probablemente te ha parido, dispuesta a desenredar el hilo para sacarte del Laberinto. Por cada duda, hay una certeza en la reminiscencia del cordón umbilical. Mi madre inventó el diccionario Leo-Mundo Real. Mi madre tenía una piedra de Rosetta.

—Pues no sé... Porque quizá es mejor afrontarlo... ¿No? Como si tuviera que plantarme ante todo esto de una vez... para que las preguntas no crezcan... O para que no me envenene... La verdad es que lo digo y me suena ridículo. Como a libro de autoayuda. ¿Suena a libro de supermercado?

—No sé. No creo. Suenas a hijo que quiere saber. Es lo lógico. Aunque lo que te ha pasado durante todo este tiempo es lógico también. Es difícil. ¿Qué me vas a contar a mí, Leo? Yo te entiendo... Yo... ¿Cómo no te voy a entender? Entiendo el sentimiento de injusticia y la ausencia y el vacío. Y las ganas de echarle en cara todo. O de callarte para hacerle daño. Tiene gracia. Como no te quieren, vas tú y no quieres. Venga a alimentar la bola del resentimiento. Venga a multiplicar la distancia aunque nos duela...

Los dos estábamos marcados con las mismas heridas. Atrapados en las mismas reglas del

juego, de un juego que se llamaba: la-persona-a-la-que-quieres-se-ha-ido-y-te-duele-tanto-el-abandono-que-te-mata-seguir-queriéndole. Aunque a mí me pesaba más el dolor. Y a mi madre, la entrega. Ella le quería por encima de todo. Por encima de la pérdida.

—A mí también me costó aceptar que no volveríamos a estar juntos... como en los viejos tiempos. Los viejos jóvenes tiempos. Pero me consuela saber que está bien. Mejor que nunca, supongo. Al menos ya no es el «Estajanovista de California». ¿Sabes? Creo que fueron las Torres Gemelas... Eso lo cambio todo. Le tocó. Le revolvió. Un compañero del departamento de física teórica murió. En la Torre Norte. Por lo visto estaba en Morgan Stanley. Da igual. Lo que no da igual es que no era él quien tenía que estar ahí. Y a tu padre eso le impresionó. Estuvo muy tocado todo el otoño. Hasta que a su amigo Park se le ocurrió sacarle a ver un partido de fútbol. ¿Te imaginas al cartesiano jaleando a unas malas mulas corriendo yardas? Dios mío, el cerebro es muy caprichoso.

Mi madre lo contaba con tantos detalles. Demasiados...

—Perdona, perdona... que hay algo que me estoy perdiendo. ¿Cómo sabes tanto de él? ¿Sigues escribiendo?

—A veces escribe... Y además hablamos todos los días. Nos llamamos todas las noches, Leo. Todas las noches.

Sus palabras me dolieron como una infidelidad imperdonable. Mi madre hablaba con mi padre. Todos y cada uno de los días de su vida. Y nunca lo había mencionado. Nunca. Ni de pasada. Hablaba con su marido como si fuera su amante. Arropada por la clandestinidad.

Pero en la clandestinidad no había hueco para su hijo.

Nunca me dejó una palabra.

Nunca se tomó un minuto para decirme que me echaba de menos.

Para el fútbol americano, sí. Cojonudo. Para el doctor Park. Para sus experimentos. Para todos menos para mí. Fritz Brock, catedrático del egoísmo. Sí, ya. Tampoco yo había movido un dedo. Pero es que yo era el hijo. El chaval abandonado. El adolescente perdido. Yo era el del corazón en la inclusa. El de la banda de Peter Pan. Tenía derecho a la ofensa. Habrá quien diga que mi lado de la balanza también cargaba con su plomada de culpa. Que el silencio fue recíproco. Que lo cultivamos con severidad, lo multiplicamos en progresión, obstinados en arrancar las palabras para arrancarnos a nosotros mismos. Un silencio como una tautología, como una cinta de Moebius enredándose sin final.

Habrá quien lo diga. Pero yo era el hijo. La herida era mía.

Y creí que era también la de mi madre. Creí que su pena, como la mía, era monolítica. Por eso no supe qué me dolía más: si que hablara con él todas las noches o que no se atreviera a contármelo.

—Todas las noches... Joder. Me lo podías haber dicho.

—No era fácil, hijo.

No. No era fácil. No era fácil aceptar que tu padre se va un día, te dice que en verano estará de regreso y no vuelves a verle el pelo. No, claro. No, no era fácil. Debía de costar consolar al hijo corroído de ausencia, decirle que su padre volvería sabiendo que no tenía la más mínima intención de hacerlo. No era fácil jugar a dos bandas. Fingir una doble vida de complicidades incompatibles: madre comprensiva de día, esposa comprensiva de noche. No era fácil ser perfecta para todos, eh, Lola.

—Joder, mamá... Me hiciste creer que Fritz se había evaporado y hablabas con él todas las noches. Hablabas... hablas con él cada día... Me puedes explicar... puedes por un momento pararte y explicarme qué sentido tiene tanta mentira. Tanta puta mentira.

Pero Lola no podía. O no podía con la evidencia de mis lágrimas a punto de romperme. Allí, intentando no llorar, comprendí que estaba atrapada entre las dos personas a las que más quería, que era rehén de dos amores distintos. Entendí sus dos fidelidades paralelas y la infidelidad que esa fidelidad alimentaba. Entendí que cuanto más amaba a su marido distante más le dolía la traición a su hijo cercano. Lo entendí y, sin embargo, no pude perdonarla. Y me sentí más abandonado que nunca.

—A ver, Leo, la puerta la cerraste tú.

—Joder, Lola. Se fue cuando era un crío, dijo que volvería. Y mintió. Nunca tuvo la más mínima intención de regresar. Y tú lo sabías. Tú le podías perdonar... pero yo... qué iba a hacer un adolescente perdido sin padre. Podía por lo menos haber hablado conmigo en una de esas llamaditas. Para decirme que no iba a volver. Puto cobarde...

—No podía, Leo. Quería que tú levantaras el castigo.

—Claro, muy lógico todo, señor científico... Resulta que el adulto maduro no puede dar un paso por su hijo. Lo tiene que hacer todo el chaval que se siente dolido y abandonado y rechazado y perdido y solo.

—Vale, muy bien... Tienes razón, Leo. Te lo he dicho antes. Pero ahora párate. Párate y dime... ¿no ves que tienes que hablar con él?

—Sí, claro que lo veo. Para decirle que le odio. Así a la cara.

—Leo. —La capacidad de mi madre para convertir un nombre propio en un imperativo.

—Mira, a lo mejor tienes razón... A lo mejor lo que tengo que hacer es plantarme delante de él y preguntarle por qué permitió que su hijo le odiara... por qué me odia él... por qué se fue, joder, por qué se fue. ¿Es tan difícil?

Lo repetí y las aristas de mis palabras, tan firmes, pasaron arañándome la garganta. O era la interrogación, clavada bajo la tráquea, que al desprenderse de la carne fresca me estaba desgarrando.

Y el mundo crujió con su silencio de bombardeo, más tempestuoso que nunca.

Y, al fin, lloramos los dos.

Lloramos como lloran las familias después de dispararse a dar. Sin que las lágrimas se mezclen o se paren los segundos. Lloramos con el vacío de miles de noches de ausencias, con la soledad de las Navidades de los abandonados, con la desesperación del repudiado sin día del padre. Lloramos sin querer oírnos. Evitando las palabras que nos harían más daño. Las lágrimas no se habían secado cuando llamaron a la puerta.

Arnau.

Tocó con la soltura del que quiere que el timbre resuene tan alegre como él mismo. Ahí estaba, inoportuno y providencial, mi mejor amigo. Me recompuse como pude y abrí.

—Has llorado.

—Bravo... Ya puedes reclamar la legítima titularidad de Baker Street.

—¿Qué ha pasado?

No le contesté de inmediato. Sólo pude pararle a dos pasos de la puerta para que no entrara en la cocina. No quería que viera a mi madre así. A su Lola querida. No estoy seguro de si lo hice



por protegerla a ella o por protegerme a mí, para esconder al Hyde que me había poseído. Quizá sentí una punzada de culpa. O quizá una de frialdad que me hacía más culpable. Quizá lo mejor era irse. Dejar a mi madre con Arnau y buscar una ocasión mejor para pedir disculpas o explicaciones o para volver a cargar las preguntas y los reproches. El puto cobarde al final era yo. Yo era el que me largaba. Os parecéis tanto.

—Lo siento, Arnau... Me pillas marchándome. Lola... Lola y yo no hemos tenido nuestro mejor día. Va a estar mejor contigo que conmigo... Me voy. Lo siento.

Bravo. Lo acababa de hacer. Me había ido sin afrontar mi culpa. Como Fritz Brock. Éramos iguales. Sí.

Pero Arnau es distinto. Arnau es de los que se quedan. De los que tienen la espalda para cargarse las cosas, no para dártelas. Me contó después que encontró a Lola todavía llorando. Como una niña desconsolada que hubiera perdido su juguete favorito. Buscaba algo en las alturas de la estantería del que fue el despacho de mi padre. Con el peligroso bamboleo de un trapealista bebido, se estiraba en la escalera para alcanzar uno de sus archivadores rojos. Llevaban años allá en los últimos estantes, en aquel cuarto que se había mantenido como una reliquia inútil. Cuando vio a Arnau sujetando la escalera inestable, preparado para salvarla si se caía, supo que sólo a él podía confiarle su secreto más antiguo.

Después de vaciar decenas de archivadores rojos y de cajas abarrotadas de papeles, Lola, triunfante, encontró un sobre marrón. Grueso. Tenía algo escrito fuera. Una frase. Pero Arnau no podía distinguirlo desde el suelo. Bajó acelerada los peldaños inestables y lo puso en sus manos. Aquellas palabras no tenían para él ningún sentido.

—¿Qué es esto, Lola?

—No sé muy bien cómo explicártelo... Verás, Leo se pasó la adolescencia preguntándome sobre su padre. Y yo nunca contesté. Luego cuando necesité contarle qué había pasado, él ya no preguntaba. Se ve que tanta palabra se me quedó casi atragantada... y al final lo escribí. Siempre se me dio mejor escribir. Ya ves... Para nada... Para luego no leerlo. Será que no me atrevo... Pero Leo sí debería hacerlo. ¿No? Dáselo... Hay cosas que debe saber. Y que están aquí en estos papeles.

—¿Y qué es eso que pone en el sobre?

—Eso también es importante. Es la dirección de Fritz. Leo tiene que verle... Aunque sea para decirle que le odia... Convéncele para que vaya, Arnau. Tú eres el único que puede.

Cuando Arnau me dio el sobre, la dirección se me quedó grabada como si fueran las coordenadas de la Tierra Prometida. No necesité mirarla nunca más.

Berkeley Center for Theoretical Physics. LeConte Hall #7300.

No era la playa más bonita, pero era la nuestra. Ni yo iba vestida de boda. Ni él llevaba más etiqueta que unas sandalias raídas. Quedaban raras con aquel traje blanco que le sentaba bien incluso arrugado. Pero estaba guapo y daba igual. A mí me daba igual. Blanco él y blanca yo. Todavía éramos inocentes. Y felices. Y creíamos que la vida no manchaba. Aquel día sólo la arena nos ensuciaba los dedos morenos; y el vino las solapas mucho más tarde, cuando empezamos a brindar con nuestros compañeros.

Fue una boda sin familia. Una boda de camaradas. Sin cura y sin Biblia. Nos casó un juez de paz que era primo de la cuñada del doctor Thompson, el segundo del departamento de cuántica. Parecía tan achispado que por un momento dudé de que la ceremonia fuera válida. Pero ejecutó el ritual con la soltura de quien lo había repetido hasta automatizarlo. Si por nosotros hubiera sido se lo habríamos puesto más difícil. Queríamos casarnos jurando sobre la Primera Ley de la Termodinámica. O sobre nuestra versión particular, la que estábamos investigando en Berkeley: «La inteligencia ni se crea ni se destruye, sólo se transforma». Nos tuvimos que conformar con colocar la frase en la carta que mandamos para invitar a los amigos. En el fondo, éramos unos románticos de los que veneran la palabra. Aunque nos habría bastado con recorrer los despachos del campus avisando. Hey guys, we're gonna get married. No vino nadie que no fuera de la universidad. Ni siquiera los padres de Fritz pudieron viajar desde Boston. Ya eran muy mayores. Mandaron flores suficientes para repoblar el desierto de Sonora y nos dieron el dinero para la cena. Si llegan a saber que contratamos un menú mexicano habrían puesto el grito en el cielo. En las bodas no se comen totopos. A mis padres ni siquiera les invitamos. Nos lo llamamos como un secreto. Pensé que eran demasiadas emociones al mismo tiempo: casada y ciudadana norteamericana en un solo trámite. Y aceptar lo que en aquel momento me planteaba como principio irrenunciable: que nunca volvería a Madrid, que me quedaría para siempre lejos.

Pero volví. Se enfadaron muchísimo, claro. Para ellos fue como el escándalo de un matrimonio clandestino, un poco como si fuéramos la tía Julia y su escribidor. Eso sí, les aplacó saber que nos habíamos casado un 12 de octubre. Muy bien, hija, el día de la Hispanidad. Al menos había consumado mi conquista americana el mismo día que Colón. Pobres, jamás sospecharon que en la elección de la fecha no había ni rastro de patriotismo. También esta vez la ciencia había elegido por nosotros. La boda tenía que coincidir con algún fenómeno astronómico. Recuerdo a Park quejándose de que no pudiera ser un tránsito de Venus. Perfecto como metáfora pero imposible por el calendario. Tendríamos que haber esperado casi treinta años. Al final alguien —¿el propio Park?— cayó en la cuenta del eclipse total de después del verano. Y no hizo

falta más: 12 octubre de 1977.

Si hubiera sido supersticiosa no me habría casado el día en el que se ocultaba el sol. Pensándolo después parecía una broma facilona. O un presentimiento o un vaticinio de un marido que decidiría borrarse para siempre. Pero claro, enamorada como estaba, en aquel momento me resultó poético. ¿Qué más se podía pedir? Nada. Nosotros vivíamos de la ciencia y de la poesía. A veces hasta creíamos que era lo mismo.

Éramos la Comuna de los Teoremas y los Versos. Alguien nos calificó como los cerebros más brillantes de nuestra generación. Putos topoi, refunfuñaba Kaplan cuando lo oía. Era mi jefe en el departamento de lingüística. Un yanqui de edad indefinida, posiblemente milenaria, que amaba el latín sobre todas las cosas y veneraba a Chomsky hasta que renegó de sus enseñanzas. Putos topoi, sí... Pero quien dijo que en aquellas aulas de Berkeley se juntaron los mejores no mentía. Bobby Laughlin, uno de los testigos del novio; Mullis y Zewail, los inseparables; el despistado de Smoot; Eddie Purcell, que siempre se presentaba como mister Baroque; J. W., que a veces estaba en Chicago y a veces con nosotros y a veces parecía estar en un lugar muy lejano dentro de su cabeza; los Burbidge y su amigo Fowler, el que acabó en Los Álamos; Leonard Adleman, el tipo más guapo de Berkeley; Chandra, que nos dejaba que acortáramos su nombre impronunciable de maestro de yoga, y Park, nuestro confidente, nuestro mejor amigo.

Me enterneció verles disfrazados de boda, tan desnudos sin sus batas blancas, aplaudiendo a los novios bajo la luz mortecina del eclipse. Compartíamos la vida, los estudios, los afectos, los fracasos y los éxitos, pero no nos permitíamos demasiadas fiestas. Nunca me imaginé que Grove se pasaría la noche pegado a la nevera de cervezas ejecutando un curioso contoneo que él se empeñaba en llamar baile. Juraría que se estaba emborrachando por primera vez. Y que Margaret intentaba ligar con el pequeño Billy J. Me temo que no lo consiguió, aunque cuando tiré el ramo hice trampas para que fuera a parar a ella. Él se adelantó. Fue ridículo. Alargó las manos para interceptar las flores como el que atrapa un balón de fútbol. Y cuando se dio cuenta de lo que había hecho se puso de un rojo tan encendido que en cualquier espectro se habría traducido como el elemento tierratrágame.

Eran los mejores. Pero sobre todo eran nuestros amigos. Nuestro clan. Nuestra forma de vida. Trabajar, trabajar, trabajar por un hallazgo aparentemente pequeño. Trabajar día y noche sin saber cuándo era de noche y cuándo era de día. Vivir en nuestra fortaleza acorazada de Berkeley: de las aulas a los laboratorios, de los laboratorios a la biblioteca, de la biblioteca a la residencia, de la cantina a los despachos. Y quedarse dormido sobre la mesa de la sala de reuniones. Construir la vida alrededor de un proyecto. A mayor gloria de la ciencia. Trabajar y aprender los unos de los otros. Apoyarnos. Comprendernos. Colaborar como una colmena conectada por la inteligencia. Equilibrarnos. Enseñarnos. Querernos. Trabajar y desesperarnos. Equivocarnos. Equivocarnos mucho. Porque eso también era parte del proceso. Puede que la más importante. Trabajar y tirarlo todo para empezar de cero. Volver a la biblioteca. Y quedarse cuando ya habían cerrado a cambio de echar la llave. Y comer un trozo de pizza delante de un cuaderno de mala manera. Trabajar, trabajar, trabajar hasta cuando estabas durmiendo. Ser felices. Sin creernos mejores. Aunque nunca en el mundo hubo tantas neuronas juntas colaborando. Los cerebros más brillantes de nuestra generación. Brillantes y resplandecientes de juventud y de rebeldía. Hacía cinco años que el último soldado había abandonado Vietnam, pero en Berkeley seguía ondeando la bandera de la contracultura. Teníamos la conciencia sin cicatrices del que todavía cree en las revoluciones.

Teníamos todas las mejillas para ofrecer. Todos éramos Espartaco. Gritábamos. Le dábamos la vuelta al mundo en nuestros picnics en la colina del Observatorio. Inventábamos una sociedad mejor. Nada más llegar al campus, nos sumamos a la marcha para pedir que Nixon se fuera por donde había venido con sus chanchullos y su cara de cera sudorosa. Como vivíamos en una Utopía, creímos que se podía extrapolar la perfección, que el sistema sin fisuras de nuestra comunidad de estudiosos podía servir de modelo para el país. No teníamos razón. No lo sabíamos entonces. Aunque sospechábamos que no bastaba con sacar las consignas a la calle, que sólo conseguiríamos enderezar de verdad la realidad atrincherados tras las almenas de la universidad. Lo hicimos. Nos consagramos a las probetas, a supercomputadores mastodónticos como criaturas prehistóricas, a las lentes de los telescopios, al mareo del resplandor de la máquina de microfilms, a los secretos de los microscopios y las palabras de las bibliotecas. Y mientras destripábamos las incógnitas del espacio y el tiempo, de lo vivo y lo inerte, de lo minúsculo y lo masivo no dejamos de cantar que no éramos hijos de un senador.

Nadie llevó el disco a la boda. Lo recuerdo porque el otro Eddie —Eddie Fincher—, que se había hecho fuerte en el tocadiscos, lo reclamó. Dónde está el de la Creedence, joder. Se tuvo que conformar con los Eagles. Y con los Bee Gees. Todavía, cuando oigo la voz de vicetiple de Barry Gibb, me parece estar besando a Fritz. How deep is your love, how deep is your love, I really need to learn. Entonces su amor era tan profundo y tan puro que parecía dar sentido al concepto de lo eterno. Pero la eternidad de los hombres no es la del universo. Y mucho menos la de las mujeres. Se parece muy poco a esa otra eternidad que con la edad se va escapando por las grietas con las que nos marcan los años. Esas que algunos llaman arrugas.

Mucho tiempo después me di cuenta de que esa inocencia núbil también formaba parte de la Utopía. De la entrega sin reservas que se nos pedía en la Corporación.

La Corporación era nuestro mundo. Lo construimos para investigar los engranajes del verdadero. Levantamos un universo a orillas de la playa y nos encerramos dentro durante años. Éramos felices en nuestra impecable sociedad de juguete. No necesitábamos más.

Nos tranquilizaba sentirnos como las hormigas hacendosas que abandonan el mundo pero sólo para comprenderlo mejor. Además, nosotros teníamos una misión. Glorificar la inteligencia. Perpetuarla. Trabajar para expandirla. Ése era el primer mandamiento del Decálogo de la Corporación.

Amarás la inteligencia sobre todas las cosas. Perpetuarla y expandirla es nuestra aspiración.

Honrarás el trabajo y el estudio.

No te dejarás llevar por el orgullo de sentirte mejor.

Compartirás tus hallazgos con tus compañeros, de tu disciplina y de las ajenas.

Aprenderás de otros científicos, de otros teóricos, de los sabios y los expertos, de los estudiosos y los inspirados. Amarás a las ciencias y las letras por igual.

No te dejarás desmoralizar por el fracaso.

No consentirás que queden sin explorar nuevos caminos de investigación.

Nunca renunciarás a la intuición.

Guardarás el secreto de la Corporación de la codicia del mundo.

Sacrificarás el resto de tu vida, si es necesario, para glorificar con tu inteligencia una inteligencia mayor.

Fritz la sacrificó. Se enamoró de mí o puede que se enamorara de mis neuronas. Pero nunca

renunció a la gloria de las suyas. La Corporación era el lugar ideal para sus sueños. Un paraíso, una reserva para científicos y estudiosos en la Universidad de Berkeley donde no se nos pedía nada más que hacer lo que más nos gustaba: investigar en nuestras disciplinas, teorizar, debatir, buscar. Él echaba aquello tanto de menos cuando nos conocimos en Madrid que debí darme cuenta de que nunca viviría demasiado tiempo alejado de su atmósfera natural. Berkeley era su hábitat. Me gustó que me dijera que quería compartirlo conmigo. Estaba seguro de que una lingüista con mi formación sería bienvenida en su comuna científica. Estaban necesitados de especialistas en castellano. Tenía razón. Kaplan me recibió con los brazos abiertos. Cuando Fritz me llevó, por fin, a su pecera perfecta, lo entendí todo: allí tenía a su alcance todos los recursos necesarios, tenía los medios y el dinero. La Corporación ponía la pasta, el campus, el apartamento, lo que pidiéramos. Daba igual lo caro o lo sofisticado o lo exclusivo que fuera, no había juguete tecnológico, ni libro, ni muestra que se nos negara. A cambio sólo se nos pedía trabajo, entrega, discreción. Se me antojaba un tanto absurdo. ¿A quién íbamos a contarle lo que hacíamos en el campus si jamás salíamos de allí? ¿A quién se lo íbamos a confesar cuando regresamos a Madrid si nadie nos habría entendido?

Leo vino al mundo ya en España. Me hubiera gustado verle nacer en Berkeley. En aquellos días, el campus era todavía el territorio del amor. Leo había sido concebido en la universidad y habría tenido sentido que se hubiera criado allí. Pero nuestros superiores querían que continuáramos nuestras investigaciones en Madrid. California dreamin' on such a winter's day. Otros compañeros fueron destinados a Europa. A Ámsterdam, a Roma, a París. A nosotros nos tocó mi ciudad. Malinche como siempre fui, no sabía si tomármelo como un castigo o como una vuelta a casa controlada. Creía que pronto nos reclamarían. I could leave today. Pero consideraron que mi trabajo dependiente del departamento de neurolingüística se haría mejor desde España. Al fin y al cabo, yo era especialista en evolución de la estructura del idioma castellano. Lo tuve que aceptar. Siempre había que aceptar lo que la Corporación mandaba. Aunque fuera un exilio innecesario y castrador. Luego comprendí que todo podía ser peor. Reclamaron a Fritz de vuelta. Él sí era necesario en LeConte Hall. If I didn't tell her I could leave today...

Sabía que si Fritz volvía a Berkeley no regresaría jamás. Sabía que nos echaría de menos pero que se sacrificaría. Era un mártir de la inteligencia. Un caballero templario de la Corporación. Sencillamente aceptaría que era su misión. Se fue amándonos, pero se fue. Nunca tuvo el valor de reconocer que no pensaba volver. Ni yo de decírselo a Leo. Engañándole a él me engañaba también un poco a mí. Era menos doloroso negárselo y negármelo. Eso creía. Luego resultó que dolía más.

Fritz escribía todas las semanas. Al principio casi todos los días. Mandaba largas cartas divididas en papel de dos colores. Las hojas rosas, para mí. Las amarillas, para Leo. Guardaba mi parte y le daba sus folios. Él los leía con la fe de quien creía que podía invocar a un fantasma por medio de sus palabras. Los leía con la misma ansiedad con la que yo me tragaba sus letras. Sus cartas eran las de un hombre con el corazón dividido y la vida cortada en dos mitades: me escribía frases de amor seguidas de instrucciones exactas para la educación de Leo. La educación según los parámetros de la Corporación. Amarás la inteligencia sobre todas las cosas. Acribillamos a Leo con tantos test... Los hizo todos. Los de palabras, los de espacial, los de números. Los nuevos y los viejos. Y todos los pasaba con una holgura que a veces me asustaba. Su capacidad era extraordinaria. Era un digno hijo de dos miembros de la Corporación. Y, sin

embargo, siempre se comportó como un niño más. Feliz con sus cosas y atormentado por la ausencia. La víctima, de rebote, de la pasión de papá. Como era listo, no tardó demasiado en darse cuenta de que su padre le había mentado. Era sólo un chaval, pero tenía ya esa determinación de Fritz, ese sentido exacerbado de la justicia. Y aunque sé que era difícil para él, un buen día decidió no contestar más a sus cartas. Lo suyo fue una huelga de cariño. Condenó a su padre al silencio como respuesta a su condena de ausencia. Me dolió tanto... Me dolía todo. Algunos días, los peores, me sentía como una viuda sin lápida en la que llorar. Otros, me sorprendía la complicidad con la que cubría su ausencia ante el pobre Leo. Tenía que haberme rebelado, haber empaquetado la casa y haber vuelto a California con el niño a cuestas. Pero eso habría sido una traición a la Corporación. Lo pensé muchas veces. Se lo llegué a decir a Fritz. Me contestó que la Utopía necesita sacrificios. Mi mirada le habría fulminado si le hubiera tenido delante. Habría conocido una Lola que a nadie le gustaría conocer. Habría pulverizado la Arcadia de puro odio. Pero me tragué el odio, las ganas de dar el portazo y no me atreví a volver a Berkeley. Ni siquiera de visita. Tampoco me invitaron. Era normal: como veían toda la correspondencia, no les costó ponerse a salvo de mi incipiente insubordinación. Decretaron mi exclusión en esta colonia de la periferia de Europa.

Aunque había una cosa inevitable. Y ellos lo sabían. Lo esperaban. Algún día, algún día, Leo levantaría el castigo y cruzaría el Atlántico para conocer a su padre. Si nuestro hijo tenía alguna misión, era precisamente ésa. Encontrarse de nuevo con Fritz. Saber. Hablar.

Releo ahora todo esto. Lo releo y se me proyectan las imágenes como dicen que se nos aparecen en la película que vemos antes de morir. Aunque nunca he creído en el último pase de nuestros Greatest Hits. Lo releo y me doy cuenta de que todo lo he escrito para ti, Leo. Del mismo modo que todo lo he hecho para ti. Por tu bien. Porque era lo mejor para tu vida. Tu padre tiene razón: la Utopía necesita sacrificios. Necesité el mío y el tuyo. Siento que fueras demasiado pequeño no para comprenderlo, pero sí para asumirlo. Espero que algún día me puedas perdonar.

Poco más puedo decirte. Debes cumplir tu misión. Debes encontrarte con tu padre. Viajar a Berkeley y resolver vuestros asuntos. Hay cosas que él tiene que decirte. Explicaciones que mereces.

Fritz tiene la llave de todo. Pídesela.

Donde había una doncella, Nizet conseguía una llave. No había cerradura que se resistiera a su virilidad, ni virtud que no cediera ante el ariete de su testosterona. Pero esta vez no tenía una joven criada a la que seducir. Rossum se había quedado sin sirvientes. Todos se fueron con Constanza. Todos menos la cocinera. Siempre fiel, siempre solícita, incapaz de abandonar su parroquia y a su profesor. Sus cien kilos turgentes, medio siglo de castidad, la inmunizaban frente a Nizet. Tendría que buscar otro camino.

Donde no había una doncella, Nizet tenía una puta. Una mancebía para colmar los vicios y acallar las virtudes. Un burdel donde arrancar placer de otro cuerpo y bañar el propio en el mejor vino o el peor aguardiente, dejarlo flotar en el vapor empañado del láudano o en la luminiscencia del café llegado del otro lado del océano. La Vieja de la calle Huertas conocía los deseos de sus clientes antes que ellos. Anticipaba necesidades, fantasías y erecciones, el hambre de carne fresca y el ansia de carne sabia. Hasta hizo traer a una joven de tierras orientales porque la reclamaba un duque pervertido al que sólo le gustaban las mujeres de ojos rasgados, muy solícitas y muy pequeñas. A la Vieja no le importaba mantenerla tan sólo para saciar los voraces apetitos de aquel noble. La dulce cortesana de Chittagong había aprendido en sus tierras asombrosas habilidades que enseñaría a sus compañeras. Su cara de buena y su virtuosismo tan poco virtuoso. Nizet pasó con ella un día entero. Y la mañana siguiente. No le excitaba su cuerpo menudo, pero sí la sabiduría de su boca, de la que salían palabras incomprensibles y artes que no necesitaban del lenguaje. Aunque aquella noche no fue a la mancebía de Isabel de Urbina sólo para desfogarse. Nizet buscaba otro servicio. Necesitaba a los ruffianes en los que la Vieja confiaba para cuidar de su casa y sus mujeres. A buen seguro ellos serían capaces de reventar las cerraduras que con tanto celo guardaban los secretos de Rossum. Ellos le servirían aquel cofre donde se escondía la gloria.

Hasta que decidió confiarse a los pretorianos de la alcahueta, pasó muchos días merodeando por los jardines del profesor. Lo más difícil era asegurarse de que Rossum abandonaría el laboratorio. Decrépito y huraño, nunca salía. Se había recluido como un ermitaño que disfrutara de su pena. Y así, la maldición de Rossum se convirtió en la condena de Nizet. Le hería sentirse tan servil, servil de su propia ambición. Él, relojero del Rey, pendiente del capricho de un muerto en vida. Y nada más podía hacer. Tenía que entrar en aquel laboratorio. Como fuera. Tenía que conquistar lo que el cofre escondía. La mañana que, por fin, Nizet descubrió a Mecánica ejecutando sus ejercicios de caligrafía creyó que todo el odio de Caín le atravesaba el pecho. Sintió una envidia ardiente como la bala de un cañón. La revolución del ansia espoleando su codicia. Rossum no lo merece. Ni siquiera es consciente del tesoro que guarda. El inventor

indigno de su invento. El viejo loco iluminado por el genio. Pero ¿por qué? ¿Por qué él? ¿Por qué la inspiración le ha bendecido? ¿Por qué ha creado él esa criatura prodigiosa para luego esconderla? ¿Para sepultarla? No puede ser. Tendré que salvarla de su encierro. La liberaré de un creador tan posesivo. Así ha de ser. Así sea.

Nizet se desesperaba. Cuando una noche vio a la cocinera servir un vino dulce con unas rosquillas, sólo pudo pensar en los absurdos placeres, inocentes y crepusculares, de aquel enemigo suyo tan desbaratado. Ni siquiera es capaz de emborracharse para olvidar su absurda existencia. Será pecado, claro. Mi especialidad, Rossum. Saltarme la lista de los mandamientos. Hacerlos volar por los aires. Ja. Yo pecaré por los dos. Pecaré por los dos, Rossum. Y pecó. Nizet, contrariado, sintiendo en la piel el frío de la derrota, se fue a buscar a la Vieja para que le diera razones de carne lozana con las que calentarse.

Sería porque, exhausto como estaba de fornicar con dos mujeres, su mente se quedó en suspenso, pero aquella madrugada, con el cerebro volado, entre las caderas redondas de la una y el ombligo blanco de la otra, Nizet se dio cuenta de que no haría falta que el Minotauro abandonara su Laberinto. Bastaría con cambiar su botella de vino dulce por una de láudano de Sydenham. Dulce como el Málaga pastoso con el que Rossum apagaba sus noches. De los remedios que ha dado Dios al hombre para aliviar su sufrimiento, ninguno es tan universal y eficaz como el opio.

—Llevarás, muchacho, estas dos botellas de vino a la casa del profesor Rossum en el Olivar de los Gerónimos. Decidle que son cortesía de doña Bárbara, para que endulce sus penas. Que le echan de menos en palacio, que le gustaría que llenara su copa y brindara con ella.

Por sólo un cuarto de la moneda que le había dado el caballero, el mozo de la Vieja habría llevado vino a la casa de verano del mismísimo Ángel Caído. Aunque la villa de reposo del profesor Satán hubiera estado en lo más caliente del Infierno. Le faltó tiempo al mocoso para salir corriendo con las botellas como si fuera el Paraíso lo que se jugaba en el encargo. Llevar las botellas y vigilar. Se libraría de las engorrosas labores en la mancebía. Era todo un negocio. Era un genio.

—Aguardarás todas las noches tras las vidrieras del patio, como te ha mandado el señor Nizet. —Lo pedía el caballero y lo ordenaba la Vieja—. Recuerda que cuando veas a la cocinera del profesor abrir una de estas botellas vendrás a buscar a mis hombres y correrás luego a avisar al caballero Nizet al Buen Retiro. ¿Qué harás?

—Vigilaré que sirva esta botella y que llene la copa. Que la llene mucho. Como la llena siempre. Y luego... vendré con vos, señora, para alertar a los nuestros y luego... iré al palacio a por el caballero Nisé.

—Nizet —corrigió marcando bien la t—. Deberás decirlo a la española al llegar al Buen Retiro para que te dejen pasar y darme aviso. Y ahora corre, bufón.

—Sí, señor Nisé. —Bufón rico, pensó para sus adentros. Genio. Genio.

Que la cocinera llenara la copa rebosante. Rebosante de sueño. Lo demás daba igual. Habría que conformarse con tan burdo instrumento para robo tan noble.

Aquella noche, después de la cena y las rosquillas, Rossum se sintió arrastrado por algo magnético, como si el sueño fuera la ballena que lo tragaba y él fuera el profeta. Se sintió caer por el vientre acolchado y rojo del animal gigante. Mecido por el calor acuático. Se sintió resbalar por las tripas del bicho hambriento. Habría rezado a Yahveh, pero él no creía en Eso. Y se dejó ir.



Dormido y profundo. Con un sabor pegajoso en la garganta. Recordó que en la Biblia el pez escupía a Jonás al tercer día. Porque en la Biblia todo pasaba el tercer día. El tercer día Dios creó los planetas. Al tercer día vio Abraham la Tierra Prometida. Al tercer día el Señor descenderá sobre su pueblo. Y al tercero resucitó de entre los muertos. Al tercer día... Al tercero. Quizá abriría los ojos al tercer día y vería a su niña de nuevo. Al tercer día... la niña primera, al tercero...

Pero Celeste no estaba. Ni estaría.

Su otra niña pudo escuchar un golpe seco desde dentro del cofre. Retumbó violento más allá de las paredes de madera. Mecánica no se asustó, porque no sabía todavía qué era el miedo. Con un resorte automático, abrió sus ojos desmesurados pero no vio nada. Nada más allá del terciopelo. Sólo aquella oscuridad roja que todo lo llenaba cuando Rossum no estaba con ella. Intentó llamar al profesor sin que su lengua acertara a ejecutar los dos sencillos movimientos que requería la palabra padre. Y como sólo podía escuchar, buscó sonidos más allá del silencio.

No se oía nada.

Su padre parecía dormido y la cocinera se habría marchado ya, como todos los días, después de servir el vino de la cena. ¿Por qué hoy padre no se había despedido? Siempre lo hacía con un beso y un ejercicio de traducción. La última lección del día. ¿No tendría su frase en latín aquella noche? ¿Habría salido? No. Padre no sale nunca. Ni se iría sin despedirse. De eso Mecánica estaba segura. Podría incluso probarlo. Había aprendido a distinguir todos los sonidos del laboratorio. Los pasos cansados de Rossum buscando el catre por las noches. El silbido abrupto de su ronquido. Los chillidos histéricos de los murciélagos en el jardín. El gallo que anunciaba el amanecer y la primera campana de la mañana. Y no había escuchado que Rossum se fuera. Sólo aquel ruido desconocido. Como fruta que se desplomara en el suelo. Como cuando a la cocinera se le cayó el cesto con la leña. Mecánica, acostumbrada a observar el mundo y a analizar su cerebro, se preguntó si aquel silencio no sería un fallo de su sistema auditivo, si el estruendo de leños no se habría producido en el interior de su cabeza, si no habría saltado alguno de los muelles que se tensaban en la profundidad alambicada de su oído. Con un latigazo. Con un zas ensordecedor. Sí. Quizá era eso. Quizá todo era como el resto de los días, pero ella no podía escucharlo. No pasa nada. Padre lo arreglaría. Padre lo arregla todo.

Y justo cuando Mecánica comenzaba a tranquilizarse atribuyendo el silencio a su propia y repentina sordera, el ruido de las ruedas de un carruaje precipitado la sobresaltó. Los caballos relinchando en la verja del jardín. Como si el mundo hubiera vuelto a girar con ese galope, como si la vida se hubiera despertado con una cabriola. ¿Y padre? ¿Dónde estaba padre que no se acercaba a ver qué pasaba? ¿Dónde está padre que todo lo arregla?

Mecánica tuvo un sentimiento nuevo. Un frío líquido bajo sus costillas plateadas. Se habría llevado la mano a la base afilada del esternón, pero no podía moverse en su refugio acolchado. A cambio, abrió los ojos y aguzó los oídos. Un golpe metálico en la cerradura. Voces de hombres que no conocía. Los caballos otra vez. Y padre no habla. Y padre se calla. Y Mecánica que recuerda, inmóvil, qué significa la palabra temblar. Pero ella no tiembla. Ella está encerrada en su cofre de madera. Ella está segura porque nadie la ve. Porque nadie la conoce. Susurra cinco palabras en latín. Si el profesor no le da una frase para traducir, la elegirá ella. *Bene qui latuit, bene vixit*. Y dónde se habrá escondido su padre. ¿Dónde está su padre querido?

Por primera vez, Mecánica tiene miedo. Aunque no lo sabe.

Sólo sabe que al otro lado del laboratorio se escuchan pasos. Y que son demasiados. Y voces graves. Que no conoce. Voces que se acercan y que apenas entiende. Las unas tapando a las otras. Alguien parece dar órdenes. Sus palabras son más claras. Autoritarias. Directas. Acaba de decir algo y Mecánica nota un temblor bajo sus pies.

El cofre se mueve. Lo arrastran con un empujón seco.

—Pronto. La llave. La guarda él. Siempre la lleva colgada.

Mecánica creyó oír, al otro lado de la puerta, un gusano ciego e indeciso luchando por encontrar su camino en el túnel oscuro de la cerradura. Como una carcoma que mordisqueara el ojo metálico. La llave dudó. Salió y entró sin encontrar su acomodo. Hasta que se quedó en el exacto milímetro donde hacía su juego. La niña artificial identificó el ruido que precedía a su padre. Pero cuando la puerta se abrió, como el telón rojo de un teatro, no reconoció aquella cara que la miraba fijamente. Los ojos de un azul traslúcido como no había visto nunca. Las pupilas negras se expandían como una gota de tinta sobre una tela mojada. Las facciones, perfectas. La sonrisa, un enigma. Mecánica no pudo hacer nada cuando vio las puntas de los dedos acercarse a su cuerpo metálico. Se aproximaban lentas, expectantes. Buscó en las celdillas de su cerebro la palabra con la que definir aquel movimiento que nada tenía que ver con la caricia protectora del profesor. Y al sentir las yemas frías sobre la fría placa que marcaba la conexión de sus delicados arcos superciliares, le vinieron en tromba todos los adjetivos. Ávidas, codiciosas, avarientas, tan confusas y tan certeras, ansiosas y egoístas. Aquellas manos anhelantes se posaron furtivas primero sobre su cabeza, después sobre su pecho. El hombre se quedó quieto unos minutos, palpitante, como si buscara vida bajo el metal de aquel extraño esqueleto.

—¿Qué es eso? —La voz venía del fondo. De uno de los tipos que le acompañaban.

—Calla, palurdo. Esta joya es la mayor maravilla de la mecánica y la filosofía de todos los tiempos. Esto va a cambiar la historia. Yo la cambiaré con ella.

La voz era hermosa. Más nítida y mejor modulada que la de padre. Más templada que la de los hombres que le acompañaban: cuatro rústicos que no dejaban de emitir incomprensibles sonidos guturales. ¿Esto cambiará la historia? ¿Esto? Esto es un monstruo. Un adefesio. Un horror. ¿Por esto hemos venido? ¿Por esto?

—Callad, patanes, o despertaréis al viejo. Andando. Cargad la caja en el carruaje y vámonos. Nos lo llevamos todo.

—La caja... Más bien diréis el ataúd del espanto este. —El más pequeño de los cuatro parecía también el menos dispuesto, pero el más bocazas.

—No rechistéis. Os he dicho que la carguéis en el carruaje rápido. Rápido. O tendré que azotaros como las bestias que sois.

Una explosión de aire cegó los ojos de Mecánica cuando la puerta del cofre se cerró de golpe. Bestias. Eran bestias. Sintió cómo el mundo se daba la vuelta. Alguien estaba jugando con la gravedad o con sus sentidos. Su cuerpo se venció hacia atrás como si hubieran cambiado el eje de la tierra. Mecánica comprendió que aquellos hombres habían tumbado la caja de su refugio. Oyó su rezongar esforzado de animales. Llenó sus pulmones muy despacio, para compensar. Se resbaló dentro del terciopelo un poco hacia la derecha y no tardó en darse cuenta de que quienes la levantaban por ese lado tenían menos fuerza. Probablemente allí estaría el tipo bajito de ceño fruncido. Pesa la maldita, le pareció escuchar que decía. Y supo que la maldita era ella. La caja se equilibró para caer después en un balanceo de mar encrespado. Nunca se había embarcado, pero

imaginó Mecánica que así debería de ser la galerna. Abrupta y ruidosa. Incontrolable. Aquella tormenta de manos azotaba su pequeño mundo con violencia. El frío de la mañana incipiente se coló como agua por la rendija de la puerta. Y la vida se paró un momento. Juraría que habían dejado caer un poco el cofre para tomar impulso. Un tirón al unísono y se elevó al Cielo. Después, el frenazo. El golpe final que acaba con la travesía. Su cuerpo, ahora tumbado, rebotó sobre el lecho de terciopelo y todo se quedó quieto. La niña de metal no sospechaba que el viaje acababa de empezar, que la sacaban de la única casa que había conocido, del universo que su padre había construido para que fuera feliz. ¿Dónde estoy? Pesa la maldita, escuchó de nuevo en su cabeza.

Las campanas de las seis se mezclaron con el bufido de los caballos. Entonces supo Mecánica que la llevarían lejos. Aunque, para ella, cualquier cosa más allá de la puerta del laboratorio era lejos. De lejos venía Farinelli con sus historias de escenarios y de ovaciones. Lejos estaba la Reina. Lejos quedó la hija primera de su padre, la niña Celeste. Lejos se fue su esposa. Lejos estaba el Infante. Lejos vivía la cocinera. Lejos escucharon un ruido aquella tarde allá en el jardín. Lejos era un paso más al otro lado de la verja. Ahora era lejos.

Y aunque Mecánica lo intentó, allí, en el traqueteo sobre el carruaje, no pudo calcular adónde la llevaban. Supo al comenzar que giraban al sur. Supuso después que ascendían por una cuesta. Notó las ruedas clavándose en el barro. Escuchó el látigo sobre los lomos de los animales. Los cascos salpicando en los charcos del suelo. Los gritos de aquellos brutos. La voz clara del caballero de los ojos cristalinos.

—Vamos, corred, está amaneciendo. Hay que llegar a la casa de la Vieja antes de que se haga de día. Vamos, patanes.

Patanes. Era la segunda vez que Mecánica escuchaba aquella palabra. Y le pareció fea. La archivó al lado de correveidile, que, por alguna razón, tampoco terminaba de gustarle. Aunque quizá patanes le había sonado tan mal porque en sus tres sílabas, como disparadas por el hombre de los ojos azules, Mecánica adivinó una explosión de desprecio. Pensaba en la paradoja de ese caballero hermoso con sus palabras abruptas. El mundo, este mundo que está conociendo por sus sonidos, es raro. Suena raro desde el zarandeo de este carruaje. Parece raro. No sabe si quería verlo.

Aunque no le dieron la oportunidad.

Subieron el cofre por las escaleras chirriantes de la mancebía de la Vieja. Su voz le recordaba a la de la cocinera. Más afable incluso. ¿O sonaba así tan sólo porque le daba la razón en todo al caballero?

—No os preocupéis, señor. Custodiaremos la caja el tiempo que sea necesario. Aquí está segura. ¿Quién podría buscar *esto* en la casa de la Vieja? Podéis estar tranquilo. Aquí tendréis todo lo que necesitáis: las mujeres y mi hospitalidad fiel. Mi hospitalidad siempre, señor. La mía y la de mi gente. Es así como funciona la vida. Es así como cumple la Vieja. Así, así, así. La más cumplidora. Decidme señor, ¿cómo iba a negarle un favor, una atención, al favorito de la Reina? ¿Qué digo de la Reina? A mi favorito. El mío. El favorito de la Reina de las Mancebías de la calle de las Huertas. —Su risa estridente—. Un caballero tan apuesto y tan generoso encontrará aquí lo que quiera. Lo que quiera. Y lo que no sabe que quiere. Todo. Todo lo mío es vuestro. Y vosotros, con cuidado... Colocad el cofre del señor ahí. Ahí... en la esquina. Rápido.

De nuevo un golpe brusco. De nuevo un frenazo seco. La mujer de la voz meliflua no paraba de hablar. Como si se ganara la vida con ello.

—En esta habitación podéis trabajar si queréis. Ya sabéis vos que la casa de la Vieja es vuestra casa. Y que son vuestras sus mujeres. Y que vuestra es esta cámara para lo que necesitéis. Mis hombres cuidarán de que no entre nadie. No tenéis de qué preocuparos.

—Sois toda hospitalidad, Vieja. Guardad esto, por las molestias. Generosidad por generosidad.

La Vieja se volvió más urraca al ver el brillo del oro que acababa de poner en su mano. Parloteó servil durante un buen rato mientras sus cuatro bestias de carga dejaban el cofre donde el caballero había dispuesto.

—Bien. Está bien. Me quedo tranquilo, pero cuidado de este cofre como si fuera vuestra vida, Vieja. Tengo cosas que hacer en palacio. Volveré después del almuerzo.

—Aquí os esperamos. Vuestra caja misteriosa y las mejores putas del reino.

—Hoy me bastará con la caja.

—No tengáis cuidado. Los míos cuidarán de ella. Id con Dios, caballero Nizet. Os espero.  
Nizet.

Ése era el nombre del caballero.

Mecánica comprendió que estaba perdida.

Maldito Nizet.

Recordó las palabras de su padre.

Y supo que no volvería a verlo.

Sacaron sus cuerpos para llenarse de sol como si no recordaran el tacto de los rayos sobre su piel. Salieron de todas partes. De las bibliotecas. De habitaciones compartidas. De laboratorios con luz de fluorescente. Cambiaron los libros por los frisbees, los exámenes por los besos, los pupitres por los regazos. Se tumbaron en el césped todavía húmedo de invierno, con los ojos perdidos en el cielo y la cabeza vacía de teoremas. Jóvenes y libres. Se dejaron caer en círculos, en grupos grandes y pequeños, solos y en parejas. Olvidaron sus carpetas en las habitaciones y echaron en la mochila novelas con portadas de colorines. Se tomaron la revancha de los madrugones con siestas a la sombra de los árboles. Se les oía reír hasta en los claustros de la otra costa. Se les oía callar absortos en sí mismos, paralizados en su abrazo como petrificados de Pompeya.

Eran como todos los universitarios. Animales salidos de su encierro, hambrientos de luz y de otros cuerpos. Me había tirado en el césped pretendiendo ser como ellos. Uno más. Recordando mis días en la ladera de la facultad. Aunque poco tenía que ver aquella cuesta pelada de mi meseta con las acolchadas praderas de Berkeley. Me impresionó aquel retazo de bosque primigenio, con sus pacíficos sicomoros y sus eucaliptos centenarios.

Cansado, un poco atontado por el viaje y por el coche de alquiler, por el retraso del vuelo y la tarde pateando San Francisco, llegué a Berkeley mucho antes de mi cita con el doctor Park. Quería ver sin ser visto. Pasear por el campus al que se había entregado Fritz, sin reloj y sin testigos. Necesitaba estar solo. Ponerme a prueba. Exponerme al embrujo de aquel lugar para intentar comprender qué había seducido a mi padre hasta el extremo de abducirle. Si es verdad que tanto nos parecíamos, sentiría algo especial. Aunque el experimento era una solemne tontería. El sujeto base del análisis, es decir yo, seguía siendo aquel ratón al que le gustaban todas las bibliotecas, los edificios universitarios, las praderas sembradas de efervescencia estudiantil. ¿Cómo no me iba a deslumbrar Berkeley? Berkeley era el puto Paraíso.

Entré por el North Gate Hall sin darme cuenta de que ese camino me llevaba directamente a la escuela de periodismo. Querencia. Me extrañó que aquellas dos chicas sentadas en las escaleras falsamente neoclásicas del edificio principal hablaran de los verificadores de informaciones del New Yorker. Tenía gracia. Me parecía estar escuchando a Arnau, que cuando se desesperaba en el periódico recurría a los fact-checkers. Su parábola preferida.

—Es que me vas a disculpar... Esto pasa por verificar las informaciones con Google. Que la Wikipedia no es una fuente, Santo Dios. Que no es una fuente... Que uno no puede hacer un reportaje de la Iglesia de la Cienciología buscando quién es Ron Hubbard en internet. Luego decís que siempre os saco el temita de los verificadores del New Yorker. Pero coño, es que la

diferencia es la misma que hay entre el periodismo y mi portera. ¿Sabéis cuánto tiempo estuvieron dos tíos del New Yorker trabajándose la historia de Paul Haggis abandonando la Cienciología? Seis meses. Seis jodidos y enteros meses. A tiempo completo. Seis meses chequeando todo. Sabían hasta cuál era su comida favorita cuando fue a la guerra. Y descubrieron que había exagerado un poco con sus méritos. Podían decir hasta con qué frecuencia se cortó el pelo o si tuvo ladillas. Todo. To-do. Lo comprobaron todo. ¿Y para qué? Pues para que no apareciera publicada ni una mentira, ni un error, ni un resbalón, ni un dato incorrecto. Igualito que aquí... Que la semana pasada me llamó al teléfono el idiota de García para echarme la bronca porque no le había dicho que se había muerto Arthur Miller... Que necesitaba urgente un artículo para la web. Urgente. Que lo había visto en Twitter... Sí, claro, García, se murió en 2005. Ni habías llegado tú al periódico, ni os habíais inventado la mamarrachada esa de la red social. Pero, coño, para la rotativa no sea que nos lo comamos.

—Joder. La única vez en la vida que le ha importado una noticia de cultura.

—Ya ves... por intentar dejarnos en evidencia. Pero claro, el que se pone en evidencia es él. Que ni tiene cultura, ni sabe lo que dice. Éste no es que se limite a buscar en Google, es que ni se molesta en buscarlo. Qué elemento. Igualito que en el New Yorker. Igualito.

Igualito. Tan parecido como este campus y la cementera en la que yo estudié en Ciudad Universitaria. Aquella fortaleza acorazada, impermeable al mundo real. De allí queríamos salir para aprender. De Berkeley uno no podía imaginar irse. Como Fritz. Eureka.

Bajo aquel sol más brillante, ante aquellas mentes más brillantes, en aquel campus más brillante, a punto de estuve de caerme del caballo y comprender. Quién no querría quedarse en Berkeley. Quién no habría cambiado su Aluche sombrío por este glorioso sol de California. Quién se habría resistido a esta promesa de sabiduría. Quién... Yo no. Pero no es lo mismo. No es lo mismo ni de coña. Yo no tengo un hijo. Y si lo tuviera, lo habría traído. Como traería ahora mismo a Alicia para tumbarla a mi lado en esta ladera y enfocar Berkeley con su objetivo. Porque de eso va este juego: de no poder alejarte de aquellos a los que quieres.

El Campanile cortó con la hora la tarde perezosa. Me hacía gracia la falsa torre veneciana alzándose sobre los edificios como una maqueta desproporcionada. La sabiduría de Berkeley y la frivolidad de Las Vegas hermanadas por un torreón copiado de San Marcos. Aunque empezaba a sospechar que había parecidos más sutiles, que este campus guardaba secretos más profundos que los escritos con fluidos y sangre de Sin City. Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas. Lo que pasaba en Berkeley era mi enigma particular.

Los estudiantes empezaron a levantarse activados por un resorte. Como los niños hipnotizados por el titiritero de Hamelín. Retiraron sus campamentos con la destreza de quien repite ritual todos los días. Las cinco. Las cinco ya. Había quedado en quince minutos. También era hora de que me movilizara para ver al doctor Park.

Ante la mole de piedra blanca de LeConte Hall, sentí que había llegado al lugar que custodiaba la respuesta a mi incertidumbre. O eso esperaba. Miré el papelito que llevaba en el bolsillo, suave ya de tanto arrugarlo: doctor Park Sang Wook, 3rd Floor. 17.15. Yo mismo lo había apuntado, con una bola de nada en el estómago, al concertar la cita la tarde anterior. Lo doblé con cuidado de que las esquinas coincidieran y me fui a City Lights en busca de una terapia de compra libresca que calmara mis nervios. Dos horas y cinco tesoros encuadernados después estaba más tranquilo. Pero sabía que ni todas las páginas del mundo podrían ayudarme. Tenía que enfrentarme

a mis fantasmas. Sin corazas y sin excusas. Y el primero era el del mejor amigo de mi padre.

Atravesé la puerta de LeConte Hall como el personaje de un drama wagneriano. Allí está tu destino, muchacho. Pero no esperes redimir valquirias, aquí vienes a redimirte a ti mismo. No había Brunildas en aquellos pasillos de mármol, sólo chavales correteantes. A simple vista no parecían los genios del mañana, aunque bastaba con echar un vistazo a los carteles de los tablones de anuncios para comprender lo distintas que eran sus conversaciones. Los títulos de los seminarios podían haber salido de la enciclopedia de la ciencia ficción: desde *Pruebas holográficas de los agujeros negros vs. causalidad*, hasta preguntas que resultaban inconcebibles incluso más allá de la respuesta... *¿Está el bosón de Higgs en decadencia?* No, hombre, no. Está en su mejor momento. Había propuestas que remitían a lugares imposibles —*Revisitando la simetría de los espejos tridimensionales*— y frases que no pude entender aunque sabía qué querían decir todas las palabras —*E\_6SSM inspired 6-Higgs-doublet models*—. Y entre todos aquellos entretenimientos para físicos, un papel anunciando una conferencia con título de antología de poesía romántica: *El brillo de la luna y la compactación de las cuerdas*.

Sí. Mi padre debía ser muy feliz allí. En su universo a medida.

Park me abrió la puerta de su despacho de la tercera planta con la expresión afable de quien te conoce de toda la vida. Esperaba que me recibiera una secretaria. La misma que concertó nuestra cita. Pero estaba solo. Su guarida era una habitación modesta, un pequeño espacio en el que no cabía un papel más, un gabinete de los prodigios impresos y garabateados. Estanterías atestadas de suelo a techo: libros profesionales, antiguos, desgastados, forrados, nuevos. Archivadores rojos iguales que los que acumulaba mi madre. Diplomas en más idiomas que Babel, graffias enrevesadas y desconocidas. Trofeos deportivos de los tiempos en los que aquel hombre menudo debía de ser además rápido. O fuerte. O las dos cosas. Un premio que asimilé a algún triunfo científico porque era una miniatura del Atomium de Bruselas, en versión mate por los años y por el polvo. Había juguetes de latón, muñecos, miniaturas, una pequeña escultura del conejo de Alicia con un reloj que parecía funcionar pero daba una hora equivocada, una urna con una réplica de un autómatas de Jaquet-Droz, un Lamborghini de Scalextric conservado como una reliquia. Tenía una foto de Einstein que no había visto nunca y varias de Oppenheimer que no volvería a ver. Y en un marco pequeño, muy cerca de su mesa, una imagen de colores desvaídos en la que reconocí a mi padre. Fritz y Park están en un laboratorio. Los dos llevan sus batas blancas. Se pasan el brazo por los hombros con la camaradería feliz de quien acaba de descubrir el valor definitivo de la constante cosmológica. Apenas recordaba ya esa sonrisa, esa que tanto se parece a la que veo al afeitarme en el espejo por las mañanas. A Park no le hizo falta ni un minuto para darse cuenta de que me había quedado pillado con aquella imagen.

—Los felices setenta. Cuando creíamos que podíamos contestar a todas las preguntas del universo. Aunque tu padre ya sospechaba que por cada media respuesta surgían cien interrogaciones. La progresión geométrica de la duda, lo llamaba...

—Buen título... que vale para más cosas. —Esta capacidad humana para llevarnos cualquier comentario al terreno de nuestras melancolías.

—Sí. Vale para más cosas. —Park clausuró la ranura de sus ojos como un miope que afila la vista—. A mí me resultó muy útil. Su teoría de la duda me sirvió para no desesperarme. Creí que nuestra misión en este lugar era descubrirlo todo, saberlo todo. Tu padre me enseñó que no. Él siempre ha tenido esa paciencia que a mí me faltaba. —Se paró en seco y me di cuenta de que su

cabeza había caído en otra dimensión temporal. Tomó la foto del estante y me la dio—. La hizo Lola.

—Sí... hay una muy parecida en casa.

Casi idéntica. Casi. Las miradas de los hombres eran diferentes. En la que yo había visto siempre, los dos están atentos al objetivo. Posan sonrientes. En la de Park, mi padre clavaba los ojos en un punto indefinible, en un terreno intermedio entre la cámara y el futuro. El doctor observaba a Fritz como de soslayo, conteniendo una risa incontenible. Me pregunté cuál de las dos fotografías se hizo antes, la formal o esta tan llena de vida.

—Fíjate bien en la cara de tu padre. No está conmigo aunque está conmigo. Está mirando a la fotógrafa. A tu madre. No podía dejar de mirarla. Era una fascinación constante. Fritz y Lola... la pareja más brillante del campus.

Me faltó medio segundo para replicar. Si no podía dejar de mirarla ya me contarás por qué coño se largó de casa. Pero Park era tan amable que no se merecía el exorcismo de mis fantasmas. Decidí tomar el camino de la educación, ser un invitado irreprochable para un anfitrión tan entregado. Aquel coreano pequeñito de edad indefinida estaba esforzándose porque todo fuera fácil. Sin que se notara. Era exquisito. Pausado. Una de esas personas con las que la amistad habría cuajado si hubieran sido otras las circunstancias. Un momento. ¿No estaría valorando la posibilidad de hacerme amigo del mejor amigo de mi padre? ¿Qué era esto? ¿La genética reclamando su condición de inevitable? Aquella simpatía espontánea parecía confirmar el parecido del que todos hablaban. Fritz y Leo, son iguales. Ya. Pero qué podía hacer. Park me caía bien. Tenía encanto. Tenía gracia. Sólo una cosa me inquietaba: parecía saber demasiado de mí.

—Es una pena que en los periódicos de España ya no se escriba tanto de ciencia. Una semana conmigo y tendrías varios reportajes estupendos sobre este edificio. ¿Sabías que Oppie tenía su despacho aquí mismo? Ya te lo enseñaré. Creo que te gustará.

—Claro que me gustará. El refugio del padre de la bomba.

—Él fue el padre de todo... Créeme, te contaré cosas que harán que quieras convencer al inane de tu director para que te publique una buena historia en el periódico...

—¿El inane de mi director? Park... ¿Cómo sabe usted quién es García? —Me había descolocado. Igual que la observación sobre la ciencia y la prensa en España.

—¿No lo son todos desde que se fue Bill Keller?

—En mi país nunca tuvimos de eso.

—Entonces siempre habría acertado con mi comentario.

Se rió con tantas ganas que sólo pude seguirle la corriente.

—Dejemos las cosas de España. Estamos en Berkeley. Y me alegro mucho de que hayas venido, Leo... Me alegro, de corazón.

—Sí... bueno... Aquí me tiene.

—¿No te importa que te diga que pensé que vendrías antes? No hay reproche, ¿eh? No lo hay. Excepto que me has hecho perder una apuesta.

Volvió a sonreír como para dejar claro que su observación era sólo eso: una observación. Que lo comentaba con el espíritu científico de quien expone una hipótesis. Que, dados los parámetros, esperaba que hubiera sucumbido antes a la curiosidad de conocer Berkeley. Y donde decía Berkeley, quería decir tu padre. Y qué podría haberle respondido yo. Dos días o veinte años. ¿Qué más da, amigos físicos? ¿No decís vosotros que el tiempo es relativo? Pues yo no he dado el paso



hasta que no he relativizado todo esto. Demasiado fácil mi juego de palabras.

—Preferí aclararme un poco... Antes de enfrentarme a mis preguntas. Y si me lo permite... a mis fantasmas. —Lo dije con prudencia. Volvió a sonreír. Como si intuyera que él también formaba parte de mi santa compañía particular.

—Tener las cosas claras para ponerlas todas en duda. Periodista con temperamento científico... Eres un compuesto interesante. Muy interesante. Veo que te han educado bien.

—En la distancia.

—Ya. Tu padre estaba siempre pendiente de ti... Desde aquí.

—Sí, claro. Pendiente en la distancia. Parece un bolero. —Ni Park entendió la broma, ni estoy seguro de que supiera qué era un bolero. Bo-le-ro.

—Está pendiente todavía.

—Sí. Eso me temo. —Me estaba tensando al tiempo que Park se relajaba, contaba, recordaba.

—Leo... Su vida está aquí. Ya verás. Pasaremos juntos unos días. Le conocerás. Lo entenderás todo. Tu padre suele decir que somos como monjes, que hemos consagrado nuestra vida a esto, a la ciencia, al estudio... Que somos ascetas. Que a veces hay que renunciar a algo.

—Ese algo soy yo, Park. Ese algo es la mujer a la que miraba embelesado en la foto... En los setenta. Qué lejanos... ¿verdad? Qué lejanos.

Se calló. Se quedó inexpresivo como un buda feliz. Me arrepentí de haber descargado en él mis debilidades. No tenía la culpa. No era más que el amigo de mi padre. Por un momento creí que Park había leído mis pensamientos, porque justo cuando le estaba perdonando mentalmente volvió a sonreírme. Una expresión le bastó para borrar mi explosión reclamando un lugar en el santuario de la ciencia.

—¿Te parece si te enseño el mejor sitio para tomar una cerveza del campus? Daremos un paseo. No hay en Berkeley cicerone más experimentado que yo, amiguito. Te pongo al corriente de lío universitario y luego cenamos algo... Así te libero pronto para que descanses del viaje. No te he preguntado, ¿te gusta la residencia?

—Sí, claro. Muchas gracias por arreglarlo todo. Me hace rejuvenecer. Me recuerda a mis tiempos en el YMCA en Nueva York...

—Ah. Sí. Tu padre me contó...

—¿Sí? Joder. Mi padre lo sabe todo.

—Lo importante, supongo. Es tu padre... aunque no estéis juntos. Pero si te parece vamos a dejar aparcado por un rato el asunto Fritz. ¿Vale? Estás cansado y no es momento de marearte la cabeza. Tiempo muerto hasta mañana. Lo he organizado para que os veáis a mediodía. Si quieres. Si no te ves con ánimo, lo retrasamos y ya está.

—No, no. No hace falta. Mañana. Claro... Cuanto antes, mejor. A eso he venido, ¿no?

—A eso... Pero no te apures. Tú decides. Él no se va a ir.

No. No se iba a ir. Buen chiste. Park. Definitivamente, el tipo tenía gracia. Se levantó. Palmeó la mesa como un judoca cuando se rinde y se quitó la bata. Hora de largarnos. Para ser un animal de laboratorio, el doctor era socialmente muy hábil. Había conseguido que me relajara. Y lo sabía. Se acercó. Me pasó el brazo por los hombros con la misma camaradería de la foto que tanto me había impresionado y me sentí un poco Fritz. Y me sentí arropado. Y me sentí tranquilo. Y salimos del despacho.

—¿Qué tal va tu novela?

—¿Eso también se lo ha contado mi padre?

—Claro.

¿No era demasiado? Sí. Era demasiado. Mi padre hablándole a su colega de la novela del hijo al que no ve hace más de veinte años. Un poco exceso de celo en la distancia, ¿no? Un poco desconcertante. Un poco sospechoso. Suficiente para hacerme pensar de nuevo que Fritz estaba al tanto de cosas que no tenía por qué conocer. ¿Qué tramas, padre? ¿Qué es el maldito manuscrito? ¿Por qué estaba todo el lote marcado con tus iniciales? ¿Por qué F. B.? ¿Y cómo lo pusiste en mi camino? Fritz Brock. El mago de Oz de mi Ciudad Esmeralda. El manipulador. El maestro de ceremonias en la sombra. El que se asoma a su torre de marfil en Berkeley y lo ve todo. Lo que no podía entender era por qué Fritz me observaba con tanto detalle si, en el fondo, no me quería. ¿Por qué miraba sin llegar nunca a verme? ¿Qué soy para ti, joder? A veces me siento sólo un juguete...

Park, anfitrión perfecto en su universo berkeleyano, había preguntado por la novela por cortesía, pero sus palabras provocaron un maremoto. Cuando se dio cuenta de que me había quedado demasiado callado, me tiró el salvavidas de su sonrisa para llevarme a las aguas tranquilas de la orilla. Algo tenía que conseguía tranquilizarme.

—Aquí escribirás muy bien. Ya verás...

—Sí. Lo sé. Es el ambiente. Invita. Acompaña. De hecho, creo que no voy a descansar mucho aunque me deje en la habitación pronto, Park. Necesito seguir con la novela. La tengo como atravesada aquí. Me golpea dentro... Después de cenar me pondré a escribir.

—Lo celebro. Fantástico.

Su entusiasmo quizá parecía excesivo, pero también sincero. Salimos de LeConte Hall decididos a compartir una cerveza con esa extraña afinidad que a veces se produce entre dos personas que se acaban de conocer. Park se paró teatralmente en la puerta, abrió las manos como un prestidigitador que muestra al público sus ingenios. Berkeley, señores. Brillante y luminosa como las sinapsis de las neuronas. Berkeley, el mejor lugar del mundo. Antes de bajar la escalinata de la entrada, se paró y mirándome fijamente añadió:

—Sí. Escribirás mucho aquí, Leo. Y quién sabe si, llegado el momento, tampoco querrás marcharte.

De: Leo Brock  
Para: Arnau  
Asunto: La cuota de miedo

Te escribo desde una habitación pequeña de la residencia de profesores en la que me ha instalado Park. Te escribo desde una mesa modesta. Frente a una ventana donde ya ha anochecido. Pero no estoy aquí. Estoy intentando anticipar el mañana. Y estoy nervioso. Mañana, por fin, volveré a ver a mi padre. Mañana. Lo pienso ahora y tiene gracia, porque vosotros ya estáis en ese mañana que me impone tanto.

Escribo algo atontado por las emociones y por el viaje. Te encantaría Berkeley. Este campus exuberante y estos empollones que construirán el futuro. Creo que te gustaría también Park, mi cicerone particular. Es uno de esos coreanos de edad imposible. Me llama la atención la franqueza con la que ríe. Me lo ha intentado poner todo fácil desde el primer momento. Tiene en su despacho unas fotos de Oppenheimer que no había visto nunca y con las que tú ya estarías preparando un suplemento especial.

Te cuento lo de Oppenheimer para no entrar en el detalle de mis inquietudes. Pero sí. No te lo puedo negar. Tengo miedo.

No sólo por lo que suceda mañana. Es como si bajo la apariencia luminosa de Berkeley me esperara una realidad turbulenta. Nada puede ser tan perfecto. Nada.

Para empezar hay en Park algo inquietante, aunque él intenta ser un anfitrión modélico en todo momento. Es extremadamente educado sin perder la calidez, es simpático y hace por mostrarse cercano. Pero me desconcierta. Sabe demasiado de mí. Como si mi padre le hubiera puesto al corriente de detalles que no tendría que conocer. Sabe que escribo una novela y hasta que pasé un tiempo en aquella residencia de YMCA de Midtown. Lo dice con naturalidad. Como el que deja caer un comentario inocente. Y yo me pregunto cuánta inocencia hay en sus palabras.

Fantasmas, dirás. Sí. Fantasmas y nervios. Llevo toda la vida evitando un momento que va a llegar mañana. Y no sé muy bien qué hacer.

Esos fantasmas se aparecen por todas partes. Tienen la cara de Rossum, de su hija, de Nizet. A punto he estado varias veces de llamarte para saber qué dice el manuscrito. Tranquilo. No lo voy a hacer. Voy a seguir dándole a las teclas. Sin más. Es increíble lo mucho que me inspira este lugar. Rossum me golpea dentro. Quiere despertarse. Así que... vamos a despertarle. Ahí está.

Rossum abrió los ojos con la primera luz del día, pero el laboratorio parecía más oscuro que nunca. Como si el sol se hubiera quedado atrapado al otro lado de los ventanales del jardín. No podía moverse después de aquel sueño pegajoso. Creyó por un momento que la carne se le había convertido en la madera pesada de una marioneta accionada por otro. Sentía su cuerpo desmadejado sobre el suelo sin temperatura. Los párpados apenas abiertos. La boca buscando el aire que el mundo parecía negarle.

Y temió estar muerto.

Pero si estaba muerto qué era aquel lugar que tanto se parecía a su casa, aunque en una versión mate y sin vida. Quizá el Infierno. O un Purgatorio donde el tiempo había desaparecido. O la nada. De una cosa estaba seguro, no era el Paraíso prometido, ni el Elíseo de los valientes. Rossum sospechó en algún momento que si el Cielo existía no era más que nuestra vida sin la amenaza del sufrimiento. Y si algo sentía su cuerpo inerte en aquel lugar era la infelicidad acechando como un animal de presa.

Paralizado como estaba, con la barbilla clavada en el suelo y el brazo derecho atrapado bajo su propio cuerpo, el mundo se reducía a los tablones de madera que todavía tenían la huella de sus pasos. Si hubiera tenido fuerzas suficientes para enfocar más lejos, habría distinguido la copa rota que se le cayó de las manos al apurar el vino dulce de la noche anterior. Sólo alcanzó a ver un pequeño reguero pastoso y una mosca inmóvil atrapada en el líquido como en una telaraña. Y empezó a comprender. Recordó haberse dejado llevar por una placidez condensada. Se vio cayendo en la inconsciencia, precipitándose en un pozo luminoso mientras un dulzor extraño se licuaba en su sangre. Le vino el sabor empalagoso del vino. Sin motivo. No había bebido tanto.

Rossum, torpe, incapaz, vencido y arrastrado como un venado en un cepo, deseó no tener cuerpo para poder salir de aquella inmovilidad que le ataba. Si no necesitara estos huesos que son como barrotes... Si esta carne mía sólida se disolviese... Y empezó a sospechar que se había disuelto y que nunca más tendría el control sobre el armazón mortal de su esqueleto.

Y supo que le habían envenenado.

Tomó entonces aire con el ansia de un enterrado vivo. Como si así pudiera purificarse. Y con las pocas fuerzas que le quedaban, intentó levantarse.

El suelo había perdido toda su firmeza. Parecía acolchado bajo sus rodillas temblorosas. Con las palmas extendidas para tomar impulso, no supo decir si aquella tarima de su laboratorio seguía siendo sólida o se había transformado en carne flácida. Viscosa y cálida como la del estómago de la ballena. Ya era hora de escapar de su vientre maldito. Aunque tuviera todavía nublada la vista y

el planeta se resistiera a pararse. Azorado y resuelto a volver a la vida, con la mitad del mundo cegado en sus ojos todavía drogados, Rossum se despegó del suelo y regresó a este lado.

Regresó para comprobar que a veces la vida era menos deseable que la muerte. Porque la Muerte Todopoderosa le había visitado de nuevo. Así era de despiadada.

Creyó al principio que no era posible lo que estaba viendo. Que por muy desgraciado que fuera su destino, que por mucho que le odiara ese Dios en el que los otros creían, no podía asestarle dos veces el mismo golpe.

Dos veces la misma pérdida.

Dos veces el mismo dolor que ningún padre debería sufrir nunca.

Dos veces.

Dos veces miró al lugar donde tenía que estar el cofre en el que reposaba Mecánica. Pero no estaba.

Habría caído otra vez desplomado de no ser porque encontró en su camino su mesa de trabajo y pudo apoyarse. Mecánica. Sólo le salió gritar su nombre. Con la esperanza de que la niña respondiera.

—Mecánica. Hija mía. Contesta a tu padre... Contesta a tu pobre padre...

Gritó. Se desesperó. La llamó a voces y con el único hilo que le quedaba en la garganta. Mecánica. Mecánica. Repitió su nombre hasta que no tuvo sentido. Hasta que las letras quedaron reducidas a sonidos que no querían decir nada.

—Mecánica... Hija...

Pero Mecánica no contestaba. Como no contestó Celeste. Como no volvería a contestar nadie. Y el cuerpo, entumecido y cansado, rebotó de vacío del cerebro a las entrañas. Lo sintió carcomiéndole por dentro, como un parásito gigante que se alimentara de su vida, de su porvenir sin futuro, de su esperanza. Perdido pero extrañamente lúcido, notó en un lugar tan profundo que no recordaba que existía el dolor de la ausencia. O el dolor de la vida. Y por calmar el bicho voraz que le desgarraba o por confirmar que el corazón seguía funcionando se llevó la mano al pecho. Latía desbordado como si quisiera escapar para buscar a Mecánica. Sólo entonces se dio cuenta de que tenía abierta la camisa y de que había perdido la llave del cofre que siempre llevaba colgada.

No estaba la llave. No estaba Mecánica.

Tendría que haber hecho caso a Farinelli. Atender sus advertencias cuando le dijo que se guardara del relojero presuntuoso. Tendría que haber escuchado a su niña cuando les sorprendieron aquellos ruidos extraños al otro lado de los ventanales del jardín. Hay alguien ahí. Claro que había alguien. Claro que querían llevársela. Viene a por mí. Rossum recordó la voz artificial de su hija metálica. Y el sonido se empastó con el timbre verdadero de la pequeña Celeste. Su vocecita despierta resonó en algún punto en la base de su cráneo, como si regresara del lugar donde se quedan latentes los recuerdos. Allí estaba también su sonrisa, que ahora se confundía con la de Mecánica. Allí estaban los ojos negros de las dos niñas, su entrega cuidadosa a la caligrafía, su fascinación por los juguetes de papá. Allí, como conservados en una burbuja de dolor, guardaba Rossum la memoria de los días felices.

Los días que había perdido dos veces.

De qué valía la vida si no estaba su hija. No servían para nada sus inventos, ni tenía sentido querer si no estaba quien quería que le quisiera. No había nada si no estaba la hija de carne, ni la

que él creó para que fuera inmortal. De qué vale vivir si siempre acecha la muerte. De qué vale. De qué.

De tanto preguntarse por qué la vida le castigaba, la desesperación de Rossum se convirtió en odio.

Se odió a sí mismo. Y su destino. Y maldijo su genio que sólo le había conducido a la desgracia. Deseó ser un mediocre con una vida mediocre con un trabajo mediocre y un mediocre cerebro que no le torturara. Deseó no haber nacido con el talento ingobernable de inventar. Deseó ser un pobre hombre. Mejor un pobre hombre que un desgraciado. Este desgraciado tocado por la gracia.

Miró su laboratorio. Sus objetos. Sus juguetes. Sus ingenios. Las ruedas esparcidas por la mesa. Los muelles. Los engranajes. Miró su último reloj, aquel que se retroalimentaba. Y la maqueta móvil del carruaje favorito de doña Bárbara. Miró el modelo que estaba fabricando para la nueva tramoya que le había pedido Farinelli. Miró los buriles, las herramientas, las limas, los trozos de madera y las placas brillantes de plata. Miró las lupas y las lentes. Los plumines que utilizaba Mecánica. Miró las estúpidas piezas a las que había consagrado su pobre vida tan golpeada.

Y lo destrozó todo.

Como si arrasando sus herramientas pudiera renegar de su genio. Como si sacrificando su trabajo, el Destino pudiera acceder a devolverle a Mecánica. Con la furia de quien puede aniquilar el mundo porque él mismo lo ha creado, arrasó sus inventos y sus artilugios. Destruyó los mecanismos diminutos, los juguetes, los pequeños muñecos animados, las linternas mágicas y los relojes, los proyectos recién comenzados y los abandonados hacía años. Rompió. Despedazó. Machacó. Hizo saltar por los aires piezas, poleas, artefactos.

Y cuando terminó, exhausto, desarbolado, febril, loco, comprendió que no había servido de nada. Porque no podía acabar con lo que más le atormentaba: aquel vacío absoluto de no tener a Mecánica. Sintió la angustia creciendo más allá de los límites de su cuerpo, enraizada en lo más recóndito de su pobre alma. Sintió que la ausencia le superaba. Y creyó ver cómo la sombra que le robó a su hija le miraba desde el otro lado de las ventanas. Me llevaré tu genio y tu razón. Te dejaré sin nada.

Si no hubiera destrozado sus relojes, se habría dado cuenta de las horas que habían pasado. Habría visto caer la noche y llegar la mañana. Habría sentido hambre o sueño o algo más que aquel vacío estéril. Si no se hubiera encerrado en el laboratorio, habría escuchado a la cocinera llamando a la puerta de la casa y quizá ella le habría refrescado la fiebre y le habría llevado a la cama. Si se hubiera concedido unos minutos de descanso, no habría creído ver un fantasma al otro lado de la cristalera.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién va? ¿Quién anda? ¿Qué eres? ¿A qué vienes si ya te la has llevado?

Él, el hombre racional, el sabio, el científico atemorizado por el reflejo de un reflejo en las ventanas. Él, que fue todo cerebro, atenazado por la sinrazón, por el espanto. Él, temiendo a un espectro. ¿Qué queda de ti, pobre Héctor de Rossum?

Lo poco que quedaba de la mente brillante fijó sus ojos cansados para tratar de distinguir algo. O a alguien. Y entonces lo vio. Embozado y mezquino. Pequeño y callado. Agazapado en la oscuridad del jardín. Como una alimaña. Con la reserva de rabia que le quedaba, Rossum

atravesó el laboratorio, abrió el ventanal del patio y agarró a aquel ser infrahumano. Lo zarandeó. Lo golpeó contra el suelo. Un pelele que gritaba. Se retorció. Pataleaba. ¿Quién eres? ¿Qué eres? Canalla. Bastardo. Ladrón. Asesino. Bestia asquerosa. Cualquier hombre en sus cabales se habría dado cuenta de que la criatura temblaba. Y entre los gritos y la cólera y la rabia habría escuchado cómo pedía piedad. Pero en la cabeza de Rossum sólo cabía la venganza. Hasta que con uno de los golpes la capucha del intruso cayó. Y el profesor se espantó al ver la cara ensangrentada de un pobre muchacho.

No tendría más de trece años.

El labio partido. Las mejillas manchadas de sangre, de mocos, de lágrimas.

El monstruo acechante era la víctima. Y él, pobre Héctor de Rossum, loco y perdido, el verdugo injusto cegado de ira.

Es sólo un chiquillo. Un niño que llora.

¿En qué te has convertido, profesor Rossum?

Por remediar su pecado levantó al niño del suelo. El crío temió que fuera a matarle. Se estremeció sin gritar. Apenas si se escuchó un gemido ahogado mientras se tapaba la cara.

—Lo siento. Lo siento... No tengas miedo. Lo siento, muchacho. ¿Cómo te llamas?

El niño sollozaba. Se intentaba limpiar con las manos sucias. No se atrevía a mirar al hombre al que antes espiaba. Rossum no podía determinar dónde empezaba la sangre y dónde acababan las lágrimas. Le metió como pudo en el laboratorio. Y con las mismas manos que le habían herido intentó curarle. Acercó sus dedos huesudos a la cara redonda del muchacho. Él se apartó instintivamente. Y Rossum lo entendió. También él se habría apartado. También él tenía miedo de aquel monstruo en el que acababa de transformarse. ¿En eso se había convertido el pobre Héctor de Rossum? Templó su voz y se decidió a hablarle.

—¿Qué hacías ahí husmeando, muchacho?

—Tengo un mensaje para vos, señor. —El chiquillo tartamudeaba. Escupía al hablar saliva rojiza de sangre.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—Me manda el señor Nisé. Me ha dicho que os diga que tiene algo que os interesa. Y que os necesita porque no sabe utilizarlo.

La mirada de Rossum habría paralizado al sol sobre la tierra. Que tiene algo que es vuestro. Que no sabe utilizarlo. Maldito cretino. Maldito Nizet.

—Que os necesita para que el muñeco funcione.

No quiso descargar otra vez todo su odio en el pobre chaval. Sólo un mensajero. Un pobre Mercurio magullado. Pero de haber tenido cerca a Nizet, le habría matado. Con sus propias manos.

—No es un muñeco. Es una niña. Artificial y pura. Se llama Mecánica.

—No sé, señor. No sé demasiado... Sólo sé que me han enviado a buscaros para que me acompañéis.

—¿Adónde?

—A la mancebía de Isabel de Urbina. Yo os llevaré si lo tenéis a bien... y si me dejáis un momento de descanso antes de levantarme. Me duele mucho el costado.

Rossum sintió piedad del niño. Por un momento pensó que también tendría un padre. Uno al que quizá no conoció. Una madre que probablemente servía en el burdel al que ahora quería

llevarle.

—Todavía no me has dicho tu nombre...

—Pedro.

—Te propongo un trato, Pedro. Si me sirves en este trance, te daré trabajo en mi casa. Te aseguro que no soy tan tempestuoso como has visto. Seré justo. Tendrás techo y comida y una paga. Me siento en deuda contigo... por los golpes y la sangre. Y porque temo que estás solo.

—Gracias, señor. Aunque no sé qué decir... Si de verdad queréis ayudarme, ahora sólo podéis venir conmigo. ¿Vendréis? Si no venís, la Vieja sí que me molerá a palos.

—Iré. Pero no voy a ayudar a Nizet. Voy a por lo que es mío. A por mi hija. A por Mecánica.

En esto te has convertido, pobre Héctor de Rossum. En un padre que busca su venganza.



En la buhardilla de la Vieja, ante el cuerpo despedazado de Mecánica, Nizet comprendió cuál era la desgracia de su vida. Entendió que llevaba auestas una maldición: arruinar aquello que de verdad quería. Así había sido desde que era niño. Desde que su padre le confió a los curas después de que su madre se quitara la vida. Le sucedió entonces y años más tarde, cuando decidió abandonar a la única mujer a la que realmente amó porque no servía a sus ambiciones. Le pasó con su maestro de Lieja, al que arruinó arrebatándole los secretos de sus relojes. Le ocurrió de nuevo cuando no tuvo el valor de dar su apellido a aquel niño al que dejó para siempre en Amberes. A todos los quiso. Pero no se dio cuenta.

Se había pasado la vida escapando del fracaso, de la ruina, de los que no le merecían. Pero era inútil esconderse. El monstruo le encontraría allá donde fuera. Porque el monstruo era él mismo. Era él el que todo lo desbarataba. Él era su verdadero enemigo.

Jamás alcanzaría el descanso. Jamás la gracia le bendeciría. Le faltaba la pureza que Dios buscaba en aquellos a los que confiaba el genio. La entrega estúpida de Abel. El sacrificio estéril de Rossum. Le faltaba la otra mejilla. Y Dios no podía reprochárselo. Dios podía permitirse la maldad suprema en nombre de la virtud. Él podía arrasarse la Tierra, torturar a los hombres, destrozarse sus sueños. Quizá Jehová y Satanás eran la misma persona. La imagen y su reverso. Y si era así, aún había esperanza... la esperanza de que el demonio de Nizet también tuviera su cara buena.

Pero no parecía posible. Por eso se le había negado de nuevo la gloria cuando casi la tocaba con la punta de los dedos.

Se había plantado ante aquella muñeca de plata como el penitente ante una imagen sagrada, como el peregrino que llega al final del camino. Eso pensó. Aquí acaba mi búsqueda, frente a este armazón que imita la vida. En tu carne de metal consagraré mi nombre: sobre este autómata que habrá de asombrarse a la ciencia. Con este juguete que desde este momento es mío. Y para que todos sepan quién es su creador, la llamaré Nizeta.

Nizet esperó. Aguardó impaciente a que el ingenio respondiera. Pero las palabras no servían para insuflarle la vida. La niña permanecía inmóvil en su cofre de terciopelo. Callada. Distante. Extraña. Sin cara. Sin más cuerpo que su esqueleto. Nizet buscó un resquicio en aquella armadura inquebrantable. Buscó, sin encontrarla, una cerradura. Buscó el lugar donde se escondía el alma del pequeño prodigio. La sacó de su caja. La tumbó sobre el suelo. Observó con detalle sus engranajes, sus remaches, sus tuercas, los delicados cables que atravesaban su cabeza, sus huesos metálicos que jamás se movían. Intentó abrir sus ojos cerrados. Trató de poner una pluma en sus

manos.

Pero la criatura no claudicaba. Guardaba inexpugnable su secreto.

Nizet pasó horas observando aquel mecanismo. En el fondo, no era más que un reloj gigante. Una maquinaria creada por un hombre. Un artificio. En algún lugar de su complicada arquitectura se escondería la llave o la cuerda, el péndulo o la pesa. Y entonces lo vio. Brillando tras la jaula de las costillas. Una extraña piedra roja. Una gema turbia y deforme.

Coló los dedos más allá del esternón del autómeta. Y aunque apenas llegó a tocar la piedra, habría jurado sentir un humor cálido, como de vida. Retiró la mano con un impulso de desasosiego. Y se cortó el nudillo con los huesos metálicos.

—¿Esas tenemos? ¿Así te proteges? ¿Hiriendo a quien sólo quiere darte la gloria? Eres huraña y cerrada como el maldito y viejo Rossum. Pero recuerda, recuerda Nizeta, que ahora eres mía.

Mía. No sabía Nizet que Mecánica escuchaba sus palabras. Que estaba empezando a temerlas. Que podía distinguir en su voz los celos y la codicia. No sospechaba que aquella criatura inerte sabía antes que él, por el temblor de sus sílabas, cuándo iba a tener un acceso de ira. Mecánica podía anticipar la debilidad de los hombres, la avidez y el pecado. En aquel lugar que no era su casa, la niña artificial descubrió que no todos los humanos eran como su padre, que algunos vivían arrastrados por pasiones ridículas. Como este Nizet que la llamaba Nizeta, la zarandeaba y la abrazaba y parecía no comprender que tenía que colocarle su coraza y su careta. Aquel caballero impaciente que se dejaba llevar por sus nervios la miraba sin verla. ¿No era evidente que para accionarme tendríais que poner en su sitio todas mis piezas? Bastaría con que abrierais el cajón oculto en la base de mi cofre. Allí guarda mi padre la tapa de mi pecho y la máscara que cubre mi cabeza. Pero yo no voy a decíroslo, Señor Caballero Temido Nizet. ¿Acaso no veis que no puedo hablar con la cara descubierta?

Mecánica habría deseado poder gritar cuando sintió los dedos de Nizet y ese sudor más frío que su carne metálica. Creyó estremecerse al contacto de sus yemas puntiagudas. Y aunque no era capaz de verla, casi pudo distinguir la huella fugaz y pastosa de la piel sobre el cierre de su corazón acorazado. Supo que lo que había sentido se llamaba asco. Repulsión era el nombre que en alguna ocasión le había dado su padre. Se le contrajo inapreciablemente la bolsa del estómago y sin saber por qué recordó la piel viscosa del sapo que a veces pasaba por el jardín, el olor de la despensa el día que aprendió qué significaba pudrirse, la descripción que Rossum le había hecho de la suciedad en las cloacas.

No tardó demasiado Mecánica en cambiar la repugnancia por la inquietud. Qué era esa presencia debajo de su pecho. Una punta que se clava. Un araño. Una presión imposible en el ventrículo derecho. Lo identificó con aquello que su padre llamaba ausencia. Parece que el esternón se mueve. Parece que todo tiembla. Y Mecánica distingue un ruido en el centro de su cuerpo. Un chirrido prolongado. El desabotonarse violento de unos remaches que ceden. Algo vibra en la base del cuello. Un ruido infernal. Y el metal se desgarrar. Y Mecánica siente sobre el corazón un soplo de viento. No entiende por qué, pero juraría que se ha liberado algo de su peso. Por un momento le parece estar suspendida, tan ajena a sí misma que no se da cuenta de que Nizet ha vuelto a tocar su corazón. Esta vez con la mano entera. Lo agarra. Lo cubre con la palma y con los dedos. Mía. Eres mía. Lo aprieta. Lo arranca.

Y la niña no siente nada más. Ya todo es etéreo.

—Mía... Ahora eres mía. Y sabré cómo funcionas. Quieras o no, me vas a revelar todos tus

secretos.

Al sacar el corazón del autómeta a Nizet le pareció escuchar un suspiro muy tenue. Debió de ser el chasquido de los tubos color miel al desprenderse. O uno de los remaches del esternón que todavía no se había soltado. No era eso lo que le preocupaba. Le inquietaba no saber qué hacer con aquel pequeño joyero de plata. Se lo acercó al oído. No sonaba. ¿Es que el viejo no había escondido allí un mecanismo de relojería? ¿No es ese el truco, Rossum? Forzó la piedra roja y el corazón se abrió en dos mitades. Como una caja. Y lo que allí vio le desconcertó aún más. ¿Qué es esto, profesor loco? ¿Qué son estas cavidades y estas membranas? ¿Qué es esta madeja de tubos que parecen humanos?

¿Qué es esto?

No había respuesta para el genio sin genio de Nizet. Podía repetirlo cuantas veces quisiera, pero su mente no podría desentrañar los misterios de Mecánica. No era suya. Temió haber robado su cuerpo y haber dejado su alma. Aquel cadáver metálico no tenía nada que ofrecerle. No era más que un inquietante esqueleto bañado en plata. Sacarlo del laboratorio de Rossum no había servido de nada. De nada. El autómeta no le concedería la gloria que Nizet necesitaba. La vida le había castigado con una carambola amarga: allí estaba la fama al alcance de sus manos, allí estaba el mecanismo que podría consagrarle, allí estaba el prodigio definitivo. Lo tenía sin tenerlo. El secreto de aquella vida de juguete se escondía en el laberinto de sus engranajes, entre las ruedas dentadas. Pero Nizet no lograría desvelarlo.

Y como siempre le pasaba, sucumbió a sus pasiones. A la codicia que le espoleaba. Casi sin reparar en lo que estaba haciendo, Nizet despedazó a Mecánica.

Arrancó las dos bolsas de malla sedosa que hacían las veces de pulmones. Sacó con cierta aprensión una alforja de cuero oscuro húmeda y compacta. Rasgó el pergamino flexible de lo que parecía un estómago. Se llevó por delante los huesos de metal y los de nácar, las redes de hilos y los haces de cánulas. Desmontó las manos, los carpios y las falanges. Separó el radio y el cúbito bien torneado. Le costó quitar las clavículas. Y al sacar las tres primeras vértebras del cuello, la cabeza cayó rodando. Sin conceder sus enigmas.

Y Nizet se tiró a por ella. Se vio humillado, arrodillado en el suelo ante un juguete inservible y supo que le habían ganado. El relojero triunfador no era más que un fracasado. Así fue durante toda su vida. Siempre perdiendo lo que más amaba. Desde niño se había encargado de destrozar todo lo que importaba. Así se había ido negando la felicidad en cada peldaño. Y aunque pareciera descabellada, Nizet derrotado descubrió que tenía una salida. Una oportunidad para arreglarlo. Caín recurriría a Abel si era necesario. Haría llamar a Rossum.

—Pedro. Muchacho.

Su voz sonó como el primer trueno de la tormenta. Se quedó atrapada en las vigas y en la piel de las putas de la casa de la Vieja. Recorrió el edificio de la buhardilla a la puerta sin dejar oído en el que colarse. Retumbó en las maderas. Resonó en los cristales. Y Pedro, el chiquillo, el aprendiz de rufián, el huérfano de la mancebía de Isabel de Urbina, acudió ante el señor Nizet.

—Señor, ¿qué se os ofrece?

—Pedro. Tienes que volver a la casa del viejo Rossum. Pero esta vez tienes que hablar con él y convencerle para que venga aquí. Le dirás que tengo algo que le interesa. Que traiga lo necesario para accionar al autómeta.

—¿Que traiga qué, señor? No entiendo que...

—Que traiga todo lo necesario para arreglar su muñeco. Esto. El muñeco... No. Espera... No le digas que está roto. Recuerda mejor este mensaje: mi señor Nizet quiere que ponga en marcha su invento. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor Nisé. Que haga que el muñeco funcione.

—Bien, cabeza de manteca sarnosa... eso valdrá. Vamos, corre... Corre, pequeño bastardo. Te quiero aquí cuanto antes. Y no vuelvas sin Rossum.

Y Pedro volvió. Con la cara manchada de sangre. Y con Rossum a su lado. O lo que queda de Rossum. El profesor, viejo, vencido, desorientado, no ha estado nunca en uno de esos burdeles. Le sobresaltan los sollozos que se mezclan con gritos por los pasillos. Las risas curiosas de las mujeres al otro lado de los cortinajes. Le espanta la mirada sin piedad de la Vieja y sin embargo no le dan miedo las caras amenazantes de sus cuatro rufianes. Cruje el suelo en las estancias, rechinan las patas de los muebles y sus pasos pesados en los escalones. Los cuatro hombres al servicio de la trotaconventos de los dientes negros le cierran el paso. Suben tras él por las escaleras.

—No tiene de qué preocuparse, mi señor Rossum. —Pedro va el primero abriendo el camino.

—Mi señor Rossum. Qué educado te han vuelto esos golpes, mocoso.

De los cuatro rufianes el más bajo es, en efecto, un verdadero bocazas. Como por contradecirle, el profesor pasa la mano con cierto cariño por el pelo sucio del chaval. El niño se sobresalta. Pero cuando comprende que no van a pegarle hace por dibujar una sonrisa. Es más una mueca. No está acostumbrado.

El hombre que llega a aquella buhardilla no parece Rossum. Ni parece Nizet el hombre que espera. Se ha turbado la apostura que rindió a las damas y a las duquesas, a las doncellas y a las meretrices, a los hombres y a las mujeres. Se asoma por un resquicio de la puerta para ver quién llama. Pero esos ojos al otro lado son los de la demencia. Como si el iris hubiera perdido su centro y el azul se hubiera manchado. La ceja es también un borrón, una interrogación desconfiada.

—De modo que habéis accedido a venir, profesor Rossum.

El profesor no recordaba que la voz de Nizet fuera silabeante. Ni que su piel fuera tan clara. Aunque él no debe de estar mucho más presentable. Tiene todavía en la camisa restos de la sangre del chiquillo al que ha pegado tan injustamente. Tiene grabada su cara de miedo. Tiene en la boca del estómago un anillo de asco. Y Nizet le inquieta con su voz entrecortada y su cara de ido. Es este el monstruo que se esconde bajo la refinada cáscara del farsante.

Rossum podría haber sentido piedad de la locura de aquel relojero que había recorrido a su lado un camino paralelo. Quizá la suya era la historia de un infortunio. Imaginaba el profesor cuántas veces se había quedado Nizet a las puertas de un descubrimiento asombroso. Y se sintió hermanado en el desasosiego del fracaso, en la impotencia de haber sepultado la vida para no lograr nada. Y entonces Rossum se recordó a sí mismo tendido sobre el suelo de la biblioteca de Mafra. Se vio atrapado en el laberinto de su mente ante aquel problema sin salida. Y le concedió al Destino que él también podría haber perdido la razón si la razón no le hubiera bastado para domeñar el caos.

Pero justo cuando Nizet abrió la puerta del todo, el caos estalló. Y lo que Rossum vio aniquiló la piedad. Lo que Rossum vio pulverizó la vida.

Quizá era yo el pulverizado. Tuve que parar de escribir cuando me di cuenta de que me encontraba en el mismo punto del mapa de la vida que el pobre Rossum. En el lugar en el que la latitud de tu pasado se cruza con la longitud de tu futuro para cambiarte las coordenadas. Mi viejo profesor iba a reencontrar a su hija. Y yo estaba a una noche de volver a ver a mi padre. Ya ni eso. Había dejado pasar más de la mitad aferrado a mis teclas. Con el feticchismo absurdo de quien convierte sus palabras en amuleto. Sencillamente no podría hacer otra cosa. Rossum me golpeaba por dentro para salir. Guíaba más que nunca mis dedos. Arañaba el interior de mi cráneo. Como el octavo pasajero de la Nostromo. Era mi Alien y me poseía. Era mi Alien y me utilizaba.

Y allí estaba yo. Insomne y sudoroso aporreando el portátil. Hasta que una frase me colocó en el borde mismo del abismo y tuve que pararme. Lo que Rossum vio pulverizó la vida. Ése era mi miedo: que me pulverizara volver a ver a mi padre.

Me iba a encontrar con mi fantasma, iba a dibujar los contornos del hombre borroso, iba a plantarme ante la persona a la que más había querido y a la que más había odiado. Y ya no sabía si me sentía como ese Rossum incierto o como la muy ciertamente despedazada Mecánica. Como los dos, supongo. Y luego estaba aquella repugnancia. Aquel olor nauseabundo que a veces emana desde el submundo de nuestra vida, desde ese lugar donde se pudren las cosas. Aquella bola de asco bajo el ombligo. Me acordé de Schiller, que para inspirarse guardaba en un cajón de su escritorio manzanas podridas. Así recordaba que eso era el mundo al fin y al cabo. Cuentan que cuando su amigo Goethe las olió, le entraron ganas de suicidarse. No se puede negar que las manzanas inspiraban. Ni que los que escribimos nos alimentamos de lo que se nos muere y de lo que nos mata. De nuestros terrores.

Quizá por eso ahora que estaba tan cerca de mis fantasmas vitales se revolvían los otros, los de palabras. Era como si Berkeley hubiera fortalecido a Rossum. Como si aquel universo de ciencia espoleara su espíritu. Como si el profesor necesitara que yo le diera un último impulso. Y así acabar al fin. Acabar con el dolor y la ausencia.

Acabar, acabar ya. Sólo quería eso. Pulverizar la ausencia de mi padre.

Hubiera deseado llamar a Arnau para contarle otra vez que tenía miedo. Que estaba nervioso. Que sabía que estaba en uno de esos momentos únicos de la vida donde todo cambia. O todo se queda igual y se te pone cara de tonto al ver que no ha pasado nada. Y es casi peor. Porque has hipotecado tus emociones a un instante vacío. Aunque aquella noche agitada no podía pretender engañarme. Yo sabía que la vida sabe. Que siempre sabe cuándo llega la hora de soltar la hoja de la guillotina o de tejer la corona de laureles. Sabía que la boca del estómago es el barómetro

perfecto de las presiones vitales. Que se teme porque te importa. Que para que algo te duela, antes tiene que tocarte.

Y sabía que Rossum estaba a punto de sucumbir a la locura. De pincharse con la rueca con la que una diosa hilaba su futuro. A veces me daba por pensar que era Rossum el que resultaba herido y yo el que sangraba. O al revés. Que su historia no era más que la cicatriz de mi fracaso. De ahí viene todo, ¿no? Del momento alquímico en el que la sangre se vuelve tinta. Por eso escribimos, supongo. O para jugar a enmendar la vida. O para vivir de otro modo. O porque hay historias que nos eligen. Nos poseen. Nos toman. Como a mí me habían tomado Rossum y su Mecánica.

Posesión era una forma bastante exacta de definirlo. Y como un poseso seguía escribiendo. Era un impulso, un arrebato. Mis dedos exigían descargar su furia en el portátil del mismo modo que mis pulmones me pedían aire. Inconsciente y necesario. Veinte inhalaciones por minuto. Doscientas cincuenta pulsaciones en el teclado. Y la historia de Rossum galopaba. Como si ya conociera el camino. Como si yo, que era el jinete, llevara las riendas pero no el mapa. Así escribía. Con el viento en la cara y el ruido de los cascos mezclándose con el de las teclas. Escribía porque lo necesitaba. A pesar de todo lo que había pasado. A pesar del manuscrito y del miedo y de cómo la locura de Rossum me había infectado y me había dado la vuelta y me había traído hasta Berkeley a buscar a mi padre. A buscar a mi padre.

Joder. Mi padre. Todo siempre acaba señalándole. Era el norte que me imantaba. Fritz había conseguido estar en todo, estar siempre sin estar nunca. Me había envenenado de tal manera con su ausencia que estaba más presente que todos los que sí estaban. Estaba hasta en lo que escribía. Pero colarse en mi novela no era lo más sobrehumano que Fritz había hecho. No. Era más inquietante cómo se había infiltrado en mi vida. Le había sentido día tras día acechando. Remoto y vigilante. Como si pudiera controlarme en cada párrafo de sus cartas. Los hijos, de pequeños, les suponemos a los padres ciertos poderes mágicos. Mi madre tenía el don de adivinar el final de todas las películas. Fritz el de hacerse corpóreo en la distancia. Pero no como el padre cariñoso que emigra por necesidad y cada día llama preguntando si a su cachorro ya le han salido los dientes para defenderse del mundo. No. Mi padre no velaba por mí. Mi padre me hostigaba con todos los ojos de Argos. Abiertos y expectantes. Y llenaba de preguntas sus cartas. Casi siempre sobre las notas, los test de inteligencia, los progresos escolares. Preguntaba y preguntaba. Hasta que dejé de contestar. Y aun así, siempre tuve la desagradable sensación de que conseguía las respuestas que necesitaba. Cuando me felicitó por mi primer reportaje, supuse que se lo había mandado mi madre. Pero no quise indagar. No quise saber demasiado para no saber de más.

Así me he pasado la vida. Viendo a Fritz sin verle. Sospechando. Aún recuerdo que pensé en él la primera vez ante un internet todavía antediluviano, con aquellos textos mastodónticos y esas páginas del Cuaternario que tardaban en dibujarse más que un bisonte de Altamira. Fritz lo utilizará para vigilarme. Se lo dije a Diego. Estábamos en un aula escondida de un departamento de batiburrillo que se llamaba periodismo III. El bastión de nuestro catedrático más moderno. Se suponía que el tipo enseñaba hermenéutica, pero nos había obligado a hacernos en un espacio diminuto con veinte ordenadores para descubrirnos una cosa que llamaba World Wide Web. Toma. Aunque el mayor misterio era que había que esperar mucho con la inquietud ante el horno del cocinero primerizo que no sabe cómo va a salir el plato. Y en aquellas esperas infinitas yo siempre creía ver el contorno de la sombra de mi padre.

—Joder, Diego... A mí esto me ha dado mal rollo. ¿No puede llegar a ser un gran hermano universal? Es el engendro perfecto entre Orwell y Asimov. Este invento militar de la tela de araña y la interconexión tiene algo que me suena a amenaza...

—No sé. Más bien me parece un caos, ¿no? Vale, hay mucha información y las universidades colocan sus textos y sus estudios y sus tesis y blablablá... Pero ¿dónde está el índice? Sin índice es un puto lío. O me dan un tesoro o no hay dios que lo controle.

—Sí. No lo había pensado... Es cierto, es como un laberinto. —Pensé que a Borges le habría fascinado—. ¿Sabes de lo que me he acordado? Me he acordado del tío aquel que en los setenta pirateaba llamadas telefónicas para Steve Jobs y Wozniak... Ese al que metieron en la cárcel... ¿Cómo se llamaba? —Sabía que tenía un nombre ridículo como de caja de galletas, de Granola. Pero la información inútil era la especialidad de Diego. No fallaba.

—Coño. El Capitán Crunch. Mítico. ¿Y qué tiene que ver?

—Pues que igual que el tío puede entrar en la línea telefónica de otro y llamar al Vaticano y preguntar por el papa a las tres de la mañana, supongo que con esto de internet podría entrar en tu ordenador por el teléfono y saber qué hay dentro.

—A ver, Leo... un poquito retorcido ya es... pero a lo mejor tienes razón. Y el invento dichoso sirve para dejar que nos cuelen cualquier cosa en el ordenador. O que nos espíen...

—Sí. No sé. Me viene porque es una sensación que conozco muy bien. Es la que tengo siempre con mi padre.

—Cojonudo. A partir de ahora le llamaremos Fritz Crunch.

Fritz Crunch. Como un hacker sentimental. O como un vampiro de mis neuronas. Así le había sentido desde que se fue: emboscado en algún pliegue de mi vida, dispuesto a materializarse a la vuelta de la esquina.

Me pregunté en qué se parecían el espectro que había construido y el científico que se había atrincherado en Berkeley hacía décadas. Quizá dormía a pocos metros en aquella residencia de profesores. O quizá no dormía y estaba como yo. Con los ojos abiertos como las cicatrices. Le imaginé, por un momento, nervioso. Y me metí en el baño para buscar su cara en la mía, la inquietud de sus pupilas en las que el espejo me servía reflejadas. Os parecéis tanto... Tanto que esta noche quizá él también temblaba. Como el mago de Oz antes de que se le desplomara la tramoya.

Como siempre sucede, justo cuando me mojé la cara para refrescarme, sonó el teléfono. Era Alicia. Alicia empeñándose en alimentar la amistad a pesar de la distancia. De todas las distancias. Nos separaban miles de kilómetros y tres cuartos de la esfera del reloj. Salí en estampida. Calculando que mis cinco de la madrugada la pillaban casi a la hora de comer. Preguntándome dónde estaba.

—Leo... ¿Te he despertado?

—No, no te preocupes.

—Es que llevo todo el día pensando en cómo te irá allí. Si ya habías visto a tu padre y eso... Arnau me ha dicho que hoy era el día.

—Nos vamos a encontrar luego...

—¿Qué hora es allí?

—Las cinco y cuarto.

—Joder. Claro... Costa Oeste. ¿Y estabas despierto?

—Sí. Me he levantado pronto. —No quise decirle que no me había acostado. El catálogo de mentiras piadosas para aquellos a los que quieres.

—Ya. No habrás dormido muy bien..., ¿no?

—Un poco raro. Estoy nervioso.

—Bueno... piensa que mañana a estas horas estarás más tranquilo. ¿Qué digo a estas horas?

Antes.

—Gracias.

—Me gustaría estar ahí contigo, Leo. Me gusta saber que haces lo que haces...

—Gracias, Alicia... Para mí es importante. Oye... ¿dónde estás?

—Estoy en el Congreso... Me ha caído la sesión. Apasionante.

—Si quieres nos cambiamos.

—Mejor no... A ti las fotos siempre te salen desenfocadas. —Se notaba en su voz su intento por tranquilizarme, por hacerme pensar en otra cosa. Y respondí como se esperaba, riéndome. Y noté que mi risa la iluminaba. Ella era así, resplandecía a nueve mil kilómetros de distancia—. ¿A qué hora has quedado con Fritz?

—Verás... Tengo una especie de cicerone que me quiere enseñar lo-que-nunca-se-ve-de-Berkeley. Wow. —La onomatopeya me salió genuinamente yanqui—. Ya te contaré. Este lugar es impresionante.

—Visita turística a lo prohibido. Haz fotos con el móvil.

—Creo que los requisan.

—¿De verdad?

—No, joder... Es broma.

—Bueno. Te lo acepto porque mientras que me tomas el pelo te olvidas de que estás nervioso.

—Contigo me olvido de todo lo malo, Alicia...

—¿Por qué no te das un baño para relajarte antes del desayuno? Te da tiempo, ¿no?

—Sí. Supongo.

—Pues haz eso... Me tengo que ir, Leo. Llámame cuando acabes. No importa la hora.

—Te llamo.

Habría vuelto a llamar nada más colgar. Para nada. Para repetirle que con ella me olvido de todo lo malo. Que soy mejor a su lado. Pero me conformé con fotografiar por la ventana el amanecer incipiente. Con cuidado de que la imagen saliera borrosa. Para mandársela y que se riera de nuevo. Y que el eco atravesara el océano y la distancia que nos habíamos impuesto y las horas que nos separaban. Las horas... A mí me quedaban muy pocas. Ya no había tiempo para dormir. Tampoco me hacía falta. Ni habría podido. Tenía a Fritz carcomiéndome. Se peleaba con Rossum en algún punto entre los pulmones y el estómago. Habría sido más fácil de señalar en el cuerpo de Mecánica.

Alicia tenía razón. Me iba a dar un baño. A sumergirme en el agua antes de sumergirme en el futuro.

Me confié al poder terapéutico de Alicia. De las palabras. Y del agua.



Hay otro campus bajo el campus de Berkeley. Una universidad subterránea y artificial donde la ciencia es lo único importante. La Corporación excavó en la soleada tierra de California un búnker donde la luz de la sabiduría resplandece aún con más fuerza que en el exterior. Y allí me llevó Park, directo a la madriguera hasta el País de las Maravillas Tecnológicas. Allí me asombré, en el agujero del que habían surgido tantas mentes iluminadas por el genio.

—Te sorprendería saber quién ha estado aquí. —Park iba enseñando acreditaciones, dejando la huella de su índice en cerraduras electrónicas, abriendo puertas, recorriendo pasillos—. Steve Jobs pasó mucho tiempo en la biblioteca que ahora te voy a enseñar.

—¿Antes o después del garaje?

—Digamos que ése es un dato irrelevante. Y que en un momento decidió marcharse porque pensó que su trabajo sería más provechoso para la sociedad fuera que dentro. Eso nos ha pasado más veces. Con Sagan, por ejemplo. Y la verdad es que tenemos que agradecerle lo mucho que hizo para que no se nos viera como a bichos raros. A los científicos, me refiero... Tenía razón... Era absurdo desperdiciar su don para divulgar... Así que lo mejor que podía hacer era sacar a la luz el saber y no enterrarlo. Tú eres de esa generación. ¿Veías Cosmos?

—¿Verlo? Me fascinaba. —Aquel señor de flequillo tieso y jerséis de cuello vuelto cambió nuestra manera de mirar el cielo. *Cosmos es todo*. Cosmos eran también unos chavales de barrio buscando con estupor los coletazos del Halley una noche de febrero.

—Y claro, si eres de Cosmos, eres también del cubo de Rubik.

—Permítame decirle, Park, que era un maestro.

—Pues de maestro a maestro, te voy a contar una cosa. Eso sí, no me preguntes qué hacía aquí un húngaro a principios de los setenta porque te tendría que dar detalles que no puedo revelar... Lo que importa es que Enro Rubik estuvo con nosotros. Aquí mismo. Era hijo de un brillante ingeniero aeronáutico, aunque tenía cierto temperamento artístico heredado de su madre. En eso se parecía a ti... Había estudiado arquitectura pero lo que realmente le obsesionaba era la geometría, la forma en la que el espacio nos circunscribe y nos contiene. Un día vino con un cubo de madera. Tosco para lo que luego fue. Pero tenía gracia. Nos enganchamos todos. Tenías que vernos... Parecíamos niños de diez años con un juguete nuevo. Enro había inventado un puzzle adictivo. Tengo uno de aquellos prototipos en mi despacho, no sé si te fijaste.

—En su despacho tiene muchas cosas, Park. Es imposible fijarse en todo... Y Rubik... ¿por qué se marchó a Hungría? Allí la vida no debía de ser precisamente fácil.

—No. Pero eran los setenta y tenía cosas que hacer en Budapest. Esas cosas que intuyes pero

que no se pueden contar.

Había muchas cosas que no se podían contar en aquella ciudad sumergida del conocimiento. Las galerías del saber estaban pavimentadas con secretos. Y, sin embargo, no hacíamos más que cruzarnos con personas que nos saludaban, como si aquel lugar no guardara ningún misterio. Señores con batas blancas que nos decían hola con la familiaridad de quien se encuentra con un vecino que vuelve de comprar el pan. El que acababa de pasar me recordaba vagamente a Claude Rains en Casablanca.

—Es el doctor Slothrop. Especialista en óptica aplicada. Quédate con su cara porque un día le darán el Nobel. Lleva años investigando cómo el cerebro procesa y reconoce las imágenes.

—Qué interesante. Hace poco hice un reportaje en el congreso de prosopagnosia en Londres... Hablé de eso con varios neurólogos.

—Pues Slothrop te interesará. Intentaremos comer con él mañana.

Park se movía en aquel laberinto enterrado con la cotidianidad de quien lo pasea todos los días. Era su escenario. Donde yo veía enredarse una conspiración, él celebraba un proyecto que avanzaba. Donde yo imaginaba científicos esforzados en proyectos clasificados, él saludaba a colegas laboriosos. Y era cierto que no se escondían. Trabajaban en espaciosas estancias falsamente luminosas que se abrían a los pasillos centrales en grandes cristaleras. Como escaparates del saber. Al otro lado, mesas interminables colonizadas por cientos de microscopios con sus hombres encorvados sobre las lentes como tortugas miopes. Park me mostró el centro de pantallas donde recibía las imágenes de telescopios de todo el planeta y señales cifradas de satélites lejanos. Recorrimos un laboratorio detrás de otro. Algo que parecía uno de esos simuladores de gravedad cero de la Nasa y que resultó ser un reproductor virtual de movimientos. Vimos máquinas desproporcionadas para investigar partículas ínfimas. Invernaderos, aularios con mesas gigantes, ordenadores y más ordenadores. Pasamos por un increíble espacio de juegos para el recreo de esas mentes que nunca descansaban. Dejamos atrás salas donde había que esterilizarse para entrar, salas donde parecía que no entraba nadie desde el principio de los tiempos, salas que daban miedo con sólo asomarse, salas donde no había nada más que oscuridad o luz cegadora. Park me enseñó orgulloso la cámara anecoica más grande del mundo y una extraña colección de fósiles que podrían haber sido alienígenas.

Pasillo tras pasillo, fue dejando su hilo para llevarme ante mi propio Minotauro. Fritz, que había abandonado a su familia por los secretos que guardaba este Laberinto. Por esto se había ido. Por la promesa de la sabiduría. Y nosotros no teníamos un as en la manga para contrarrestar la apuesta. Era difícil competir con la Utopía. Era imposible. Por esto se fue y nos dejó y le vendió sus neuronas al Diablo de la Ciencia. Doktor Fritz Faustus.

En aquella cámara acorazada, sin referencias del exterior, perdí la noción del tiempo. No podía decir si llevábamos recorriendo corredores y doblando esquinas veinte minutos o tres horas. Quizá le había pasado lo mismo a mi padre. Concentrado en sus experimentos, en aquel claustro subterráneo, había perdido las manecillas de los relojes y las hojas de los calendarios. Quizá se había encerrado en su laboratorio y al salir se había dado cuenta de que habían pasado veinte años. Ganas de buscarle excusas. Ganas de perdonarle. Respirar aquel aire abismal filtrado tantas veces por los pulmones de mil científicos me estaba afectando. Hundido en el centro mismo de la inteligencia, me pregunté si yo habría sido capaz de no venderle el alma al Diablo Prometeo.

—Tu padre tiene un pequeño apartamento contiguo a la biblioteca AI, en el cuadrante oeste del

Campus Sub-C. Es allí donde vamos. —Nos metimos en un ascensor que parecía acorazado.

—Park... ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué Fritz y usted se quedaron aquí? Si hasta Rubik regresó a Hungría. ¿Por qué usted y él nunca volvieron?

—Sé por qué me quedé yo. Pero eso no es lo que tú quieres saber, Leo. Lo que tú quieres saber tendrás que preguntárselo a tu padre.

La biblioteca en la que aparecimos dos pisos más abajo parecía imaginada por Rossum. Hacía que Mafra pareciera una ridícula maqueta. Park era definitivamente mi cicerone en la madriguera de un mundo de maravillas. Un mundo tan extraño que temí por un momento haberme convertido en el personaje del sueño de otro. Aquel lugar no podía existir de verdad, secreto y subterráneo, bajo el plácido campus de Berkeley. Aquel espacio desproporcionado tenía que ser imaginario. Era como pasear por las ilusiones de Borges. Como colarse en el sótano del Aleph. Y, sin embargo, allí estaba. Aquella biblioteca se levantaba ante mis ojos estupefactos con sus estanterías inacabables. Vi perderse los lomos de los libros en una perspectiva infinita. Se hacían pequeños hasta quedar reducidos a puntos microscópicos. Como si el saber nunca acabara. Biblioteca AI. Cuadrante oeste. Campus Sub-C. Por un momento me pareció la dirección del Paraíso. Vale, Fritz. Tú ganas. ¿Quién tiene las armas para competir con esta promesa absoluta de Todo?

Aquella biblioteca inmensa, inabarcable, no era sólo una promesa de sabiduría. Era una garantía de felicidad. En aquel lugar anacrónico y espectral, casi pude distinguir al fantasma de mi padre buscando la respuesta a sus preguntas de estante en estante. Me sorprendía la arquitectura previsible de aquel refugio inesperado: los anaqueles de madera, las columnas de hierro que sostenían una galería sobre otra, las escaleras, los archivadores antiguos, la ausencia de pantallas. Como si alguien hubiera jugado a sepultar en el corazón de la Corporación el arquetipo de la biblioteca. Bajo las calles doradas por el sol descarado, bajo los edificios falsamente neoclásicos, se escondía la visión del más exagerado de los bibliófilos. Todo era perfecto. El silencio. La temperatura. El olor. Las mesas desgastadas. La luz suave en los atriles. Y, al mismo tiempo, todo era inconcebiblemente hiperbólico. ¿Quién había construido aquel lugar tantas veces imaginado? Se me ocurrió que la biblioteca era la materialización de la Utopía. O el cerebro de Dios. O la memoria del Mundo. O el depósito de todas las historias que habían sido y las que habrían de ser. Y entonces sentí que el manuscrito de Rossum, el que lo cambió todo, había salido de uno de esos estantes. Quizá mi padre se escondía en el lugar del que nacían todas las historias.

No, Leo. Para. ¿Te has vuelto loco? Es una biblioteca. Muy grande, está bien. Subterránea, vale. Eso hace que sea raro. Pero nada más. Las historias nacen de donde nacen. No hay nada sobrenatural aquí. Nada.

Lo que era seguro es que aquel decorado libresco era el refugio perfecto para mi Minotauro. Había elegido para esconderse el núcleo mismo de la sabiduría. Bien jugado. Siempre podría alegar que se perdió intentando volver a casa. Que se quedó leyendo sin darse cuenta de que los años pasaban. Y yo, que tanto tiempo había perdido ganándolo con las palabras, me vería obligado a entenderle.

No sé cuándo apareció. Puede que hubiera estado desde el principio. Puede que mi vista tuviera que adaptarse a aquella luz polvorienta. Pero allí, al fondo de una mesa tan larga que

podría haber acogido cien últimas cenas, estaba mi padre. Mi padre. Minúsculo y lejano. Doktor Fritz Faustus.

Ni siquiera me di cuenta de que Park había pasado su mano por mi hombro. Como el primer día.

—Ahora comprenderás mejor por qué somos como monjes. Éste es su claustro. Te esperaré fuera. Cuando salgas, pregunta en el piso menos uno por la salida. No importa lo que tardes. Te estaré esperando. Pero no tengas prisa. Recuerda lo que te dije que me enseñó tu padre: por cada media respuesta surgen cien preguntas. No intentes contestar a todas.

Park desapareció en el ascensor y yo me quedé petrificado. Colgado de mi única pregunta. ¿Por qué te marchaste? ¿Por qué no volviste cuando llegó el verano? Mis ojos debieron de humedecerse ligeramente. Sentí ese nudo corredizo que se ajusta en la base de la garganta cuando reprimimos las lágrimas. Y por un momento, mi mirada afinó su enfoque sobre la figura que esperaba en el lejano cabecero de la mesa. Como cuando las lágrimas hacen de lupa sobre la córnea. A veces el llanto tiene eso, que se convierte en lente correctora.

Y a pesar de todo, Fritz seguía siendo el hombre borroso. Me costaba distinguir su figura en aquella galería tapizada de libros. Parecía tranquilo. Juraría que llevaba las mismas gafas de pasta. ¿Qué era lo que hacía con los dedos sobre la mesa? ¿Tamborileaba? Recordé vagamente que le gustaba escuchar las suites inglesas de Bach en el tocadiscos del salón. Cuando había poco más que un sofá y una mesa y el sonido retumbaba. No hay música más matemática que ésta, decía. Quizá eran esas partituras desintegradas en fórmulas las que ahora resonaban en su cabeza. Quizá no sonaba nada. Quizá también estaba nervioso. Pero jamás lo sabría si no daba un paso. Un puto paso. El primero. O el último. El definitivo. El que me había costado años. Ya no podía hacer otra cosa. Y empecé a caminar hacia mi padre mientras buscaba en mi cabeza una frase. La frase. Le había dado mil vueltas desde el momento en el que embarqué en el avión. Desde antes. Pero no la había encontrado. Llegado el momento se revelará. Te la dictará el instinto. Ja. El instinto se había quedado sin habla. Y ahora quería encontrar en un puñado de pasos las palabras que se me habían resistido durante kilómetros. Bien, Leo. Eres la previsión personificada.

Pero no me hizo falta decir nada.

Fritz me recibió con un abrazo que llevaba latente veinte años.

Se levantó. Se acercó en silencio y me estrechó sin darme apenas tiempo a mirarle de cerca. Y me pareció injusto. Quería cauterizar las heridas de tantos años con un abrazo. Uno único que aspiraba a resumir todos los que me había negado. Y no me valía. No me bastaba para perdonarle. No era suficiente con sus palmadas de camarada en la espalda. Mi omóplato izquierdo era incapaz de reconocer la firmeza sincera de su mano, que quería declararse amiga. Y, sin embargo, me tuve que rendir cuando sus dedos en retirada se pararon sobre mi pelo. Fue apenas un gesto, pero un gesto muy antiguo. Dos toques furtivos para despeinarme que me arrojaron a un túnel del tiempo. Me vi precipitándome en un pozo que terminaba con un Leo de nueve años disfrazado de protón sonriente. La memoria del cuerpo es, a veces, demasiado obstinada. Como si la epidermis supiera más que el cerebro.

No sé si se dio cuenta de lo que había provocado. Supongo que sí. Igual que yo percibí cómo intentaba ocultar sus nervios con su efusiva ceremonia de recibimiento. Cómo le azotaba un temblor profundo y crepitante, un temblor de leño viejo quebrándose por dentro. Y a pesar del estremecimiento y del dolor y de la añoranza y del miedo, nos aferramos como dos boxeadores

cansados que ya sólo luchan para retrasar la siguiente tanda de hostias. Muy posiblemente los dos calculábamos cuánto se puede prolongar un abrazo. O tratábamos de evitar la primera frase de una conversación durante tanto tiempo retrasada. Joder. Fritz. Yo soy el hijo. No me pidas que haga también esto.

Fue como si me hubiera oído.

Se separó de mí y dio un paso atrás. Para mirarme. Para dejarse ver. Para hacerse carne. Carne enjuta y pálida y marchita.

El hombre borroso se había enfocado. El hombre borroso enfocaba a su hijo. ¿Era una sonrisa ese gesto leve? Era una sonrisa que contradecía su mirada. Fritz Brock tenía los ojos tristes.

Muy listos, los Brock. Expertos en expansión ampliada de la desdicha. Triste el padre y triste el hijo. Pero no había sido yo el que me había ido. No. Habías sido tú. Sin previo aviso. Sin explicarte. Como un cobarde.

Él dijo gracias y yo dije por qué.

Gracias por haber venido.

Por qué te fuiste.

Nuestras palabras chocaron como isotopos de uranio saltando en mil pedazos. Con una reacción en cadena que contenía toda la energía de años y años de ausencia. Su gracias contra mi porqué. Sus ojos tristes contra los míos.

Hay momentos que nunca son como los imaginas. Momentos que te desbaratan todas las previsiones. Me había pasado media vida esperando éste y lo habíamos reducido a unas pocas palabras colisionando violentas en el eco de una biblioteca subterránea. Confié en que mi instinto solucionaría la papeleta. En que algo se iluminaría cuando por fin le encontrara. Pero no hubo instinto. Ni iluminación. Ni encontré nada más que dolor. Un dolor mucho más intenso de lo que vaticiné. Un dolor como el de Rossum. El dolor del que se hace consciente de la pérdida.

Sí, joder. Yo te quería. Te quería como quieren los niños. Sin condiciones. Y tú te largaste de un día para otro. De un día para otro y para siempre. Sólo que, claro, me dijiste que volverías. Que estarías de vuelta aquel verano. Que sólo estarías fuera unos meses. ¿Te acuerdas? Le dijiste eso a un niño de nueve años. De nueve putos años. A un niño que quería ser como tú. Y luego nunca volviste. Nunca. Ni nos trajiste contigo. Si esto era tan cojonudo, ¿por qué no hiciste para que viniéramos? ¿Por qué nos quisiste tan poco, joder?

Esta vez sí lo había dicho. Lo había soltado sin frenarme. Sin pararme a pensarlo como hacía siempre. Se lo había escupido con toda la impotencia, la ira, el reproche y el desamparo del que ha sido abandonado. Se lo había lanzado pero no había llegado el desahogo. El vacío que dejaron las palabras sólo sirvió para hacer sitio a más dolor. Los Brock, especialistas en progresión geométrica de la desdicha.

—Leo, yo os quiero muchísimo. Me dolió tanto... me duele tanto como a ti. Déjame que te lo explique.

Fritz hablaba tan bajo que me costaba entenderle. Había olvidado ese acento tan peculiar, un inglés de la Costa Oeste vagamente infectado de alemán. Aunque puede que no fuera tan marcado cuando yo era pequeño. O eso o mi oído infantil lo disculpaba. Mi oído de adulto podía tolerar casi cualquier inflexión, pero no una excusa hueca. No un por-tu-bien. Me puse ese límite sin terminar de determinar a qué estaba dispuesto. ¿Para esto has hecho más de nueve mil kilómetros? ¿Para esto has recorrido media vida, años de ausencia, todas las estaciones intermedias entre la

rabia y la pena? ¿Para esto? Déjale hablar, Leo.

—No voy a hablarte del dolor, ni del arrepentimiento, ni de cómo te he echado de menos, Leo. Eso está ahí. Es mío. Y es mi culpa. Así que cargo con ella. Con ésa y con más. Como no haberte explicado nunca que de verdad pensaba volver aquel verano. Eso creía cuando me llamaron de la Corporación para reincorporarme a Berkeley. Estaba convencido de que serían unos meses. Luego todo se torció... Bueno, no se torció. Pasó justo lo contrario. El Experimento fue bien. Y me tuve que quedar. Sin que me dijeran por cuánto tiempo.

—¿Y no podías habernos dicho eso? Sólo la verdad. En una de tus cartas... Tan fácil como un «no podré este verano, hijo. Tendré que estar aquí unos meses más».

—Ése era el problema. El proyecto en el que me embarqué era tan grande que no podía calcular cuánto tiempo más iba a ser necesario. No me lo decían. Nadie se atrevía. Al principio pensé que sería un semestre. Un año como mucho. Pero que en cualquier caso dependería de mí. Que trabajando duro progresaría y podría volver a Madrid. Y luego me di cuenta de que estaba equivocado. Estaba en una trampa, en una paradoja lógica imposible: cuanto más trabajaba, mejor iba el Experimento y cuanto mejor iba, más tenía que trabajar. Se abrían caminos y posibilidades con una facilidad increíble. Una cosa llevaba a la otra... En aquellos meses, soñaba una y otra vez que vivía encerrado en un caleidoscopio infinito. Así estaba. La vastedad del proyecto era inabarcable. Casi como esta biblioteca. Aquí me he encerrado días, semanas, meses... Sin separar la mirada de mis libros, mis cálculos, mis hipótesis... Avanzando siempre sin moverme nunca. Sólo me mantenía la esperanza de que estudiando, profundizando en el problema, estaba dando los pasos necesarios para volver con vosotros. Acerté en todo lo demás y me equivoqué en lo esencial... en esto. El Experimento tenía su propia vida. Avanzaba. Triunfaba. Iba mejor de lo previsto. Y necesitaba de mi dedicación. De mi dedicación absoluta.

—Fritz... Yo también necesitaba de tu dedicación... Y fíjate, no hacía falta que fuera absoluta. No sé qué era el maldito experimento... Es sólo que, me vas a disculpar, ¿eh?, no puedo imaginar qué era tan importante para dejar a tu familia tirada... No puedo.

—Leo, el Experimento era el proyecto más ambicioso que ningún grupo científico ha llevado a cabo. Dicho así suena petulante. Suena a locura. Pero el Experimento es la razón de ser de este lugar. Por eso estamos aquí. Y a eso me consagré.

—Y nos abandonaste.

—Aunque no lo creas, no os abandoné... Lo hice por vosotros, Leo. Por ti.

—Sí, claro. Cuéntame la patraña de que todo era por mi bien.

—Era por tu bien. Terminarás entendiendo que era por tu bien. Por el de todos.

—Joder. Claro, era por el bien de la humanidad. Y yo soy un miserable egoísta porque quiero robarles a su científico. Y sus putos avances. Y el secreto de la eterna juventud. O de la inmortalidad. O lo que sea ese experimento tan importante por el que tenías que dejarnos. Por Dios... escúchate. Hablas como un Mesías loco, papá.

Lo había dicho. Por alguna razón le había tirado a la cara el título de padre acompañado de todos los reproches del condenado a ser huérfano.

Fritz no se movía. Estaba quieto en la cabecera de la mesa. Apoyado en sus brazos huesudos. Con la cabeza ligeramente hundida de quien ha pasado más horas enterrado en los libros que asomado al mundo. Ahora miraba a su hijo. Aquel tipo furioso y despechado en el que me había convertido. Frente a mí: Fritz Brock, mi padre, el ausente, el querido, el odiado, el añorado. Era

un Minotauro exhausto. Como si la ciencia, la sacrosanta ciencia a la que se había consagrado, le hubiera chupado la vida. Tan demacrado y rendido como mi profesor Rossum. Como un Tesla crepuscular desposeído de todo. Sólo que a mi padre lo que le había jodido la existencia era el éxito. Fritz Brock, el triunfador derrotado, el salvador perdido.

Joder, papá... yo te quería. Y te fuiste.

Esta vez no lo dije. Lo pensé. Y pensé en las muchas veces que deseé que ganara un Nobel sólo por verle en la tele. Así era de estúpido de niño, ya ves.

—Yo sólo quería estar contigo. —Por alguna razón, saqué una venda de palabras en medio de tanta herida. Porque le vi vulnerable. Humano. O porque nos parecíamos tanto que nuestro dolor también se parecía.

—Leo, no podemos elegir a nuestros padres. Pero tú eres el hijo que yo hubiera elegido.

En el código de mi padre, eso era un te-quiero. Habían pasado muchos años, pero yo lo sabía. Él era así. Era así en sus cartas, en su elogio constante de la inteligencia. Ésa era su manera de enfrentarse al mundo, parapetado en sus escudos cartesianos, armado de sus dos ejes perfectos para medir cualquier aspecto de la realidad. Eso debía de estar haciendo en aquel instante, porque se quedó abstraído, como si pudiera ver las moléculas que nos rodeaban y nos construían, los átomos, los electrones, los fotones que habían saltado con nuestras chispas, los neutrinos que nos atravesaban, la más ínfima de las partículas. Y todavía en trance, empezó a hablar de lo que elegimos y lo que no elegimos.

—No elegimos a nuestros padres, ni lo que nos gusta, ni aquello para lo que somos buenos. No elegimos de quién nos enamoramos... ni a nuestros enemigos. No elegimos nuestro color favorito, ni la música que nos emociona, ni nuestra novela preferida. Ni elegimos entre ciencias o letras, ni nuestros talentos, ni nuestras debilidades. Por no elegir, no elegimos ni nuestros pecados. Ni el país en el que nacemos, ni el nombre por el que nos llamarán todos esos a los que queremos y a los que tampoco elegimos. La vida nos elige, Leo. Nos toca, nos machaca o nos acaricia. Tú no elegiste quedarte solo, ni yo pude elegir quedarme con mi familia. No pude, Leo. Porque la ciencia me había elegido y se cuidó mucho de amarrarme. De atarme fuerte para que no pudiera escaparme. Te sorprendería saber cuántas veces he pensado que si hubiera podido elegir entre todo lo que me dieron sin pedirlo, habría elegido renunciar a este instinto científico. A esto que durante años me hizo tan feliz y que estructuró mi vida... Cuando era joven fue una bendición. Luego, lo sentí como una bendición maldita. Así que aquí me tienes ahora... Debería estar satisfecho. Se supone. Hemos logrado algo grande. Algo bueno. Hemos dado el salto. Pero me siento vacío. Como un monje que hubiera consagrado su vida a Dios para descubrir en el último momento que no existe. Y la paradoja es que el Experimento existe, claro que existe... Y es un éxito. Pero para eso he tenido que sacrificar mi propia vida... No ha sido fácil para nadie. Hemos salido todos heridos. Sólo que tu madre y yo sabíamos lo que hacíamos... Pero tú eras un crío.

—¿Y por eso ahora vives torturado, apartado de todo? ¿Qué te hemos hecho todos? ¿Eh? ¿Qué te ha hecho el mundo? ¿Por qué te escondes en una biblioteca? Bueno, en este Laberinto... Park me ha dicho que tienes un apartamento aquí y que apenas sales. Que ya no das clase.

—No tengo muchas razones para salir. Esto es más interesante. Vamos, Leo... sé cómo funciona tu cabeza... seguro que a ti también te lo parece.

—Sí. Sabes mucho de mí.

—De tu inteligencia...

—Mi inteligencia... Joder... es lo único que te importa.

—Es lo Único que importa, Leo.

Nunca había tenido otra preocupación. La inteligencia. Ésa era su religión y su fe. El primer mandamiento de la Corporación. Honrarás las neuronas sobre todas las cosas. Ésa era su medida del mundo. La inteligencia, su metro de platino iridiado. Como si en la vida no existiera otra cosa. No para él. Mi padre lo había apostado todo al cerebro y había perdido el corazón. No sé si se arrepintió cuando el no-va-más cerró el juego. Es-lo-único-que-importa. Lo dijo y comprendí. Eso era el experimento.

—Dime, el experimento tenía que ver con la inteligencia, ¿no? ¿Qué era?

Mi pregunta a bocajarro. Su silencio. El mago Fritz reajustando los decorados de Oz. Una pausa. Eterna. La demostración familiar de que el tiempo es relativo. Su mirada que no dice nada. Mis palabras que lo dicen todo. Qué era el maldito experimento. ¿Qué es?, me corrigió él cuando decidió hablar. Y comenzó a explicar lo inexplicable.

—A estas alturas, tú ya habrás comprendido que la única finalidad de la Corporación es velar por la Inteligencia. La Inteligencia es la única potencia perpetuadora de la vida. La única. No es la pulsión animal la que nos mantiene, Leo. No es sólo ese ansia que llevamos en el ADN que nos obliga a reproducirnos. Lo que asegura el éxito de nuestra especie es la mente. Esa diferencia con el resto de seres es la que nos coloca en nuestro lugar. La inteligencia, aun pervertida, manchada, echada a perder por las pasiones, es una fuerza superior. Nos ha salvado siempre, Leo. La Corporación se crea con el fin de estudiar esa inteligencia. Estamos aquí para destripar sus secretos. Cada uno aporta lo suyo. Pero la finalidad es la misma: buscar los mecanismos con los que se alimenta para mejorarla, determinar cómo se trasmite, cómo se mejora y cómo se echa a perder.

—Espera, espera, espera... Cuando de niño mandabas todos aquellos test de inteligencia me estabas utilizando para vuestros estudios. —Algo se me revolvió en el estómago. La mera posibilidad me hacía sentirme una cobaya.

—Sí. En cierto modo... Ése era nuestro campo de estudio. También el de tu madre... pero cada cosa a su tiempo.

—¿Cada cosa a su tiempo? Soy tu hijo, Fritz... A veces parece que no te das cuenta.

—Me doy cuenta perfectamente, Leo. En cualquier caso, esos test no te hacían daño. Tus resultados eran admirables. El propio Park, con quien parece que te llevas tan bien, estaba impresionado. Has hecho que me sintiera muy orgulloso desde que eras pequeño.

—Sí, pero de lejos.

—Sí, de lejos. Porque tuvo que ser así. Después de los primeros años en Madrid, la Corporación me reclamó aquí. Estábamos llegando al punto culminante de la investigación. A ese momento único en el que la tecnología da un salto.

—¿Y qué estabais inventando? ¿Cajas con inteligencia de regalo para vender a la gente?

—Más o menos. —Mi padre era un loco. O yo era un idiota. O las dos cosas.

—¿Más o menos? ¿Vas a vender inteligencia embotellada? Permíteme que te diga que lo tienes jodido.

—Verás, Leo... Durante más de cuarenta años la Corporación se ha dedicado a lo que después se ha llamado Inteligencia Artificial. A nosotros nunca nos ha terminado de gustar el término. Tiene cierto regusto de falsedad. De hecho, durante mucho tiempo lo llamamos Inteligencia



Inducida. Aunque tampoco es exacto para explicar el proceso. Siempre me pareció que inducida sugería que nos dedicábamos a inyectar inteligencia en cerebros ajenos. Y aunque tenemos un departamento muy potente de neuropedagogía, desde hace ya muchos años nuestro interés máximo está en el germen. En cómo surge la inteligencia y cómo se desarrolla.

—Pero... hay una cosa que no entiendo. Tú eres físico... ¿Qué tiene que ver eso con todo esto?

—Todos tenemos que ver, Leo. Tu madre es lingüista y se dedicaba a lo mismo. Estudiaba cómo el lenguaje y su uso determina y revela la inteligencia del sujeto... Tiene un impresionante estudio en el que demuestra, a partir de las palabras que utiliza, que Julieta tiene un cociente intelectual muy superior al de Romeo. Aquí todo vale para lo mismo... Lo mío también. Soy especialista en computación cuántica.

—Fritz, la computación cuántica es como el puto gato de Schrödinger... No es más que una especulación... Es sólo teoría. Sencillamente, no existe.

—No existe fuera, Leo.

Fuera y dentro. Nuestros dos mundos no corrían al mismo ritmo. No. Mi padre me estaba contando en serio que su especialidad era la computación basada en partículas... Ceros y unos hechos de átomos. Eso no era posible. No existía más allá de la teoría. No se había inventado todavía.

—Somos capaces de producir procesadores increíblemente pequeños, estables, potentes y asociativos. Para ser más exactos, Leo, llevamos años fabricando lo más parecido a una neurona que hay en la tierra. Así que sí, se puede decir que producimos inteligencia.

—Me tomas el pelo.

—No. Leo, tú sabes que hay muchos inventos que llevan años de vida experimental antes de salir a la luz. Park te habrá contado lo de Jobs y lo de las pantallas táctiles, que le encanta.

—Lo de Jobs, sí. Y lo de Rubik... Lo de las pantallas, no.

—Bueno... es uno más de nuestros inventos. Esos hallazgos a los que llegas buscando otra cosa, pero que terminan triunfando porque tienen una aplicación práctica inmediata. Nos pasó con la pantalla táctil, con el 3D de los cines, con la compresión de los archivos de audio, con el ratón, que también es un invento nuestro. Y luego está lo de la web... lo utilizábamos para compartir información...

—Ya. Es decir, que excepto la pizza, los otros grandes inventos de la humanidad son cosa de la Corporación.

—Se podría decir que sí.

Mi padre respondió como si no hubiera ironía en mis palabras. Pero luego se dio cuenta de lo que le había dicho. Y se rió a destiempo. Y me recordó al hombre que en la foto del despacho de Park parecía feliz y risueño.

—Vale... Acepto que habéis inventado todo lo que quieras. Hasta la rueda. Acepto que trabajes en computación cuántica. Acepto hasta que tengas de mascota a un gato vivo y muerto al mismo tiempo. Vale. Me lo quedo. Pero ¿me puedes explicar qué hacías exactamente en esta fábrica de neuronas que era tan absolutamente imprescindible?

—Verás, nuestro objetivo era llegar a un momento único. El momento en el que la inteligencia creada supera a la creadora. Cuando por fin conseguimos sintetizar transmisores de inteligencia, comprendimos que estábamos ante la siguiente etapa: combinarlos en mecanismos

ultrainteligentes. Superiores a nuestro propio cerebro. Superiores. Esos mecanismos darían lugar a una eclosión de inteligencia... Y ése sería por fuerza nuestro último invento. Sería la expansión total de la sabiduría, Leo. ¿Te das cuenta? Los organismos ultrainteligentes serían capaces de crear mecanismos todavía más sofisticados.

—Y nos borrarían del mapa.

—No seas ingenuo, Leo. Tú no puedes serlo. Ése es el viejo cuento de autómeta malvado que destruye a su creador. Nosotros estamos hablando de inteligencia pura, suprema, desprovista de vicio. Inteligencia sintética que sirve para multiplicarse a sí misma. Cantidades ingentes de inteligencia superior a la nuestra para resolver nuestros problemas.

—Pero eso es imposible.

—No, Leo. Eso es lo que decían los que vieron las primeras máquinas de calcular... que no podía haber un mecanismo que hiciera operaciones complejas. O los que no se creían que Deep Blue pudiera ganar a Kasparov. Y ganó. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de que él mismo no se lo podía creer? Decía que Deep Blue no jugaba como una máquina. Y ése era el secreto. Reventar el test de Turing. Saltarse los parámetros y los complejos. Es lo que hace la Corporación. Buscamos el salto. La Singularidad. Fabricamos inteligencia. Y es mejor que la nuestra. Es pura. Buena en sentido absoluto. Sin resquicio para la mezquindad o el egoísmo.

Fritz parecía un monje iluminado. Congregación de la Santa Sinapsis de Nuestra Señora de la Materia Gris. Le vi arrastrado por aquella vehemencia inesperada y comprendí que ésa era la pasión a la que se había consagrado. Había sacrificado su vida por la inteligencia. Sólo que también había sacrificado la nuestra.

—¿Y lo habéis logrado? ¿Habéis dado con ese mecanismo ultrainteligente que nos salvará de todo?

—No. Pero somos capaces de fabricar inteligencia tan sofisticada como la humana... Incluso con ratios superiores a la media. Y con mayor grado de pureza.

—Suenan un poco nazi... Te das cuenta, ¿no?

—Quizá. Pero entiéndelo en su medida. No buscamos una súper raza, no te equivoques... Queremos crear las herramientas para la expansión del conocimiento. La multiplicación de la sabiduría.

Muy loable, sí. Y muy inesperado. Y muy enloquecido. Claro que tenía gracia que me pareciera descabellado a mí, a mí que estaba escribiendo una novela sobre un jodido creador de autómetas. ¿No era la vehemencia de Fritz como la de Rossum? ¿No era esa extraña entrega lo que distinguía a los miembros de la Santa Hermandad de la Consagración Científica?

—Te lo dije, Leo. La vida nos elige. A mí me eligió la ciencia y me eligió para esto. Y me trajo hasta aquí. Y no pude hacer nada por negarme. Igual que tú no puedes hacer nada por evitar ser cómo eres o hacer lo que haces... A ti te ha elegido una novela.

—Hombre, mira... Por fin salió la novela... Perfecto, porque así me cuentas qué sabes... Que es mucho, ¿no? ¿No crees que tendrías que hablarme de la novela, mi novela, y tus trampas?

—Sí... Pero sólo tengo que decirte una cosa: que ésta es la novela que tienes que escribir. La tuya. La que te ha elegido. Es como enamorarse. No puedes decir por qué, ni puedes hacer nada para pararlo...

—Joder... por fin estamos totalmente de acuerdo en algo... No puedo decir de dónde viene el impulso ni por qué escribo esto que escribo. Ni puedo decir por qué llevo dentro la historia del

pobre Rossum. Hombre, no es por herirte, pero se me ocurre que a lo mejor tiene que ver algo con nuestra relación, ¿no? Que escribo sobre un científico porque tú lo eres. Y no porque seas tú mi personaje. No, Fritz... Él es mucho más humano. Él no puede soportar perder una hija. ¿Sabes, no? Él da su vida, su vida, por recuperar el amor de una niña de nueve años. ¿Te suena lo de los nueve años, no? Claro. Como te suena el texto, ¿verdad? No hace falta que te lo explique, ¿no? Te lo sabes de memoria porque es el mismo texto, el mismo jodido texto del manuscrito de Londres. Dime algo de eso ya que lo estás confesando todo... ¿Eh? ¿Qué me dices de tus siglas? ¿Cómo lo hiciste, Fritz? ¿Con tus experimentos de inteligencia? ¿Acaso habéis inventado una maquinita que puede anticipar lo que escribimos? ¿Y otra que puede falsificar legajos del siglo XVIII? ¿Te quedas callado? ¿No me vas a decir nada del manuscrito? Coño, Fritz... El manuscrito salió de aquí. De Berkeley. Lo sé. Lo he visto. Tenía tus siglas.

—Leo, ¿qué quieres que te diga? No te puedo negar nada. Nosotros nos encargamos de hacértelo llegar. Es todo lo que te puedo contar, de momento. Lo siento.

Es todo lo que te puedo contar. De momento. Bravo, padre. Otra vez jugando conmigo. Pero por qué me haces esto. ¿Quién crees que soy? ¿Tu hijo o tu juguete? Me lo hicisteis llegar... Pero no te cuento nada. Maldito viejo loco.

—Leo... Hay respuestas que no puedo darte. Las tienes que buscar tú. Tú debes pensar por qué escribes lo que escribes, por qué llevas esta historia de Rossum dentro. Ahí está el secreto.

Y con la palabra secreto le abrió la puerta al silencio. Y el tiempo se detuvo entre nosotros como si estuvieran pasando de nuevo los veinte años que nos habían separado. Para decirme esto no hacía falta tanto dolor, padre. Podías haber encontrado una excusa mejor que esa puta tautología. Para decirme que buscara una respuesta que está en mí no tenías que haberte ido. Ni hacía falta pasarse la vida acechándome. Ni poner en mi camino el maldito manuscrito. Ni tu enloquecida sublimación de la inteligencia.

—Leo, escúchame... Ésta es la única verdad que importa: tú tienes la respuesta a todas tus preguntas. Has venido a buscarlas y es lo que vamos a hacer... Pero para eso tienes que escribir. Escribir, Leo. Ahí está todo. Ahí es donde vas a encontrarte. Escucha, quiero que hagamos un trato. Mañana te espero aquí, a la misma hora, pero tienes que traerme un nuevo capítulo de la historia de Rossum. Estás llegando al final, ¿verdad? Y te duele. Pues entérate: te duele porque ahí está lo que necesitas. En la oscuridad de la mente de tu Rossum... ¿Recuerdas lo que te decía tu madre en latín cuando eras pequeño? Te decía *Lux est Omnia*. Esa luz que buscas está en ti, Leo. Tienes que atreverte a encenderla.

Pero nada se encendió en mí. Sentí más bien que todo se apagaba. Tenía que buscar mis respuestas en la historia que me atormentaba. Tenía que buscarlas en mis fantasmas y mis tinieblas.

Rompí a llorar de rabia en la mesa donde Fritz Brock, mi padre, se había hecho de carne después de tanto tiempo. Rompí a llorar ante mi Minotauro, que me había despedazado con sus palabras, igual que antes me había despedazado con su silencio.

Como si el recuerdo quisiera apilar sobre él todos los dolores, al ver el cuerpo despedazado de Mecánica, Rossum sintió el tacto último de las manos de Celeste. Así de obstinada es la epidermis cuando se empeña en tener más memoria que el cerebro. La piel marchita de Rossum evocó la suavidad de los deditos ansiosos de su hija despidiéndose de la vida. Le sacudió la claridad del impulso final, el puño diminuto a punto de desvanecerse. Y volvió el trance de aquel nudo deshaciéndose. La mano pequeña cayendo sobre las sábanas. La otra, posada sobre su muñeca. Habían pasado muchos años y sin embargo Rossum sintió que acababa de perder a Celeste. Le quedó la carne huérfana. Ahogada en el frío. Como el frío metal de su otra hija, la artificial, destrozado en el suelo de aquella buhardilla.

Rossum ve las aristas del cuerpo roto de Mecánica y es su cuerpo el que se parte. Ve el corazón mutilado y cercenados los pulmones. Y siente las heridas de esa otra carne que ya no siente. Allí, en el umbral de la puerta, el viejo profesor entra en la cárcel de sus recuerdos. Allí se sabe condenado al descubrir desmantelada su única esperanza. Allí acaba todo. Aprieta los dientes y casi puede oír el odio que le revienta. Los huesos de la cara resquebrajándose. Distingue el crepitar de su cerebro incandescente. El eco sordo que le dejó la muerte, que él pretendió llenar con su inteligencia.

Él, que todo lo entiende, no es capaz de darle sentido a esta nueva pérdida. ¿Para esto la creó inmortal? ¿Para nada? Acorazó su pecho y su vida para que luego la estúpida vanidad de un hombre la destrozara. Otra vez el fracaso. Otra vez la muerte. Mecánica. Su Mecánica... Nizet infame.

—La habéis matado.

Rossum ha rejuvenecido con esas tres palabras. Desde lo más profundo de su odio la vida le sacude. Le estalla. Es el dolor convertido en ariete. El resentimiento como una catapulta. El ejército del desconsuelo en formación de batalla. Le empuja por dentro. Le arrastra. No puede pararlo. Si Nizet no se aparta...

Pero se aparta.

Y se apartan los rufianes de la Vieja. Y se callan las putas dejando interrumpidos los placeres. Y el silencio empantana las habitaciones. Enfanga la buhardilla donde yace, en pedazos, Mecánica.

El grito de Rossum es el de un hombre que no se va a librar de la locura. Es un animal al que sólo le queda un zarpazo. Como el escorpión amigo de la sombra. Como el que ya no espera nada.

Grita y cae mientras todos se retiran. Rendido sobre los restos de la que un día fue su hija.

Vencido, en el suelo, no se atreve a tocar el cuerpecito metálico por miedo a que se le despierten los fantasmas. Por miedo a que los monstruos se apoderen de su mente. Pero les ve acorralándole. Acechan. Amortajados. Ni vivos, ni muertos. Ahí están, Rossum. Te cercan. Te tienen. Te llevan. Ya eres su presa. Te van a tocar antes de que tú los toques. Sientes sus manos cadavéricas. Puedes ver las lágrimas brotando en los ojos espectrales de Celeste. Ahí están, empañando el negro de sus pupilas. Aunque no resbalan por su cara pálida. ¿No caen por las mejillas mates de Mecánica? Te empapa el llanto muerto de tus dos hijas. Las dos te susurran desde tan lejos. En la otra orilla, una te saluda. La otra no puede, oxidada ya bajo la Laguna. Te tienen. Te llevan. Te piden venganza. No hay salvación para ellas. Ni la hay para ti, viejo profesor Rossum. Herido. Vencido. Abandonado. Doblemente muerto. Escucha lo que balbucean a tu oído sus gargantas exánimes. Escucha sus vocecitas de esqueleto. Se preguntan por qué se les acabó el tiempo. Por qué se fueron. Por qué dos veces. Te preguntan qué vale tu vida sin ellas. Qué vale tu ciencia, tu cabeza, tus horas. Qué vale tu encierro, tus días apagados en la noche, tu sabiduría, tu fe, tus promesas. Qué vales tú, Rossum. Nada. Ni siquiera eres bueno. Nizet ha vencido también en esto. Ha ganado. Con el tiempo se aprende que Caín siempre gana. Si no hubiera matado a Abel, lo habría pervertido. O derramar su sangre o derramar su alma. ¿No es eso lo que te pasa, pobre viejo Rossum? ¿Qué crees que son esos fulgores de guerra que te trastornan? Los fantasmas que reclaman justicia para los muertos. Que reclaman a Nizet junto a sus tumbas.

Que venga. Que venga.

Que muera.

Que purgue.

Que duerma.

Que pague.

Debes hacerlo, Héctor de Rossum.

Héctor de Rossum se arrastra con la determinación del desahuciado, del abatido, del que vive ya sin miedo a la muerte. Y Nizet lo sabe. Y teme. La desesperación es un arma muy poderosa. Letal y última, en manos del desesperado.

—¿Por qué os la llevasteis? Era mi hija. Mi hija... Y ahora no es más que esto. ¿No os dais cuenta de que le habéis quitado la vida? Y a mí... A mí. Nos habéis matado. ¿No me oís, Nizet? ¿No me oís? Responded... Cobarde maldito... ¿Por qué?

—Porque vos despreciabais la gloria... Y yo la quería.

—Sabréis vos lo que es querer... No deberíais ni pronunciar esa palabra.

Ya no es Rossum, el pobre viejo. Es otro hombre. Más loco pero también más lúcido. Ha alcanzado la inmunidad del que no tiene carne para más heridas. Decidlo otra vez si tenéis valor. ¿Me oís, Nizet? Decid que sois capaz de querer. Que queríais... ¿qué? ¿La gloria? Vos... que lo tenéis todo, también teníais que tenerla a ella. ¿Eso era? Ella era mi hija. La mía. ¿Qué era tan importante, miserable, para sacrificarla?

—Rossum, estáis loco. No es vuestra hija. No es más que un autómatas.

Rossum se levanta. Se revuelve. Le odia. Nizet se protege tras los cuatro rufianes. No queda ya nada de aquella apostura, del poderío, del caballero que busca sus ojos en los espejos. Nizet es el miedo. El cuerpo se le ha transmutado en pánico. Contraído. Pequeño. Por primera vez, el sol reluciente desea eclipsarse. Escóndete, Nizet... los fantasmas vienen. Ya están aquí para hacerte pagar por todas tus faltas. ¿No ves a tu madre? ¿No ves a la mujer que tendría que haber sido tu

esposa? ¿No ves a tu hijo? ¿No sabes que ha muerto? ¿No ves a Celeste? ¿No sabías cómo quería Rossum a su niña Mecánica? Le acosan las preguntas y los pecados antiguos. Las visiones oscuras y las tinieblas. Irás al Infierno, Nizet tenebroso. Irás al encuentro de bellos demonios penitentes y corroídos. No lo pensabas cuando robabas la honra de las doncellas. Ni cuando forzaste a aquellos muchachos. No te importó destrozarse la vida de la duquesa. Ni la de su criada. Robar a tu maestro. Traicionar a tu padre. No tienes conciencia. No, hasta ahora. Y según te alcanza te vas enturbiando. ¿De qué tienes miedo, Nizet poderoso? La muerte te asusta. ¿Te asusta, Príncipe de los Relojes, que el tiempo se acabe? No temas. El tiempo es eterno. Así será el tuyo en el Infierno. Último círculo. Nizet condenado.

—Protegedme.

Nizet, antes tan valiente, tan jactancioso, se ha parapetado tras los cuatro esbirros de la Vieja. Ha tomado al pequeño Pedro de los hombros como si fuera un escudo. El chaval se retuerce. El caballero, menos caballero que los rufianes, le ha agarrado del cuello.

—Soltad al muchacho.

Rossum es ya el vengador de los desarrapados. De los niños perdidos y de las autómatas muertas. Le ha salido del fondo del cuerpo, del mismo lugar donde crece el cariño, la cólera desbocada. Es el trueno tantas noches contenido en su laboratorio, la pena de tantos años, la virtud harta de tanta penitencia.

Nizet no espera el golpe.

Y Rossum no espera la daga.

Sale traicionera de debajo de una de las chupas. El filo se pasea entre los cuerpos confundidos. La lleva Nizet o uno de sus cuatro escuderos. Más brillante que la carne de Mecánica, ilumina la buhardilla oscura. Aletea buscando su presa en el aire. Rossum no se aparta. Los hombres se mezclan en la danza de la muerte. Entre ellos se cruza el muchacho intentando escaparse.

Y se lleva la puñalada.

Un corte profundo sobre la clavícula. El chiquillo grita hasta que la sangre le ahoga. Borbotea con vida propia mientras le roba la vida. Pastosa. Oscura. Imparable. Hasta que cae pesado como la muerte. El pobre bastardo al que nadie ha querido. Quizá sólo Rossum en aquella última hora. El profesor se ha lanzado a su lado para intentar reanimarle. Ya no se puede. No respira. No reacciona. No siente. Maldita sea, otra vez, la muerte. Rossum no puede decir si todo es muy rápido o si el tiempo se ha parado. Pero parece haber desaparecido para los otros. Se han quedado inmóviles ante los estertores del muchacho. Tan curtidos y tan valientes.

Y entonces Rossum, entre la sangre y las telas, entre los pies que se retiran, entre los gritos y el miedo, encuentra la daga.

La muerte, la maldita muerte que se cree que siempre manda. Ahora sois mía. Ahora soy yo el que dispone. Siente tan suya la empuñadura, aferrada en las manos secas, que juraría que la hoja no es más que la prolongación de sus dedos. Nizet, maldito, asesino de todos. Nizet, desgraciado. Mereces la muerte. Aunque la muerte no merece darte descanso.

Rossum se incorpora.

Derriba de un golpe al más bajo de los cuatro canallas. Ni siquiera le cuesta apartar al segundo. ¿Por qué los otros no avanzan? ¿Acaso temen a un viejo? ¿O es que ya no es aquel despojo derrotado?

Y Nizet... Nizet no se espera la daga.

Apenas si grita. Apenas si se atreve a mirar la hoja clavada en el pecho. Allí donde debería estar el corazón que siempre dijeron que no tenía. Pues qué fatalidad, quizá sí tiene. Quizá es ese sumidero por el que siente la vida escaparse. El aire no llega. Ya no sabe qué tiene delante. Si se concentra mucho, verá su cuerpo convertido en reloj de arena. A punto de vaciarse. No hay dolor. No hay miedo. No hay nada. Sólo los fantasmas que ya son reales.

Y Nizet cae.

Y el tiempo se libera.

Y los gritos en las escaleras.

Y Rossum ya sólo puede distinguir que más allá del cadáver de Pedro, el cuerpo metálico de Mecánica está manchado de sangre. La que nunca tuvo. La que él creyó que no necesitaba.

Hubiera rezado al Dios al que odia. Para pedirle que también le lleve. Pero sabe que Dios no le escucha. Por qué iba a hacerlo ahora si no lo ha hecho antes. Aun así, Rossum se ha clavado de rodillas en el suelo, pecador penitente. Entre las piezas deshechas de su hija, da con el corazón despedazado de Mecánica. Como un sagrario profanado. Vacío de vida. Al tomarlo en su mano izquierda se da cuenta de que, en la otra, aún tiene la daga. Qué cuento tan viejo el amor y la muerte. Qué sinsentido. Qué espanto.

No lo sabe, pero ya se ha rendido. Cómo va a saber que todo ha terminado.

Y no espera el golpe. Le cae en la espalda el peso de un hombre. La rodilla, en los omóplatos. La mano, en la cabeza. Su nariz afilada se queda clavada en la tarima. Quizá está rota. Si pudiera decir de quién es tanta sangre. Si pudiera guardar para siempre el corazón de Mecánica. Pero alguien se lo ha quitado de las manos. También ha perdido la daga. Y aunque una fuerza animal le aplasta la oreja, llega a escuchar un atropello de pisadas en las escaleras. Arrecian. Se multiplican. Se abre la puerta. Unos pies pequeños y un ejército de botas. Clientes a medio gozar del burdel de la Vieja. Jadean ya de antes y huelen a sexo. Ocho o diez hombres tras la carcomida trotaconventos. Rossum no sabe.

—Santo Dios. ¿Qué es tanta sangre? —La voz de cuchillo de la Vieja también corta el aire—. ¿Qué habéis hecho en mi casa, desgraciados?

El bestia que parecía invencible sobre la espalda de Rossum no se atreve más que a farfullar una respuesta estúpida. Una excusa mal enjaretada. Si Rossum no estuviera agotado, podría sentir el miedo del gigante ante la madre de todas las rameras. La anciana maliciosa que todo lo puede porque posee el placer de los hombres. Hace y deshace. Pregunta y ordena. Y cuando descubre el cuerpo tan bello de Nizet sin vida, grita entre amenazante y patética. Se lanza a por él como la plañidera mejor pagada. La más dolida de las lamentatrices. Ha perdido al más deseado de los caballeros, al más prometedor, al más rutilante. Qué escándalo. Nizet muerto en mi casa. Y ese mocososo estúpido. El tonto Pedro, tan necio como su madre. Pero Nizet...

—¿Quién ha sido? —El grito le sale sucio de lágrimas falsas.

—Ese... Rossum.

—Pero ¿es que sois idiotas, canallas?

Y los idiotas se encojen como los humanos el día que se abrió el ánfora prohibida de Pandora. La Vieja es un vértice de furia. Es un comandante de campo en plena batalla. Valora los daños y dispone las tropas. Hay que evitar el escándalo. Que no se sepa lo que hacían en esta buhardilla.

—Y al chico... ¿quién le ha matado?

—Ha sido Nizet. —Habla el más bajo, que ya no es tan bocazas.

—Bien, pues a partir de ahora le ha matado también el tal Rossum. Vosotros dos, ¿no sois soldados? Pues prendedle y llevadle. —Entran dos mastodontes que se habían quedado en la puerta—. Vamos. ¿O es que no veis que un asesino se ha colado en mi casa? Qué desgracia. Seguro que vino aquí para robar al bendito Nizet. Dios le tenga en su gloria magnánima. Venga... Prended al culpable. Mis hombres no pueden retenerlo por siempre. Vamos... Ahí le tenéis. Todavía con la prueba de la sangre sobre su cuerpo. Vamos. No lo quiero aquí. Llevadle.

La Vieja está loca. La Vieja da miedo. La Vieja teme el escándalo que puede acabar con su prosperidad. ¿Cómo que los caballeros encuentran en ese burdel la muerte cuando van buscando el placer? Vayamos a otro, señores. En la calle de las Huertas hay más putas que puertas. Que se pudran la Vieja y sus matones. Pero todo se arregla si se actúa a tiempo. La Vieja lo sabe. Lleva más de mil años trucando la vida: amañando virgos, despreñando mozas, improvisando esposas, fingiendo fidelidades, venciendo batallas con el arma todopoderosa del deseo. Si alguien lo quiere, la Vieja lo tiene. Esta refriega no va a arruinar la prosperidad de su negocio.

—Vosotros, sacad de ahí el cuerpo de Nizet. Que lo lleven abajo y que lo limpien. Quiero que desaparezca toda esa sangre y esa porquería. Y cuando acaben, que le pongan una buena casaca. Azul. Tiene que ser azul. No me importa de dónde la saquen, pero el caballero Nizet tiene que ser en muerte como era en vida. Lo quiero imponente. Venga.

Aquí acaba la vida de uno y de otro. Nizet está muerto. Rossum, acabado. Se llevan sus cuerpos rendidos los soldados y los matones. El uno no vive y el otro no quiere. ¿Qué resistencia puede ofrecer el pobre, derrotado, vencido, profesor Rossum? Le abrasa un fogonazo en el hombro como un desgarró de carne sobre la escápula. Le han agarrado de los brazos con tal fuerza que teme que se los arranquen. Y aun así, los tipos que intentan llevarle no pueden con el peso de su cuerpo. Será que va cargado de tantas penas que no van a lograr alzarle. Le arrastran sobre la sangre todavía fresca. Sobre la tarima mugrienta y viscosa. En las huellas de la reyerta deja el barrido de su cuerpo largo. Como la firma de una tragedia. Y un escalofrío le devuelve a la vida al sentir contra el pie derecho el roce inconfundible de una de las piezas de Mecánica. Se vuelve como un gusano retorciéndose y lo ve. Un esternón sin corazón que guardar. Justo como él: un padre sin hija de la que ocuparse.

Pero alguien tendrá que ocuparse. Mecánica no puede quedar como un despojo. Tienen que rescatarla. Mi niña. Celeste. Mi otra Celeste. Mecánica. Mi pequeña inmortal, tan mortal, Mecánica.

El único que lo sabe, el único que puede es Farinelli.

Un último esfuerzo anima un resorte. Rossum se revuelve. Le sale la voz del fondo del alma. Y es la voz de un hombre al que le queda todavía un resquicio de cordura. Es su último ingenio. Su última luz. Su último invento.

—Señora...

Nadie había llamado así a la Vieja, con el nombre que ella siempre había deseado. Señora. Señora Alcahueta de Todos los Placeres. Señora de las Huertas al Olivar del Prado. La Vieja se agacha para ver la cara del pelele caído. Clava sus ojos de humo en los ojos dementes del profesor que fue sabio.

—¿Qué queréis de mí, viejo?

—Sólo una cosa... Por vuestro bien, señora. Y por vuestro negocio.



La mente de Rossum se ilumina como en los días de sabiduría. La Vieja es avara. La codicia le pierde. Por una vez, esos pecados van a ser la salvación de otro. De su pobre niña. Rossum materializa el poco aire de sus pulmones en un salvoconducto para Mecánica.

—Señora, ¿veis esos trozos de metal que han quedado esparcidos por el suelo? Recogedlos, guardadlos en ese cofre de madera que han colocado allá al fondo de la buhardilla y llevadle todo al señor Carlo Broschi, el castrato, al palacio del Buen Retiro. Decidle que os manda el profesor Rossum. Él os pagará por todo una buena suma de dinero. ¿Me oís? Os pagará. Prometedme que lo haréis.

—Nada tengo que prometeros si a cambio alguien me da dinero. Si es así, sea el trato.

—Que el único Dios en que creo os bendiga, señora.

La Vieja está a punto de conmoverse porque no sabía que Rossum no creía en nada. Ella sí. Ella creía en el oro. No desaprovecharía la ocasión de sacar fortuna de aquellos desechos que de otro modo tendría que haber tirado. Me pagará por ellos. Carlo Broschi. El castrato. En el palacio. Así sea.

Y así fue.

Así fue cómo Farinelli guardó el cuerpo roto de la infortunada Mecánica.

De todos los mapas del mundo, yo me había equivocado al interpretar el único que necesitaba. Park me había concedido el salvoconducto que me permitiría entrar en el búnker de la Corporación y llegar hasta la biblioteca del Campus Sub-C donde me esperaba mi padre. El doctor no podía acompañarme aquella mañana, pero dio orden para que me dejaran pasar y me garabateó un plano marcando el camino como si fuera la madeja enmarañada del hilo de Ariadna. Tenía gracia porque el boceto tembloroso de Park se parecía demasiado al inquietante autorretrato que Borges dibujó antes de quedarse ciego. Las aristas del Laberinto. Intenté deshacer los nudos para llegar hasta mi Minotauro. Gira a la izquierda en el laboratorio de decodificación de ADN. Sigue por la galería que acaba en el departamento de paleobiología y, antes de entrar en la antesala, encontrarás el ascensor que te lleva al sector AI. Pero el ascensor no estaba. Lo que quedaba en mí del explorador adolescente que un día fui me dijo que tenía que desandar mis pasos. Una obviedad de primero de Shackleton. Haber descifrado los borrones de tinta donde los caminos se bifurcaban en el plano de Park también habría ayudado. Pero todo el talento que tenía el doctor para los puzzles era el que le faltaba para los mapas. ¿Qué era ese tachón en la segunda galería? Quizá ahí me había despistado. Había interpretado a la ligera que tenía que tomar la segunda puerta cuando debía de ser la tercera. ¿Qué había dicho Park? Joder, no conseguía recordarlo. Bueno, es tan fácil como volver a empezar de nuevo. Así en los laberintos como en la vida.

Así era mi padre, también, escondiéndose hasta cuando estaba al lado.

Vi el ascensor parado al fondo de un vestíbulo de hormigón iluminado por una bombilla parpadeante. Se parecía tanto... Podría ser el que señalaba el mapa de Park. ¿Y si le doy la vuelta al papel? A ver, es el único que he visto en el cuarto de hora que llevo deambulando. Vamos.

A veces tomamos un camino pensando que vamos al encuentro de nuestro futuro y donde nos sumergimos es en el pasado. En esos secretos que nuestros padres guardaron para protegernos. Allí llevaba la última tecla del ascensor, un rectángulo un poco gastado, con su prometedor tres negativo. Pulsé y descendí pensando en lo que me reservaba Fritz Brock. Llevaba doblado en el bolsillo el capítulo que había escrito la noche anterior. El último círculo del Infierno del profesor Rossum mientras iba camino del mío. Sin un Virgilio que me guiara. Che nel pensier rinova la paura. El miedo. La incertidumbre. Y mi corazón impetuoso. No hacía falta ser médico para adivinar el porqué de mi taquicardia desbocada. Mis manos sin saber dónde posarse. La derecha buscando en el vaquero los papeles doblados con la segunda muerte de Rossum. Ahí estaba. Lo que Fritz había pedido. ¿Ves? No era tan difícil: tú pides, yo te lo doy. Escribe. Escribe. Y

escribo. Aunque dejar al profesor arrastrándose en su locura me había servido de poco. Mi padre y sus pruebas. Mi padre y sus misterios. Mi padre y su puñetera chistera de mago.

El ascensor descendía renqueante como un impotente batiscafo que horadara el hormigón de aquella fortaleza subterránea. Hacía el ruido de la concha de mil tortugas desintegrándose. Ya verás. Ahora me quedaré encerrado. Y no hay ni una alarma para avisar. Ni siquiera funciona el teléfono. Ni sé si estoy en el lugar que corresponde. Ni dónde estoy. El miedo renovándose otra vez, sin Park para aplacarlo.

El frenazo no ayudó.

Creí ser un aventurero de Julio Verne, ensartado en el centro del globo sin encontrar un Estrómboli por el que escaparme. ¿No había allí también un manuscrito, un legajo que lo desencadenaba todo?

Las puertas tardaron en abrirse los diez segundos de más que bastan para que nos pongamos nerviosos. Lo que descubrieron, teatrales y perezosas, no sirvió para tranquilizarme. Había caído en un escenario decimonónico. Fue como tropezar con una arruga del tiempo y aparecer en una época que se había desintegrado hacía demasiado.

No podía decir de dónde venía aquella luz oscura de grabado de Rembrandt que iluminaba el recuadro de la antecámara sin hacerse evidente. Bajo los fríos fluorescentes industriales del ascensor, las paredes de enfrente, con su madera vetusta, resultaban aún más anacrónicas. Pero no había otro camino. Así que di el paso. Las puertas se cerraron con el estruendo último de una lápida. Definitivas. El ascensor, bromista, quería darse prisa para dejarme allí, colgado. Bienvenidos a la tumba de la inteligencia. Descanse en paz, amén. Vale. Entiendo el juego. Ésta es otra trampa más de mi padre. ¿No? ¿O me había perdido en el rompecabezas de Dédalo? Sólo había una forma de adivinarlo. Tenía que traspasar aquella puerta de club inglés, de cuarterones oscuros y centenarios. Imaginé a Fritz al otro lado, junto a sus compañeros, como caballeros decadentes de un Londres de libro. Tirados en Chesters de cuero gastado, apurando vasos de Speyside y fumando tabaco de cerezas en pipas manoseadas. Sí, de cerezas. La mente es siempre caprichosa. Imaginé una chimenea ardiente en el centro de la Tierra de la ardiente California. Imaginé monóculos, fonógrafos, mostachos nietzscheanos. Imaginé un violín lejano conmoviéndose con Brahms. Y conversaciones cruzadas sobre la infinitud de los números primos y la órbita de los gigantes gaseosos. Imaginé para Fritz Brock un reducto digno de su renuncia.

Y, por supuesto, al abrir la puerta encontré otra cosa.

La iluminación seguía siendo mortecina y exacta. Pero el imaginado club inglés era un museo decimonónico de grandes vitrinas y polvorientos expositores de madera. Hubiera podido jurar que me había colado en Montagu House y que ante mis ojos tenía la estrambótica colección del más estrambótico Hans Sloane. Bastó con acercarme para entender que los prodigios tras las galerías acristaladas no eran maravillas de la zoología, ni esqueletos fosilizados, ni ejércitos de mariposas, ni nada que Linneo hubiera catalogado. Aquellos especímenes eran excepcionales. Deucaliones primigenios. Originales y últimos. Inquietantes e inciertos. Y, sin embargo, allí estaban. Casi podía tocarlos.

Algunos podrían haber tenido vida en el pasado. Otros podrían tenerla en aquel mismo momento, en su letargo espeso, aunque no parecían hechos de carne. Criaturas turbadoras que quizá no habían salido nunca de esa catacumba donde todo era posible. Vi seres extraños de materias extrañas conservados en extraños recipientes de formol. Vi la calavera de un cíclope

enano con una triste cuenca solitaria en el centro de la frente. Distinguí, a través del líquido nebuloso, la piel tierna de un pez abisal con alas de murciélago. Y más allá, desde la vitrina de la derecha, me estremeció la mirada, sin expresión, de una mujer idéntica a la Gioconda de Leonardo. Parecía disecada. Como el ser tricéfalo que se alzaba a su lado, con sus cabezas repetidas y sus triples sonrisas de fauno. Vi a un hombre diminuto, de no más de cuarenta centímetros, amortajado en un ataúd, con su chistera y su frac y su carne de nácar o de marfil o de porcelana cálida. Vi un niño con dos caras, una a cada lado del cráneo, bajo un letrero de latón que decía «Abel y Caín». Vi el hermoso cuerpo de una mujer azul con dos pantallas en el lugar de los ojos. Vi un bebé con alas de plumas blancas. Animales de apariencia no animal. Humanos sin apariencia humana. Y en una vitrina desmesurada, flotando en su particular líquido amniótico, como un gigante dormido, vi una réplica, acaso en otro tiempo viva, del David de Miguel Ángel. Cinco metros de perfección fluctuante y poderosa: el pelo meciéndose deshilvanado, los brazos suspendidos en la solución acuática, la onda ondeante inservible y mojada. ¿Qué era aquello? ¿La Belleza crionizada?

Debí quedarme ahí. No traspasar la puerta que el David custodiaba. Pero seguí. Con la inconsciencia de quien va a caer directo en el instante único que le cambiará la vida.

La náusea tardó un poco. Mi cuerpo todavía tenía que ocuparse de acostumbrar sus ojos a la oscuridad de aquella otra cámara más pequeña. Hasta el aire parecía más antiguo, anterior a las sedas grises —de humo o de viejas— con las que estaban enteladas las paredes. El techo era más bajo. Blindado con un artesonado plomizo. Apenas me alcanzaba la luz de la galería que había dejado atrás. Tan sólo daba para distinguir un letrero en madera al lado de la puerta. Antes de leerlo comprendí que había entrado a aquel lugar por la puerta de atrás y que éste era el cartel que anunciaba los prodigios de la sala de la que venía. Guiñé los ojos para enfocarlos. Por instinto. Como le había visto hacer a mi padre.

Y entonces sí llegó la náusea.

Cuatro palabras.

Grupo Brock. Experimentos Nonatos.

¿Qué era aquello que acababa de ver? ¿El gabinete del desastre? ¿El catálogo de los fracasos? Había paseado por la parada de los engendros de la ciencia. Qué miedo. O qué asco. O qué pena comprender que ése era el experimento de mi padre. ¿Eso era, Fritz? ¿Con eso vas a salvar a la humanidad? Claro, con niños bicéfalos. Con mármol convertido en carne. Con Ángeles. Joder, sólo te falta un Pegaso.

Mientras mi estómago se rebelaba ante la realidad, mis pupilas se iban adaptando a la oscuridad protectora de aquella sala. Descubrí un brillo redondo sobre un pedestal. No me costó adivinar un ala. La había visto mil veces. Primero, en los libros. Después, fui en peregrinación a Grenoble a encontrarme con la famosa réplica. El pato de Vaucanson, señores, la farsa mejor digerida de la historia. Y allí estaba. Abollado. Más deslucido que su hermano del museo francés. Tenía algo inaugural. Tan único, que sospeché que aquel bicho redondo y esquemático era el original. La chapa en el pedestal lo confirmaba. «Le Canard Digérateur. Jacques de Vaucanson, 1738». Si no hubiera sido porque ya todo me parecía posible en aquel inframundo exuberante, habría pensado que era una copia perfecta del que supuestamente había desaparecido en un incendio. Pero estaba ante mí, tan verdadero como improbable. Como la Corte de Automatas que lo rodeaba.

En el corazón del corazón de la sabiduría, la Corporación, aquella institución omnipotente y difusa, había enterrado su colección de portentos mecánicos: el Museo de la Inteligencia Galvanizada.

No me costó reconocer los tres autómatas de Jaquet-Droz: la pianista, el calígrafo y el dibujante. El falso niño artista había dejado un Cupido a medio bocetar en el papel sobre su pupitre. Absorto a su obrita inocente. La mano izquierda disciplinada sobre la hoja. La mirada fija en el trazo inconcluso. Me impresionaron sus ojos tristes. Casi tan tristes como los de su compañero escribiente. Pero el asombro de descubrir a los tres autómatas más famosos de la historia quedó casi eclipsado por una cuarta figura que les acompañaba: un malabarista con una pequeña pelota de cuero en una mano y dos en la otra, esperando para ser lanzadas. Un momento. Este autómata no está documentado. Nunca nadie ha escrito de él. Nunca nadie lo ha mencionado. Yo, que he recorrido los museos más extravagantes en busca de milagros mecánicos, jamás había tenido noticia de él. Y, sin embargo, era hermoso y sofisticado. Su cara, más delicada, ligeramente más viva que la de sus hermanos.

La angustia se convirtió en el aleteo jovial del buscador de tesoros que acaba de dar con la puerta de atrás de las minas del Rey Salomón. Estaba en el centro mismo del lugar ideal que ni siquiera me había atrevido a imaginar. Sanctasanctorum de los Ingenios Mecánicos. Aquella felicidad absurda, la del que descubre el mar desconocido, la felicidad asombrada del que arranca sus primeros metros a una bicicleta y sonríe con el aire en la cara, podría haber durado eternamente.

Hasta que la vi. A ella.

Como una reliquia protegida por un ábside al fondo de la sala.

Lo que me sacudió no fue la náusea. Fue una supernova ardiente abriendo un agujero irreparable en el eje del universo. Un hueco arrasador con el tamaño del contorno de mi cuerpo.

Ella.

En una capilla que se iluminó cuando me atreví a atravesar su arco.

Ella.

Resplandeciente.

Verdadera.

Y bajo su delicada arquitectura, el pequeño letrero dorado que lo explicaba: «Mecánica, siglo XVIII. Circa 1746. Autómata creado por el profesor Héctor de Rossum en la ciudad de Madrid. Palacio del Buen Retiro».

Ella. Mecánica.

Tal y como yo la había imaginado. Tal y como no era posible. Tal y como nació en mi mente.

Mecánica.

Mi Mecánica.

Mecánica era mía. Yo te regalé el Mundo. Yo te creé. Ni siquiera Rossum.

Había nacido en mi cabeza una noche clara de insomnio. Podía sentir todavía la revelación poderosa de su cara metálica mirándome, quizá, desde mi inconsciente. Ése era su único lugar posible. En mi mente. No podía estar, como estaba, frente a mí. Tangible. Sin una vitrina siquiera que la separa de mis dedos incrédulos. Allí, derrumbado del caballo de mi racionalidad, como un Rossum derrotado, no me atreví a tocarla. Ni pude apartar la vista del panal dorado de su cerebro. Ese panal que yo había construido con mis palabras. Con aquellas palabras que tampoco sabía de

dónde nacían. Las que aparecían acusadoras en el manuscrito en el que todo estaba antes de que todo estuviera.

¿Para esto había venido aquí? ¿Para volverme loco?

Hubiera alargado la mano para tocar a Mecánica, pero me asustó que los fantasmas de Rossum me poseyeran. Vi acercarse a sus dos hijas, enigmáticas y kubrickianas. Esas hijas que hasta aquel momento sólo habían sido la idea de un escritor que desea contar una historia. La historia de Rossum. La que me poseía. La que lo había cambiado todo. La historia en la que yo había inventado una niña artificial para conjurar el dolor. Una niña idéntica a aquélla, ahora tan real, que me miraba desde el presente. Aunque era una Mecánica incompleta, sin la hermosa careta que jamás llegó a encontrar Nizet. Sin la placa que cubría su pecho. Su cuerpo parecía desbaratado y herido. Con el esternón atravesado por una cicatriz afilada. Los pulmones, cuidadosamente remendados con un hilo de plata que no le correspondía. La piedra roja del corazón, fuera de su órbita. Y aquellos párpados grandes, de globo terráqueo, eternamente cerrados.

Temí que abriera los ojos. Que clavara en mí sus pupilas, que yo sabía eran negras, para dispararme un reproche oscuro. ¿Por qué me inventaste? ¿Por qué me dejaste morir despedazada? ¿Por qué no tuviste el valor de contar la historia de cómo Farinelli recompuso los pedazos que quedaban?

Porque esa parte de la historia no estaba en mi cabeza, Mecánica. Sólo tú estabas. Tú, brillante y rota. Tú. Con tu cerebro dorado. Joder. Me estaba volviendo tan loco como Rossum. Allí encerrado, bajo el ábside con las ruinas de la niña perfecta, me sentí tan atrapado como en la celda del fondo.

Y escapé.

El instinto es esa brújula que nos permite encontrar la salida en una habitación sin puertas. El que me hizo dar con la que me sacaría de aquel mundo inexplicable. No sé todavía si estaba disimulada entre las sedas acorazadas de la habitación o si mi ceguera nerviosa no me dejó verla hasta el momento de necesitarla. Pero guardo esa sensación del aire que devuelve la vida a un naufrago salvado después del grito de hombre al agua. La bocanada de luz al pasar al otro lado. A la biblioteca.

No me había desorientado tanto como pensaba. Mi brújula imantada me había llevado de nuevo al escondite de mi padre. Sólo que había aparecido justo en el otro lado de la gran mesa. En el punto donde él, sentado, me había esperado cuando nos reencontramos. Por alguna razón remota, genética, los libros de los estantes me daban la tranquilidad de quien sabe que su casa puede estar entre sus páginas. Así somos los letraheridos, apátridas hasta que nos rodeamos de palabras. Ese mundo de lomos alineados tiene algo de hogar universal. De refugio conocido. De palacio de Invierno de los zares. La fortaleza perfecta para atrincherarse. Donde nada malo puede pasar. Un nido de veintisiete letras, de puntos, de comas, de espacios, de interrogaciones. La biblioteca, mi torre. El torreón de mi padre.

Y me sentí por un instante en el país de los vivos, a salvo del inframundo de lo imaginario. Hasta que lo vi al otro lado de la mesa. En la cabecera. Pequeño pero reconocible. Mi portátil. Abierto. Como invitándome. Ofreciéndome su teclado. Aun en la distancia, podía distinguir el resplandor lechoso de la pantalla encendida. Como el de la página en blanco. Pero al acercarme descubrí que no estaba en blanco.

El cursor parpadeaba inquieto sobre un documento que alguien ya había titulado.

*Confesión del profesor Héctor de Rossum, hombre de ciencia al servicio de la Reina de España, su Excelentísima señora doña Bárbara de Braganza, en la que se consignan los hechos relacionados con la muerte violenta del relojero de la Corte don Ferdinand de Nizet, asesinado a manos del acusado en la mancebía de Isabel de Urbina, sita en la calle de las Huertas número diez, tal y como el mismo profesor contó ante el magistrado juez y el cura párroco de la iglesia de San Sebastián que le administró confesión y Santos Sacramentos.*

¿Es esto lo que quieres que escriba, Fritz? ¿Es esto?

Eso era.

Lo supe al ver en mi cabeza a Rossum, empequeñecido, vestido con una camisa que en algún momento fue blanca, los ojos volados, las manos atadas, los dedos nervudos temblando sobre sus rodillas huesudas. Levantó la vista para mirar al cura y su mirada era la de un loco. Abrió la boca sin emitir sonido alguno. Aspiró como si no le bastara el aire que llenaba la bóveda de aquella celda angosta.

—Podéis confesaros —dijo el sacerdote—. Dios os espera. Dios os perdona.

Supe qué era lo que el profesor quería contestar. Supe lo que tenía que escribir... La confesión de Rossum.

—Podéis confesaros —dijo el sacerdote—. Dios os espera. Dios os perdona.

—Pero yo no le perdono. Es más, no le concedo la existencia. Ya no, padre. Entiendo vuestra buena voluntad, vuestra Fe. Tanto la entiendo que tengo que deciros que la envidio. Para vos es muy fácil. Muy fácil. Sencillamente creéis. Creéis en Él como si la Fe os hubiera sido dada. Es en vos un atributo más, como la vista o el habla. Pero a mí las desgracias me han pulverizado las creencias, como si me hubieran arrancado la lengua y me hubieran vaciado las cuencas de los ojos. Y no veo a Dios. Y no me escucha cuando le hablo. ¿Y qué puedo hacer? La vida me ha arrasado, padre. De tantos golpes como me ha dado es mejor que no crea. Si lo hiciera, sólo sería para odiarle.

El confesor aguantó el embate con la paciencia del misionero que sabe que sólo se puede convertir al pecador verdadero. Y Rossum lo era. Había permitido que el orgullo de la inteligencia apagará la llama de la virtud. Se había dejado marchar a ese reino donde la mente se empeña en conquistar todo. Hasta perderse. Pobre profesor, en otro tiempo la cabeza más lúcida de Europa. En aquella prisión donde habría de estar el resto de sus días, Rossum pasaba de la perspicacia más iluminada al más nublado de los entendimientos.

—Se la llevó, padre. Él se la llevó. Nizet vino a mi casa y se la llevó. Se la llevó por el placer de ver de qué estaba construido su corazón. De qué... si no estaba hecho de carne. Lo encontré roto... Arrancado...

—¿Reconoceréis, pues, que matasteis a Nizet porque os robó?

—No me robó. Mató a mi hija, padre, mató a mi hija.

—Rossum, vuestra hija murió hace años. No sé cuántos, pero al menos siete. Ya entonces deberíais haber encomendado vuestra alma a la Iglesia. Os habría confortado.

—Padre... no estoy hablando de Celeste. Es a Mecánica a quien Nizet ha matado. Se la llevó a la muerte. Se la ha llevado...

Se la llevó... Nizet... Se la ha llevado. Se la llevará para siempre. Para matarla.

Lo que decía Rossum parecía no tener sentido, pero cuando conseguía salir de su letanía doliente, defendía sus supuestos con tal rectitud de pensamiento que nadie habría dicho que había perdido la cabeza. El párroco de San Sebastián tampoco. El cura era un hombre comprensivo con las debilidades humanas. Quizá por el mucho dolor que había visto, quizá por esa bondad innata que le hermanaba más con el pecador que con el virtuoso. Ellos son los que nos necesitan. Para ellos predicamos. Para Rossum.

—Rossum, estáis acusado del crimen del relojero de la Corte Ferdinand de Nizet y del niño



Pedro de Urbina. Es mi deber informaros de que nada de lo que digáis servirá para que recobréis la libertad. Si no queréis confesaros ante los hombres, al menos, confesad ante Dios. Os escucho.

—Yo no les maté, padre. Al pobre muchacho no quise más que defenderle. Aunque reconozco haberle pegado cuando vino a buscarme a mi casa.

—¿Fue a buscaros él?

—Él vino. Había algún problema con Mecánica. Claro... Ese infame, Nizet, la había destrozado. Cuando llegué a aquel lugar apestoso y vi a mi hija descuartizada, mancillada, quién sabe vejada por cuántas manos, reconozco que perdí la templanza. Pero fueron ellos los que sacaron el puñal. Nos peleamos. No sé qué pasó. La realidad se quedó empantanada. Como si los relojes se hubieran parado para mirarnos. Intenté apartar al muchacho. Pero no pude. Y ese maldito Nizet le mató. Le clavó el puñal en el cuello. Y no pude hacer nada. Era sólo un crío. Como mi niña... Mi pobre niña.

—Habéis de saber que no es eso lo que figura en el acta.

—Me da igual el acta. Ya todo da igual... Ya no hay esperanza.

—¿Es que no os importa ver cómo la vida que os queda hasta la muerte va a empezar a descomponerse en este lugar? ¿Ya nada os importa?

—Sólo una cosa, padre.

—¿Y es?

—Necesito saber qué se ha hecho de Mecánica.

—He de suponer que os estáis refiriendo todo el tiempo al ingenio que se encontró en la mancebía de Isabel de Urbina.

—A eso que llamáis ingenio me refiero. A mi Mecánica.

—En el acta consta que una vez fueron examinados esos extraños mecanismos, se hicieron llegar al castrato de su Majestad, Carlo Broschi, Farinelli.

—Bendito sea el Cielo. Él sabrá cuidarlos.

Aquella bendición en la boca del hereje fue tomada por el párroco como la mayor proeza evangelizadora de su existencia. Creyó distinguir en él la inspiración redentora del estilista el día que se retira del mundo. Rossum pronunció la palabra bendito como si al fin la fe le hubiera elegido. Pareció repentinamente liberado. Tanto, que se lanzó a hablar.

—Sólo Carlo puede salvar a Mecánica. Del mismo modo que me salvó a mí cuando se fue Celeste. Él, padre, él sí es un santo. Uno de aquí. De la tierra. Pero les costará reconocer que el artista que entretiene a la Reina, el que cuidó de la melancolía del Monarca, tiene en su vida más virtudes que muchos hombres de Iglesia. Habréis de saber que a mí me ha salvado del Infierno. Y él, que tanto ha hecho por mí, es ahora quien se encarga de que mi niña sobreviva. Me habéis dado la paz, padre. Me habéis dado la única bendición que necesitaba. Sé que Carlo luchará por el bien de Mecánica. Él tiene el poder y los contactos. Encontrará quien sepa devolverle un soplo de vida. Permitidme, padre, que os pida una oración por mi amigo. Vos que sí creéis. Vos que podéis...

—Rezaré por él y por vos, Rossum.

—Rezad también por Mecánica. Porque vuelva. Yo la creé inmortal y así ha de ser.

—Sólo el alma es inmortal, Rossum.

—Sólo la inteligencia es inmortal, padre.

Un momento. ¿Qué está pasando? Le he hecho decir a Rossum palabras que parecen de Fritz. Sólo la inteligencia es inmortal. ¿Ahora dejo que mi padre se cuele también aquí? Por eso quieres que escriba en este lugar, ¿eh?, Fritz. Para que tu espíritu me contagie. Para dictarme cuándo escribo y cuándo paro, qué dicen mis personajes y qué palabras me roban. Así te apropias de Rossum y me sacas bruscamente de la burbuja acorazada que me separa del mundo cuando me encierro sobre el teclado. Rossum habla como tú. Como el manuscrito. ¿Es otra trampa? Otra trampa. Siento una punzada en la cabeza y este crujido sin dolor en la muñeca derecha. Ese que me atraviesa siempre que escribo demasiado rápido. Cuando quiero adelantar con mi traqueteo al de una ametralladora. Paro. Estiro el cuello. Me siento como un Rossum alucinado. Daría cualquier cosa por mirar el manuscrito. Por encontrar esta coordenada exacta. La frase en la que me paré porque creí reconocer a mi padre en las palabras. Pero no me hace falta. Sé lo que sigue. Lo sé perfectamente.

El cura se revuelve con la incomodidad del tahr que sabe que va a perder la partida porque se ha quedado sin cartas. No podrá ganar el alma de Rossum. No hay nada que hacer. Está condenado. ¿Por qué Dios le dio tanta inteligencia a este hombre para que él luego le negara? Y sin entenderlo, siente cercanos el dolor y la angustia de ese desgraciado. Para esto está aquí: para redimir a los desheredados.

Rossum arranca de nuevo a hablar incierto, como un niño que da los primeros pasos. Está recordando los días en los que creó a Mecánica. La ciénaga de pena de la que salió gracias a su mente iluminada por la carne metálica de su hija artificial.

—¿Cuándo supisteis vos que consagraríais la vida a Dios, padre? ¿Cuándo entendisteis el sentido de su paso por el mundo? Yo lo hice cuando Celeste se fue. Me prometí que mi vida sería entera para devolverle la suya. Sabía que era imposible recuperar aquellos tejidos devorados por la enfermedad. Pero también sabía que encontraría el camino para empezar de nuevo. Para traer a este mundo a una Celeste más fuerte. Una Celeste inmortal. Y ahora me duele mi equivocación. No por la equivocación. Por la muerte. Porque aquélla fue mi misión y mi llamada. Y creí haber triunfado. Lo creí hasta que la vi despedazada. Mi hija... Mecánica... Le había entregado todas y cada una de mis horas. Me encerré días, semanas, meses, sin separar la mirada de mis libros, mis cálculos, mis hipótesis... Avanzando siempre sin moverme nunca. Y así supe que la chispa fundacional de la vida no está en el alma, sino en la cabeza o que es la cabeza donde reside ese alma que nos hace únicos. Es ahí padre. Ahí.

El cura no sabe si quiere oír lo que oye. Se mueve en la silla buscando un acomodo que no encuentra. Y yo me muevo con él. Las palabras de Rossum me laceran la cabeza. Se pasean como un gusano que mordisquea las circunvalaciones de mi cerebro. Me tocan. Me hieren. Me recuerdan. Me recuerdan a mi padre. Pero no puedo dejar de escribir. No consigo que Rossum se quede callado. Quiere confesar y yo quiero que confiese. Habla a través de estas teclas. Me ha tomado como médium. Y no puedo pararlo.

—Luché, padre. Luché por ella. Porque era lo que tenía que hacer. Me entregué en la cruz de la ciencia. Y lo conseguí. La vida eterna para mi hija Mecánica. La vida eterna para su inteligencia. La Inteligencia es lo Único que importa.

Sus palabras me han provocado una descarga. Porque son las de mi padre. La inteligencia es

lo único que importa. ¿Es eso, Fritz? Esto es lo que quieres. Asustarme. Que me vuelva loco. Es lo que buscabas con tu manuscrito. Esto. Utilizarme. ¿Pero qué clase de padre le hace eso a su hijo? ¿Acaso no podías quererme como Rossum quería a sus hijas? No. Tú no puedes.

—Yo amaba a mis hijas, padre. ¿Es eso un pecado?

Rossum necesita decirlo y yo lo escribo. Y es inútil resistirse. Me ha tomado para hacerlo. Él lo piensa y yo tecleo. Poseído. Impotente. Aterrorizado. No me escabullo. No escapo. No va a dejarme. Me tiene atrapado. Y temo volverme tan loco como él si sigo escuchándole. Y sé que enloqueceré aún más si no lo hago. Pero no soy yo quien elige. Es Rossum. Como la vida. Rossum que no me da opción. Está ordenando las piezas del puzle que nos explica. Y tengo que dejar que lo haga. Voy a dejar que lo haga.

—La Inteligencia es la única potencia perpetuadora de la vida. La única. No es la pulsión animal la que nos mantiene. Es esto. Esta luz que puede llenarlo todo. Hasta mi locura. Mi pecado. Tu duda y tu miedo. *Lux est Omnia.*

*Lux...*

*Est...*

*Omnia...*

Lo escribo como al dictado, sin poder evitar repetir la frase en un balbuceo automático. Como el pianista que intenta que la melodía resuene también en su boca. *Lux est Omnia.* Es lo que mi madre me decía. Aquello de lo que mi padre tan bien se acordaba. *Lux... Est... Omnia...* Se me quedan los pensamientos parados en esta laguna de agua estancada. Hasta que las palabras de Rossum cortan su superficie casi coagulada con su galope desbocado. Me niega el silencio. Me niega el descanso. Es su último hálito antes de la locura absoluta. Lo sabe. Lo teme. Le temo. Le oigo.

—*Lux est Omnia.* Se lo repetía una y otra vez a mi pequeña Mecánica. *Lux est Omnia.* La luz te ilumina. La llevas contigo. Eres eso: la luz y el todo. El todo y la luz. La inteligencia suprema que siempre permanece. Eso era mi hija. Mi felicidad. Mi Experimento. El Experimento.

Escribo la palabra Experimento y comprendo que Rossum no quería confesarse. Rossum había dejado de contarle al cura sus pecados. Rossum estaba explicándome. Estaba hablándome.

Hablándome a mí. A mí, que le había inventado. A mí, que creía ser quien contaba su historia. Rossum había convertido la pantalla de mi ordenador en un espejo que me reflejaba. Era él quien mandaba.

—El Experimento, Leo.

Rossum sigue implacable y mis dedos no pueden escapar del hechizo magnético como si el Punteador los guiara. Me entrego en avalancha. Escribo con la incertidumbre de la palabra que me sorprenderá a continuación. Aunque, en cierto modo, creo saber cuál me espera. Como siempre. Como en cada página de mi vida. Como en todas y cada una de las letras de esta historia. Como abriendo las compuertas de algo que me desborda.

Escribe, Leo, escribe. Tienes que escribir. Ahí está todo. Ahí es donde vas a encontrarte. Joder. Claro que escribo. Escribiría aunque no quisiera. Escribo como respiro. Ya sin necesidad de pensarlo. ¿Qué queréis, Rossum, que no viva o que no escriba? Que os deje hablar. Que siga. Habla. Hablo.

El Experimento, Leo. Tú le pediste a Fritz Brock que fuera como los demás padres. Pero no lo era. Era distinto, como lo era yo con Mecánica. Era el responsable de Todo. El que se había

inventado un mundo para regalártelo. Eso es, Leo. Y por eso se evaporó. Por tu bien, Leo. Para que crecieras, para que mejoraras, para que esos dones que su ciencia te dio se multiplicaran. Como yo con Mecánica. Y tú creías que eras simplemente su hijo. Y eras su religión, su creencia, su devoción, su doctrina, su apuesta y su único credo. La razón a la que consagró su vida. Eso eres, Leo. *Lux est Omnia*. ¿No lo has visto todavía? Tú eres el paso siguiente. La sublimación del panal que yo creé. Eres la inteligencia. La inteligencia, Leo. ¿Por qué te rebelas? ¿No me crees? Es mucho más descabellado pensar que venimos de Adán y Eva, que nos inventa un Dios que se entretiene con sus juguetes. ¿No ves lo que somos? ¿No ves lo que eres? ¿No entiendes, Leo, que no somos más que mecanismos de la Naturaleza, máquinas que se pueden crear como todo se crea?

Mecanismos. Máquinas. *Lux est Omnia*. La luz cegadora de la primera explosión del mundo en el corazón oscuro de la biblioteca. Las palabras de Rossum me queman. Y, sin embargo, me inmolo. Me precipito en la verdad resplandeciente. Para que, por fin, la luz lo sea Todo.

Yo sé lo que te pasa, Leo. No entiendes por qué llevas dentro esta historia. Y al mismo tiempo siempre lo has sospechado. Ahora que lo sabes, lo temes. Te temes. Pero no puedes negarlo. Esta novela te posee porque te cuenta. Porque es parte de tu biografía antes de que tú fueras. Porque es la historia de Mecánica. Porque tu cerebro es su cerebro y tu inteligencia, la suya perfeccionada. ¿Qué crees que es esto que te bulle dentro? ¿Estas palabras? No es más que el diario que ella no pudo escribir. Su confesión. No la de Rossum. La tuya. Tu verdad. Esta novela eres tú, Leo. ¿No lo notas? ¿No te has reconocido en el panal dorado que acabas de ver? ¿No has sentido el vacío del mundo y del destino al descubrir, en esa sala, quién eres? ¿No te has reconocido en su cerebro? Eso que quedó de ella, de su mente, vive en ti, Leo. La inteligencia no muere jamás. La inteligencia siempre aguanta. Crece. Resiste. Pervive. La Inteligencia es lo único que importa. A Mecánica le robaron el corazón y el cuerpo, pero Farinelli salvó lo que quedaba. Su cabeza. Su esencia. Mi todo. Amarás la Inteligencia sobre todas las cosas. Por eso viví. Por eso perdí la razón. Por eso dejé mi genio en el delicado panal de la mente de Mecánica. Por eso se creó este lugar. Por eso nació la Corporación. Por la Inteligencia. Para salvarla. Por eso se fue tu padre. Por tu bien. Por el de todos. Por eso llevas escrito en tu código fundacional esta historia que ya estaba escrita. La escribí yo con mi locura, con mi vida, con mi sangre. Con esta sangre antigua que se mezcla con la tuya en tus palabras.

La Inteligencia es más poderosa que la muerte.

Vive. En ti. Por eso viniste. Por eso has vuelto. Aquí. Porque aquí fuiste creado, en este lugar entregado a la sabiduría. Te llamaron *Lux est Omnia* 21-5/77. Aunque tú siempre escuchaste que te llamaban Leo.

Leo.

Rossum se ha quedado callado. Como si las palabras le hubieran desbordado. O quizá me han desbordado a mí. O quizá ya no le quedan.

Los dedos, los míos, están exhaustos sobre el teclado en el que he recompuesto las piezas desencajadas de mi vida. Se niegan a moverse, pero también a despegarse.

Rossum ya no habla.

Me ha colocado en el mundo, y se ha callado.

Ya no le veo.

Se ha ido.

Y ahora que Rossum se ha marchado, comprendo que lo imaginé. Pero también que era real. Tan real como para imaginarme.

Y pienso en mi padre. Y no sé si le estoy perdonando. Y quizá le estoy comprendiendo. Y quizá tendría que darle las gracias. Pienso en mi madre, que lo sabía todo. Y que quiso protegerme. Pienso en Alicia. En que la amo como aman el resto de los hombres. Pienso en Arnau. Pienso en todos a los que quiero. Y sé que no quiero como si fuera sólo una máquina. Pero pienso también en esas otras veces en las que puedo ver cómo funciona mi cerebro. En esos momentos en los que lo analizo todo y mi cabeza lo sabe. Pienso en mi panal de pensamientos y veo, ahora mismo, cómo se mueve. Dorado. Exacto. Imparable. Pienso en todas esas veces que me han dicho que soy frío, que soy distante, que soy raro. Pienso en la primera vez que vi un autómeta. En mi fascinación con los androides. Pienso en la emoción y en el placer. En cómo la música me trasciende y en cómo amo las palabras. Pienso en mi vida. En mis sueños. En los que tengo y los que se desintegraron. Pienso en que soy como los demás. Como todos.

Como tú.

Y me pregunto si no serán como yo los otros. Me pregunto quiénes sois. Si hay diferencia. Si no sois también parte del Experimento. Si no estamos solos.

Me pregunto si lo sabes. Porque yo no sé nada desde que lo sé todo.

Al final era el Verbo. Y el Verbo era yo. El que ya estaba escrito. El que tenía que escribir ahora el resto de su historia.

Como tú. Como todos.